LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

EMILY BRONTË

Cumbres Borrascosas



Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 110

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

EMILY BRONTË

Cumbres Borrascosas

Texto original en español

Cumbres Borrascosas, de Emily Brontë. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/cumbres-borrascosas-emily-bronte/.

Sobre esta obra

En los páramos de Yorkshire, el señor Earnshaw recoge a un niño abandonado, Heathcliff, y lo cría junto a sus hijos. Catherine, su hija, y Heathcliff desarrollan un amor salvaje, pero ella elige casarse con Edgar Linton, un vecino rico y educado. Heathcliff, humillado, desaparece.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Emily Brontë
2. Capítulo I
3. Capítulo II
4. Capítulo III
5. Capítulo IV
6. Capítulo V
7. Capítulo VI
8. Capítulo VII
9. Capítulo VIII
10. Capítulo IX
11. Capítulo X
12. Capítulo XI
13. Capítulo XII
14. Capítulo XIII

15. Capítulo XIV
16. Capítulo XV
17. Capítulo XVI
18. Capítulo XVII
19. Capítulo XVIII
20. Capítulo XIX
21. Capítulo XX
22. Capítulo XXI
23. Capítulo XXII
24. Capítulo XXIII
25. Capítulo XXIV
26. Capítulo XXV
27. Capítulo XXVI
28. Capítulo XXVII
29. Capítulo XXVIII
30. Capítulo XXIX
31. Capítulo XXX
32. Capítulo XXXI
33. Capítulo XXXII
34. Capítulo XXXIII
35. Capítulo XXXIV
36. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

Emily Brontë

Empieza: «»

Publicado: 1847 Fuente: standardebooks.org Traducción: Elejandría

02

Capítulo I

Empieza: «1801.—Acabo de regresar de una visita a mi casero: el único vecino que ha de importunarme. ¡Este es sin duda un hermoso...»

1801.—Acabo de regresar de una visita a mi casero: el único vecino que ha de importunarme. ¡Este es sin duda un hermoso país! En toda Inglaterra no creo que pudiera haber elegido un lugar tan completamente alejado del bullicio del mundo. El Paraíso de un perfecto misántropo, y el señor Heathcliff y yo somos la pareja ideal para repartirnos entre ambos esta desolación. ¡Un tipo excelente! Poco se imaginaba con qué calor me llegó al corazón cuando vi cómo sus ojos negros se replegaban bajo el ceño, con desconfianza, al acercarme yo a caballo, y cómo sus dedos se escondieron, con celosa resolución, aún más adentro en el chaleco, en el momento en que le anuncié mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —dije.

Un gesto de cabeza fue la respuesta.

—El señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Me hago el honor de visitarle cuanto antes de llegar, para expresarle mi esperanza de no haberle causado molestias con mi insistencia en solicitar el arrendamiento de la Granja de Thrushcross. Ayer supe que usted tenía ciertos reparos...

—La Granja de Thrushcross es mía, señor —me interrumpió con un gesto de disgusto—. No permitiría que nadie me causara molestias, si pudiera evitarlo... ¡Pase!

El «pase» fue pronunciado con los dientes apretados y expresaba el sentimiento «¡Váyase al diablo!»; incluso la verja sobre la que se apoyaba no manifestó ningún movimiento de simpatía hacia las palabras; y creo que precisamente eso me determinó a aceptar la invitación: sentí curiosidad por un hombre que parecía más exageradamente reservado que yo mismo.

Cuando vio el pecho de mi caballo empujar francamente la barrera, extendió la mano para quitar la cadena y luego me precedió taciturno por el sendero empedrado, llamando al entrar en el patio: «¡Joseph, llévate el caballo del señor Lockwood y sube un poco de vino!»

«Aquí está todo el servicio de la casa, supongo», fue la reflexión que me sugirió aquella orden compuesta. «Con razón crece la hierba entre los adoquines y el ganado es el único cortacésped.»

Joseph era un hombre entrado en años, más bien anciano, muy viejo quizás, aunque recio y nervudo. «¡El Señor nos asista!», se soliloquizó en un murmullo de irritado disgusto, mientras me relevaba del caballo, mirándome entre tanto con tal acidez que, caritativamente, conjeturé que debía de necesitar la ayuda divina para digerir la cena, y que su piadosa exclamación no tenía ninguna relación con mi inesperada llegada.

Cumbres Borrascosas es el nombre de la vivienda del señor Heathcliff. «Borrascosas» es un significativo adjetivo provincial, descriptivo del tumulto atmosférico al que está expuesto su

emplazamiento en tiempo de tormentas. Allí arriba deben de tener siempre una ventilación pura y vigorizante: se puede adivinar la fuerza del viento del norte, que sopla sobre el filo del risco, por la excesiva inclinación de unos cuantos abetos raquíticos al extremo de la casa, y por una hilera de espinos sarmentosos que estiran todos sus ramas en la misma dirección, como si mendigaran al sol una limosna. Afortunadamente, el arquitecto tuvo la previsión de construirla sólidamente: las ventanas están hondamente encajadas en la pared, y las esquinas defendidas por grandes piedras saledizas.

Antes de cruzar el umbral, me detuve a admirar la profusión de grotescos relieves que adornaban la fachada, y especialmente la puerta principal; sobre la cual, entre una floresta de grifos desmoronados y descardos querubines, descubrí la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Hubiera hecho algún comentario y pedido al huraño propietario una breve historia del lugar, pero su actitud en la puerta parecía exigir mi pronta entrada o una retirada definitiva, y yo no tenía ningún deseo de agotar su paciencia antes de inspeccionar el sanctasanctórum.

Un solo peldaño nos llevó a la sala familiar, sin ningún zagúan ni pasillo de entrada: aquí la llaman por antonomasia «la casa». Por lo general incluye cocina y sala; pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina está relegada a otra dependencia: al menos distinguí un parloteo de voces y un entrechocar de utensilios de cocina en algún lugar lejano, y no observé señales de asado, cocido o horno en la enorme chimenea, ni ningún brillo de cacerolas de cobre o escurrideras de hojalata en las paredes. Un extremo, en cambio, reflejaba espléndidamente luz y calor en hileras de inmensas fuentes de peltre, intercaladas con jarras y jarrones de

plata, en altísimas filas sobre un vasto aparador de roble que llegaba hasta el techo. Este último jamás había tenido cielo raso: su anatomía al completo quedaba al descubierto a la mirada curiosa, excepto donde un armazón de madera cargado de tortas de avena y racimos de piernas de vaca, cordero y jamón lo ocultaba. Sobre la chimenea había varias armas de fuego viejas y siniestras, y un par de pistolones de arzón; y, a modo de ornamento, tres vistosos botes de hojalata pintada dispuestos a lo largo de la repisa. El suelo era de piedra lisa y blanca; las sillas, de respaldo alto, de construcción primitiva, pintadas de verde: una o dos, negras y pesadas, acechaban en la sombra. En un arco bajo el aparador reposaba una enorme perra de caza color hígado, rodeada de una camada de cachorros que chillaban, y otros perros merodeaban por los rincones.

La habitación y el mobiliario no habrían tenido nada de extraordinario de pertenecer a un tosco granjero norteño, de fisonomía obstinada y miembros robustos, bien plantado con su calzón de montar y sus polainas. Semejante individuo sentado en su sillón, con su jarro de cerveza espumante sobre la mesa redonda delante de él, puede verse en cualquier radio de cinco o seis millas entre estas colinas, si se va a la hora oportuna después de cenar. Pero el señor Heathcliff forma un singular contraste con su morada y su modo de vida. Tiene el aspecto de un gitano de piel oscura; en el vestir y los modales, de un caballero: es decir, tanto como muchos hidalgos rurales; algo desaliñado quizás, pero no mal parecido en su negligencia, pues tiene una figura erguida y apuesta; y bastante taciturno. Posiblemente, algunos pudieran sospechar en él cierto grado de orgullo rastrero; yo tengo dentro una cuerda de simpatía que me dice que no es nada de eso: sé por

instinto que su reserva nace de una aversión a las ostentaciones de sentimiento, a las manifestaciones de afecto mutuo. Amará y odiará por igual bajo la superficie, y estimará una especie de impertinencia ser amado u odiado a su vez. No, me precipito demasiado: le atribuyo mis propios rasgos con excesiva generosidad. El señor Heathcliff puede tener razones enteramente distintas para mantener la mano apartada cuando se encuentra con alguien que desea trabar conocimiento, a las que me mueven a mí. Confío en que mi carácter sea casi singular: mi querida madre solía decir que yo nunca tendría un hogar tranquilo; y sólo el verano pasado me demostré perfectamente indigno de tenerlo.

Mientras disfrutaba de un mes de buen tiempo en la costa, me encontré en compañía de una criatura fascinante: una auténtica diosa a mis ojos mientras ella no me prestaba ninguna atención. «Nunca declaré mi amor» con palabras, pero si las miradas tienen lenguaje, el más lerdo habría podido adivinar que estaba perdidamente enamorado: ella lo comprendió al fin y me devolvió una mirada: ¡la más dulce de todas las miradas imaginables! ¿Y qué hice yo? Lo confieso avergonzado: me encogí heladamente en mí mismo, como un caracol; a cada mirada me retiré más frío y más lejos; hasta que la pobre inocente llegó a dudar de sus propios sentidos y, abrumada de confusión por su supuesto error, convenció a su mamá para marcharse.

Por este curioso giro de mi carácter me he ganado la reputación de una frialdad deliberada; cuán inmerecida, sólo yo puedo apreciarlo.

Me senté en el extremo del hogar opuesto a aquel hacia el que avanzaba mi casero, y llené un intervalo de silencio intentando

acariciar a la perra madre, que había abandonado su vivero y se deslizaba sigilosamente hacia la parte posterior de mis piernas, con el labio fruncido y los blancos dientes bañados en saliva, como si fuera a morderme. Mi caricia provocó un largo gruñido gutural.

—Mejor es que deje al perro en paz —gruñó el señor Heathcliff al unísono, reprimiendo demostraciones más violentas con un golpe de pie—. No está acostumbrada a que la mimen; no la tienen de mascota. —Luego, dirigiéndose a una puerta lateral, gritó de nuevo —: ¡Joseph!

Joseph masculló ininteligiblemente desde las profundidades de la bodega, pero no dio señales de subir; así que su amo bajó a buscarlo, dejándome frente a frente con la agreste perra y un par de hoscos perros lanudos guardianes de ovejas, que compartían con ella una celosa vigilancia sobre todos mis movimientos. Sin ningún deseo de entrar en contacto con sus colmillos, permanecí quieto; pero, imaginando que difícilmente comprenderían los insultos tácitos, tuve la desafortunada ocurrencia de hacerles guiños y muecas al trío, y alguna contorsión de mi fisonomía irritó tanto a la señora que de repente se lanzó furiosa y saltó sobre mis rodillas. La arrojé hacia atrás e interpuse la mesa entre nosotros. Esta maniobra alborotó a toda la jauría: media docena de fieras de cuatro patas, de diversas edades y tamaños, salieron de sus guaridas ocultas hacia el centro. Sentí mis talones y los faldones del abrigo convertidos en objeto especial de asalto; y, parando a los combatientes más corpulentos con el atizador con toda la eficacia que pude, me vi obligado a pedir en voz alta ayuda a algún miembro de la casa para restablecer la paz.

El señor Heathcliff y su criado subieron los escalones de la bodega con una calma exasperante: no creo que se movieran ni un segundo más deprisa de lo habitual, aunque el hogar era una absoluta tempestad de gruñidos y ladridos. Por fortuna, una habitante de la cocina actuó con más diligencia: una robusta moza, con las faldas recogidas, los brazos desnudos y las mejillas encendidas, se precipitó en medio de nosotros blandiendo una sartén; y usó ese artefacto y su lengua con tal efecto que la tormenta aplacó mágicamente, y sólo ella seguía allí, jadeando como el mar tras una galerna, cuando su amo entró en escena.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó, mirándome de un modo que mal podía soportar después de aquel trato inhospitalario.

—¡Qué demonios, en efecto! —murmuré—. La piara de cerdos endemoniados no podría haber tenido peores espíritus que esos animales suyos, señor. ¡Bien podría usted dejar a un extraño con una cría de tigres!

—No molestan a quienes no tocan nada —observó, poniendo la botella ante mí y recolocando la mesa desplazada—. Los perros hacen bien en ser vigilantes. ¿Un vaso de vino?

—No, gracias.

—¿Le han mordido?

—Si me hubieran mordido, habría dejado mi sello en el que me mordiese. —La fisonomía de Heathcliff se relajó en una sonrisa.

—Vamos, vamos —dijo—, está usted alterado, señor Lockwood. Tome un poco de vino. Las visitas son tan sumamente raras en esta

casa que mis perros y yo, estoy dispuesto a admitirlo, apenas sabemos cómo recibirlas. ¿A su salud, señor?

Me incliné y correspondí al brindis; empezando a comprender que sería una necedad enfurruñarme por el comportamiento de una jauría de chusos; además, me resistía a darle al sujeto más diversión a mi costa, puesto que tenía inclinación para ello. Él, probablemente influido por la prudente consideración de que era una tontería ofender a un buen inquilino, se mostró un poco menos lacónico en su estilo de suprimir pronombres y verbos auxiliares, y sacó lo que suponía que sería un tema de interés para mí: un discurso sobre las ventajas e inconvenientes de mi presente retiro. Lo hallé muy inteligente en los temas que tocamos; y antes de volver a casa, me animé hasta el punto de ofrecerme a hacerle otra visita al día siguiente. Era evidente que no deseaba la repetición de mi intrusión. Iré a pesar de todo. Es asombroso lo sociable que me siento comparado con él.

0 3

Capítulo II

Empieza: «La tarde de ayer amaneció brumosa y fría. Estuve a punto de pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de...»

La tarde de ayer amaneció brumosa y fría. Estuve a punto de pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de vadear brezales y barro hasta Cumbres Borrascosas. Al subir del comedor, sin embargo (N.B.: yo como entre las doce y la una; el ama de llaves, una señora de aspecto matronal que se tomó en arriendo junto con la casa, no podía o no quería comprender mi petición de que me sirvieran a las cinco), al subir las escaleras con esta perezosa intención y entrar en la habitación, vi a una criada de rodillas rodeada de cepillos y cubos de carbón, levantando un infernal polvo mientras apagaba las llamas con montones de ceniza. Aquel espectáculo me obligó a retirarme inmediatamente; tomé el sombrero y, tras una caminata de seis kilómetros, llegué a la verja del jardín de Heathcliff justo a tiempo de escapar a los primeros y suaves copos de una nevada.

En aquella cumbre desolada la tierra estaba dura por una helada negra, y el aire me estremecía hasta los huesos. Sin poder soltar la cadena, salté por encima y, corriendo por el sendero empedrado bordeado de groselleros desgarbados, llamé en vano a la puerta hasta que me ardían los nudillos y aullaban los perros.

«¡Miserables moradores!», exclamé mentalmente. «Merecéis el aislamiento perpetuo de vuestra especie por vuestra hosca falta de hospitalidad. Yo al menos no mantendría mis puertas cerradas de día. ¡Me da igual; voy a entrar!» Así decidido, agarré el pestillo y lo sacudí con fuerza. La agria cara de Joseph asomó por una ventana redonda del granero.

—¿Pa qué queréis? —gritó—. El amo tá abajo en el corral. Dad la vuelta por el cabo del establo si queréis hablarle.

—¿No hay nadie dentro que pueda abrir la puerta? —respondí a gritos.

—¡No hay más que la señora, y no abrirá aunque arméis vuesos escándalos hasta la noche!

—¿Por qué? ¿No puede usted decirle quién soy?

—¡Que no tengo yo que ver en eso! —masculló la cabeza, que desapareció.

Empezó a nevar copiosamente. Eché mano del tirador para intentarlo de nuevo, cuando apareció en el patio un joven sin chaqueta, con una horca al hombro. Me hizo señas de que le siguiera y, tras atravesar un lavadero y un patio empedrado que contenía un carbonero, una bomba y un palomar, llegamos por fin a la amplia, cálida y alegre estancia donde me habían recibido la primera vez. Brillaba deliciosamente al resplandor de un inmenso fuego de carbón, turba y leña; y junto a la mesa, puesta para una abundante cena, tuve el agrado de descubrir a la «señora», un ser cuya existencia no había sospechado hasta entonces. Me incliné y esperé, pensando que me invitaría a sentarme. Ella me miró, recostada en su silla, e inmóvil y muda.

—¡Mal tiempo! —observé—. Me temo, señora Heathcliff, que la puerta ha de pagar la negligencia de sus criados: tuve muchas dificultades para hacerles oír.

No abrió la boca. La miré fijamente; ella me miró a su vez: en todo caso, mantuvo sus ojos sobre mí de una manera fría e indiferente, sumamente embarazosa y desagradable.

—Siéntese —dijo el joven, con brusquedad—. Él llegará pronto.

Obedecí, y llamé a la perra Juno, que se dignó, en esta segunda visita, mover la punta extrema del rabo en señal de reconocimiento.

—¡Hermoso animal! —volví a empezar—. ¿Piensa usted desprenderse de los pequeños, señora?

—No son míos —dijo la amable anfitriona, con más sequedad que el propio Heathcliff.

—Ah, ¿sus preferidos están entre éstos? —proseguí, dirigiéndome hacia un oscuro cojín lleno de algo parecido a gatos.

—¡Una elección curiosa para sus preferidos! —observó ella, con desprecio.

Por desgracia, era un montón de conejos muertos. Carraspée de nuevo y me acerqué más al hogar, repitiendo mi comentario sobre lo desapacible de la tarde.

—No debería haber salido —dijo ella, levantándose y alcanzando desde la repisa de la chimenea dos de los botes pintados.

Antes, su posición la resguardaba de la luz; ahora tuve una vista clara de toda su figura y fisonomía. Era esbelta y aparentemente de

girlhood apenas superada: una forma admirable y el más exquisito carita que nunca he tenido el placer de contemplar; facciones menudas, de tez muy clara; rizos rubios, o más bien dorados, sueltos sobre su delicado cuello; y unos ojos que, de haber tenido una expresión agradable, habrían sido irresistibles: afortunadamente para mi susceptible corazón, el único sentimiento que revelaban oscilaba entre el desdén y una especie de desesperación, singularmente impropia en ellos. Los botes estaban casi fuera de su alcance; hice un ademán para ayudarla; ella se volvió hacia mí como se volvería un avaro si alguien intentara ayudarle a contar su oro.

—No necesito su ayuda —dijo bruscamente—. Puedo alcanzarlos yo sola.

—¡Le pido perdón! —me apresuré a responder.

—¿Le han invitado a tomar el té? —preguntó, atándose un delantal sobre su pulcro vestido negro y manteniéndose de pie con una cucharada de hojas de té suspendida sobre la tetera.

—Estaré encantado de tomar una taza —contesté.

—¿Le han invitado? —repitió.

—No —dije, medio sonriendo—. Usted es la persona indicada para invitarme.

Ella arrojó el té de nuevo, cuchara y todo, y se sentó de nuevo en su silla, malhumorada; con la frente fruncida y el labio inferior saliente, como un niño a punto de llorar.

Mientras tanto, el joven se había puesto encima una prenda de vestir decididamente raída y, plantado ante el fuego, me miraba

desde el rabillo del ojo, tal y como si hubiera entre nosotros alguna enemistad mortal sin vengar. Empecé a dudar si era o no un criado: su traje y su modo de hablar eran rudos, totalmente desprovistos de la superioridad observable en el señor y la señora Heathcliff; sus espesos rizos castaños eran descuidados e incultos, las patillas invadían bruscamente sus mejillas, y sus manos estaban curtidas como las de un trabajador cualquiera: sin embargo, su porte era libre, casi altanero, y no mostraba ninguna de la solicitud de un doméstico en atender a la señora de la casa. A falta de pruebas claras de su condición, juzgué prudente abstenerme de notar su extraña conducta; y cinco minutos después la llegada de Heathcliff me alivió en cierta medida de mi incómoda situación.

—¡Ya ve usted, señor, que he venido según lo prometido! —exclamé, adoptando un tono jovial—. Y me temo que voy a estar retenido aquí media hora por el tiempo, si puede usted darme cobijo durante ese espacio.

—¿Media hora? —dijo, sacudiéndose los copos blancos de la ropa—. Me sorprende que eligiera usted lo más recio de una tormenta de nieve para salir de paseo. ¿Sabe que corre el riesgo de perderse en los pantanos? Las personas familiarizadas con estos páramos se pierden con frecuencia en tardes así; y puedo decirle que ahora no hay posibilidad de que cambie el tiempo.

—Quizás pueda conseguir un guía entre sus mozos, y él podría quedarse en la Granja hasta la mañana... ¿podría prescindir usted de uno?

—No, no podría.

—¡Ah, ya veo! Bien, pues tendré que fiarme de mi propio ingenio.

—¡Hum!

—¿Va a preparar el té? —demandó el del abrigo raído, trasladando su mirada feroz de mí a la joven.

—¿Se lo sirvo a él? —preguntó ella, dirigiéndose a Heathcliff.

—¡Prepáralo, vamos! —fue la respuesta, pronunciada con tal violencia que di un respingo. El tono en que se dijeron esas palabras revelaba una auténtica mala naturaleza. Ya no me sentía inclinado a llamar a Heathcliff un tipo excelente. Cuando los preparativos estuvieron listos, me invitó con un: «Acerque su silla, señor.» Y todos nos sentamos a la mesa, incluyendo el rústico mozo: un austero silencio reinó mientras nos ocupamos en la comida.

Pensé que, si yo había causado la nube, era mi deber hacer un esfuerzo por disiparla. No podían estar todos los días tan hoscos y taciturnos; y era imposible, por muy malhumorados que fueran, que el ceño universal que exhibían fuera su expresión cotidiana.

—Es curioso —comencé, en el intervalo de apurar una taza de té y recibir otra—, es curioso lo que la costumbre puede moldear nuestros gustos e ideas: muchos no serían capaces de imaginar la existencia de la felicidad en una vida de tan completo exilio del mundo como la que usted lleva, señor Heathcliff; y sin embargo, me atrevería a apostar que, rodeado de su familia y con su amable señora como genio tutelar de su hogar y su corazón...

—¡Mi amable señora! —interrumpió con una sonrisa casi diabólica en el rostro—. ¿Dónde está mi amable señora?

—La señora Heathcliff, su esposa, quiero decir.

—Ah, sí... Oh, ¿quiere usted insinuar que su espíritu ha tomado el puesto de ángel guardián y vela por la fortuna de Cumbres Borrascosas, aunque su cuerpo ya no esté? ¿Es eso?

Al darme cuenta de mi error, intenté corregirlo. Debería haber visto que la diferencia de edad entre ambos era demasiado grande para que fueran marido y mujer. Uno tendría unos cuarenta años: la época de vigor mental en que los hombres raramente abrigan la ilusión de ser amados por jóvenes: ese sueño está reservado para el consuelo de la vejez. La otra no aparentaba diecisiete.

Entonces me iluminó: «El patán a mi lado, que bebe el té de una escudilla y come el pan con las manos sin lavar, puede ser su marido: Heathcliff hijo, sin duda. He aquí las consecuencias de ser enterrado vivo: por pura ignorancia de que existían mejores individuos, ¡se ha echado en brazos de ese zafio! Una pena enorme; debo tener cuidado de no hacerle lamentar su elección.» Esta última reflexión puede parecer presuntuosa; no lo era. Mi vecino me parecía rozar lo repugnante; yo sabía por experiencia que era tolerablemente atractivo.

—La señora Heathcliff es mi nuera —dijo Heathcliff, confirmando mi suposición. Al hablar, lanzó hacia ella una mirada peculiar: una mirada de odio; a menos que tenga un juego de músculos faciales del más perverso que, al contrario que los de los demás, no interpreta el lenguaje de su alma.

—Ah, desde luego... Ahora lo veo: usted es el afortunado poseedor del hada bienhechora —observé, dirigiéndome a mi vecino.

Esto fue peor que antes: el joven se puso encarnado y apretó el puño con toda la apariencia de un asalto premeditado. Pero

pareció recomponerse de inmediato y ahogó la tormenta en una brutal maldición, masculinada para mis adentros, de la que, sin embargo, tuve cuidado de no hacer caso.

—Desafortunado en sus conjeturas, señor —observó mi anfitrión—. Ninguno de los dos tiene el privilegio de poseer a su hada buena; su compañero está muerto. He dicho que era mi nuera: por lo tanto, debe de haberse casado con mi hijo.

—Y este joven es...

—No mi hijo, desde luego.

Heathcliff sonrió de nuevo, como si fuera una broma demasiado atrevida atribuirle la paternidad de aquel oso.

—Mi nombre es Hareton Earnshaw —gruñó el otro—, ¡y le aconsejo que lo respete!

—No he faltado al respeto —fue mi respuesta, riendo para mis adentros ante la dignidad con que se presentó.

Me clavó los ojos durante más tiempo del que me agradaba sostener la mirada, por temor a sentirme tentado de darle un coscorrón o de dejar oír mi hilaridad. Empecé a sentirme inequívocamente fuera de lugar en aquel agradable círculo familiar. La lóbrega atmósfera espiritual dominaba y más que neutralizaba las comodidades materiales que me rodeaban; y resolví ser cauteloso antes de arriesgarme de nuevo bajo aquellas vigas.

Terminado el asunto de comer y sin que nadie pronunciara una palabra sociable, me acerqué a una ventana a examinar el tiempo. Un espectáculo desolador se ofreció a mi vista: la noche oscura

cayendo prematuramente, y el cielo y las colinas confundidos en un amargo torbellino de viento y sofocante nieve.

—No creo que me sea posible volver a casa sin guía —no pude evitar exclamar—. Los caminos ya estarán cubiertos; y aunque estuvieran despejados, apenas podría distinguir un palmo delante.

—Hareton, lleva esa docena de ovejas al cobertizo del establo. Se quedarán enterradas si las dejas en el aprisco toda la noche; y pon una tabla delante de ellas —dijo Heathcliff.

—¿Y yo qué hago? —seguí, con creciente irritación.

No hubo respuesta a mi pregunta; y al mirar a mi alrededor sólo vi a Joseph trayendo un cubo de potaje para los perros, y a la señora Heathcliff inclinada sobre el fuego, entreteniéndose en quemar un manojo de cerillas que había caído de la repisa cuando recolocó el bote del té. El primero, tras depositar su carga, hizo un severo reconocimiento de la habitación y graznó con voz cascada: «¡Mia que bien queas tú ahí parao sin hacer ná, cuando toos se han ido! Pero eres un inútil y no hay modo de hablarte; nunca te vas a enmendar de tus malas costumbres y te vas a ir derecho al diablo, igual que tu madre antes que tú!»

Me figuré por un momento que este trozo de elocuencia iba dirigido a mí y, bastante indignado, avancé hacia el viejo pícaro con intención de echarlo a puntapiés por la puerta. La señora Heathcliff, sin embargo, me lo impidió con su respuesta.

—¡Viejo hipócrita escandaloso! —replicó—. ¿No tiene miedo de que se lo lleven en cuerpo y alma cada vez que menciona el nombre del diablo? ¡Le advierto que deje de provocarme o le pediré como favor especial que lo rapten! ¡Para! ¡Mire aquí, Joseph! —continuó,

cogiendo un largo libro oscuro de una estantería—. Voy a mostrarle hasta dónde he progresado en el Arte Negro: pronto seré capaz de limpiar la casa por completo. La vaca roja no murió por casualidad; ¡y su reúma difícilmente puede considerarse entre las visitas providenciales!

—¡Oh, malvada, malvada! —jadeó el anciano—. ¡Que el Señor nos libre del mal!

—¡No, réprobos! ¡Eres un descastado; lárgate o te haré daño de verdad! ¡Os haré a todos en cera y barro! ¡Y el primero que pase los límites que fijo...! No diré qué le pasará; ¡pero ya verás! ¡Venga, te estoy mirando!

La pequeña bruja puso una fingida malicia en sus hermosos ojos, y Joseph, temblando de sincero horror, salió corriendo rezando y exclamando «malvada» mientras se alejaba. Pensé que su conducta debía de estar impulsada por una especie de diversión sombría; y ahora que estábamos solos, intenté interesarla en mi apuro.

—Señora Heathcliff —dije con seriedad—, debe usted disculpar que la moleste. Lo supongo, porque, con ese rostro, estoy seguro de que no puede dejar de ser buena. Indíqueme algunos hitos por los que pueda reconocer el camino a casa: no tengo más idea de cómo llegar que usted de cómo llegar a Londres.

—Tome el camino por donde vino —contestó, instalándose en una silla con una vela y el largo libro abierto ante ella—. Es un consejo escueto, pero tan bueno como puedo darle.

—¿Y si le llegan noticias de que me han encontrado muerto en una ciénaga o en un hoyo lleno de nieve, no le susurrará la conciencia que es en parte culpa suya?

—¿Cómo? No puedo escoltarle. No me dejarían ir hasta el muro del jardín.

—¡A usted! Me daría pena pedirle que cruzara el umbral, por mi conveniencia, en una noche así —exclamé—. Quiero que me indique el camino, no que me lo muestre; o que persuada al señor Heathcliff de que me proporcione un guía.

—¿Quién? Está él mismo, Earnshaw, Zillah, Joseph y yo. ¿A cuál de ellos prefiere?

—¿No hay mozos en la granja?

—No; ésos son todos.

—Entonces se sigue que estoy obligado a quedarme.

—Eso puede usted arreglarlo con su anfitrión. A mí no me incumbe.

—Espero que esto le sirva de lección para no hacer más viajes imprudentes a estos páramos —dijo la severa voz de Heathcliff desde la entrada de la cocina—. En cuanto a quedarse aquí, no tengo habitaciones para visitantes: tendrá que compartir cama con Hareton o con Joseph, si es así.

—Puedo dormir en una silla en esta habitación —repliqué.

—¡Nada de eso! Un extraño es un extraño, sea rico o pobre: no me conviene permitir a nadie que circule por aquí sin que yo esté de guardia —dijo el grosero individuo.

Con ese insulto se agotó mi paciencia. Expresé mi disgusto y pasé junto a él hacia el patio, topándome en mi prisa con Earnshaw. Estaba tan oscuro que no podía ver la salida; y mientras vagaba

buscándola, fui testigo involuntario de otra muestra de su trato mutuo. Al principio el joven pareció dispuesto a ayudarme.

—Le acompañaré hasta el parque —dijo.

—¡Lo acompañarás al infierno! —exclamó su amo, o lo que fuera que era. —¿Y quién se ocupa de los caballos?

—La vida de un hombre vale más que el descuido de los caballos por una tarde: alguien tiene que ir —murmuró la señora Heathcliff, con más amabilidad de la que esperaba.

—¡A tus órdenes no! —replicó Hareton—. Si algo te importa él, será mejor que te calles.

—Entonces espero que su fantasma te persiga; y espero que el señor Heathcliff nunca consiga otro inquilino hasta que la Granja sea una ruina —respondió ella, bruscamente.

—¡Escuchad, escuchad, está echando maldiciones! —murmuró Joseph, hacia quien yo me había ido dirigiendo.

Estaba sentado al alcance del oído, ordeñando las vacas a la luz de un farol que yo agarré sin contemplaciones y, anunciando que lo devolvería al día siguiente, me precipité hacia la puerta más cercana.

—¡Señor, señor, que se está llevando el farol! —gritó el anciano, persiguiendo mi retirada—. ¡Eh, Gnasher! ¡Eh, perro! ¡Eh, Wolf, agárralo, agárralo!

Al abrir la pequeña puerta, dos peludos monstruos se lanzaron a mi garganta, haciéndome caer al suelo y apagando la luz; mientras una risa a coro de Heathcliff y Hareton ponía el colofón a mi cólera

y humillación. Afortunadamente, los animales parecían más interesados en estirar las patas, bostezar y agitar los rabos que en devorarme vivo; pero no permitían ninguna resurrección, y me vi obligado a quedarme tumbado hasta que a sus malignos amos les plugo liberarme; entonces, sin sombrero y temblando de ira, ordené a los miserables que me dejaran salir —so pena de no guardar un minuto más de silencio— con varias amenazas incoherentes de represalia que, en su indefinida virulencia, olían al rey Lear.

La violencia de mi agitación me produjo una abundante hemorragia nasal, y aún así Heathcliff reía, y yo vociferaba. No sé qué habría puesto fin a la escena si no hubiera habido una persona a mano bastante más sensata que yo y más benevolente que mi anfitrión. Esta era Zillah, la robusta ama de llaves, quien al fin salió a inquirir por la naturaleza del alboroto. Creyó que alguno de ellos me había puesto las manos encima; y al no atreverse a atacar a su amo, dirigió su artillería verbal contra el pícaro más joven.

—¡Bueno, señor Earnshaw! —gritó—. ¡Me pregunto qué se le ocurrirá después! ¿Vamos a asesinar a la gente en nuestra propia puerta? ¡Veo que esta casa no va a ser para mí! ¡Mire al pobre muchacho, está que se ahoga! ¡Basta, basta; no puede seguir así! Venga, y le curaré; vamos, quédese quieto.

Con estas palabras me salpicó de repente el cuello con un cuarto de litro de agua helada y me arrastró hasta la cocina. El señor Heathcliff le siguió, apagándose su accidental regocijo rápidamente en su habitual hosquedad.

Estaba muy enfermo, mareado y desfallecido; y así me vi obligado por la fuerza a aceptar alojamiento bajo su techo. Le ordenó a

Zillah que me diera un vaso de coñac y luego pasó a la habitación interior; mientras ella se condolía conmigo de mi lamentable situación y, habiendo cumplido sus órdenes, por las que me repuse algo, me condujo a la cama.

04

Capítulo III

Empieza: «Mientras me guiaba escalera arriba, me recomendó que ocultara la vela y no hiciera ruido; pues su amo tenía una manía con...»

Mientras me guiaba escalera arriba, me recomendó que ocultara la vela y no hiciera ruido; pues su amo tenía una manía con la habitación en que iba a alojarme y nunca permitía voluntariamente que nadie se quedara allí. Le pregunté el porqué. Ella no lo sabía, respondió: sólo llevaba allí un año o dos, y ocurrían tantas cosas raras que no había empezado a sentir curiosidad.

Demasiado aturdido para sentirla yo tampoco, cerré la puerta con llave y eché un vistazo en busca de la cama. El mobiliario al completo consistía en una silla, un ropero y un gran arcón de roble con recortes cuadrados cerca de la parte superior que se parecían a las ventanillas de un carruaje. Acercándome a esta estructura, miré en su interior y descubrí que se trataba de una especie singular de diván anticuado, muy convenientemente diseñado para obviar la necesidad de que cada miembro de la familia tuviera una habitación para sí solo. En efecto, formaba un pequeño gabinete, y el alféizar de la ventana que encerraba servía de mesa.

Deslicé hacia atrás los paneles laterales, entré con mi vela, los volví a juntar y me sentí a salvo de la vigilancia de Heathcliff y de todos los demás.

El alféizar, donde puse la vela, tenía en un rincón unos cuantos libros enmohecidos apilados; y estaba cubierto de escritura grabada sobre la pintura. Esta escritura, sin embargo, no era más que un nombre repetido en toda clase de letras, mayúsculas y minúsculas: Catherine Earnshaw, aquí y allá variado a Catherine Heathcliff, y luego de nuevo a Catherine Linton.

Con lánguida modorra apoyé la cabeza contra la ventana y seguí deletreando Catherine Earnshaw, Heathcliff, Linton, hasta que se me cerraron los ojos; pero no llevaban cinco minutos descansando cuando un resplandor de letras blancas surgió de la oscuridad, tan vividas como espectros: el aire se llenó de Catherines; y sacudiéndome para ahuyentar el importuno nombre, descubrí que la mecha de mi vela se reclinaba sobre uno de los volúmenes antiguos y perfumaba el lugar con un olor a piel de ternero tostada.

La corté, y muy a disgusto bajo la influencia del frío y de una persistente náusea, me senté y abrí ante mis rodillas el tomo maltratado. Era un Testamento, de tipos pequeños y que olía espantosamente a humedad: una hoja de guarda tenía la inscripción «Catherine Earnshaw, su libro», y una fecha de hacía un cuarto de siglo.

Lo cerré y tomé otro y luego otro, hasta haber examinado todos. La biblioteca de Catherine era selecta, y su estado de deterioro demostraba que había sido muy usada, aunque no del todo con un propósito legítimo: apenas un Capítulo había escapado a un comentario en tinta, o por lo menos a la apariencia de uno, que cubría cada trozo de espacio en blanco que el impresor había dejado. Algunos eran frases sueltas; otras partes tomaban la forma de un diario regular, garabateado con una letra informe y pueril.

En lo alto de una página extra (un auténtico tesoro, sin duda, cuando fue descubierta por primera vez) tuve el entretenimiento de contemplar una excelente caricatura de mi amigo Joseph, toscamente pero vigorosamente esbozada. Un interés inmediato despertó en mí hacia la desconocida Catherine, y me puse sin tardanza a descifrar sus desvaídas jeroglíficas.

«Un domingo espantoso», empezaba el párrafo que seguía. «Ojalá mi padre estuviera de vuelta. Hindley es un sustituto detestable; su conducta con Heathcliff es atroz. H. y yo vamos a rebelarnos: esta tarde hemos dado el primer paso.

«Ha llovido a cántaros todo el día; no hemos podido ir a la iglesia, así que Joseph tuvo que organizar una congregación en el desván; y mientras Hindley y su mujer se tostaban abajo ante un fuego confortable —haciendo cualquier cosa menos leer la Biblia, me atrevo a afirmarlo—, Heathcliff, yo y el infeliz mozo de labranza recibimos la orden de tomar nuestros devocionarios y subir: nos pusieron en fila sobre un saco de maíz, gimiendo y tiritando, y esperando que Joseph tiritara también, para que nos diera un sermón corto por su propio bien. ¡Vana ilusión! El oficio duró exactamente tres horas; y sin embargo mi hermano tuvo el descaro de exclamar cuando nos vio bajar: «¿Cómo, ya habéis terminado?» Los domingos por la tarde solíamos tener permiso para jugar, siempre que no hiciéramos mucho ruido; ahora basta una simple risita para que nos manden a los rincones.

«"Ya sabéis que aquí hay un señor", dice el tirano. "¡Derribaré al primero que me saque de quicio! Exijo un silencio y una sobriedad perfectos. ¡Eh, chico! ¿Has sido tú? Frances, querida, tíralo del pelo al pasar: le he oído chasquear los dedos." Frances le tiró del pelo de

buena gana, y luego fue a sentarse en las rodillas de su marido, y allí estuvieron los dos, como dos criaturas, besándose y diciendo tonterías durante horas: un palabreo absurdo del que deberíamos avergonzarnos. Nosotros nos pusimos lo más cómodos que pudimos en el arco del aparador. Acababa de atar nuestros delantales y colgarlos a modo de cortina cuando entra Joseph, a hacer un recado de los establos. Derriba mi obra, me da un cachete y grazna:

«"El amo no hace ni un momento que está enterrao, el domingo aún sin terminar, el sonido del Evangelio todavía en vuestros oídos, ¡y os atreváis a jugar! ¡Vergüenza os diera! ¡Sentaos, críos malvados! Hay libros buenos de sobra si queréis leer: sentaos y pensad en vuestras almas!"»

«Diciendo esto, nos forzó a colocarnos de tal manera que pudiéramos recibir desde el lejano fuego un débil rayo que nos iluminara el texto de los mamotretos que nos impuso. No aguantaba esa ocupación. Agarré mi sucio volumen del lomo y lo arrojé a la perrera, jurando que odiaba los libros buenos. Heathcliff arrojó el suyo al mismo sitio. ¡Entonces sí que se armó la de Dios!

«"¡Señorito Hindley!" gritó nuestro capellán. "¡Señorito, venga usté aquí! ¡La señorita Cathy ha roto la cubierta de 'El yelmo de la salvación', y Heathcliff ha clavado el pie en la primera parte de 'El camino ancho hacia la perdición'! ¡Es una vergüenza que los deje actuar así! ¡Vaya! El viejo señor los hubiera dado su merecido, pero él se ha ido!"»

«Hindley subió a toda prisa de su paraíso junto al hogar y, agarrando a uno por el cuello y al otro por el brazo, arrojó a ambos a la trascocina; donde, según afirmaba Joseph, 'el diablo viejo'

vendría a buscarnos tan seguro como que estábamos vivos; y así consolados, cada uno buscó un rincón separado para esperar su llegada. Alcancé este libro y un tarro de tinta de una estantería, empujé la puerta de la casa entreabierta para que me diera luz, y he pasado el tiempo escribiendo veinte minutos; pero mi compañero está impaciente y propone que nos apropiemos de la capa de la lechera y echemos a correr por los páramos bajo su abrigo. ¡Una sugerencia agradable! Y si entonces viene el viejo gruñón, puede creer cumplida su profecía: no podemos estar más mojados ni más fríos bajo la lluvia que aquí.»

* * * * * *

Supongo que Catherine llevó a cabo su proyecto, pues la frase siguiente abordaba otro asunto: se tornó lacrimosa.

«¡Cuánto me hubiera costado imaginar que Hindley llegaría a hacerme llorar así!», escribió. «Me duele la cabeza hasta tal punto que no puedo mantenerla en la almohada; y aún así no puedo dejar de hacerlo. ¡Pobre Heathcliff! Hindley le llama vagabundo y no le permite sentarse ni comer con nosotros; y dice que él y yo no debemos jugar juntos, y amenaza con echarle de la casa si no obedecemos sus órdenes. Ha estado culpando a nuestro padre (¿cómo se ha atrevido?) de haber tratado a H. con demasiada liberalidad; y jura que le pondrá en su sitio...»

* * * * * *

Empecé a cabecear soñoliento sobre la borrosa página: mi mirada vagó del manuscrito al impreso. Vi un título adornado en rojo: «Setenta veces siete, y la primera de las setenta y una. Piadoso discurso pronunciado por el Reverendo Jabez Branderham en la

Capilla de Gimmerden Sough.» Y mientras yo, a medias consciente, me devanaba los sesos intentando adivinar qué haría Jabez Branderham con su tema, me eché hacia atrás en la cama y me quedé dormido. ¡Ay, los efectos del mal té y del mal humor! ¿Qué otra cosa podía haberme hecho pasar una noche tan terrible? No recuerdo ninguna otra que pueda comparársele desde que soy capaz de sufrir.

Comencé a soñar casi antes de perder la conciencia de mi entorno. Me pareció que era por la mañana, y que había emprendido el camino a casa con Joseph de guía. La nieve yacía en metros de profundidad sobre nuestro camino; y mientras avanzábamos trabajosamente, mi compañero me abrumaba con incesantes reproches por no haber traído un bastón de peregrino: diciéndome que nunca podría entrar en la casa sin uno, y blandiendo jactanciosamente una maza de pesada cabeza que, según entendí, era lo que con ese nombre se designaba. Por un momento lo encontré absurdo: ¿qué necesitaba yo de semejante arma para entrar en mi propia residencia? Luego se me ocurrió una nueva idea. No iba allá: íbamos a escuchar al famoso Jabez Branderham predicar, a partir del texto «Setenta veces siete»; y o Joseph, o el predicador, o yo habíamos cometido la «Primera de las Setenta y una», y debíamos ser públicamente denunciados y excomulgados.

Llegamos a la capilla. La he visto de verdad en mis paseos, dos o tres veces; está en una hondonada, entre dos colinas: una hondonada elevada, cerca de un pantano, cuya humedad de turba dicen que sirve para todos los fines de embalsamar a los escasos cadáveres que allí se depositan. El tejado se ha conservado entero hasta la fecha; pero como el estipendio del clérigo es sólo de veinte libras anuales y una casa con dos habitaciones que amenaza pronto

con convertirse en una, ningún clérigo quiere hacerse cargo de las funciones de pastor; sobre todo porque corre el rumor de que sus feligreses preferirían dejarlo morir de hambre antes que aumentar su asignación en un penique de sus propios bolsillos. Sin embargo, en mi sueño, Jabez tenía una congregación numerosa y atenta; y predicó... ¡Santo cielo, qué sermón! Dividido en cuatrocientas noventa partes, cada una plenamente equivalente a un discurso ordinario desde el púlpito, y cada una tratando de un pecado distinto. Dónde los buscaba, no podría decirlo. Tenía su propia manera de interpretar el pasaje, y parecía necesario que el hermano pecara de pecados distintos en cada ocasión. Eran de la naturaleza más curiosa: transgresiones extrañas que nunca antes me había imaginado.

¡Oh, qué fatigado me fui poniendo! ¡Cómo me retorcí, bostecé, cabeceé y me desperté! ¡Cómo me pellizqué y me pinché, me froté los ojos, me levanté y me senté de nuevo, y di codazos a Joseph para preguntarle si algún día iba a terminar! Estaba condenado a oírlo todo: por fin llegó a la «Primera de las Setenta y una». En ese momento crítico, una inspiración repentina descendió sobre mí; me sentí movido a levantarme y denunciar a Jabez Branderham como el pecador del pecado que ningún cristiano tiene obligación de perdonar.

—Señor —exclamé—, sentado aquí entre estas cuatro paredes, de un tirón, he soportado y perdonado las cuatrocientas noventa secciones de su discurso. Setenta veces siete me he puesto el sombrero y me he dispuesto a marcharme; setenta veces siete me ha obligado usted, de la manera más absurda, a volver a mi asiento. La cuatrocientos noventa y una es demasiado. ¡Correligionarios en

el martirio, a por él! ¡Arrastradlo y hacedlo pedazos, para que el lugar que le conoce no le conozca más!

—¡Tú eres el hombre! —gritó Jabez, tras una solemne pausa, inclinándose sobre el cojín del púlpito—. ¡Setenta veces siete abriste la boca en un bostezo convulsivo; setenta veces siete medité en mi alma: «He aquí la debilidad humana; también esto puede absolverse»! Ha llegado la Primera de las Setenta y una. ¡Hermanos, ejecutad el juicio escrito! ¡Tal es el honor de todos sus santos!

Con esas palabras finales, la congregación entera, enarbolando sus bastones de peregrino, se abalanzó en tropel sobre mí; y yo, sin arma con que defenderme, empecé a luchar con Joseph, mi agresor más próximo y más feroz, para arrebatársela. En el tumulto de la multitud, varios garrotes chocaron entre sí; golpes dirigidos a mí cayeron sobre otras cabezas. Pronto toda la capilla resonó con golpes y contragolpes: la mano de cada hombre iba contra su vecino; y Branderham, sin querer permanecer ocioso, derramó su celo en una lluvia de fuertes golpes sobre los tableros del púlpito, que respondieron con tal viveza que, por fin, para mi indecible alivio, me despertaron. ¿Y qué había sugerido aquél tremendo tumulto? ¿Qué había representado el papel de Jabez en el alboroto? ¡Simplemente la rama de un abeto que rozaba mi postigo cuando el vendaval gemía, haciendo sonar sus piñas secas contra los cristales! Escuché un instante con desconfianza; identifiqué al perturbador, luego me volví y dormité, y soñé de nuevo: si era posible, aún más desagradablemente que antes.

Esta vez recordé que yacía en el gabinete de roble, y oí claramente el ventoso viento y el golpetear de la nieve; oí también la rama del

abeto repetir su irritante sonido, y lo atribuí a su verdadera causa: pero me molestó tanto que resolví silenciarlo, si era posible; y, según me pareció, me levanté y me esforcé por descorrer el pestillo de la ventana. El gancho estaba soldado a la grapa: una circunstancia que yo había observado al estar despierto, pero que olvidé. «¡De todos modos debo detenerlo!», murmuré, golpeando los nudillos contra el cristal y extendiendo el brazo para asir la importuna rama; en lugar de la cual, ¡mis dedos se cerraron sobre los dedos de una pequeña mano helada!

Un intenso horror de pesadilla se apoderó de mí: intenté retirar el brazo, pero la mano se aferró a él, y una voz de la más lúgubre melancolía sollozó:

—¡Déjame entrar, déjame entrar!

—¿Quién eres? —pregunté, forcejando mientras tanto para desprenderme.

—Catherine Linton —respondió, entre estremecimientos (¿por qué pensé en Linton? Había leído Earnshaw veinte veces en lugar de Linton)—. ¡He vuelto a casa: me perdí en el páramo!

Al hablar, distinguí vagamente la cara de un niño mirando por la ventana. El terror me hizo cruel; y encontrando inútil intentar sacudirme la criatura de encima, apoyé su muñeca sobre el cristal roto y la restregué de un lado a otro hasta que la sangre brotó y empapó la ropa de cama: todavía lamentaba «¡Déjame entrar!» y mantenía su tenaz presa, casi enloqueciendo de miedo.

—¡Cómo puedo hacerlo! —dije al fin—. ¡Suéltame si quieres que te deje entrar!

Los dedos se relajaron; retiré los míos de golpe por el agujero, amontoné apresuradamente los libros en pirámide contra él y me tapé los oídos para no escuchar el lastimero ruego.

Me pareció tenerlos tapados durante más de un cuarto de hora; sin embargo, en el instante en que volví a escuchar, ¡allí estaba el plañidero gemido!

—¡Vete! —grité—. ¡No te dejaré entrar aunque supliques veinte años!

—Llevan veinte años —gimió la voz—. ¡Veinte años llevo vagando!

Entonces empezó un débil arañar desde fuera, y el montón de libros se movió como si lo empujaran.

Intenté levantarme de un salto; pero no pude mover un solo miembro; y entonces grité en voz alta, en un frenesí de terror.

Para mi confusión, descubrí que el grito no era ideal: unos pasos apresurados se acercaron a la puerta de mi habitación; alguien la abrió de un empujón enérgico, y una luz parpadeó a través de los cuadros en lo alto de la cama. Me quedé sentado, temblando todavía y enjugándome la transpiración de la frente: el intruso pareció vacilar, y se habló a sí mismo en voz baja.

Por fin dijo, en un semisusurro, sin esperar evidentemente respuesta:

—¿Hay alguien aquí?

Creí conveniente confesar mi presencia; pues reconocí los acentos de Heathcliff y temía que buscara más lejos si guardaba silencio.

Con esta intención, me volví y abrí los paneles. No olvidaré en mucho tiempo el efecto que produjo mi acción.

Heathcliff estaba de pie cerca de la entrada, en camisa y pantalones; con una vela que le goteaba sobre los dedos, y el rostro tan blanco como la pared que tenía detrás. El primer crujido del roble le sacudió como una descarga eléctrica: la luz saltó de su mano a cierta distancia, y su agitación era tan extrema que apenas podía recogerla.

—No soy más que su huésped, señor —grité, deseando ahorrarle la humillación de revelar mayor cobardía—. Tuve la desgracia de gritar mientras dormía, a causa de una pesadilla espantosa. Siento haberle molestado.

—¡Oh, maldita sea usted, señor Lockwood! ¡Ojalá estuviera usted en el...! —empezó mi anfitrión, colocando la vela en una silla, pues le resultaba imposible sostenerla en alto—. ¿Y quién le subió a esta habitación? —continuó, hundiéndose las uñas en las palmas y apretando los dientes para dominar las convulsiones de sus músculos maxilares—. ¿Quién fue? ¡Estoy por echarle de la casa ahora mismo!

—Fue su criada Zillah —respondí, tirándome al suelo y poniéndome rápidamente la ropa—. No me importaría que lo hiciera, señor Heathcliff; bien merecido lo tiene. Supongo que quería obtener otra prueba de que el lugar está encantado, a mi costa. Pues bien, lo está: ¡repleto de fantasmas y duendes! Tiene usted razón en tenerlo cerrado, se lo aseguro. ¡Nadie le agradecería una cabezada en semejante guarida!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Heathcliff—. ¿Y qué está usted haciendo? Échese y acabe la noche, ya que está aquí; pero, ¡por el amor de Dios!, no repita ese horrible griterío: nada puede excusarlo, ¡salvo que le estuvieran cortando el cuello!

—Si el pequeño demonio hubiera logrado entrar por la ventana, probablemente me habría estrangulado —repliqué—. No pienso soportar de nuevo las persecuciones de sus hospitalarios antepasados. ¿Era el Reverendo Jabez Branderham pariente suyo por parte de madre? ¿Y esa pilluela, Catherine Linton o Earnshaw, o como quiera que se llamara? Debía de ser un ser sobrenatural. ¡Malvada almita! Me dijo que había vagado por la tierra durante veinte años: un justo castigo por sus transgresiones mortales, no me cabe duda.

Apenas habían salido estas palabras de mis labios cuando recordé la asociación del nombre de Heathcliff con el de Catherine en el libro, que había escapado completamente de mi memoria hasta ese momento. Me ruboricé por mi inconsideración; pero, sin mostrar mayor conciencia de la falta, me apresuré a añadir: «La verdad es, señor, que pasé la primera parte de la noche...» Aquí me detuve de nuevo; iba a decir «repasando esos viejos volúmenes», pero eso habría revelado mi conocimiento de su contenido escrito, además del impreso; así que, corrigiéndome, continué: «...deletreando el nombre grabado en ese alféizar. Una ocupación monótona, a propósito para dormirme, como contar, o...»

—¡Cómo se atreve a hablarme de esa manera! —tronó Heathcliff con salvaje violencia—. ¡Cómo...! ¡Cómo se atreve, bajo mi techo! ¡Dios! ¡Está loco para hablar así! —Y se golpeó la frente de rabia.

No supe si debía resentirme de ese lenguaje o continuar con mi explicación; pero él parecía tan profundamente afectado que me apiadé y seguí con mis sueños; afirmando que nunca había oído el apelativo de «Catherine Linton» antes de entonces, pero que leerlo repetidamente había producido una impresión que se personificó

cuando ya no tenía mi imaginación bajo control. Heathcliff fue replegándose gradualmente hacia el abrigo de la cama a medida que yo hablaba; sentándose por fin casi oculto tras ella. Adiviné, sin embargo, por su respiración irregular e interceptada, que luchaba por vencer un exceso de violenta emoción. Sin querer demostrarle que había oído el conflicto, continué mi arreglo personal con bastante ruido, miré el reloj y me soliloquicé sobre lo larga que era la noche: «¡Todavía no son las tres! Hubiera jurado que eran las seis. El tiempo se detiene aquí: a buen seguro nos retiramos a las ocho.»

—Siempre a las nueve en invierno, y levantarse a las cuatro —dijo mi anfitrión, reprimiendo un gemido: y según me pareció, por el movimiento de la sombra de su brazo, enjugándose una lágrima de los ojos—. Señor Lockwood —añadió—, puede usted pasar a mi habitación: sólo estará en estorbo si baja tan temprano; y su infantil gritería ha ahuyentado el sueño para mí.

—Y para mí también —repliqué—. Saldré al patio hasta que amanezca, y luego me marcharé; y puede usted estar seguro de que no temerá la repetición de mi intrusión. Estoy convencido de que un hombre sensato puede encontrar en sí mismo suficiente compañía.

—¡Deliciosa compañía! —murmuró Heathcliff—. Tome la vela y vaya donde quiera. Iré a reunirme con usted en seguida. No se acerque al patio, sin embargo; los perros están desencadenados; y la casa... Juno monta guardia allí y... bueno, sólo puede deambular por los escalones y los pasillos. ¡Pero váyase! Estaré con usted en dos minutos.

Obedecí en la medida de abandonar la habitación; cuando, sin saber adónde llevaban los estrechos corredores, me detuve inmóvil y fui testigo involuntario de una muestra de superstición de parte de mi casero que desmentía, de modo curioso, su aparente sensatez. Subió a la cama y descerrajó el postigo, rompiéndose en un incontenible acceso de llanto al tirar de él. «¡Entra, entra!», sollozó. «¡Cathy, ven! ¡Oh, ven, una vez más! ¡Oh, corazón de mi corazón! ¡Escúchame esta vez, Catherine, al fin!» El espectro mostró la caprichosidad habitual de un espectro: no dio señal alguna de existir; pero el viento y la nieve giraban furiosamente hacia adentro, alcanzando incluso mi posición y apagando la luz.

Había tal angustia en el torrente de pena que acompañaba a aquel delirio, que mi compasión me hizo pasar por alto su necedad, y me alejé, medio enojado por haber escuchado, y molesto por haber referido mi ridícula pesadilla, ya que eso le había producido aquella agonía; aunque el porqué estaba más allá de mi comprensión. Bajé con cautela a las dependencias inferiores y aterricé en la trascocina, donde el resplandor de un fuego atizado en montón me permitió reavivar mi vela. No se movía nada, salvo un gato gris atigrado que se deslizó de entre las cenizas y me saludó con un maullido quejumbroso.

Dos bancos, curvados en sectores de círculo, cerraban casi por completo el hogar; sobre uno de ellos me tendí, y Grimalkin se subió al otro. Los dos cabeceábamos antes de que nadie invadiera nuestro retiro; y entonces fue Joseph quien entró, arrastrando los pies por una escalera de madera que desaparecía en el techo, a través de una trampilla: el acceso a su desván, supongo. Echó una mirada siniestra a la pequeña llama que yo había atraído a juguetear entre los hierros, barrió al gato de su elevada posición y,

instalándose en el hueco, empezó la operación de cargar una pipa de tres centímetros con tabaco. Mi presencia en su sanctasanctórum era evidentemente considerada una insolencia demasiado vergonzosa para merecer un comentario: aplicó silenciosamente el tubo a los labios, cruzó los brazos y lanzó bocanadas. Le dejé disfrutar del placer sin molestarlo; y después de chupar la última espiral de humo y exhalar un profundo suspiro, se levantó y se alejó tan solemnemente como había llegado.

Unos pasos más ágiles entraron a continuación; y ahora abrí la boca para dar los buenos días, pero la cerré de nuevo sin conseguirlo; pues Hareton Earnshaw estaba recitando sus oraciones sotto voce en una serie de maldiciones dirigidas contra cada objeto que tocaba, mientras rebuscaba en un rincón una pala o un azadón para abrir camino entre los ventisqueros. Echó un vistazo por encima del respaldo del banco, dilató las ventanas de la nariz y pensó tan poco en el intercambio de cortesías conmigo como con mi compañero el gato. Adiviné por sus preparativos que se permitía la salida al exterior y, abandonando mi duro diván, hice un movimiento para seguirle. Él lo notó y empujó con el extremo de su pala una puerta interior, indicando con un sonido inarticuado que aquel era el lugar adonde debía ir si cambiaba de posición.

Daba a la casa, donde las mujeres estaban ya de pie: Zillah soplando llamaradas hacia la chimenea con un enorme fuelle, y la señora Heathcliff arrodillada en el hogar, leyendo un libro a la luz del fuego. Mantenía la mano interpuesta entre el calor del fuego y sus ojos, y parecía absorta en su tarea; dejándola sólo para reñir a la criada por cubrirla de chispas, o para apartar a un perro que de cuando en cuando le metía el hocico en la cara con demasiada familiaridad. Me sorprendió ver también allí a Heathcliff. Estaba

junto al fuego, de espaldas a mí, terminando una violenta escena con la pobre Zillah; que de vez en cuando interrumpía su labor para recoger la punta de su delantal y exhalar un indignado gemido.

—¡Y tú, inútil...! —irrumpió al entrar yo, volviéndose a su nuera y empleando un epíteto tan inofensivo como «pata» o «borrego», pero que generalmente se representa con una raya—. ¡Ahí estás, con tus viejas mañas otra vez! ¡Los demás se ganan el pan; tú vives de mi caridad! ¡Guarda esa basura y encuentra algo que hacer. ¡Me pagarás el tormento de tenerte eternamente a la vista, ¿me oyes, maldita alharaca?

—Guardaré la basura porque puede obligarme a hacerlo si me niego —respondió la joven, cerrando el libro y arrojándolo a una silla—. ¡Pero no haré nada, aunque se deje la lengua en ello, excepto lo que me plazca!

Heathcliff levantó la mano, y la oradora saltó a una distancia prudente, evidentemente familiarizada con su peso. Sin ningún deseo de ser entretenido por una pelea de perros y gatos, avancé con decisión, como si tuviera muchas ganas de disfrutar del calor del hogar e ignorando por completo la disputa interrumpida. Cada uno tuvo suficiente decoro para suspender las hostilidades: Heathcliff guardó los puños, tentadores, en los bolsillos; la señora Heathcliff torció los labios y se fue a un asiento lejano, donde cumplió su palabra haciendo el papel de estatua durante el resto de mi visita. Esta no fue larga. Decliné unirme a su desayuno, y al primer asomo de la aurora aproveché la oportunidad de escapar al aire libre, ahora claro, y quieto, y frío como hielo impalpable.

Mi casero me llamó a gritos para que me detuviera antes de llegar al fondo del jardín y se ofreció a acompañarme por el páramo. Hizo

bien, pues toda la ladera de la colina era un único y ondulante océano blanco; los montículos y los valles no indicaban elevaciones ni depresiones correspondientes en el terreno: muchos hoyos, al menos, estaban rellenos a ras; y hileras enteras de montones, los desechos de las canteras, borrados del mapa que mi paseo de ayer había dejado grabado en mi mente. Había reparado a un lado del camino, a intervalos de seis o siete metros, en una hilera de piedras verticales que continuaba a lo largo de toda la extensión del páramo: se habían erigido y encalado a propósito para servir de guía en la oscuridad, y también cuando una nevada como la presente confundía los profundos pantanos de uno y otro lado con el camino más firme; pero, a excepción de un sucio punto que asomaba aquí y allá, todos los rastros de su existencia habían desaparecido; y mi compañero se vio en la necesidad de advertirme con frecuencia que torciera a la derecha o a la izquierda, cuando yo creía que seguía correctamente los giros del camino.

Apenas intercambiamos palabra, y él se detuvo a la entrada del Parque de Thrushcross, diciéndome que no podría perderme. Nuestros adioses se redujeron a un apresurado gesto de cabeza, y luego me lancé hacia adelante, confiando en mis propios recursos; pues la caseta del guarda está aún sin ocupar. La distancia desde la verja a la Granja es de tres kilómetros; creo que logré convertirlos en seis, con los rodeos por entre los árboles y hundiéndome en la nieve hasta el cuello: un aprieto que sólo quienes lo han experimentado pueden apreciar. En cualquier caso, cualesquiera que fueran mis andanzas, el reloj dio las doce cuando entré en la casa; y eso da exactamente una hora por kilómetro del camino habitual desde Cumbres Borrascosas.

Mi inmueble viviente y sus acompañantes se precipitaron a darme la bienvenida; exclamando alborozados que me habían dado por muerto por completo: todo el mundo conjeturaba que había perecido la noche anterior, y se preguntaban cómo debían emprender la búsqueda de mis restos. Les mandé que se callaran, una vez que me vieron de vuelta, y, entumecido hasta el corazón, subí a rastras la escalera; desde donde, tras ponerme ropa seca y pasearme de un lado a otro durante treinta o cuarenta minutos para restablecer el calor animal, me retiré a mi estudio, débil como un gatito: casi demasiado débil para disfrutar del alegre fuego y el humeante café que el criado había preparado para mi refresco.

05

Capítulo IV

Empieza: «¡Qué veletas somos! Yo, que había resuelto mantenerme independiente de todo trato social, y daba gracias a mi buena estrella por haber...»

¡Qué veletas somos! Yo, que había resuelto mantenerme independiente de todo trato social, y daba gracias a mi buena estrella por haber dado al fin con un lugar donde eso era casi impracticable; yo, miserable débil, después de librar hasta el anochecer una batalla con el abatimiento y la soledad, me vi finalmente obligado a arriar bandera; y con pretexto de obtener información sobre las necesidades de mi casa, rogué a la señora Dean, cuando trajo la cena, que se sentara mientras yo comía; confiando sinceramente en que resultaría ser una charlatana consumada que o me animara o me adormeciera con su conversación.

—Lleva usted bastante tiempo aquí —empecé—. ¿No dijo que dieciséis años?

—Dieciocho, señor: vine cuando se casó la señora, para servirla; después de que ella muriera, el amo me retuvo como ama de llaves.

—Ya veo.

Siguió una pausa. No era charlatana, me temía; a menos que fuera sobre sus propios asuntos, y esos difícilmente podían interesarme.

Sin embargo, después de reflexionar un rato, con los puños sobre cada rodilla y una nube de meditación sobre su sonrosada fisonomía, exclamó: «¡Ah, los tiempos han cambiado mucho desde entonces!»

—Sí —observé—, supongo que habrá visto usted bastantes transformaciones.

—Muchas: y también penas —dijo.

«¡Ah, voy a dirigir la conversación hacia la familia de mi casero!», pensé. «¡Un buen tema para empezar! Y esa linda joven viuda; me gustaría conocer su historia: si es natural del país o, como es más probable, una planta exótica que los hoscos indígenas no reconocen como de su especie.» Con esta intención le pregunté a la señora Dean por qué Heathcliff arrendaba la Granja de Thrushcross y prefería vivir en un emplazamiento y una residencia tan inferiores. «¿No es lo bastante rico para mantener la finca en buen estado?», inquirí.

—¿Rico, señor! —respondió—. Tiene un dinero que nadie sabe cuánto es, y cada año aumenta. Sí, sí, es bastante rico para vivir en una casa mejor que ésta; pero es muy mezquino, muy agarrado; y si tenía intención de trasladarse a la Granja de Thrushcross, en cuanto se enteró de que había un buen inquilino no habría podido resistirse a la oportunidad de sacar unos cientos de libras más. ¡Es raro que la gente sea tan codiciosa cuando está sola en el mundo!

—Tuvo un hijo, según parece.

—Sí, tuvo uno; ya ha muerto.

—¿Y esa joven, la señora Heathcliff, es su viuda?

—Sí.

—¿De dónde era originalmente?

—Pues, señor, es la hija de mi difunto amo: Catherine Linton era su nombre de soltera. Yo la crié, ¡pobre criatura! Ojalá el señor Heathcliff se hubiera instalado aquí, y así podríamos haber vuelto a estar juntas.

—¿Cómo! ¿Catherine Linton? —exclamé, asombrado. Pero un momento de reflexión me convenció de que no era mi Catherine fantasmal—. Entonces —proseguí—, ¿el nombre de mi predecesor era Linton?

—Así es.

—¿Y quién es ese Earnshaw, Hareton Earnshaw, que vive con el señor Heathcliff? ¿Son parientes?

—No; es el sobrino de la difunta señora Linton.

—¿El primo de la joven, entonces?

—Sí; y su marido también era primo suyo: uno por parte de madre, el otro por parte de padre. Heathcliff se casó con la hermana del señor Linton.

—Veo que la casa de Cumbres Borrascosas tiene «Earnshaw» tallado sobre la puerta principal. ¿Son una familia antigua?

—Muy antigua, señor; y Hareton es el último de ellos, igual que nuestra señorita Cathy lo es de los nuestros, es decir, de los Linton. ¿Ha estado usted en Cumbres Borrascosas? Perdone que le pregunte; pero me gustaría saber cómo está ella.

—¿La señora Heathcliff? Tenía muy buen aspecto y era muy hermosa; aunque, creo, no muy feliz.

—¡Dios mío, no me extraña! ¿Y qué le pareció el amo?

—Un tipo bastante brusco, señora Dean. ¿No es ése su carácter?

—¡Brusco como un serrucho y duro como granito! Cuanto menos trato tenga con él, mejor.

—Debe de haber sufrido sus altibajos en la vida para volverse tan huraño. ¿Sabe algo de su historia?

—La suya es la historia del cuclillo, señor; sé todo de ella, salvo dónde nació, quiénes fueron sus padres y cómo consiguió su dinero en un principio. Y a Hareton lo han echado del nido como a un pardillo sin plumas. El desgraciado mozo es el único en toda esta parroquia que no adivina cómo le han engañado.

—Bien, señora Dean, sería una obra de caridad contarme algo de mis vecinos: presiento que no podré descansar si me acuesto; así que tenga la bondad de quedarse y charlar una hora.

—¡Oh, desde luego, señor! Voy a buscar un poco de costura y me quedaré cuanto quiera. Pero usted ha cogido un resfriado: le vi temblar, y tiene que tomar un poco de gachas para ahuyentarlo.

La buena mujer salió a toda prisa, y yo me acurruqué más cerca del fuego; la cabeza me ardía y el resto del cuerpo estaba helado; además, estaba excitado, casi hasta el punto de la insensatez, por mis nervios y mi mente. Esto me hacía sentir, no incómodo, sino más bien temeroso (como sigo estándolo) de los graves efectos que podrían tener los sucesos de hoy y de ayer. Ella regresó poco después, trayendo un cuenco humeante y una cesta de costura; y

habiendo colocado el primero sobre la rejilla del fuego, arrimó su silla, evidentemente satisfecha de encontrarme tan dispuesto a la conversación.

* * * * * *

Antes de venir a vivir aquí, comenzó ella, sin esperar más invitación para su relato, estaba casi siempre en Cumbres Borrascosas, porque mi madre había criado al señorito Hindley Earnshaw, que era el padre de Hareton, y me acostumbré a jugar con los niños: también hacía recados, ayudaba en la siega y merodeaba por la granja dispuesta para lo que fuera. Una hermosa mañana de verano —era el comienzo de la cosecha, recuerdo—, el señor Earnshaw, el viejo amo, bajó las escaleras vestido para un viaje; y después de decirle a Joseph lo que había que hacer durante el día, se volvió a Hindley, a Cathy y a mí, pues me senté a comer el potaje con ellos, y dijo, dirigiéndose a su hijo: «Vamos, muchacho, hoy me voy a Liverpool, ¿qué quieres que te traiga? Puedes elegir lo que quieras; con tal que sea algo pequeño, pues iré y volveré a pie: sesenta millas de ida y otras tantas de vuelta, que es una buena caminata.» Hindley pidió un violín, y luego él le preguntó a la señorita Cathy; tenía escasamente seis años, pero podía montar cualquier caballo del establo, y eligió un látigo. No se olvidó de mí; porque tenía buen corazón, aunque a veces era bastante severo. Me prometió traerme un bolsillo lleno de manzanas y peras, y luego besó a sus hijos, se despidió y se puso en camino.

Los tres días de su ausencia se nos hicieron largos a todos, y la pequeña Cathy preguntaba a menudo cuándo volvería. La señora Earnshaw le esperaba para cenar la tercera tarde, y fue retrasando la comida hora tras hora; pero no había señales de que llegara, y al

final los niños se cansaron de correr a la verja a mirar. Oscureció; ella habría querido que se fueran a la cama, pero ellos suplicaron con tal pena que les dejara quedarse levantados; y justo alrededor de las once la aldaba de la puerta se levantó suavemente y entró el amo. Se dejó caer en una silla, riendo y quejándose, y les mandó a todos que se apartaran, pues estaba medio muerto; no habría dado semejante caminata por los tres reinos.

«¡Y al final de todo esto, llevarse semejante susto!», dijo, abriendo el amplio abrigo que tenía acunado en los brazos. «¡Mira aquí, mujer! En mi vida me ha vencido nada de esta manera; pero lo tienes que tomar como un regalo de Dios, aunque es tan oscuro que casi parece venido del diablo.»

Nos agolpamos alrededor, y por encima de la cabeza de la señorita Cathy eché un vistazo a un niño sucio, harapiento y de pelo negro; bastante mayor para andar y hablar: en efecto, su cara parecía mayor que la de Catherine; y sin embargo, cuando lo pusieron en pie, no hizo más que mirar alrededor y repetir una y otra vez una jerigonza que nadie podía entender. Yo me asusté, y la señora Earnshaw estaba dispuesta a tirarlo por la puerta: sí que se enfureció, preguntando cómo había tenido la ocurrencia de traer a casa esa criatura gitana cuando tenían sus propios hijos a los que alimentar y cuidar. ¿Qué pensaba hacer con él, y si estaba loco? El amo intentó explicar el asunto; pero estaba realmente medio muerto de fatiga, y lo único que logré entender entre los regaños de ella fue una historia de cómo lo había visto muerto de hambre, sin casa y como mudo por las calles de Liverpool, donde lo recogió e indagó por su dueño. Nadie sabía a quién pertenecía, dijo; y como su dinero y su tiempo eran limitados los dos, pensó que era mejor llevárselo a casa de inmediato que incurrir en vanos gastos allí:

porque estaba resuelto a no dejarlo como lo había encontrado. El caso es que mi señora se gruñó hasta calmarse; y el señor Earnshaw me dijo que lo lavara, le diera ropa limpia y lo dejara dormir con los niños.

Hindley y Cathy se contentaron con mirar y escuchar hasta que se restableció la paz; luego los dos se pusieron a rebuscar en los bolsillos de su padre los regalos que les había prometido. El primero tenía catorce años, pero cuando sacó lo que había sido un violín, hecho añicos en el abrigo, se echó a llorar a lágrima viva; y Cathy, cuando supo que el amo había perdido su látigo atendiendo al extraño, manifestó su carácter haciendo muecas y escupiéndole a la estúpida criatura, ganándose por ello un buen golpe de su padre que le enseñara modales más limpios. Se negaron rotundamente a tenerlo en la cama con ellos, ni siquiera en su habitación; y yo no tuve más sensatez, así que lo puse en el descansillo de la escalera, confiando en que por la mañana hubiera desaparecido. Por casualidad, o atraído por oír su voz, se arrastró hasta la puerta del señor Earnshaw, y allí lo encontró éste al salir de su habitación. Se hicieron preguntas sobre cómo había llegado allí; me vi obligada a confesar, y en recompensa por mi cobardía e inhumanidad me echaron de la casa.

Así fue como Heathcliff entró por primera vez en la familia. Al volver unos días después (pues yo no consideraba que mi destierro fuera perpetuo), encontré que le habían puesto de nombre «Heathcliff»: era el nombre de un hijo que murió en la infancia, y le ha servido desde entonces tanto de nombre de pila como de apellido. La señorita Cathy y él eran ya muy amigos; pero Hindley le odiaba: y a decir verdad yo también; y le martirizamos y nos portamos con él de una manera vergonzosa, pues yo no tenía

bastante sensatez para reconocer mi injusticia, y la señora nunca intercedía por él cuando le veía maltratado.

Parecía un niño hosco y paciente; endurecido, quizás, al maltrato: soportaba los golpes de Hindley sin pestañear ni derramar una lágrima, y mis pellizcos sólo le movían a tomar aliento y abrir los ojos, como si se hubiera hecho daño por descuido y nadie fuera culpable. Esta resignación enardecía al viejo Earnshaw cuando descubría que su hijo perseguía al pobre niño sin padre, como le llamaba. Se encariñó con Heathcliff de una manera extraña, creyéndole en todo lo que decía (si bien era verdad que decía muy poco, y generalmente la verdad), y mimándole muy por encima de Cathy, que era demasiado traviesa y caprichosa para ser una favorita.

Así, desde el principio, sembró mal ambiente en la casa; y a la muerte de la señora Earnshaw, ocurrida menos de dos años después, el joven amo había aprendido a considerar a su padre más como a un opresor que como a un amigo, y a Heathcliff como un usurpador del afecto de su progenitor y de sus privilegios; y fue amargándose rumiando esos agravios. Yo simpaticé durante un tiempo; pero cuando los niños enfermaron del sarampión y hube de cuidarlos y asumir de pronto las obligaciones de una mujer adulta, cambié de idea. Heathcliff estuvo gravemente enfermo; y mientras yacía en lo peor, quería que yo estuviera constantemente a su lado: supongo que sentía que yo hacía mucho por él, y no tenía el ingenio de adivinar que yo estaba obligada a hacerlo. Sin embargo, diré esto: era el niño más tranquilo que jamás haya velado una enfermera. La diferencia entre él y los demás me forzó a ser menos parcial. Cathy y su hermano me atormentaban de un modo terrible: él era tan poco quejumbroso como un cordero;

aunque era la dureza, no la dulzura, lo que le hacía dar tan poco trabajo.

Salió adelante, y el médico afirmó que se debía en gran medida a mí, y me elogió por mi cuidado. Me enorgullecí de sus elogios y me ablandé hacia el ser gracias a quien los gané, y así Hindley perdió su último aliado: con todo, yo no podía encariñarme con Heathcliff, y a menudo me preguntaba qué veía mi amo para admirar tanto en aquel chico hosco, que nunca, que yo recuerde, recompensó su indulgencia con ninguna muestra de gratitud. No era insolente con su bienhechor, simplemente era insensible; aunque sabía perfectamente el ascendiente que tenía sobre su corazón, y era consciente de que bastaba con que hablara para que toda la casa se viera obligada a doblarse a sus deseos. A modo de ejemplo, recuerdo que el señor Earnshaw compró un día en la feria parroquial un par de potros y le dio uno a cada muchacho. Heathcliff se quedó con el más hermoso, pero pronto quedó cojo; y cuando lo descubrió, le dijo a Hindley:

—Tienes que cambiarme los caballos: el mío no me gusta; y si no quieres, le diré a tu padre los tres palizas que me has dado esta semana y le enseñaré el brazo, que lo tengo negro hasta el hombro. —Hindley le sacó la lengua y le dio un coscorrón—. Mejor que lo hagas de una vez —insistió, escabulléndose al porche (estaban en el establo)—: tendrás que hacerlo; y si hablo de esos golpes, te los volverán a dar con intereses.

—¡Fuera, perro! —gritó Hindley, amenazándole con una pesa de hierro de las de pesar patatas y heno.

—Tírala —respondió, sin moverse—, y entonces contaré cómo te jactaste de que me echarías de la casa en cuanto él muriera, y

veremos si no te echa él a ti directamente.

Hindley la tiró, dándole en el pecho, y él cayó al suelo, pero se levantó enseguida, sin aliento y pálido; y de no haberlo yo impedido, habría ido así mismo ante el amo y se habría tomado plena venganza dejando que su estado hablara por él, insinuando quién lo había causado.

—¡Tómate mi potro, gitano! —dijo el joven Earnshaw—. Y ruego a Dios que te parta el cuello: tómatelo, y maldito seas, ¡intruso mendicante! Y engaña a mi padre para sacarle todo lo que tiene: sólo enséñale después lo que eres, criatura del demonio. ¡Y toma esto, que ojalá te rompa el cráneo!

Heathcliff había ido a desatar la bestia y a trasladarla a su propio pesebre; pasaba por detrás cuando Hindley puso fin a su discurso tumbándolo bajo sus cascos, y sin detenerse a comprobar si sus deseos se habían cumplido, salió corriendo lo más rápido que pudo. Me sorprendió ver con qué sangre fría el niño se levantó y continuó con su propósito; cambiando los aparejos y todo, y luego sentándose sobre un haz de heno para sobreponerse al mareo que le causó el violento golpe, antes de entrar en la casa. Le convencí fácilmente de que dejara que yo echara la culpa de sus moratones al caballo: le importaba poco qué historia se contaba, con tal de que obtuviera lo que quería. Se quejaba tan pocas veces, en efecto, de este tipo de alborotos, que en verdad le creía sin rencor: me equivocaba por completo, como ya oirá.

06

Capítulo V

Empieza: «Con el paso del tiempo el señor Earnshaw empezó a declinar. Había sido un hombre activo y saludable, pero las fuerzas le...»

Con el paso del tiempo el señor Earnshaw empezó a declinar. Había sido un hombre activo y saludable, pero las fuerzas le abandonaron de repente; y cuando quedó recluido junto al rincón de la chimenea se volvió terriblemente irritable. Cualquier nadería le contrariaba; y los agravios que imaginaba a su autoridad casi le producían ataques. Esto se hacía notar especialmente si alguien intentaba engañar o tiranizar a su favorito: sentía una enojosa desazón si se decía una sola palabra inapropiada a Heathcliff; como si se le hubiera metido en la cabeza la idea de que, porque él le quería, todos le odiaban y ansiaban hacerle algún daño. Esto fue un inconveniente para el muchacho; pues los más benévolos entre nosotros no queríamos disgustar al amo, así que complacíamos su parcialidad; y esa complacencia era un rico alimento para el orgullo y el mal carácter del niño. Con todo, llegó a ser de algún modo necesaria; dos o tres veces, las manifestaciones de desprecio de Hindley en presencia de su padre enardecieron al anciano hasta la furia: empuñó el bastón para golpearle, y temblaba de rabia al no poder hacerlo.

Por fin, nuestro párroco (teníamos entonces un párroco que se costeaba el beneficio dando clases a los pequeños Linton y Earnshaw, y labrando él mismo su pedazo de tierra) aconsejó que el joven fuera enviado a la universidad; y el señor Earnshaw lo consintió, aunque con pesadumbre, pues dijo que «Hindley no valía nada y nunca prosperaría allí donde anduviera».

Yo esperaba de todo corazón que tuviéramos paz ahora. Me dolía pensar que el amo tuviera que sentirse perturbado por su propia buena acción. Me imaginaba que el descontento de la vejez y la enfermedad provenía de sus desavenencias familiares; como él quería que así fuera: en realidad, ya sabe usted, señor, era su cuerpo que se apagaba. Con todo, podríamos haber salido adelante tolerablemente, de no ser por dos personas: la señorita Cathy y Joseph, el criado; lo habrá visto usted, supongo, ahí arriba. Él era, y sigue siendo muy probablemente, el fariseo más fastidiosamente pagado de sí mismo que jamás haya escudriñado una Biblia para apropiarse de las promesas y arrojar las maldiciones a sus vecinos. Con su maña para los sermones y las piadosas disertaciones se las arregló para causar una gran impresión en el señor Earnshaw; y cuanto más débil se iba poniendo el amo, más influencia ganaba él. Era implacable en martillearle sobre las preocupaciones de su alma y sobre la necesidad de gobernar a sus hijos con mano dura. Le animó a considerar a Hindley un réprobo; y noche tras noche le machacaba regularmente con un largo rosario de acusaciones contra Heathcliff y Catherine: cuidando siempre de halagar la debilidad de Earnshaw cargando la culpa más pesada sobre la última.

Ciertamente, ella tenía unas maneras que nunca vi adoptar a otro niño; y nos exasperaba a todos cincuenta veces al día y con más

frecuencia: desde la hora en que bajaba hasta la hora en que se acostaba, no teníamos un minuto de seguridad de que no estuviera haciendo alguna travesura. Sus ánimos estaban siempre en lo más alto, su lengua siempre en movimiento: cantando, riendo y fastidiando a todo el que no hacía lo mismo. Era una criatura salvaje y traviesa; pero tenía los ojos más bonitos, la sonrisa más dulce y el paso más ligero de la parroquia; y, después de todo, creo que no tenía mala intención; pues cuando lograba hacerte llorar de veras, rara vez ocurría que no te acompañara y te obligara a callarte para poder consolarte. Era demasiado aficionada a Heathcliff. El mayor castigo que podíamos inventar para ella era tenerla separada de él; y sin embargo, se la regañaba más que a ninguno de nosotros por su causa. En el juego, le encantaba hacer el papel de señorita, usando libremente las manos y dando órdenes a sus compañeros: lo hacía conmigo, pero yo no toleraba bofetones ni órdenes; y así se lo hice saber.

Ahora bien, el señor Earnshaw no entendía las bromas de sus hijos: siempre había sido estricto y grave con ellos; y Catherine, por su parte, no tenía la menor idea de por qué su padre debía ser más malhumorado e impaciente en su estado de enfermedad que en sus años de vigor. Sus regaños caprichosos despertaban en ella un placer travieso de provocarle: nunca era tan feliz como cuando todos le regañábamos a la vez y ella nos desafiaba con su mirada atrevida y desvergonzada y sus palabras prontas; convirtiendo las maldiciones religiosas de Joseph en burla, picándome a mí, y haciendo exactamente lo que su padre más detestaba: demostrando cómo su supuesta insolencia, que él creía real, tenía más poder sobre Heathcliff que su amabilidad; cómo el muchacho haría su voluntad en cualquier cosa, y la del señor Earnshaw sólo

cuando le convenía a él. Después de portarse lo peor posible todo el día, a veces venía a hacerse perdonar por la noche. «Vamos, Cathy», solía decir el anciano, «no puedo quererte; eres peor que tu hermano. Ve, reza tus oraciones, niña, y pide perdón a Dios. Me temo que tu madre y yo tenemos mucho que lamentarnos de haberte criado.» Eso la hacía llorar al principio; y luego el ser rechazada continuamente la endureció, y se reía si yo le decía que se disculpara por sus faltas y pidiera que la perdonaran.

Pero llegó por fin la hora que puso fin a los sufrimientos del señor Earnshaw en este mundo. Murió tranquilamente en su silla una tarde de octubre, sentado junto al fuego. Un viento fuerte azotaba la casa y rugía en la chimenea: sonaba agreste y borrascoso, pero no hacía frío, y estábamos todos juntos: yo, un poco apartada del hogar, ocupada en mi tejido, y Joseph leyendo la Biblia junto a la mesa (pues entonces los criados se sentaban generalmente en la casa al terminar el trabajo). La señorita Cathy había estado enferma, y eso la había tranquilizado; estaba recostada contra la rodilla de su padre, y Heathcliff yacía en el suelo con la cabeza en el regazo de ella. Recuerdo que el amo, antes de quedarse adormilado, le acariciaba el bonito cabello —le complacía sobremanera verla apacible—, diciéndole: «¿Por qué no puedes ser siempre una niña buena, Cathy?» Y ella volvió el rostro hacia el suyo y se rió, y respondió: «¿Y por qué no puede usted ser siempre bueno, padre?» Pero en cuanto le vio contrariado de nuevo, le besó la mano y dijo que le cantaría hasta que se durmiera. Empezó a cantar muy bajito, hasta que los dedos de él se soltaron de los de ella y la cabeza cayó sobre el pecho. Entonces le dije que callara y no se moviera, por si le despertaba. Todos permanecimos en silencio como ratones durante media hora entera, y habríamos

seguido así más tiempo, de no ser porque Joseph, habiendo terminado su Capítulo, se levantó y dijo que tenía que despertar al amo para las oraciones y la cama. Avanzó, le llamó por su nombre y le tocó el hombro; pero él no se movía: así que cogió la vela y le miró. Al dejar la luz, me pareció que algo iba mal; y agarrando a los niños cada uno por un brazo, les susurró que subieran al piso de arriba y no armaran ruido: que podían rezar solos esa noche; que él tenía algo que hacer.

—Antes voy a dar las buenas noches a padre —dijo Catherine, echándole los brazos al cuello antes de que pudiéramos impedírselo.

La pobre se dio cuenta de su pérdida en el acto y gritó: «¡Oh, está muerto, Heathcliff! ¡Está muerto!» Y los dos rompieron a llorar con un sollozo desgarrador.

Uní mi llanto al de ellos, alto y amargo; pero Joseph preguntó en qué estaríamos pensando para berrear de ese modo sobre un santo en el cielo. Me mandó que me pusiera la capa y fuera corriendo a Gimmerton a buscar al médico y al párroco. En ese momento no alcanzaba a ver de qué utilidad podría ser ninguno de los dos. Con todo, fui, bajo el viento y la lluvia, y traje de vuelta a uno de ellos, el médico; el otro dijo que vendría por la mañana. Dejando a Joseph que explicara el asunto, corrí al cuarto de los niños: la puerta estaba entornada; vi que no se habían acostado, aunque era pasada la medianoche; pero estaban más tranquilos y no me necesitaban para consolarlos. Las pequeñas almas se consolaban mutuamente con pensamientos mejores que los que yo hubiera podido darles: ningún párroco del mundo ha descrito jamás el cielo con tanta hermosura como ellos lo hicieron en su inocente conversación; y

mientras yo sollozaba escuchando, no pude evitar desear que estuviéramos todos allí a salvo y juntos.

07

Capítulo VI

Empieza: «El señor Hindley llegó a casa para el entierro; y —algo que nos dejó atónitos y dio que hablar a los vecinos...»

El señor Hindley llegó a casa para el entierro; y —algo que nos dejó atónitos y dio que hablar a los vecinos a diestro y siniestro— trajo una esposa consigo. Lo que era ella y dónde había nacido, nunca nos lo informó: probablemente no tenía dinero ni nombre que la recomendaran, pues de lo contrario difícilmente habría ocultado la unión a su padre.

No era de las que hubieran perturbado la casa mucho por cuenta propia. Cada objeto que veía, en el momento de cruzar el umbral, parecía deleitarla; y cada circunstancia que ocurría a su alrededor: salvo los preparativos del entierro y la presencia de los deudos. Me pareció medio tonta por su comportamiento mientras duró aquello: corrió a su habitación y me obligó a ir con ella, aunque yo debería haber estado vistiendo a los niños; y allí se quedó temblando y retorciéndose las manos, preguntando repetidamente: «¿Ya se han ido?» Luego empezó a describir con emoción histérica el efecto que le producía ver el negro; y se sobresaltó, tembló, y al fin se echó a llorar; y cuando le pregunté qué le ocurría, respondió que no lo sabía; ¡pero que sentía tanto miedo de morirse! Me la imaginé tan poco propensa a morir como yo misma. Era bastante delgada, pero joven, de cutis fresco, y sus

ojos brillaban como diamantes. Sí noté, a decir verdad, que subir las escaleras le hacía respirar con mucha rapidez; que el menor ruido repentino la hacía estremecerse, y que tosía de modo inquietante a veces; pero yo no sabía nada de lo que presagiaban esos síntomas y no sentí ningún impulso de compadecerla. Por lo general no nos adaptamos a los forasteros aquí, señor Lockwood, a menos que ellos se adapten a nosotros primero.

El joven Earnshaw había cambiado considerablemente durante los tres años de su ausencia. Estaba más delgado, había perdido el color y hablaba y se vestía de un modo muy distinto; y el mismísimo día de su regreso le dijo a Joseph y a mí que en adelante tendríamos que instalarnos en la trascocina y dejarle la casa. En realidad, habría alfombrado y empapelado un pequeño cuarto de repuesto a modo de salón; pero su mujer expresó tal placer ante el suelo blanco, la enorme y ardiente chimenea, los platos de peltre y el aparador de loza, la perrera y el amplio espacio que había para moverse en el lugar donde se sentaban habitualmente, que él juzgó innecesario para su comodidad y abandonó la intención.

También expresó su satisfacción por encontrar entre sus nuevas relaciones a una hermana; y charlaba con Catherine, la besaba, corría con ella de un lado a otro y le colmaba de regalos, al principio. Pero su afecto se agotó muy pronto, y cuando se volvió caprichosa, Hindley se volvió tiránico. Unas pocas palabras de ella, manifestando aversión a Heathcliff, bastaron para despertar en él todo su antiguo odio al muchacho. Le expulsó de su compañía relegándole al servicio, le privó de las clases del párroco e insistió en que trabajara al aire libre; obligándole a hacerlo con tanta dureza como a cualquier otro mozo de la granja.

Heathcliff soportó su degradación bastante bien al principio, porque Cathy le enseñaba lo que ella aprendía y trabajaba o jugaba con él en los campos. Los dos prometían crecer tan rudos como salvajes; el joven amo era totalmente negligente en cuanto a cómo se comportaban y qué hacían, con tal de que le dejaran en paz. Ni siquiera se habría preocupado de que fueran a la iglesia los domingos, de no ser porque el párroco y Joseph le reprochaban su descuido cuando se ausentaban; y eso le recordaba que debía ordenar una azotaina para Heathcliff y un ayuno del almuerzo o la cena para Catherine. Pero escaparse a los páramos por la mañana y quedarse allí todo el día era uno de sus principales entretenimientos, y el castigo posterior se convirtió en cosa de risa. El párroco podía encargar a Catherine los Capítulos que quisiera para aprender de memoria, y Joseph podía azotar a Heathcliff hasta cansarse el brazo: lo olvidaban todo en el minuto en que estaban juntos de nuevo; al menos en el minuto en que habían concebido algún plan travieso de venganza; y muchas veces me eché a llorar sola viéndoles cada día más desenfrenados, y yo sin atreverme a pronunciar una sílaba, por temor a perder la poca autoridad que aún conservaba sobre aquellas criaturas sin amparo. Un domingo por la tarde, resultó que los habían expulsado del cuarto de estar por armar escándalo, o por alguna otra falta de ese tipo; y cuando fui a llamarlos para cenar, no los encontré en ninguna parte. Buscamos por la casa, arriba y abajo, y por el patio y los establos; eran invisibles; y al final Hindley, furioso, nos ordenó que echáramos los cerrojos y juró que esa noche no entraría nadie a dejarles pasar. La casa se fue a la cama; y yo, demasiado inquieta para acostarme, abrí mi postigo y saqué la cabeza a escuchar, aunque llovía, resuelta a dejarles entrar a pesar de la prohibición si regresaban. Al poco, oí pasos que subían por el camino, y el

resplandor de un farol destelló por la verja. Me eché un chal sobre la cabeza y salí corriendo a impedirles despertar al señor Earnshaw con sus golpes en la puerta. Era Heathcliff, solo: me sobresalté al verle sin compañía.

—¿Dónde está la señorita Catherine? —exclamé apresurada—. ¡Espero que no haya ningún accidente!

—En la Granja de Thrushcross —respondió—; y yo también habría estado allí, pero no tuvieron la cortesía de invitarme a quedarme.

—¡Bueno, te la vas a ganar! —dije—. No estarás tranquilo hasta que te pongan en la calle. ¿Qué demonios te llevó a merodear por la Granja de Thrushcross?

—Déjame que me quite la ropa mojada y te lo cuento todo, Nelly —respondió. Le advertí que tuviera cuidado de no despertar al amo, y mientras él se desvestía y yo esperaba para apagar la vela, continuó: «Cathy y yo escapamos del lavadero para darnos una vuelta en libertad, y vislumbrando las luces de la Granja, se nos ocurrió que bien podríamos ir a ver si los Linton pasaban los domingos por la tarde temblando en los rincones, mientras su padre y su madre comían, bebían, cantaban y reían, y se quemaban los ojos ante el fuego. ¿Te parece que es así? ¿O leyendo sermones y siendo catequizados por su mayordomo, y poniéndose a aprender de memoria una columna de nombres de la Escritura si no contestaban bien?»

—Probablemente no —respondí—. Son buenos chicos, sin duda, y no merecen el trato que vosotros recibís por vuestra mala conducta.

—No me vengas con moralinas, Nelly —dijo—. ¡Tonterías! Corrimos desde lo alto de las Cumbres hasta el parque sin parar; Catherine perdió la carrera porque iba descalza. Mañana tendrás que buscar sus zapatos en el pantano. Pasamos por un seto roto, nos abrimos camino a tientas por el sendero y nos plantamos en un arriate bajo la ventana del salón. La luz venía de allí; no habían puesto los postigos, y las cortinas estaban sólo a medio correr. Los dos pudimos mirar dentro subiéndonos al zócalo y agarrándonos al alféizar; y vimos... ¡ah! Era hermoso: un espléndido lugar alfombrado de carmesí, con sillas y mesas de carmesí, un techo blanco y puro bordeado de oro, una lluvia de colgantes de cristal en cadenas de plata en el centro, y titilando con menudas velas suaves. El viejo señor y la señora Linton no estaban; Edgar y su hermana lo tenían todo para ellos solos. ¿No deberían haber sido felices? ¡Nos habríamos creído en el paraíso! ¿Y qué estaban haciendo tus buenos niños? Isabella, que creo que tiene once años, uno menos que Cathy, estaba en el extremo más lejano de la habitación chillando como si brujas le clavaran agujas al rojo vivo. Edgar estaba de pie junto al hogar llorando en silencio, y en el centro de la mesa estaba sentado un perrito sacudiendo la pata y gimiendo; el cual, según dedujimos de sus mutuas acusaciones, habían estado a punto de partirlo en dos entre los dos. ¡Los imbéciles! ¡En eso consistía su placer! ¡Disputar a quién le tocaba abrazar un montón de pelo caliente, y los dos ponerse a llorar porque, después de pelearse para conseguirlo, ninguno quería tomarlo! Nos reímos a carcajadas de los mimos esos; ¡los despreciamos de veras! ¿Cuándo me verías tú deseando tener lo que Catherine quería? ¿O encontrarías a los dos solos buscándonos entretenimiento en gritos, sollozos y revolcones por el suelo, separados por toda la anchura de la habitación? No cambiaría por mil vidas mi situación

aquí por la de Edgar Linton en la Granja de Thrushcross; ¡ni aunque tuviera el privilegio de tirar a Joseph desde el frontón más alto, y pintar la fachada con la sangre de Hindley!»

—¡Calla, calla! —interrumpí—. Todavía no me has dicho, Heathcliff, cómo es que se ha quedado atrás Catherine.

—Te dije que nos reímos —respondió—. Los Linton nos oyeron, y de común acuerdo se precipitaron como flechas hacia la puerta; hubo silencio, y luego un grito: «¡Oh, mamá, mamá! ¡Oh, papá! ¡Oh, mamá, ven aquí! ¡Oh, papá, oh!» Realmente chillaron algo así. Hicimos ruidos espantosos para aterrarles aún más, y luego nos bajamos del alféizar porque alguien estaba corriendo los cerrojos y comprendimos que era mejor huir. Llevaba a Cathy de la mano y la urgía a correr, cuando de repente cayó. «¡Corre, Heathcliff, corre!», susurró. «¡Han soltado al bulldog y me sujeta!» El diablo le había agarrado el tobillo, Nelly: le oí resollar de una manera abominable. Ella no gritó: ¡no! Se habría avergonzado de hacerlo aunque la hubieran ensartado en los cuernos de una vaca furiosa. Yo sí: vociferé maldiciones suficientes para aniquilar a cualquier demonio de la cristiandad; y cogí una piedra y la metí entre sus mandíbulas, y me esforcé con todas mis fuerzas por empujarla hasta el gaznate. Un bruto de criado llegó con un farol, gritando: «¡Quédate, Skulker, quédate!» Pero cambió el tono cuando vio el juego de Skulker. Le soltaron al perro; con su enorme lengua morada colgando medio palmo fuera de la boca y los labios goteando de baba sanguinolenta. El hombre cogió a Cathy en brazos; estaba enferma: no de miedo, estoy seguro, sino de dolor. La llevó adentro; yo le seguí, refunfuñando maldiciones y amenazas de venganza. «¿Qué presa traes, Robert?», gritó Linton desde la entrada. «Skulker ha atrapado a una niña, señor»,

respondió; «y hay un chico aquí», añadió, haciendo una presa en mí, «que parece un maleante de primera. Muy probablemente los ladrones les habían mandado por la ventana para abrir las puertas a la banda cuando todos estuvieran dormidos y así poder asesinarles tranquilamente. ¡Cierre la boca, ladrón de mala boca! ¡Irá a la horca por esto! Señor Linton, no suelte el fusil.» «No, no, Robert», dijo el viejo imbécil. «Los bribones sabían que ayer fue el día de la renta: pensaban atraparme bien. Entrad; ya les daré yo una recepción. Allá, John, echa la cadena. Dale agua a Skulker, Jenny. ¡Desafiar a un magistrado en su propia fortaleza, y en domingo además! ¿Dónde va a parar su insolencia? ¡Oh, querida Mary, mira aquí! No tengas miedo, no es más que un niño; y sin embargo en su cara se lee el villano con toda claridad; ¿no sería un beneficio para el país colgarlo ahora mismo, antes de que demuestre su naturaleza en actos además de en su fisonomía?» Me arrastró bajo el candelabro, y la señora Linton se puso las gafas y levantó las manos horrorizada. Los cobardes niños también se acercaron sigilosamente; e Isabella dijo con su ceceo: «¡Cosa espantosa! Métele en el sótano, papá. Se parece exactamente al hijo del adivino que me robó el faisán domesticado. ¿Verdad que sí, Edgar?»

«Mientras me examinaban, Cathy se recuperó; oyó las últimas palabras y se rió. Edgar Linton, después de una mirada de curiosidad, reunió el suficiente ingenio para reconocerla. Se nos ve en la iglesia, ya sabe, aunque raramente coincidimos en otro lugar. "¡Es la señorita Earnshaw!", le susurró a su madre, "¡y mira cómo Skulker le ha mordido!, ¡cómo le sangra el pie!"»

«"¿La señorita Earnshaw? ¡Tonterías!", exclamó la señora. "¿La señorita Earnshaw corriendo por el campo con un gitano? Y sin

embargo, querido, la niña está de luto, seguro que sí; ¡y puede quedarse coja para toda la vida!"»

«"¡Qué culpable negligencia la de su hermano!", exclamó el señor Linton, volviéndose de mí hacia Catherine. "He sabido por Shielders"» (que era el párroco, señor) «"que la deja crecer en un paganismo absoluto. Pero ¿quién es éste? ¿Dónde se ha encontrado con este compañero? ¡Ah! Es ese extraño adquisición que mi difunto vecino hizo en su viaje a Liverpool: algún lascar, o náufrago americano o español."»

«"Un chico perverso, en todo caso", observó la anciana señora, "y del todo impropio para una casa decente. ¿Ha oído su lenguaje, Linton? Me indigna que mis hijos hayan tenido que escucharlo."»

«Volví a maldecir; no te enfades, Nelly; y así Robert recibió la orden de llevarme. Me negué a irme sin Cathy; me arrastró hasta el jardín, me puso el farol en la mano, me aseguró que el señor Earnshaw sería informado de mi comportamiento y, mandándome que marchara directamente, cerró la puerta con llave. Las cortinas seguían recogidas en un extremo, y reanudé mi puesto como espía; porque, si Catherine hubiera deseado volver, tenía intención de hacer añicos sus grandes ventanas en un millón de fragmentos, a menos que la dejaran salir. Ella estaba sentada tranquilamente en el sofá. La señora Linton le quitó la capa gris de la lechera que nos habíamos prestado para la excursión, sacudiendo la cabeza y reconviniéndola, supongo: ella era una joven señorita y le dispensaban un trato distinto al mío. Luego la criada trajo una jofaina de agua caliente y le lavó los pies; y el señor Linton preparó un vaso de vino caliente con especias, e Isabella le vació un platillo de pasteles en el regazo, y Edgar miraba embobado desde lejos.

Después le secaron y peinaron el hermoso cabello y le dieron un par de enormes zapatillas, y la arrimaron al fuego; y yo la dejé tan contenta como podía estarlo, repartiendo la comida entre el perrito y Skulker, a quien pellizcó la nariz mientras comía; y encendiendo una chispa de vida en los vacuos ojos azules de los Linton: un pálido reflejo de su propio rostro encantador. Vi que estaban llenos de estúpida admiración; ella es tan incomparablemente superior a ellos, a todo el mundo, ¿verdad que sí, Nelly?»

—De este asunto saldrá más de lo que piensas —respondí, cubriéndole y apagando la luz—. Eres incorregible, Heathcliff; y el señor Hindley tendrá que llegar a los extremos, ya verás si no. —Mis palabras resultaron más proféticas de lo que deseaba. La desafortunada aventura puso a Earnshaw furioso. Y además el señor Linton, para empeorar las cosas, nos hizo él mismo una visita a la mañana siguiente y le dio al joven amo una reprimenda tal sobre el modo en que guiaba a su familia que le movió a mirar en serio lo que tenía a su alrededor. Heathcliff no recibió azotaina alguna, pero se le advirtió que la primera palabra que le dirigiera a la señorita Catherine supondría su despido; y la señora Earnshaw se encargó de mantener a su cuñada en la debida contención cuando volviera a casa; usando el arte, no la fuerza: con la fuerza habría sido imposible.

08

Capítulo VII

Empieza: «Cathy se quedó en la Granja de Thrushcross cinco semanas: hasta Navidad. Para entonces su tobillo estaba completamente curado y sus modales...»

Cathy se quedó en la Granja de Thrushcross cinco semanas: hasta Navidad. Para entonces su tobillo estaba completamente curado y sus modales muy mejorados. La señora la visitó con frecuencia durante ese tiempo, e inició su plan de reforma tratando de elevarle el amor propio con ropa fina y halagos, que ella acogió de buen grado; de modo que, en lugar de una pequeña salvaje desgreñada y sin sombrero que se lanzaba a casa y se precipitaba a abrazarnos hasta dejarnos sin aliento, bajó de un apuesto poni negro una persona sumamente digna, con rizos castaños asomando bajo el ala de un castor emplumado, y una larga falda de amazona que debía sujetar con ambas manos para poder entrar majestuosamente. Hindley la bajó del caballo, exclamando con deleite: «¡Pero, Cathy, estás hecha toda una belleza! Apenas te habría reconocido: pareces una señorita. Isabella Linton no puede compararse con ella, ¿verdad, Frances?» «Isabella no tiene sus ventajas naturales», respondió su mujer; «pero tiene que cuidarse de no volver a hacerse salvaje aquí. Ellen, ayuda a la señorita Catherine a quitarse el abrigo... para, querida, vas a deshacer los rizos; deja que te desate el sombrero.»

Le quité el traje de montar, y debajo brilló un espléndido vestido de seda de cuadros escoceses, pantalones blancos y zapatos relucientes; y mientras sus ojos chispeaban de alegría cuando los perros se acercaron saltando a darle la bienvenida, apenas se atrevía a tocarlos por miedo a que se frotaran contra sus espléndidas ropas. Me besó con suavidad: yo estaba llena de harina haciendo el bizcocho de Navidad, y un abrazo no habría estado bien; y luego miró alrededor buscando a Heathcliff. El señor y la señora Earnshaw observaban su encuentro con ansiedad, pensando que les permitiría juzgar, en cierta medida, qué fundamentos tenían para esperar conseguir separar a los dos amigos.

A Heathcliff le costó encontrarse al principio. Si antes de la ausencia de Catherine era descuidado y desatendido, desde entonces lo había sido diez veces más. Nadie más que yo se tomaba la molestia de llamarle chico sucio y decirle que se lavara, siquiera una vez a la semana; y los niños de su edad raramente tienen un placer natural en el jabón y el agua. Así pues, sin mencionar su ropa, que había visto tres meses de servicio en el barro y el polvo, y su espeso pelo sin peinar, la superficie de su cara y sus manos estaba lúgubremente ennegrecida. No era de extrañar que se escondiera detrás del escaño al ver entrar en la casa a una joven tan luminosa y graciosa, en lugar de la compañera de pelo revuelto que esperaba. «¿No está Heathcliff aquí?», preguntó ella, quitándose los guantes y mostrando unos dedos maravillosamente blanqueados por no haber hecho nada y haberse quedado en casa.

—Heathcliff, puedes salir —gritó el señor Hindley, gozando de su turbación y gratificado al ver qué aspecto de siniestro granuja se

vería obligado a presentar—. Puedes venir a darle la bienvenida a la señorita Catherine, como hacen los demás criados.

Cathy, entreviendo a su amigo en su escondite, voló a abrazarle; le estampó siete u ocho besos en la mejilla en un segundo, y luego se detuvo, dio un paso atrás y rompió a reír, exclamando: «¡Pero qué moreno y enfurruñado estás! ¡Y qué... qué extraño y hosco! Aunque es porque estoy acostumbrada a Edgar e Isabella Linton. Bueno, Heathcliff, ¿te has olvidado de mí?»

Tenía cierta razón para hacer la pregunta, pues la vergüenza y el orgullo echaban doble sombra sobre su semblante y le mantenían inmóvil.

—Dale la mano a Heathcliff —dijo el señor Earnshaw, condescendiente—; por una vez, está permitido.

—No voy a hacerlo —respondió el muchacho, encontrando por fin la voz—; no voy a quedarme aquí para que se rían de mí. ¡No lo consentiré!

Y habría escapado del círculo, pero la señorita Cathy le agarró de nuevo.

—No pretendía reírme de ti —dijo—; no podía evitarlo: Heathcliff, dame la mano al menos. ¿Por qué estás tan huraño? Es sólo que tenías un aspecto extraño. Si te lavas la cara y te cepillas el pelo, quedará bien; ¡pero estás tan sucio!

Miraba con preocupación los dedos oscuros que sostenía entre los suyos, y también su vestido, que temía no había ganado adorno alguno con el contacto.

—¡No tenías que haberme tocado! —respondió él, siguiendo su mirada y retirando bruscamente la mano—. Estaré tan sucio como me plazca: me gusta estar sucio, y lo estaré.

Con eso salió disparado de la habitación entre las risas del amo y la señora, y con gran perturbación de Catherine, que no comprendía cómo sus palabras podían haber provocado semejante exhibición de mal genio.

Después de hacer de doncella a la recién llegada, de meter los pasteles en el horno y de alegrar la casa y la cocina con grandes fuegos propios de Nochebuena, me dispuse a sentarme y entretenerme cantando villancicos, completamente sola; sin hacer caso de las afirmaciones de Joseph de que consideraba las alegres melodías que elegía poco menos que canciones. Él se había retirado a la oración privada en su cuarto, y el señor y la señora Earnshaw entretenían a la señorita con varias bagatelas alegres compradas para que las regalara a los pequeños Linton, como reconocimiento de su amabilidad. Los habían invitado a pasar el día siguiente en Cumbres Borrascosas, y la invitación había sido aceptada con una condición: la señora Linton rogaba que sus queridos niños fueran mantenidos cuidadosamente apartados de aquel «niño malcriado y blasfemo».

En estas circunstancias me quedé sola. Aspiré el rico aroma de las especias que se calentaban; admiré los relucientes utensilios de cocina, el reloj lustroso adornado con acebo, las jarras de plata dispuestas en una bandeja listas para llenarse de cerveza especiada para la cena; y, sobre todo, la inmaculada pureza de mi desvelo particular: el suelo fregado y bien barrido. Tributé mentalmente el merecido elogio a cada objeto, y luego recordé cómo el viejo

Earnshaw solía entrar cuando todo estaba ordenado y llamarme muchacha hacendosa y deslizarme un chelín en la mano como aguinaldo de Navidad; y de ahí pasé a pensar en su cariño por Heathcliff y en su temor de que éste sufriera abandono después de que la muerte le hubiera arrebatado; y eso me llevó naturalmente a considerar la situación actual del pobre mozo, y de cantar cambié a llorar. Sin embargo, pronto me di cuenta de que tendría más sentido intentar reparar algunos de sus agravios que derramar lágrimas sobre ellos: me levanté y fui al patio a buscarlo. No estaba lejos: lo encontré alisando el lustroso pelaje del nuevo poni en el establo y dando de comer a las demás bestias, como de costumbre.

—¡Date prisa, Heathcliff! —dije—. La cocina está muy acogedora; y Joseph está arriba: date prisa y deja que te arregle bien antes de que salga la señorita Cathy, y entonces podréis sentaros juntos, con todo el hogar para vosotros solos, y charlar largo y tendido hasta la hora de acostarse.

Siguió con su tarea sin volver la cabeza hacia mí.

—Vamos, ¿vienes? —proseguí—. Hay un pastelillo para cada uno, casi suficiente; y necesitarás media hora para arreglarte.

Esperé cinco minutos, pero sin obtener respuesta le dejé. Catherine cenó con su hermano y su cuñada: Joseph y yo nos unimos en una comida huraña, sazonada con reproches de un lado y descaro del otro. Su pastel y su queso permanecieron sobre la mesa toda la noche para las hadas. Se las arregló para seguir trabajando hasta las nueve, y luego subió mudo y sombrío a su habitación. Cathy se quedó levantada hasta tarde, teniendo un mundo de cosas que organizar para la recepción de sus nuevas amistades: entró en la cocina una vez a hablar con su antiguo amigo; pero él se había ido,

y sólo se detuvo para preguntar qué le pasaba y luego volvió. Por la mañana se levantó temprano; y, como era fiesta, cargó con su mal humor hacia los páramos; sin reaparecer hasta que la familia había salido a la iglesia. El ayuno y la reflexión parecían haberle puesto de mejor talante. Merodeó un rato a mi alrededor y, habiendo reunido valor, exclamó bruscamente: «Nelly, arréglame, voy a ser bueno.»

—Ya era hora, Heathcliff —dije—. Has disgustado a Catherine: me imagino que está arrepentida de haber vuelto a casa. Parece como si la envidiaras porque se la tiene más en cuenta que a ti.

La idea de envidiar a Catherine le resultaba incomprensible, pero la de haberla disgustado la entendía perfectamente.

—¿Dijo que estaba disgustada? —preguntó, muy serio.

—Lloró cuando le dije que te habías marchado de nuevo esta mañana.

—Pues yo lloré anoche —respondió—, y tenía más razón para llorar que ella.

—Sí: tenías la razón de meterte en la cama con el orgullo herido y el estómago vacío —dije—. La gente orgullosa se fabrica tristezas amargas. Pero si te avergüenzas de tu susceptibilidad, debes pedir perdón, ¿eh?, cuando ella entre. Tienes que acercarte y ofrecerte a besarla, y decirle... tú sabes mejor que nadie qué decirle; hazlo de corazón, y no como si creyeras que su vestido elegante la ha convertido en una extraña. Y ahora, aunque tengo que preparar la comida, robaré tiempo para arreglarte de modo que Edgar Linton parezca un muñeco a tu lado: y así es, en efecto. Tú eres más joven

y, sin embargo, me juego lo que sea a que eres más alto y tienes el doble de espaldas; podrías tumbarlo de un soplo; ¿no lo sientes así?

El semblante de Heathcliff se iluminó un momento; luego se ensombreció de nuevo y suspiró.

—Pero, Nelly, aunque lo tumbara veinte veces, eso no le haría menos guapo ni a mí más. ¡Ojalá tuviera el pelo claro y la tez blanca, y vistiera y me comportara igual de bien, y tuviera la misma oportunidad de ser tan rico como él lo será!

—Y lloraras llamando a mamá a cada momento —añadí—, y temblases si un mozo del campo te levantaba el puño, y te quedases en casa todo el día por un chaparrón. ¡Oh, Heathcliff, estás dando muestras de un espíritu mezquino! Ven al espejo y te enseñaré lo que deberías desear. ¿Ves esas dos arrugas entre las cejas, y esas espesas que, en lugar de arquearse, se hunden en el centro, y ese par de demonios negros tan profundamente enterrados que nunca abren sus ventanas con franqueza, sino que acechan con destellos bajo ellas como espías del diablo? Desea y aprende a alisar esas arrugas hostiosas, a levantar los párpados con franqueza y a transformar los demonios en ángeles seguros e inocentes, que no sospechan ni dudan de nada y ven siempre amigos donde no están seguros de encontrar enemigos. No adoptes la expresión de un perro vicioso que parece saber que los puntapiés que recibe son lo que merece y, sin embargo, odia a todo el mundo, incluido quien le patea, por lo que sufre.

—En otras palabras, debo desear los grandes ojos azules y la frente despejada de Edgar Linton —respondió—. Y así lo deseo; pero eso no va a dármelos.

—Un buen corazón te dará una cara bonita, muchacho —continué—, aunque fueras negro como el azabache; y uno malo convertirá la cara más hermosa en algo peor que la fealdad. Y ahora que hemos terminado de lavarnos, peinarnos y refunfuñar, ¿no te parece que estás bastante bien parecido? Yo te digo que sí. Estás hecho para un príncipe disfrazado. ¿Quién sabe si tu padre no era el Emperador de China y tu madre una reina india, capaces los dos de comprar, con la renta de una semana, Cumbres Borrascosas y la Granja de Thrushcross juntas? Y tú fuiste raptado por marineros perversos y traído a Inglaterra. Si yo estuviera en tu lugar, me forjaría altos conceptos de mi nacimiento; ¡y los pensamientos de lo que fui me darían valor y dignidad para soportar las opresiones de un pequeño granjero!

Así seguí charlando; y Heathcliff fue perdiendo gradualmente el ceño y empezando a tener un aspecto bastante agradable, cuando de repente nuestra conversación fue interrumpida por un ruido rodante que subía por el camino y entraba en el patio. Corrió a la ventana y yo a la puerta, justo a tiempo de ver descender a los dos Linton del carruaje familiar, envueltos en capas y pieles, y a los Earnshaw bajar de sus caballos: solían ir a la iglesia a caballo en invierno. Catherine tomó de la mano a cada uno de los niños, los llevó a la casa y los colocó ante el fuego, que pronto puso color en sus pálidas mejillas.

Animé a mi compañero a que se apresurara y mostrara su amable talante, y él obedeció de buena gana; pero la mala suerte quiso que cuando abría la puerta que comunicaba con la cocina por un lado, Hindley la abría por el otro. Se encontraron, y el amo, irritado al verle limpio y alegre, o quizás ansioso por cumplir su promesa a la señora Linton, le empujó hacia atrás con un súbito empellón y

ordenó airado a Joseph que «mantuviera al tipo fuera de la sala; que lo enviara al desván hasta que terminara la comida. Se le metería el dedo en los pasteles y robaría la fruta si se le dejaba solo con ellos un minuto».

—No, señor —no pude evitar responder—; no tocará nada, no él; y supongo que tiene derecho a su parte de las golosinas lo mismo que nosotros.

—Tendrá su parte de mi mano si le cojo abajo antes de que anochezca —gritó Hindley—. ¡Fuera, vagabundo! ¿Qué? ¿Estás intentando hacerte el elegante? ¡Espera a que eche mano a esos apuestos rizos; a ver si no te los alargo un poco más!

—Ya son bastante largos —observó el señorito Linton, asomando la cabeza por la puerta—; me maravilla que no le duelan. ¡Es como la crin de un potro sobre los ojos!

Hizo este comentario sin ninguna intención de insultar; pero la naturaleza violenta de Heathcliff no estaba preparada para soportar ni la apariencia de impertinencia de alguien a quien parecía odiar ya entonces como a un rival. Agarró una sopera de compota caliente de manzana, lo primero que cayó en sus manos, y la arrojó de lleno contra la cara y el cuello del que había hablado; quien al instante rompió en un lamento que hizo acudir precipitadamente a Isabella y Catherine. El señor Earnshaw agarró al culpable sin más y lo llevó a su cuarto; donde, sin duda, le aplicó un remedio enérgico para enfriar el acceso de pasión, pues salió colorado y sin aliento. Yo cogí el paño de fregar y, con cierta malicia, limpié la nariz y la boca de Edgar, afirmando que bien merecido lo tenía por meterse donde no le llamaban. Su hermana

se puso a llorar para irse a casa, y Cathy se quedó paralizada, ruborizada por todos.

—¡No debería haberle hablado! —protestó con el señorito Linton—. Estaba de mal humor, y ahora has estropeado tu visita; y le van a azotar: ¡odio que le azoten! No puedo comer. ¿Por qué le hablaste, Edgar?

—No le hablé —sollozó el joven, escapando de mis manos y terminando de limpiarse con su pañuelo de batista—. Le prometí a mamá que no le dirigiría ni una palabra, y así fue.

—Pues no llores —respondió Catherine, con desdén—; no te han matado. No causes más problemas; mi hermano está llegando: ¡quieto! ¡Calla, Isabella! ¿Te ha hecho daño alguien?

—¡Vamos, vamos, niños, a sus asientos! —gritó Hindley, entrando a toda prisa—. Ese bruto de mozo me ha dado bien que hacer. La próxima vez, señorito Edgar, tómese la justicia por su mano; ¡le abrirá el apetito!

El pequeño grupo recobró la serenidad a la vista del fragante festín. Tenían hambre después del paseo a caballo y se consolaron fácilmente, ya que no les había ocurrido ningún mal real. El señor Earnshaw sirvió generosas raciones, y la señora los animó con charla vivaz. Yo servía detrás de su silla, y me dolió ver a Catherine, con los ojos secos y aire indiferente, ponerse a trinchar el ala de un ganso que tenía delante. «Una niña fría», pensé para mí; «qué a la ligera descarta los sufrimientos de su viejo compañero de juegos. No me hubiera imaginado que fuera tan egoísta.» Se llevó un bocado a los labios; luego lo dejó de nuevo: las mejillas le encendieron y las lágrimas le brotaron a raudales. Dejó caer el

tenedor al suelo y se agachó rápidamente bajo el mantel para ocultar su emoción. No la llamé fría por mucho tiempo; pues noté que estuvo en el purgatorio durante todo el día y que ansiaba encontrar la ocasión de quedarse sola o de ir a ver a Heathcliff, que había sido encerrado con llave por el amo: según descubrí al intentar hacerle llegar en secreto un plato de comida.

Por la tarde hubo baile. Cathy pidió que le dejaran participar, ya que Isabella Linton no tenía pareja: sus súplicas fueron en vano, y me nombraron a mí para suplir la carencia. En el entusiasmo del ejercicio nos deshicimos de toda melancolía, y nuestro placer aumentó con la llegada de la banda de Gimmerton, con quince músicos: una trompeta, un trombón, clarinetes, fagotes, trompas francesas y un contrabajo de arco, además de cantores. Recorren todas las casas respetables y reciben donativos cada Navidad, y lo considerábamos un espectáculo de primera categoría escucharlos. Después de cantar los villancicos de rigor, les pedimos canciones y corales. A la señora Earnshaw le encantaba la música, y así nos dieron mucho.

A Catherine también le encantaba; pero decía que sonaba más dulce desde lo alto de los escalones, y subió en la oscuridad: la seguí. Abajo cerraron la puerta de la casa sin notar nuestra ausencia, pues estaba llena de gente. Ella no se detuvo en el rellano, sino que subió más, hasta el desván donde tenían encerrado a Heathcliff, y le llamó. Él se negó obstinadamente a responder durante un rato: ella insistió y por fin le persuadió de que se comunicara con ella a través de los tablones. Dejé que los pobres se hablaran sin molestarlos, hasta que supuse que los músicos iban a dejar de cantar y que los cantores iban a tomar algún refresco: entonces trepé por la escalera para avisarla. En lugar de

encontrarla fuera, oí su voz dentro. La pequeña trastada había trepado por el tragaluz de un desván, a lo largo del tejado, hasta el tragaluz del otro; y me costó lo suyo convencerla de que saliera de nuevo. Cuando salió, Heathcliff salió con ella, e insistió en que yo le llevara a la cocina, pues mi compañero de servicio había ido a casa de un vecino para alejarse del sonido de nuestra «salmodia del diablo», como a él le placía llamarla. Les dije que no tenía ninguna intención de fomentar sus travesuras; pero como el prisionero no había probado bocado desde la comida del día anterior, haría la vista gorda ante su burla del señor Hindley por esa vez. Bajó: le puse un taburete junto al fuego y le ofrecí una buena cantidad de cosas; pero estaba indispuesto y podía comer poco, y mis esfuerzos por entretenerle resultaron vanos. Apoyó los dos codos en las rodillas y la barbilla en las manos, y se quedó absorto en muda meditación. Al preguntarle cuál era el objeto de sus pensamientos, respondió con seriedad: «Estoy tratando de decidir cómo voy a pagarle a Hindley. No me importa cuánto tiempo espere, con tal de que pueda hacerlo al fin. ¡Espero que no muera antes que yo!»

—¡Vergüenza, Heathcliff! —dije—. Dios es quien castiga a los malvados; nosotros debemos aprender a perdonar.

—No, Dios no tendrá la satisfacción que yo tendré —respondió—. ¡Sólo ojalá supiera el mejor modo de conseguirlo! Déjame solo y lo planeé: mientras pienso en eso no siento el dolor.

* * * * * *

Pero, señor Lockwood, olvido que estos relatos no pueden entretenerle. Me extraña haberme puesto a parlotear a este ritmo; y el potaje frío, ¡y usted dando cabezadas camino de la cama! Podría

haberle contado la historia de Heathcliff, todo lo que necesita saber, en media docena de palabras.

Interrumpiéndose así, el ama de llaves se levantó y se dispuso a guardar su costura; pero yo me sentía incapaz de moverme del hogar, y estaba muy lejos de dar cabezadas. «Quédese, señora Dean», exclamé; «quédese sentada otra media hora. Ha hecho muy bien en contar la historia despacio. Ese es el método que me gusta; y debe terminarla del mismo modo. Me interesan todos y cada uno de los personajes que ha mencionado.»

—El reloj está dando las once, señor.

—No importa; no tengo costumbre de acostarme en las primeras horas de la madrugada. La una o las dos es suficientemente temprano para una persona que no se levanta hasta las diez.

—No debería quedarse en cama hasta las diez. La mejor parte de la mañana ya ha pasado mucho antes. Una persona que no ha hecho la mitad del trabajo del día para las diez tiene muchas posibilidades de dejar la otra mitad sin hacer.

—Sin embargo, señora Dean, vuelva a su silla; porque mañana me propongo alargar la noche hasta la tarde. Me pronostico un resfriado obstinado, por lo menos.

—Espero que no, señor. Bien, ha de permitirme saltar por encima de tres años; durante ese período la señora Earnshaw...

—¡No, no, no permito nada de eso! ¿Conoce usted el estado de ánimo en el que, si estuviera sentada sola y hubiera una gata lamiéndole a su cría sobre la alfombra delante de usted, observaría

la operación con tal atención que el descuido de la gata con una oreja la pondría de muy mal humor?

—Un humor terriblemente perezoso, diría yo.

—Al contrario, un humor fatigosamente activo. Es el mío en este momento; y por lo tanto, continúe con detalle. Observo que la gente de estas regiones adquiere sobre la gente de las ciudades el valor que tiene una araña en un calabozo sobre una araña en una cabaña, para sus distintos moradores; y sin embargo el mayor atractivo no se debe enteramente a la situación del espectador. Viven más en serio, más en sí mismos y menos en la superficie, el cambio y las cosas externas frívolas. Casi podría imaginarme aquí el amor a la vida como algo posible; y yo era un increyente empedernido en cualquier amor de un año de duración. Un estado se parece a sentar a un hombre hambriento ante un único plato, en el que puede concentrar todo su apetito y hacerle honor; el otro, a presentarle una mesa dispuesta por cocineros franceses: quizás puede extraer igual disfrute del conjunto; pero cada parte no es más que un átomo en su estima y su recuerdo.

—¡Oh! Por aquí somos igual que en cualquier otro lugar cuando se nos conoce —observó la señora Dean, algo perpleja ante mi discurso.

—Discúlpeme —respondí—; usted, mi buena amiga, es una prueba fehaciente en contra de esa afirmación. Salvo algunas particularidades provinciales de escasa importancia, no tiene usted ninguna de las marcas de los modales que estoy habituado a considerar propios de su clase. Estoy seguro de que ha reflexionado mucho más de lo que reflexiona la generalidad de los

criados. Se ha visto obligada a cultivar sus facultades reflexivas por falta de ocasiones de malgastar la vida en tonterías.

La señora Dean se rió.

—Desde luego que me tengo por una persona equilibrada y razonable —dijo—; no exactamente por haber vivido entre estas colinas y ver el mismo conjunto de caras y la misma serie de acciones de un año para otro; sino porque he pasado por una dura disciplina que me ha enseñado sabiduría; y además he leído más de lo que usted se figuraría, señor Lockwood. No podría usted abrir un libro de esta biblioteca que yo no haya mirado y del que no haya sacado también algo; salvo ese conjunto de griego y latín, y ese de francés; esos los distingo unos de otros: es todo lo que puede esperarse de la hija de un hombre pobre. Pero si he de seguir la historia en verdadero estilo de cotilleo, será mejor que continúe; y en vez de saltar tres años, me contentaré con pasar al verano siguiente: el verano de 1778, que es hace casi veintitrés años.

09

Capítulo VIII

Empieza: «Una mañana de un hermoso día de junio nació mi primera y querida criatura de leche, y el último vástago del antiguo...»

Una mañana de un hermoso día de junio nació mi primera y querida criatura de leche, y el último vástago del antiguo linaje de los Earnshaw. Estábamos ocupados con la hoja en un campo lejano cuando la chica que solía traernos el desayuno vino corriendo una hora antes de tiempo por el prado y por el camino, llamándome mientras corría.

—¡Oh, qué criatura más espléndida! —jadeó—. ¡El niño más hermoso que jamás ha respirado! Pero el médico dice que la señora tiene que irse: dice que lleva meses con tisis. Le oí decírselo al señor Hindley: y ahora ya no tiene nada que la retenga, y estará muerta antes del invierno. Tienes que volver a casa ahora mismo. Tienes que criarlo, Nelly: alimentarle con azúcar y leche, y cuidarle día y noche. ¡Ojalá fuera yo, porque será todo tuyo cuando no haya señora!

—¿Pero está muy enferma? —pregunté, tirando el rastrillo y atándome la toca.

—Eso me parece; aunque tiene buen aspecto —respondió la chica—, y habla como si pensara vivir para verle convertido en hombre.

Está fuera de sí de alegría, ¡es tan hermoso! Si yo fuera ella, estoy segura de que no me moriría: me pondría bien sólo de verle, a pesar de Kenneth. Estaba francamente indignada con él. La partera trajo al querubín al amo, en la casa, y su cara empezaba a iluminarse, cuando el viejo agorero da un paso adelante y dice: «Earnshaw, es una bendición que su mujer haya sobrevivido para dejarle este hijo. Cuando llegó, me convencí de que no la tendríamos mucho tiempo; y ahora debo decirle que el invierno probablemente la lleve. No se angustie ni se preocupe demasiado: no tiene remedio. Y además, debería haber tenido más juicio que elegir a una criatura tan endeble.»

—¿Y qué contestó el amo? —pregunté.

—Creo que juró; pero yo no le hice caso, estaba esforzándome por ver a la criatura —y empezó de nuevo a describirla con entusiasmo. Yo, tan ansiosa como ella, me apresuré a volver a casa para admirarla por mi parte; aunque sentía mucha pena por Hindley. En su corazón no había sitio más que para dos ídolos: su mujer y él mismo; a los dos los adoraba, a uno con devoción, y no podía imaginar cómo soportaría la pérdida.

Cuando llegamos a Cumbres Borrascosas, allí estaba de pie en la puerta principal; y al pasar yo dentro, le pregunté: «¿Cómo está el bebé?»

—¡Casi listo para echar a correr, Nelly! —respondió, esforzándose por sonreír con alegría.

—¿Y la señora? —me atreví a preguntar—; el médico dice que está...

—¡Al diablo el médico! —interrumpió, enrojeciendo—. Frances está perfectamente bien: estará del todo buena para esta fecha de la

semana que viene. ¿Vas a subir? ¿Le dirás que iré, si ella promete no hablar? La dejé porque no quería callarse; y debe... dile que el señor Kenneth dice que tiene que estar tranquila.

Le di este recado a la señora Earnshaw; parecía estar de un humor exaltado, y respondió con alegría: «Apenas dije una palabra, Ellen, y ya se ha ido dos veces llorando. Bueno, dile que prometo no hablar; pero eso no me obliga a no reírme de él.»

¡Pobre alma! Hasta la semana antes de su muerte, aquel corazón alegre nunca la abandonó; y su marido se obstinó con terquedad, y hasta con furia, en afirmar que su salud mejoraba cada día. Cuando Kenneth le advirtió de que sus medicamentos eran inútiles en ese estadio de la enfermedad y que no era necesario que siguiera visitándola a costa suya, respondió: «Sé que no es necesario: ella está bien; ya no necesita más asistencia de su parte. Nunca tuvo tisis. Era una fiebre, y ya ha pasado: su pulso es ahora tan lento como el mío y su mejilla tan fresca.»

Le dijo lo mismo a su mujer, y ella pareció creerle; pero una noche, mientras se apoyaba en su hombro diciéndole que creía que podría levantarse al día siguiente, le acometió un acceso de tos, uno muy leve; él la incorporó en sus brazos; ella le rodeó el cuello con las dos manos, su cara cambió, y murió.

Como había previsto la chica, el niño Hareton recayó enteramente en mis manos. El señor Earnshaw, con tal de verle sano y no oírle llorar, estaba satisfecho en lo que a él respectaba. En cuanto a sí mismo, cayó en la desesperación: su dolor era de los que no se lamentan. No lloró ni rezó; maldijo y desafió: execró a Dios y a los hombres, y se entregó a una disipación temeraria. Los criados no podían soportar mucho tiempo su conducta tiránica y perversa:

Joseph y yo éramos los únicos que se quedaban. Yo no tenía corazón para abandonar a mi pequeño cargo; y además, ya sabe usted, había sido su hermana de leche, y disculpaba su comportamiento con más facilidad que un extraño. Joseph se quedó para dominar a los arrendatarios y los jornaleros; y porque su vocación era estar allí donde había abundancia de maldad que reprimir.

Las malas costumbres y las malas compañías del amo servían de bonito ejemplo para Catherine y Heathcliff. Su trato con el último era suficiente para convertir a un santo en un demonio. Y, en verdad, parecía como si el mozo estuviera poseído de algo diabólico en aquel período. Se deleitaba viendo a Hindley degradarse sin remedio, y cada día se hacía más notable por su huraña y feroz hosquedad. No podría ni a medias contar qué casa infernal teníamos. El párroco dejó de venir, y al final no se acercaba nadie decente; salvo que las visitas de Edgar Linton a la señorita Cathy fueran una excepción. A los quince años ella era la reina del contorno; no tenía par; ¡y resultó ser una criatura altanera y obstinada! Confieso que no me gustaba, pasada la infancia; y a menudo la contrariaba intentando reducir su arrogancia: aunque nunca me tomó aversión. Tenía una constancia asombrosa hacia los viejos afectos: incluso Heathcliff conservaba inalterablemente su ascendiente sobre ella; y el joven Linton, con toda su superioridad, encontraba difícil dejar una huella igualmente profunda. Era mi difunto amo: ése es su retrato sobre la chimenea. Solía colgar a un lado, y el de su mujer al otro; pero el de ella ha sido retirado, o de lo contrario podría usted ver algo de lo que fue ella. ¿Puede distinguirlo?

La señora Dean levantó la vela, y distinguí una cara de facciones delicadas, muy parecida a la joven señora de las Cumbres, pero de expresión más pensativa y apacible. Formaba un hermoso cuadro. El largo cabello rubio se rizaba levemente sobre las sienes; los ojos eran grandes y serios; la figura casi demasiado grácil. No me maravillaba que Catherine Earnshaw pudiera olvidar a su primer amigo por semejante individuo. Me maravillaba mucho más que él, con una mente acorde con su persona, pudiera fijarse en mi idea de Catherine Earnshaw.

—Un retrato muy agradable —observé al ama de llaves—. ¿Es un buen parecido?

—Sí —respondió—; pero estaba mejor cuando estaba animado; ése es su semblante de todos los días: en general le faltaba espíritu.

Catherine había mantenido su relación con los Linton desde su estancia de cinco semanas entre ellos; y como no tenía tentación de mostrar su lado brusco en su compañía, y tenía el buen juicio de avergonzarse de ser grosera donde encontraba una cortesía tan invariable, engañaba involuntariamente al anciano señor y a la anciana señora con su cordialidad ingeniosa; se ganó la admiración de Isabella, y el corazón y el alma de su hermano: adquisiciones que la halagaban desde el principio, pues era muy ambiciosa, y la llevaron a adoptar un doble carácter sin tener exactamente intención de engañar a nadie. En el lugar donde escuchaba llamar a Heathcliff «un joven grosero y brutal» y «peor que una bestia», tenía cuidado de no comportarse como él; pero en casa tenía pocas ganas de practicar una cortesía de la que sólo se reirían, y de refrenar una naturaleza indómita cuando no le reportaría ni crédito ni elogio.

El señor Edgar raramente se armaba de valor para visitar abiertamente Cumbres Borrascosas. Le aterraba la reputación de Earnshaw y se encogía ante la idea de encontrarse con él; y sin embargo siempre le recibíamos con nuestros mejores intentos de cortesía: el propio amo evitaba ofenderle, sabiendo por qué venía; y si no podía ser amable, se mantenía apartado. Más bien creo que su presencia allí era del desagrado de Catherine; ella no era artificiosa, nunca hacía la coqueta, y evidentemente tenía objeción a que sus dos amigos se encontraran en absoluto; pues cuando Heathcliff expresaba desprecio por Linton en su presencia, ella no podía dársele la razón a medias como hacía en su ausencia; y cuando Linton manifestaba disgusto y antipatía hacia Heathcliff, ella no se atrevía a tratar sus sentimientos con indiferencia, como si la denigración de su compañero de juegos tuviera escasa importancia para ella. Me he reído muchas veces de sus perplejidades y penas silenciosas, que en vano se esforzaba por ocultar de mi mofa. Eso suena poco caritativo; pero era tan orgullosa que era verdaderamente imposible compadecerse de sus apuros hasta que no fuera humillada hasta una mayor modestia. Se las arregló por fin para confesar y para confiarme sus cuitas: no había nadie más a quien pudiera convertir en consejero.

El señor Hindley había salido de casa una tarde, y Heathcliff se tomó la libertad de darse él mismo un día de asueto aprovechándolo. Tendría entonces dieciséis años, y sin tener malos rasgos ni ser deficiente en inteligencia, lograba transmitir una impresión de repulsividad interior y exterior de la que su aspecto actual no conserva ningún rastro. En primer lugar, para entonces había perdido el beneficio de su educación temprana: el trabajo duro y continuo, comenzado pronto y concluido tarde, había

apagado cualquier curiosidad que hubiera tenido alguna vez en la búsqueda del conocimiento, y cualquier amor por los libros o el aprendizaje. El sentido de superioridad de su infancia, inculcado en él por los favores del viejo señor Earnshaw, se había desvanecido. Luchó largo tiempo por mantenerse a la par de Catherine en sus estudios, y cedió con un pesar profundo aunque silencioso; pero cedió por completo; y no había modo de inducirle a dar un paso en el camino de la superación cuando se daba cuenta de que, necesariamente, iba a caer por debajo de su antiguo nivel. Luego su aspecto físico acompañó al deterioro mental: adquirió un andar desgarbado y un aspecto innoble; su disposición naturalmente reservada se exageró hasta convertirse en un exceso casi idiótico de hosca insociabilidad; y tomaba un siniestro placer, al parecer, en suscitar aversión más que estima en sus pocas relaciones.

Catherine y él seguían siendo compañeros constantes en sus períodos de descanso del trabajo; pero él había dejado de expresar con palabras el afecto que le tenía, y reculaba con enojosa desconfianza de las caricias femeninas de ella, como si fuera consciente de que no podía haber satisfacción en pródigar semejantes muestras de afecto sobre él. La tarde mencionada entró en la casa a anunciar su intención de no hacer nada, mientras yo ayudaba a la señorita Cathy a arreglarse: ella no había contado con que a él se le ocurriera quedarse ocioso; e imaginando que tendría el lugar para ella sola, se las había ingeniado de algún modo para hacer saber al señor Edgar que su hermano había salido, y se estaba preparando para recibirle.

—Cathy, ¿estás ocupada esta tarde? —preguntó Heathcliff—. ¿Vas a algún sitio?

—No, está lloviendo —respondió.

—¿Por qué llevas ese vestido de seda entonces? —dijo—. No viene nadie aquí, espero.

—Que yo sepa, no —balbuceó la señorita—; pero deberías estar en el campo ahora, Heathcliff. Hace una hora que ha pasado la comida; creía que te habías ido.

—Hindley no nos libra muy a menudo de su maldita presencia —observó el muchacho—. Hoy no voy a trabajar más: me quedo contigo.

—Oh, pero Joseph lo dirá —sugirió ella—; ¡mejor será que te vayas!

—Joseph está cargando cal al otro lado de los Peñascos de Penistone; le llevará hasta el anochecer, y no lo sabrá nunca.

Dicho esto, se arrellano junto al fuego y se sentó. Catherine reflexionó un instante con el ceño fruncido: comprendió la necesidad de allanar el camino para una intrusión. «Isabella y Edgar Linton habían dicho que vendrían esta tarde», dijo, al final de un minuto de silencio. «Como llueve, apenas los espero; pero pueden venir, y si vienen corres el riesgo de llevarte una regañina por nada.»

—Dile a Ellen que digas que estás ocupada, Cathy —insistió—; ¡no me eches de aquí por esos amigos tuyos tan miserables y tontos! Estoy a punto a veces de quejarme de que ellos... pero no lo haré.

—¿De que ellos qué? —exclamó Catherine, mirándole con semblante turbado—. ¡Oh, Nelly! —añadió con impaciencia, sacudiendo la cabeza para apartarla de mis manos—; ¡me has

deshecho los rizos del todo! Ya está bien; déjame. ¿De qué ibas a quejarte, Heathcliff?

—De nada. Sólo mira el almanaque de esa pared. —Señaló una hoja enmarcada colgada junto a la ventana y continuó—: Las cruces son las tardes que has pasado con los Linton, y los puntos las que has pasado conmigo. ¿Lo ves? He marcado cada día.

—Sí... qué tontería: ¡como si yo me tomara la molestia! —respondió Catherine en tono malhumorado—. ¿Y qué sentido tiene eso?

—Demostrar que yo sí me la tomo —dijo Heathcliff.

—¿Y debo estar siempre sentada contigo? —demandó ella, irritándose cada vez más—. ¿Qué saco yo de eso? ¿De qué hablas? Lo mismo podrías ser mudo, o un bebé, por lo que dices para entretenerme, ¡o por lo que haces tampoco!

—¡Nunca me habías dicho antes que hablara demasiado poco, ni que te disgustara mi compañía, Cathy! —exclamó Heathcliff, muy agitado.

—No es compañía de ninguna clase cuando la gente no sabe nada y no dice nada —murmuró ella.

Su compañero se levantó, pero no tuvo tiempo de expresar más sus sentimientos, pues se oyeron cascos de caballo sobre los adoquines, y después de llamar suavemente entró el joven Linton, con la cara radiante de alegría ante el inesperado aviso que había recibido. Sin duda Catherine notó la diferencia entre sus dos amigos, al ver cómo uno entraba y el otro salía. El contraste se parecía al que se ve al pasar de un sombrío y escarpado país carbonífero a un hermoso y fértil valle; y su voz y su saludo eran

tan opuestos como su aspecto. Tenía una manera dulce y suave de hablar y pronunciaba las palabras como usted: eso es, menos brusca que como hablamos aquí, y más suave.

—No llego demasiado pronto, ¿verdad? —dijo, echando una mirada hacia mí: yo había empezado a limpiar los platos y a arreglar unos cajones en el extremo más lejano del aparador.

—No —respondió Catherine—. ¿Qué estás haciendo ahí, Nelly?

—Mi trabajo, señorita —repliqué. (El señor Hindley me había dado instrucciones de hacer de tercero en cualquier visita privada que Linton eligiera hacer.)

Ella se colocó detrás de mí y me susurró con irritación: «¡Quítate tú y tus trapos de aquí! Cuando hay visita en la casa, las criadas no se ponen a fregar y limpiar en la habitación donde están.»

—Es una buena oportunidad, ahora que el amo ha salido —respondí en voz alta—: le molesta que yo esté trajinando con estas cosas en su presencia. Estoy segura de que el señor Edgar me excusará.

—Me molesta a mí que estés trajinando en mi presencia —exclamó la joven señora imperiosamente, sin dar tiempo a hablar a su visita: no había recuperado la serenidad desde la pequeña disputa con Heathcliff.

—Lo siento, señorita Catherine —fue mi respuesta; y proseguí asiduamente con mi ocupación.

Ella, suponiendo que Edgar no podía verla, me arrebató el paño de la mano y me pellizcó el brazo con un pellizco largo, muy maliciosamente. Ya he dicho que no la quería, y que no me disgustaba mortificar su vanidad de cuando en cuando: además,

me hizo bastante daño; así que me levanté de un salto de mis rodillas y grité: «¡Oh, señorita, qué maldad! ¡No tiene derecho a pellizcarme, y no lo voy a consentir!»

—¡No te he tocado, embustera! —gritó, con los dedos ansiosos de repetir el acto y las orejas rojas de rabia. Nunca tenía poder para ocultar su pasión; siempre le encendía toda la tez.

—¿Y esto qué es? —repliqué, mostrando una inequívoca señal morada para refutarla.

Golpeó el suelo con el pie, vaciló un momento, y luego, empujada irresistiblemente por el espíritu travieso que llevaba dentro, me abofeteó en la mejilla: un golpe que llenó los dos ojos de agua.

—¡Catherine, querida! ¡Catherine! —interpuso Linton, profundamente sorprendido por la doble falta de mentira y violencia que su ídolo había cometido.

—¡Sal de la habitación, Ellen! —repitió, temblando de pies a cabeza.

El pequeño Hareton, que me seguía a todas partes y estaba sentado junto a mí en el suelo, al ver mis lágrimas se puso a llorar él también y gimió quejas contra «la tía Cathy malvada», lo que atrajo la furia de ella sobre su desafortunada cabeza: le agarró por los hombros y le sacudió hasta que la pobre criatura se puso lívida, y Edgar impensadamente le cogió las manos para librarle. En un instante una de ellas quedó libre, y el atónito joven la sintió aplicada sobre su propia oreja de un modo que no podía confundirse con una broma. Se retiró consternado. Tomé a Hareton en brazos y salí a la cocina con él, dejando abierta la puerta de comunicación, pues tenía curiosidad por ver cómo

arreglarían su disputa. El visitante ofendido se dirigió hacia donde había dejado el sombrero, pálido y con el labio trémulo.

«¡Así se hace!», me dije. «¡Toma nota y márchate! Es una caridad dejarte entrever su auténtico carácter.»

—¿Dónde vas? —demandó Catherine, avanzando hacia la puerta.

Él se apartó a un lado e intentó pasar.

—¡No debes irte! —exclamó ella enérgicamente.

—¡Debo y me voy! —respondió él en voz baja.

—No —insistió ella, agarrando el pomo—; todavía no, Edgar Linton: siéntate; no vas a dejarme con ese humor. ¡Sería desgraciada toda la noche, y no quiero ser desgraciada por ti!

—¿Puedo quedarme después de que me hayas pegado? —preguntó Linton.

Catherine enmudeció.

—Me has hecho sentir miedo y vergüenza de ti —continuó—. ¡No volveré más aquí!

Sus ojos empezaron a brillar y sus párpados a pestañear.

—¡Y dijiste una mentira deliberada! —dijo él.

—¡No dije tal! —exclamó, recobrando la voz—. ¡No hice nada deliberadamente! Pues bien, vete, si quieres: ¡vete! Y ahora voy a llorar: ¡voy a llorar hasta ponerme enferma!

Se dejó caer de rodillas junto a una silla y se puso a llorar de veras. Edgar se mantuvo en su resolución hasta el patio; allí se detuvo. Resolví animarle.

—La señorita es terriblemente caprichosa, señor —le grité—. Mala como cualquier niño consentido: será mejor que se vaya usted a caballo a casa, o si no se pondrá enferma sólo para disgustarnos.

El blando sujeto echó una mirada oblicua por la ventana: tenía tanto poder para marcharse como tiene un gato de dejar a un ratón a medio matar o a un pájaro a medio comer. «¡Ah», pensé, «no hay salvación para él: está condenado y vuela hacia su destino!» Y así fue: se volvió bruscamente, entró de nuevo aprisa a la casa, cerró la puerta detrás de sí; y cuando fui un rato después a informarles de que Earnshaw había llegado borracho y furioso, dispuesto a ponernos la casa patas arriba (su disposición habitual en aquel estado), vi que la pelea sólo había logrado una mayor intimidad: había roto las defensas externas de la timidez juvenil y les había permitido abandonar el disfraz de la amistad y confesarse enamorados.

La noticia de la llegada del señor Hindley hizo que Linton se apresurara a buscar su caballo y Catherine a retirarse a su habitación. Fui a esconder al pequeño Hareton y a sacar la pólvora del fusil de caza del amo, que se aficionaba a jugar con él en su excitación insana, arriesgando la vida de cualquiera que le provocara o incluso llamara demasiado su atención; y había concebido el plan de quitárselo para que causara menos daño si llegaba al extremo de disparar el arma.

10

Capítulo IX

Empieza: «Entró vociferando juramentos espantosos de oír; y me sorprendió guardando a su hijo en el armario de la cocina. Hareton había adquirido...»

Entró vociferando juramentos espantosos de oír; y me sorprendió guardando a su hijo en el armario de la cocina. Hareton había adquirido un saludable terror a encontrarse con la ternura de bestia salvaje de su padre o su rabia de loco; pues con la primera corría el riesgo de que le estrujaran y le besaran hasta matarle, y con la segunda de que le arrojaran al fuego o le estrellaran contra la pared; y la pobre criatura se quedaba perfectamente quieta dondequiera que yo le pusiera.

—¡Ahora lo he descubierto al fin! —gritó Hindley, tirándome hacia atrás por el cogote como a un perro—. ¡Por el cielo y el infierno, habéis conspirado los dos para asesinar a ese niño! Ahora sé por qué siempre está fuera de mi vista. ¡Pero con la ayuda de Satanás te haré tragar el cuchillo trinchante, Nelly! No te rías: acabo de meter a Kenneth cabeza abajo en el pantano del Caballo Negro; y dos es lo mismo que uno, y quiero matar a alguno de vosotros: ¡no tendré paz hasta hacerlo!

—Es que el cuchillo trinchante no me gusta, señor Hindley —respondí—; ha estado cortando arenques. Prefiero que me peguen un tiro, si le parece.

—¡Preferirás ser condenada! —dijo—; y así será. Ninguna ley de Inglaterra puede impedirle a un hombre mantener su casa en orden, ¡y la mía es abominable! Abre la boca.

Sostuvo el cuchillo en la mano y empujó la punta entre mis dientes; pero, por mi parte, nunca tuve demasiado miedo de sus manías. Lo escupí y afirmé que sabía de una manera detestable: que no lo tomaría de ningún modo.

—¡Oh! —dijo, soltándome—. Veo que ese pequeño monstruo odioso no es Hareton: te pido perdón, Nelly. Si lo es, merece que lo desuellen vivo por no correr a darme la bienvenida y por chillar como si yo fuera un duende. ¡Ingrato crío, ven aquí! Te enseñaré a engañar a un padre de buen corazón y con los ojos vendados. Ahora bien, ¿no te parece que el mozo estaría más guapo esquilado? Hace al perro más feroz, y a mí me gusta algo feroz: tráeme unas tijeras; ¡algo feroz y bien recortado! Además, es afectación infernal; una petulancia del diablo mimarse las orejas: somos bastante asnos sin ellas. ¡Calla, niño, calla! Bueno, ¡si es mi querido! Anda, enjúgate los ojos: ¡qué alegría! Dame un beso. ¿Que no? Dame un beso, Hareton. ¡Maldición, dame un beso! ¡Por Dios, como si yo fuera a criar semejante monstruo! Tan seguro como que estoy vivo, le romperé el cuello a este mocoso.

El pobre Hareton gritaba y pateaba en brazos de su padre con todas sus fuerzas, y redobló los alaridos cuando le llevó escaleras arriba y le alzó por encima de la balaustrada. Grité que iba a asustar al niño hasta que le diera un ataque, y corrí a rescatarle. Al llegar junto a ellos, Hindley se inclinó hacia adelante sobre la barandilla para escuchar un ruido que venía de abajo; olvidando casi lo que tenía entre manos. «¿Quién es ése?», preguntó, oyendo que alguien se

acercaba al pie de la escalera. Me incliné también, con el propósito de hacerle una señal a Heathcliff, cuyos pasos reconocí, para que no subiera más; y en el instante en que mi vista abandonó a Hareton, él dio un salto repentino, se soltó del descuidado asir que le sostenía, y cayó.

Apenas hubo tiempo para sentir un estremecimiento de horror antes de ver que la pequeña criatura estaba a salvo. Heathcliff llegó por debajo justo en el momento crítico; por un impulso natural detuvo su caída, y al ponerle de pie miró hacia arriba para descubrir al causante del accidente. Un avaro que ha vendido un billete de lotería premiado por cinco chelines, y al día siguiente descubre que en el trato ha perdido cinco mil libras, no podría mostrar una expresión más atónita que la suya al ver la figura del señor Earnshaw arriba. Expresaba, con más claridad que las palabras, la más intensa angustia de haberse convertido en instrumento de frustrar su propia venganza. De haber estado oscuro, me figuro que habría intentado reparar el error estrellando el cráneo de Hareton contra los escalones; pero fuimos testigos de su salvación; y poco después yo estaba abajo con mi precioso cargo apretado contra el pecho. Hindley bajó más despacio, sobrio y avergonzado.

—Es culpa tuya, Ellen —dijo—; debías haberle mantenido fuera de mi vista: debías habérselo quitado. ¿Está herido en algún sitio?

—¿Herido! —exclamé con indignación—. ¡Si no está muerto, quedará idiota! ¡Oh! Me maravilla que su madre no se levante de la tumba para ver cómo le tratas. ¡Eres peor que un pagano tratando así a tu propia carne y sangre!

Intentó tocar al niño, quien, al encontrarse conmigo, se le fue pasando el terror en el acto. Al primer dedo que su padre le puso encima, sin embargo, volvió a chillar con más fuerza que antes, y se agitó como si fuera a darle convulsiones.

—¡No vas a tocarle! —continué—. Te odia: todos te odian; ¡ésa es la verdad! ¡Bonita familia tienes, y en buen estado has llegado a estar!

—Llegaré a un estado todavía mejor, Nelly —rió el hombre descarriado, recobrando su dureza—. Por ahora, llévatele a él y a ti de mi lado. Y oye, Heathcliff: aleja también tú de mi vista y de mi oído. Esta noche no te mataría; a menos que, quizás, le prenda fuego a la casa; pero eso depende de mi capricho.

Diciendo esto tomó del aparador una botella de coñac y sirvió un poco en un vaso.

—¡No, no lo haga! —le supliqué—. Señor Hindley, tómelo como advertencia. ¡Tenga compasión de este desgraciado mozo, si a usted mismo no le importa!

—Cualquiera le va a cuidar mejor que yo —respondió.

—¡Tenga compasión de su propia alma! —dije, esforzándome por arrancarle el vaso de la mano.

—¡Ni mucho menos! Al contrario, voy a tener gran placer en enviarla a la perdición para castigar a su Creador —exclamó el blasfemo—. ¡Por su eterna condenación!

Se bebió el licor y nos ordenó impaciente que nos fuéramos; rematando su mandato con una retahíla de execraciones horrendas demasiado malas para repetirlas o recordarlas.

—Lástima que no pueda matarse a sí mismo con la bebida —observó Heathcliff, mascullando un eco de maldiciones cuando se cerró la puerta—. Se está esforzando lo que puede; pero su constitución le desafía. El señor Kenneth dice que apostaría su yegua a que sobrevivirá a cualquier hombre de este lado de Gimmerton, y llegará al sepulcro siendo un pecador con las canas; a menos que algún feliz azar fuera de lo corriente le ocurra.

Fui a la cocina y me senté a arrullar a mi corderito hasta que se durmiera. Heathcliff, según me pareció, cruzó hacia el granero. Resultó después que sólo llegó al otro lado del escaño, donde se tumbó en un banco junto a la pared, lejos del fuego, y se quedó en silencio.

Yo mecía a Hareton sobre mis rodillas y tarareaba una canción que empezaba:

Era bien entrada la noche, y los niños lloraban,la madre bajo la tierra lo escuchaba,

cuando la señorita Cathy, que había oído el alboroto desde su habitación, asomó la cabeza y susurró: «¿Estás sola, Nelly?»

—Sí, señorita —respondí.

Entró y se acercó al hogar. Yo, suponiendo que iba a decir algo, levanté la vista. La expresión de su cara parecía turbada y ansiosa. Tenía los labios entreabiertos, como si fuera a hablar, y tomó aliento; pero escapó en un suspiro en lugar de en una frase. Reanudé mi canción; no habiendo olvidado su reciente comportamiento.

—¿Dónde está Heathcliff? —dijo, interrumpiéndome.

—Trabajando en el establo —fue mi respuesta.

Él no me contradijo; quizás se había dormido. Siguió otra larga pausa, durante la cual noté que una o dos gotas caían de las mejillas de Catherine sobre los adoquines. ¿Está arrepentida de su vergonzosa conducta?, me pregunté a mí misma. Eso sería una novedad; pero puede llegar al asunto cuando quiera: ¡yo no le daré facilidades! No, lo que a ella le preocupaba poco era cualquier asunto que no fueran sus propias cuitas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó por fin—. ¡Soy muy desgraciada!

—Es una lástima —observé—. Es difícil contentarla: tantos amigos y tan pocas preocupaciones, ¡y no puede hacerse feliz!

—Nelly, ¿me guardarás un secreto? —prosiguió, arrodillándose junto a mí y levantando hacia mi cara sus ojos encantadores con esa mirada que destierra el mal humor, incluso cuando uno tiene todo el derecho del mundo a conservarlo.

—¿Vale la pena guardarlo? —pregunté, algo menos hosca.

—Sí, y me tiene en vilo, y tengo que desahogarlo. Necesito saber qué debo hacer. Hoy Edgar Linton me ha pedido que me case con él, y yo le he dado una respuesta. Antes de decirte si fue un consentimiento o una negativa, dime tú cuál debería haber sido.

—En verdad, señorita Catherine, ¿cómo voy a saberlo? —respondí —. A decir verdad, teniendo en cuenta el espectáculo que dio en su presencia esta tarde, yo diría que habría sido prudente rechazarle: si lo pidió después de eso, o es irremediablemente estúpido o un temerario irresponsable.

—Si hablas así, no te cuento nada más —respondió, levantándose malhumorada—. Le acepté, Nelly. ¡Sé rápida, y dime si me equivoqué!

—¡Le aceptaste! Entonces, ¿de qué sirve comentarlo? Has empeñado tu palabra y no puedes retractarte.

—Pero dime si debería haberlo hecho: ¡dímelo! —exclamó en tono irritado, frotándose las manos y frunciendo el ceño.

—Hay muchas cosas que considerar antes de que esa pregunta pueda responderse adecuadamente —dije, con solemnidad—. En primer lugar y ante todo, ¿quieres al señor Edgar?

—¿Quién puede evitarlo? Desde luego que sí —respondió.

Luego la sometí al siguiente catecismo; para una joven de veintidós años no era indiscreto.

—¿Por qué le quieres, señorita Cathy?

—Tonterías, le quiero: eso es suficiente.

—En modo alguno; tienes que decir por qué.

—Pues porque es guapo y agradable de tratar.

—¡Mal! —fue mi comentario.

—Y porque es joven y alegre.

—Mal, todavía.

—Y porque me quiere.

—Indiferente, llegando ahí.

—Y será rico, y me gustará ser la primera señora del contorno, y estaré orgullosa de tener semejante marido.

—Lo peor de todo. Y ahora, dime cómo le quieres.

—Como todo el mundo: eres tonta, Nelly.

—En absoluto: responde.

—Quiero el suelo que pisa y el aire que respira, y todo lo que toca y cada palabra que dice. Quiero todas sus miradas y todos sus actos, y él entero y por completo. ¡Ahí está!

—¿Y por qué?

—Pues... estás burlándote: ¡es sumamente mal intencionado! ¡No es una broma para mí! —dijo la joven señora, frunciendo el ceño y volviendo la cara hacia el fuego.

—Estoy muy lejos de bromear, señorita Catherine —respondí—. Quieres al señor Edgar porque es guapo, joven, alegre y rico, y te quiere. Lo último, sin embargo, no cuenta para nada: le querrías sin eso, probablemente; y con ello no le querrías, a menos que poseyera las cuatro primeras cualidades.

—Desde luego que no: sólo le compadecería; le odiaría, quizás, si fuera feo y palurdo.

—Pero hay varios otros jóvenes guapos y ricos en el mundo: más guapos, posiblemente, y más ricos que él. ¿Qué te impediría quererlos?

—Si los hay, están fuera de mi alcance: no he visto ninguno como Edgar.

—Puedes verlos; y él no siempre será guapo y joven, y puede no siempre ser rico.

—Lo es ahora; y yo sólo tengo que ver con el presente. Ojalá hablaras con más sensatez.

—Bien, eso lo decide: si sólo tienes que ver con el presente, cásate con el señor Linton.

—No necesito tu permiso para eso: me casaré con él; y sin embargo no me has dicho si me equivoco.

—Perfectamente bien; si las personas tienen razón en casarse sólo por el presente. Y ahora, dinos de qué eres desgraciada. Tu hermano se alegrará; el anciano señor y la anciana señora no pondrán objeciones, creo; pasarás de una casa desordenada e incómoda a una acomodada y respetable; y quieres a Edgar y Edgar te quiere. Todo parece llano y fácil: ¿dónde está el obstáculo?

—¡Aquí! ¡Y aquí! —respondió Catherine, golpeándose la frente con una mano y el pecho con la otra—; ¡en cualquier lugar donde viva el alma! En mi alma y en mi corazón, estoy convencida de que me equivoco.

—¡Es muy extraño! No me lo explico.

—Es mi secreto. Pero si no te burlas de mí, te lo explicaré: no puedo hacerlo con claridad; pero te daré una idea de cómo me siento.

Se sentó de nuevo junto a mí; su semblante se fue poniendo más triste y grave, y sus manos entrelazadas temblaban.

—Nelly, ¿tienes tú sueños raros alguna vez? —dijo, de repente, tras algunos minutos de reflexión.

—A veces, sí —respondí.

—Yo también. He soñado en mi vida sueños que me han acompañado desde entonces y que han cambiado mis ideas: han pasado por mí como el vino por el agua, y han teñido el color de mi mente. Y éste es uno de ellos; voy a contártelo, pero cuídate de sonreír en ninguna parte.

—¡Oh, no, señorita Catherine! —exclamé—. Estamos bastante afligidas sin convocar fantasmas y visiones que nos perturben. ¡Vamos, sé alegre y sé tú misma! Mira al pequeño Hareton: no sueña nada lúgubre. ¡Qué dulcemente sonríe mientras duerme!

—Sí; ¡y qué dulcemente maldice su padre en su soledad! Lo recuerdas, supongo, cuando era igual que esa criatura regordeta: casi tan joven e inocente. Sin embargo, Nelly, voy a obligarte a escuchar: no es largo; y no tengo fuerzas para estar alegre esta noche.

—¡No quiero oírlo, no quiero oírlo! —repetí precipitadamente.

Entonces era supersticiosa respecto a los sueños, y sigo siéndolo; y Catherine tenía en su aspecto una melancolía inusual que me hizo temer algo de lo que podría extraer una profecía, y presagiar una catástrofe terrible. Ella se molestó, pero no continuó. Aparentemente tomando otro asunto, comenzó de nuevo al poco tiempo.

—Si estuviera en el cielo, Nelly, sería sumamente desgraciada.

—Porque no estás en condiciones de ir allí —respondí—. Todos los pecadores serían desgraciados en el cielo.

—Pero no es por eso. Una vez soñé que estaba allí.

—Te digo que no quiero escuchar tus sueños, señorita Catherine. Me voy a la cama —interrumpí de nuevo.

Ella se rió y me retuvo; porque hice ademán de levantarme de la silla.

—Esto no es nada —exclamó—; sólo iba a decir que el cielo no me parecía mi hogar; y me deshacía el corazón de llorar para volver a la tierra; y los ángeles estaban tan enfadados que me arrojaron en medio del páramo, a lo alto de Cumbres Borrascosas; donde me desperté sollozando de alegría. Eso sirve para explicar mi secreto tan bien como lo otro. No tengo más derecho a casarme con Edgar Linton que a estar en el cielo; y si el hombre perverso de ahí dentro no hubiera rebajado tanto a Heathcliff, no habría pensado en ello. Ahora sería una degradación casarme con Heathcliff; por eso él nunca sabrá lo que le quiero: y no porque sea guapo, Nelly, sino porque es más yo que yo misma. Sea lo que sea de lo que están hechas nuestras almas, la suya y la mía son iguales; y la de Linton es tan diferente como un rayo de luna del relámpago, o la escarcha del fuego.

Antes de que terminara este discurso me percaté de la presencia de Heathcliff. Habiendo notado un leve movimiento, volví la cabeza y le vi levantarse del banco y escabullirse sin hacer ruido. Había escuchado hasta que oyó a Catherine decir que sería una degradación casarse con él, y entonces no escuchó más. Mi compañera, sentada en el suelo, no pudo notar su presencia ni su partida a causa del respaldo del escaño; pero yo me sobresalté y le mandé callar.

—¿Por qué? —preguntó, mirando nerviosa a su alrededor.

—Joseph está aquí —respondí, atrapando oportunamente el ruido de las ruedas de su carreta subiendo por el camino—; y Heathcliff entrará con él. No estoy segura de si no estaba en la puerta en este mismo momento.

—¡Oh, no podía oírme desde la puerta! —dijo—. Dame a Hareton mientras preparas la cena, y cuando esté lista pídemelo para cenar contigo. Quiero engañar a mi conciencia incómoda y convencerme de que Heathcliff no sabe nada de estas cosas. No las sabe, ¿verdad? ¡No sabe lo que es estar enamorado!

—No veo razón por la que no sepa tanto como tú —respondí—; y si eres su elección, ¡será la criatura más desgraciada que jamás haya nacido! En cuanto te conviertas en la señora Linton, él pierde amiga, amor y todo. ¿Has pensado cómo soportarás la separación, y cómo soportará él que le abandonen por completo en el mundo? Porque, señorita Catherine...

—¡Abandonado él! ¡Separados nosotros! —exclamó con un acento de indignación—. ¿Quién va a separarnos, me quieres decir? ¡Sufrirán la suerte de Milón! No mientras yo viva, Ellen: por ninguna criatura mortal. Todos los Linton de la faz de la tierra podrían fundirse en la nada antes de que yo consintiera en abandonar a Heathcliff. ¡Oh, no es eso lo que pretendo; no es eso lo que quiero decir! No sería la señora Linton si se exigiera semejante precio. Él seguirá siendo para mí lo que ha sido toda su vida. Edgar tendrá que vencer su antipatía y tolerarle, al menos. Lo hará cuando conozca mis verdaderos sentimientos hacia él. Nelly, ahora veo que me crees una egoísta miserable; pero ¿nunca se te ha ocurrido que si Heathcliff y yo nos casáramos, seríamos mendigos?

Mientras que si me caso con Linton puedo ayudar a Heathcliff a prosperar, y ponerle fuera del poder de mi hermano.

—¿Con el dinero de tu marido, señorita Catherine? —pregunté—. Encontrarás que no es tan dócil como calculas; y aunque apenas soy juez en la materia, creo que ése es el peor motivo que has dado todavía para ser la esposa del joven Linton.

—¡No lo es! —replicó—; ¡es el mejor! Los demás eran la satisfacción de mis caprichos: y también por el bien de Edgar, para satisfacerle a él. Éste es por el bien de alguien que comprende en su persona mis sentimientos hacia Edgar y hacia mí misma. No puedo expresarlo; pero seguramente tú y todos tenéis la noción de que hay, o debería haber, una existencia tuya más allá de ti. ¿Para qué sirve mi creación si estoy contenida del todo aquí? Mis grandes desgracias en este mundo han sido las desgracias de Heathcliff, y desde el principio las he observado y sentido cada una: mi gran pensamiento al vivir es él mismo. Si todo lo demás pereciera y él quedara, yo seguiría existiendo; y si todo lo demás quedara y él fuera aniquilado, el universo se convertiría en un extraño poderoso: no me parecería que yo formaba parte de él. Mi amor por Linton es como el follaje del bosque: el tiempo lo cambiará, bien lo sé, como el invierno cambia los árboles. Mi amor por Heathcliff se parece a las rocas eternas que están debajo: una fuente de poco placer visible, pero necesario. ¡Nelly, yo soy Heathcliff! Está siempre, siempre en mi mente: no como un placer, del mismo modo que tampoco soy siempre un placer para mí misma, sino como mi propio ser. Así que no me hables de separación de nuevo: es impracticable; y...

Se detuvo y ocultó la cara entre los pliegues de mi falda; pero la aparté con brusquedad. ¡Había perdido la paciencia con su insensatez!

—Si puedo sacar algún sentido de tu sinsentido, señorita —dije—, sólo lleva a convencerme de que eres ignorante de las obligaciones que asumes al casarte; o que eres una chica perversa y sin principios. Pero no me molestes con más secretos: no prometo guardarlos.

—¿Guardarás ése? —preguntó, con ansiedad.

—No, no prometo —repetí.

Estaba a punto de insistir, cuando la entrada de Joseph puso fin a nuestra conversación; y Catherine se fue a un rincón y acunó a Hareton mientras yo preparaba la cena. Una vez lista, mi compañero de servicio y yo empezamos a discutir quién debía llevársela al señor Hindley; y no lo resolvimos hasta que casi todo se había enfriado. Luego llegamos al acuerdo de que le dejaríamos pedir, si la quería; pues nos asustaba especialmente entrar en su presencia cuando llevaba un rato solo.

—¿Y cómo es que ese inútil no ha venido del campo todavía? ¿Qué hace? ¡Vago holgazán! —exclamó el anciano, mirando alrededor en busca de Heathcliff.

—Voy a llamarle —respondí—. Está en el granero, sin duda.

Fui y llamé, pero no obtuve respuesta. Al volver, susurré a Catherine que él había oído buena parte de lo que ella había dicho, estaba segura; y le conté cómo le había visto abandonar la cocina en el momento en que ella se quejaba de la conducta de su

hermano con él. Se levantó de un salto con gran agitación, arrojó a Hareton al escaño y fue a buscar a su amigo ella misma; sin tomarse tiempo para considerar por qué estaba tan alterada ni cómo podían haberle afectado sus palabras. Estuvo fuera tanto rato que Joseph propuso que no esperáramos más. Conjeturó astutamente que se quedaban fuera para evitar escuchar su prolongada bendición. Estaban «bastante mal educados para cualquier grosería», afirmó. Y en su nombre añadió aquella noche una oración especial al cuarto de hora habitual de súplicas antes de la comida, y habría añadido otra al final de la gracia, de no ser porque su joven señora le cortó con la apresurada orden de que bajara corriendo por el camino, y adondequiera que Heathcliff hubiera vagado, le encontrara y le hiciera volver de inmediato.

—Quiero hablarle, y tengo que hacerlo antes de subir —dijo—. Y la verja está abierta: está en algún lugar donde no puede oír; pues no respondió aunque grité desde lo alto del aprisco todo lo fuerte que pude.

Joseph protestó al principio; ella estaba demasiado en serio, sin embargo, para admitir contradicción; y al fin se puso el sombrero y salió refunfuñando. Mientras tanto, Catherine paseaba de un lado a otro de la habitación, exclamando: «Me pregunto dónde estará; ¿dónde puede estar? ¿Qué dije, Nelly? Lo he olvidado. ¿Se enojó con mi mal humor de esta tarde? ¡Por favor, dime qué le dije para entristecerle! Ojalá viniera. ¡Ojalá viniera!»

—¡Qué alboroto por nada! —grité, aunque yo misma estaba algo inquieta—. ¡Qué pequeñez te asusta! No es gran motivo de alarma que Heathcliff se dé un paseo nocturno por los páramos, o que esté

demasiado malhumorado para hablarnos desde el pajar. Apuesto a que está escondido allí. ¡A ver si le encuentro yo!

Me marché a renovar la búsqueda; su resultado fue una decepción, y la pesquisa de Joseph terminó igual.

—¡Ese mozo va de mal en peor! —observó al volver—. Ha dejado la verja abierta de par en par, y el poni de la señorita ha pisoteado dos surcos de cereal y ha cruzado hasta el prado. De todas formas, el amo lo pagará mañana, y bien hecho. Es la paciencia misma con criaturas tan descuidadas e inútiles: ¡la paciencia misma es! ¡Pero no lo será siempre; ya lo veréis todos! ¡No le saquéis de sus casillas por nada!

—¿Has encontrado a Heathcliff, animal? —interrumpió Catherine —. ¿Le has buscado, como te ordené?

—Más cuenta me daría buscar el caballo —respondió—. Más sentido tendría. Pero no puedo buscar ni caballo ni hombre en una noche así: ¡negra como la chimenea! Y Heathcliff no es de los que acuden a mi silbido; quizás te oiga a ti mejor.

Era una tarde muy oscura para ser verano: las nubes parecían dispuestas a tronar, y dije que todos deberíamos sentarnos; la lluvia que se acercaba lo traería a casa sin más apuros. Sin embargo, no hubo modo de persuadir a Catherine de que se tranquilizara. Siguió yendo y viniendo de la verja a la puerta en un estado de agitación que no le permitía el reposo; y al final se colocó fija a un lado del muro, junto al camino: donde, sin hacer caso de mis protestas ni del trueno retumbante ni de las grandes gotas que empezaron a caer a su alrededor, se quedó, llamando a intervalos, luego escuchando, luego llorando a lágrima viva. Ganaba a

Hareton, o a cualquier niño, en un buen arrebato apasionado de llanto.

Hacia la medianoche, mientras seguíamos en pie, la tormenta descargó sobre las Cumbres con todo su furor. Hubo un viento violento, además del trueno, y uno u otro partió un árbol en el extremo del edificio: una enorme rama cayó sobre el tejado y derribó parte del cañón de la chimenea este, enviando un estrépito de piedras y hollín al fuego de la cocina. Creímos que un rayo había caído en medio de nosotros; y Joseph cayó de rodillas, implorando al Señor que recordara a los patriarcas Noé y Lot, y, como en los tiempos pasados, perdonara a los justos, aunque hiriera a los impíos. Yo también sentí que bien podía ser un castigo para nosotros. El Jonás que tenía en mente era el señor Earnshaw; y sacudí el pomo de su guarida para comprobar si seguía con vida. Respondió con bastante claridad de un modo que hizo vociferar a mi compañero, con más clamor que antes, que bien podía hacerse una amplia distinción entre santos como él y pecadores como su amo. Pero el alboroto pasó en veinte minutos, dejándonos a todos ilesos; salvo a Cathy, que quedó empapada por su obstinación en negarse a guarecerse, plantándose sin toca ni chal para captar con el pelo y la ropa tanta agua como pudiera. Entró y se tendió en el escaño, toda mojada como estaba, volviendo la cara hacia atrás y poniéndose las manos delante.

—¡Vaya, señorita! —exclamé, tocándole el hombro—. ¿No estás empeñada en coger una pulmonía? ¿Sabes qué hora es? La una y media. ¡Vamos, vamos a la cama! No tiene sentido seguir esperando a ese chico insensato: habrá ido a Gimmerton, y allí se quedará ahora. Adivina que no le esperamos hasta tan tarde: al

menos adivina que sólo el señor Hindley estaría levantado; y prefiere evitar que le abra la puerta el amo.

—No, no; no está en Gimmerton —dijo Joseph—. No me sorprendería que estuviera en el fondo de un hoyo de pantano. Esta visita no ha sido por nada, y yo le aconsejaría que estuviera alerta, señorita: puede ser usted la próxima. ¡Demos gracias al cielo por todo! Todo obra juntamente para bien de los que son elegidos y escogidos del desecho. Sabe usted lo que dice la Escritura. —Y empezó a citar varios textos, remitiéndonos a los Capítulos y versículos donde podíamos encontrarlos.

Yo, después de haber suplicado en vano a la obstinada muchacha que se levantara y se quitara la ropa mojada, le dejé predicando y a ella tiritando, y me fui a la cama con el pequeño Hareton, que dormía con tanta paz como si todo el mundo durmiera a su alrededor. Oí a Joseph leer aún un rato después; luego distinguí su paso lento en la escalera, y luego me quedé dormida.

Bajando algo más tarde de lo habitual, vi, por los rayos de sol que se filtraban por las rendijas de los postigos, a la señorita Catherine todavía sentada junto al hogar. La puerta de la casa estaba entornada también; la luz entraba por sus ventanas sin cerrar; Hindley había salido y estaba de pie en el hogar de la cocina, demacrado y soñoliento.

—¿Qué te pasa, Cathy? —decía cuando yo entré—. Tienes un aspecto tan lamentable como un cachorro ahogado. ¿Por qué estás tan mojada y pálida, niña?

—He estado bajo la lluvia —respondió ella con reticencia—; tengo frío, nada más.

—¡Oh, ha sido una travesura suya! —exclamé, viendo que el amo estaba bastante sobrio—. Se empapó en el aguacero de ayer tarde, y lleva así sentada toda la noche, y no pude convencerla para que se moviera.

El señor Earnshaw nos miró sorprendido. «Toda la noche», repitió. «¿Qué la tuvo levantada? No el miedo a los truenos, seguramente. Eso pasó hace horas.»

Ninguna de las dos quería mencionar la ausencia de Heathcliff mientras pudiéramos ocultarla; así que respondí que no sabía cómo se le había ocurrido quedarse levantada; y ella no dijo nada. La mañana era fresca y serena; descorrí el postigo, y pronto la habitación se llenó de dulces aromas del jardín; pero Catherine me llamó con fastidio: «Ellen, cierra la ventana. ¡Me estoy helando!» Y sus dientes castañeteaban mientras se encogía más cerca de las brasas casi apagadas.

—Está enferma —dijo Hindley, cogiéndole la muñeca—; supongo que por eso no ha querido acostarse. ¡Maldición! No quiero que me molesten con más enfermedades aquí. ¿Qué te llevó a salir bajo la lluvia?

—¡Corriendo detrás de los mozos, como de costumbre! —graznó Joseph, aprovechando nuestra vacilación para meter su lengua venenosa—. Si yo fuera usted, amo, les cerraría la puerta en las narices a todos: ¡nobles y plebeyos! Ni un día que usted esté fuera sin que ese gato de los Linton venga a escabullirse aquí; ¡y la señorita Nelly, buena moza que está! Se sienta a esperarle en la cocina; y cuando usted entra por una puerta, él sale por la otra; ¡y nuestra gran señora va a hacer la corte por su parte! Bonita conducta, merodeando por los campos después de las doce de la

noche con ese repugnante y aterrador diablo de gitano, Heathcliff. Creen que estoy ciego; pero no lo estoy: ¡ni mucho menos! Vi al joven Linton venir y marcharse, y la vi a usted —dirigiéndose a mí —, usted buena para nada, bruja descuidada, salir corriendo y meterse en casa en el minuto en que oyó las pezuñas del caballo del amo en el camino.

—¡Silencio, espía! —gritó Catherine—; ¡que nadie se atreva a insolentarse delante de mí! Edgar Linton vino ayer por casualidad, Hindley; y fui yo quien le dijo que se fuera: porque sabía que no te gustaría haberle encontrado en el estado en que estabas.

—Mientes, Cathy, sin duda —respondió su hermano—, y eres una solemne mentecata. Pero no me ocupes con Linton ahora: dime, ¿no estuviste con Heathcliff anoche? Di la verdad ahora. No tienes que tener miedo de hacerle daño: aunque le odio tanto como siempre, me hizo un buen favor hace poco que ha suavizado mi conciencia respecto a retorcerle el pescuezo. Para evitarlo, le pondré en la calle esta misma mañana; y después de que se haya ido, os aconsejo a todos que andéis con ojo: sólo voy a tener más mal humor para vosotros.

—Anoche no vi a Heathcliff —respondió Catherine, empezando a sollozar amargamente—; y si le echas a la calle, me voy con él. Pero quizás nunca tengas esa oportunidad: quizás... se haya ido. —Aquí rompió en un llanto incontenible, y el resto de sus palabras fue ininteligible.

Hindley la abrumó con un torrente de abusiva burla, y le ordenó que fuera de inmediato a su cuarto, o si no lloraría por algo más. La obligué a obedecer; y nunca olvidaré la escena que armó cuando llegamos a su habitación: me aterrorizó. Creí que se estaba

volviendo loca, y le supliqué a Joseph que fuera a buscar al médico. Resultó ser el comienzo de un delirio: el señor Kenneth, en cuanto la vio, declaró que estaba gravemente enferma; tenía fiebre. La sangró, y me dijo que la dejara vivir de suero y gachas, y que tuviera cuidado de que no se tirara escaleras abajo o por la ventana; y luego se fue: pues tenía mucho que hacer en la parroquia, donde dos o tres millas era la distancia ordinaria entre una casa y otra.

Aunque no puedo decir que yo fuera una enfermera amable, y Joseph y el amo no lo eran más, y aunque nuestra enferma era tan fastidiosa y obstinada como puede serlo una enferma, salió adelante. La anciana señora Linton nos hizo varias visitas, a decir verdad, y puso las cosas en orden, y nos riñó y nos mandó a todos; y cuando Catherine estuvo en convalecencia, insistió en llevársela a la Granja de Thrushcross: por cuya liberación le estuvimos muy agradecidas. Pero la pobre señora tuvo razón para arrepentirse de su bondad: ella y su marido contrajeron la fiebre, y murieron con pocos días de diferencia el uno del otro.

Nuestra joven señora volvió con nosotros más descarada, apasionada y altanera que nunca. De Heathcliff no se había tenido noticia desde la tarde de la tormenta; y un día tuve la desgracia, cuando me había provocado en extremo, de echarle a ella la culpa de su desaparición: que en verdad le correspondía, como ella bien sabía. Desde ese período, durante varios meses, dejó de mantener ninguna comunicación conmigo, salvo en la relación de una simple criada. Joseph cayó también bajo la prohibición: decía lo que pensaba y la sermoneaba igual que si fuera una niña pequeña; y ella se consideraba una mujer, y nuestra señora, y creía que su reciente enfermedad le daba derecho a ser tratada con

consideración. Además, el médico había dicho que no debía contrariársela mucho; que debía salirse con la suya; y para ella era nada menos que asesinato que alguien se atreviera a plantarle cara y contradecirla. Del señor Earnshaw y sus compañeros se mantuvo apartada; y aleccionada por Kenneth y por las serias amenazas de un ataque que con frecuencia acompañaba a sus furias, su hermano le concedía cuanto exigía, y en general evitaba exacerbar su ardiente temperamento. Era más bien demasiado indulgente con sus caprichos; no por afecto, sino por orgullo: deseaba ardientemente verla honrar a la familia con una alianza con los Linton, y mientras le dejaba en paz podía pisotear a los demás como a esclavos, por lo que a él le importaba. Edgar Linton, como lo han sido multitudes antes y lo serán después de él, estaba infatuado: y se creyó el hombre más feliz del mundo el día que la llevó a la capilla de Gimmerton, tres años después de la muerte de su padre.

Muy en contra de mi voluntad, me persuadieron de dejar Cumbres Borrascosas y acompañarla aquí. El pequeño Hareton tenía casi cinco años, y yo acababa de empezar a enseñarle sus letras. Fue una separación triste; pero las lágrimas de Catherine eran más poderosas que las nuestras. Cuando me negué a ir, y cuando vio que sus ruegos no me movían, fue llorando a su marido y a su hermano. El primero me ofreció un salario generoso; el segundo me ordenó que hiciera el equipaje: no quería mujeres en la casa, dijo, ahora que no había señora; y en cuanto a Hareton, el párroco se ocuparía de él a su debido tiempo. Y así no me quedó más que una opción: hacer lo que se me ordenaba. Le dije al amo que sólo se deshacía de la gente decente para arruinarse un poco más deprisa; besé a Hareton y me despedí; y desde entonces es un extraño para

mí; y es muy raro pensarlo, pero no tengo duda de que se ha olvidado por completo de Ellen Dean, y de que alguna vez fue más que todo el mundo para ella, y ella para él.

* * * * * *

En ese punto de la historia del ama de llaves, echó ella una mirada casual hacia el reloj que había sobre la chimenea; y se quedó atónita al ver que el minutero marcaba la una y media. No quiso oír hablar de quedarse ni un segundo más: en verdad, yo misma me sentía algo dispuesta a aplazar la continuación de su relato. Y ahora que ella se ha ido a descansar, y yo he meditado otra hora o dos más, reuniré valor para ir también, a pesar de la perezosa pesadez de cabeza y miembros.

11

Capítulo X

Empieza: «¡Hermosa introducción a la vida de un ermitaño! ¡Cuatro semanas de tormento, agitación y enfermedad! ¡Oh, estos vientos gélidos y estos cielos...»

¡Hermosa introducción a la vida de un ermitaño! ¡Cuatro semanas de tormento, agitación y enfermedad! ¡Oh, estos vientos gélidos y estos cielos del norte tan amargos, y los caminos intransitables, y el cirujano rural tan tardío! ¡Y oh, esta privación de fisonomía humana! Y, lo que es peor que todo, la terrible indicación del señor Kenneth de que no debo esperar salir al aire hasta la primavera.

El señor Heathcliff acaba de honrarme con una visita. Hace unos siete días me mandó un par de urogallos: los últimos de la temporada. ¡Granuja! No es del todo inocente en esta enfermedad mía; y estuve muy tentado de decírselo. ¡Pero, ay!, ¿cómo ofender a un hombre que tuvo la caridad de sentarse a mi cabecera una buena hora y hablar de otro tema que no fueran polvos ni pócimas, vejigatorios y sanguijuelas? Éste es un intervalo bastante llevadero. Estoy demasiado débil para leer; y sin embargo me siento como si pudiera disfrutar de algo interesante. ¿Por qué no hacer subir a la señora Dean para que termine su relato? Recuerdo sus incidentes principales hasta donde había llegado. Sí: recuerdo que su héroe había huido y no se había vuelto a saber de él en tres años; y la

heroína se había casado. Voy a llamar: se alegrará de encontrarme capaz de conversar con buen ánimo.

La señora Dean vino.

—Faltan veinte minutos, señor, para la medicina —comenzó.

—¡Al diablo con ella! —respondí—; deseo...

—El médico dice que tiene que tomar los polvos.

—¡Con todo mi corazón! No me interrumpa. Venga y siéntese aquí. Aparte los dedos de ese amargo pelotón de frascos. Saque el tejido del bolsillo: eso es; ahora continúe la historia del señor Heathcliff desde donde lo dejó hasta el día de hoy. ¿Terminó su educación en el continente y volvió como un caballero? ¿O consiguió una beca en algún colegio, o escapó a América y se ganó los honores derramando la sangre de su país adoptivo? ¿O hizo fortuna de modo más expeditivo en los caminos ingleses?

—Puede que haya hecho un poco de todo eso, señor Lockwood; pero no podría jurar por ninguna de estas opciones. Ya dije antes que no sé cómo consiguió su dinero; ni tampoco conozco los medios que empleó para elevar su mente de la ignorancia salvaje en que se había hundido; pero, con su permiso, continuaré a mi propio modo, si cree que le entretendrá sin cansarle. ¿Se siente mejor esta mañana?

—Mucho.

—Es una buena noticia.

* * * * * *

Llevé a la señorita Catherine y a mí misma a la Granja de Thrushcross; y, para mi agradable sorpresa, ella se portó infinitamente mejor de lo que me atrevía a esperar. Parecía casi demasiado encariñada con el señor Linton; e incluso con su hermana mostró mucho afecto. Los dos la atendían con gran solicitud, ciertamente. No era el espino doblándose hacia la madreselva, sino la madreselva abrazando al espino. No hubo concesiones mutuas: uno se mantuvo erguido y los otros cedieron; y ¿quién puede ser malhumorado y de mal carácter cuando no encuentra ni oposición ni indiferencia? Observé que el señor Edgar tenía un miedo profundamente arraigado de alterar su humor. Lo ocultaba a ella; pero si alguna vez me oía responder con brusquedad, o veía que algún otro criado se ponía hosco ante alguna orden imperiosa de ella, mostraba su preocupación con un ceño de desagrado que nunca oscurecía su rostro por causa propia. Muchas veces me habló severamente sobre mi impertinencia, y afirmó que la cuchillada de un cuchillo no podía causar peor tormento que el que él sufría al ver disgustada a su señora. Para no apenar a un buen amo, aprendí a ser menos susceptible; y, durante medio año, la pólvora yació tan inofensiva como arena, porque ningún fuego se acercó a hacerla explotar. Catherine tenía temporadas de melancolía y silencio de vez en cuando: su marido las respetaba con un silencio comprensivo, y las atribuía a un cambio en su constitución producido por su peligrosa enfermedad, ya que antes no había estado nunca sujeta a abatimientos de ánimo. El regreso del sol era acogido por un sol respondiente de su parte. Creo que puedo afirmar que se hallaban en posesión real de una felicidad profunda y creciente.

Terminó. Bueno, al final cada uno ha de bastarse a sí mismo; los mansos y generosos son sólo más justamente egoístas que los dominantes; y terminó cuando las circunstancias hicieron que cada uno sintiera que el interés del otro no era la principal consideración en sus pensamientos. En una apacible tarde de septiembre, yo venía del jardín con una cesta pesada de manzanas que había estado recogiendo. Había oscurecido, y la luna asomaba sobre el alto muro del patio, haciendo que sombras indefinidas acecharan en los rincones de las numerosas salientes del edificio. Dejé mi carga en los escalones de la casa junto a la puerta de la cocina, me detuve a descansar, y aspiré unos cuantos alientos más del aire suave y dulce; tenía los ojos en la luna y la espalda a la entrada, cuando oí una voz detrás de mí que decía: «Nelly, ¿eres tú?»

Era una voz grave y de acento extraño; sin embargo, había algo en la manera de pronunciar mi nombre que lo hacía sonar familiar. Me volví para descubrir quién hablaba, con aprensión; pues las puertas estaban cerradas y no había visto a nadie al acercarme a los escalones. Algo se movió en el porche; y, acercándome más, distinguí a un hombre alto vestido de oscuro, con la cara y el cabello oscuros. Estaba apoyado contra el lado y tenía los dedos en el pestillo, como si tuviera intención de abrirse paso él mismo. «¿Quién puede ser?», pensé. «¿El señor Earnshaw? ¡Oh, no! La voz no se parece nada a la suya.»

—He esperado aquí una hora —prosiguió, mientras yo seguía mirándole—; y durante todo ese tiempo todo alrededor ha estado tan quieto como la muerte. No me atrevía a entrar. ¿No me reconoces? Mira, ¡no soy un extraño!

Un rayo de luz cayó sobre sus facciones; las mejillas eran cetrinas y estaban medio cubiertas de patillas negras; las cejas bajas, los ojos hundidos y singulares. Recordé los ojos.

—¡Cómo! —exclamé, sin saber si considerarle un visitante del mundo real, y levanté las manos asombrada—. ¡Cómo! ¿Has vuelto? ¿Eres tú de verdad? ¿Eres tú?

—Sí, Heathcliff —respondió, mirando de mí a las ventanas que reflejaban un centenar de lunas relucientes, pero no mostraban ninguna luz desde dentro—. ¿Están en casa? ¿Dónde está ella? Nelly, ¡no estás contenta! No tienes por qué estar tan turbada. ¿Está aquí? ¡Habla! Quiero decirle una sola palabra: a tu señora. Ve y dile que hay una persona de Gimmerton que desea verla.

—¡Cómo lo va a tomar! —exclamé—. ¿Qué hará? La sorpresa me desconcierta... ¡la va a sacar de quicio! ¡Y eres Heathcliff! ¡Pero cambiado! ¡Ay, no hay modo de comprenderlo! ¿Has sido soldado?

—Ve a llevar mi recado —interrumpió, con impaciencia—. ¡Estoy en el infierno hasta que lo hagas!

Levantó el pestillo, y yo entré; pero cuando llegué al salón donde estaban el señor y la señora Linton, no me convencí de seguir adelante. Por fin resolví poner el pretexto de preguntar si querían que encendiera las velas, y abrí la puerta.

Estaban sentados juntos en una ventana cuyo postigo estaba abierto contra la pared, y mostraba, más allá de los árboles del jardín y el verde y agreste parque, el valle de Gimmerton, con una larga cinta de niebla serpenteando casi hasta su cima (pues muy pronto después de pasar la capilla, como habrá notado usted, el arroyo que viene de los pantanos se une a un riachuelo que sigue el

recodo del barranco). Cumbres Borrascosas se alzaba por encima de este vapor plateado; pero nuestra antigua casa era invisible; se hunde más bien hacia el otro lado. Tanto la habitación y sus ocupantes como el paisaje que contemplaban parecían maravillosamente serenos. Me resistía a cumplir mi encargo; y estaba a punto de irme sin decirlo, después de haber hecho mi pregunta sobre las velas, cuando la conciencia de mi torpeza me obligó a volver y murmurar: «Hay una persona de Gimmerton que desea verla, señora.»

—¿Qué quiere? —preguntó la señora Linton.

—No se lo pregunté —respondí.

—Bien, Nelly, corre las cortinas —dijo—, y trae el té. Vuelvo en seguida.

Salió del cuarto; el señor Edgar preguntó con indiferencia quién era.

—Alguien a quien la señora no espera —respondí—. Ese Heathcliff: lo recuerda usted, señor; el que vivía con el señor Earnshaw.

—¡Cómo! ¿El gitano, el mozo de labranza? —exclamó—. ¿Por qué no se lo dijo usted a Catherine?

—¡Chist! No debe llamarle con esos nombres, amo —dije—. Le daría mucha pena oírle. Estuvo casi desconsolada cuando él huyó. Creo que su vuelta será para ella como una fiesta.

El señor Linton fue a una ventana del otro lado de la habitación que daba al patio. La abrió y se asomó. Supongo que estaban abajo, pues exclamó rápidamente: «¡No se quede usted ahí, amor! Haga pasar a la persona, si es alguien de importancia.» Al poco oí el

chasquido del pestillo, y Catherine subió corriendo las escaleras, sin aliento y exaltada; demasiado emocionada para mostrar alegría: en efecto, por su cara más bien se habría supuesto una terrible calamidad.

—¡Oh, Edgar, Edgar! —jadeó, echándole los brazos al cuello—. ¡Oh, Edgar, querido! ¡Ha vuelto Heathcliff, ha vuelto! —Y apretó el abrazo hasta hacerlo un estrujón.

—Vamos, vamos —exclamó su marido, malhumorado—, ¡no me estrangules por eso! Nunca me pareció tan extraordinario tesoro. ¡No hace falta ponerse frenética!

—Sé que no te gustaba —respondió ella, reprimiendo un poco la intensidad de su deleite—. Sin embargo, por mí tienes que ser amigo suyo ahora. ¿Le digo que suba?

—¿Aquí? —dijo él—. ¿Al salón?

—¿Dónde si no? —preguntó ella.

Él pareció contrariado y sugirió la cocina como lugar más apropiado. La señora Linton le miró con expresión cómica: mitad enojada, mitad riéndose de sus remilgos.

—No —añadió al cabo de un momento—: yo no puedo sentarme en la cocina. Pon dos mesas aquí, Ellen: una para tu amo y la señorita Isabella, que son gente principal; y la otra para Heathcliff y para mí, que somos de la clase baja. ¿Te parecerá bien, querido? ¿O debo mandar encender el fuego en otro sitio? Si es así, da las instrucciones. Voy a bajar a asegurarme de que mi huésped no se va. ¡Me temo que la alegría es demasiado grande para ser real!

Estaba a punto de salir disparada de nuevo; pero Edgar la retuvo.

—Dile que suba —me dijo, dirigiéndose a mí—; y, Catherine, procura alegrarte sin exageraciones. No es necesario que toda la servidumbre sea testigo de cómo recibes a un criado fugitivo como si fuera un hermano.

Bajé y encontré a Heathcliff esperando bajo el porche, evidentemente anticipando una invitación a entrar. Me siguió sin malgastar palabras, y le introduje ante el amo y la señora, cuyas mejillas encendidas delataban señales de una acalorada conversación. Pero el rostro de la señora resplandecía con otro sentimiento cuando su amigo apareció en la puerta: se lanzó hacia adelante, le tomó las dos manos y le llevó junto a Linton; y luego agarró los renuentes dedos de Linton y los estrechó contra los de él. Ahora, plenamente revelado por el fuego y la luz de las velas, me asombré más que nunca ante la transformación de Heathcliff. Se había convertido en un hombre alto, atlético y bien formado; junto al cual mi amo parecía bastante delgado y joven. Su porte erguido sugería la idea de que había estado en el ejército. Su semblante era mucho más maduro en expresión y decisión de rasgos que el del señor Linton; tenía aspecto inteligente y no conservaba ninguna huella de la degradación anterior. Una ferocidad a medio domesticar acechaba todavía en las cejas bajas y los ojos llenos de fuego negro, pero estaba contenida; y sus modales eran incluso dignos: del todo despojados de tosquedad, aunque demasiado severos para ser graciosos. La sorpresa de mi amo igualó o superó a la mía: se quedó un momento sin saber cómo dirigirse al mozo de labranza, como le había llamado. Heathcliff soltó su mano, algo insignificante, y se quedó mirándole con frialdad hasta que él se dignó hablar.

—Siéntese, señor —dijo por fin—. La señora Linton, recordando tiempos pasados, querría que le diera una bienvenida cordial; y, por supuesto, me alegra que ocurra cualquier cosa que la complazca.

—Y a mí también —respondió Heathcliff—, sobre todo si es algo en lo que tengo parte. Me quedaré una hora o dos con mucho gusto.

Tomó asiento frente a Catherine, quien mantenía los ojos fijos en él como si temiera que desapareciera si los apartaba. Él no los levantaba hacia ella con frecuencia: una mirada rápida de vez en cuando era suficiente; pero reflejaba de vuelta, cada vez con más confianza, la alegría sin disimulo que bebía de los de ella. Estaban demasiado absortos en su alegría mutua para sufrir embarazo. No así el señor Edgar: palidecía de pura contrariedad: un sentimiento que llegó a su colmo cuando su señora se levantó y cruzando la alfombra agarró de nuevo las manos de Heathcliff y se rió como una enajenada.

—¡Mañana me parecerá un sueño! —exclamó—. ¡No podré creer que te haya visto, tocado y hablado otra vez! Y sin embargo, ¡cruel Heathcliff!, no mereces esta bienvenida. ¡Tres años de ausencia y silencio, y nunca pensar en mí!

—Un poco más de lo que tú has pensado en mí —murmuró—. Supe de tu boda, Cathy, no hace mucho; y mientras esperaba abajo en el patio, meditaba este plan: sólo echar un vistazo a tu cara, quizás una mirada de sorpresa y de placer fingido; luego ajustar cuentas con Hindley; y después anticiparme a la justicia ejecutándome yo mismo. Tu bienvenida ha desterrado esas ideas de mi mente; ¡pero cuidado con recibirme con otro semblante la próxima vez! No, no me echarás de nuevo. De verdad lo sentiste por mí, ¿no es así? Pues

había motivo. He librado una vida amarga desde que oí tu voz por última vez; ¡y tienes que perdonarme, porque sólo luché por ti!

—Catherine, a menos que queramos tomar el té frío, tenga la bondad de venir a la mesa —interrumpió Linton, esforzándose por mantener su tono habitual y la debida medida de cortesía—. El señor Heathcliff tendrá un largo camino, dondequiera que vaya a alojarse esta noche; y yo tengo sed.

Ella fue a colocarse detrás de la tetera; y la señorita Isabella llegó, llamada por el timbre; luego, habiéndoles acercado las sillas, dejé la habitación. La comida no duró apenas diez minutos. La taza de Catherine nunca se llenó: no podía ni comer ni beber. Edgar había derramado en su platillo, y apenas tragó un bocado. Su huésped no prolongó esa tarde su estancia más de una hora. Al marcharse le pregunté si iba a Gimmerton.

—No, a Cumbres Borrascosas —respondió—: el señor Earnshaw me invitó cuando fui a verle esta mañana.

¡El señor Earnshaw le invitó! ¡Y él fue a ver al señor Earnshaw! Me quedé dando vueltas dolorosamente a esa frase después de que se fuera. ¿Se está volviendo un hipócrita, y viene al campo a hacer daño bajo una capa?, cavilé: tenía un presentimiento en el fondo del corazón de que habría sido mejor que no hubiera vuelto.

Hacia la medianoche me despertaron de mi primer sueño la señora Linton entrando en mi cuarto deslizándose, sentándose en el borde de mi cama y tirándome del pelo para despertarme.

—No puedo descansar, Ellen —dijo, a modo de disculpa—. ¡Y quiero que haya alguna criatura viviente que me haga compañía en mi felicidad! Edgar está malhumorado porque me alegra algo que a él

no le interesa: se niega a abrir la boca salvo para decir mezquinas y tontas palabras; y afirmó que era cruel y egoísta de mi parte querer hablar cuando él estaba tan enfermo y soñoliento. ¡Siempre se las arregla para estar enfermo al menor contratiempo! Le dije unas frases de elogio sobre Heathcliff y él, ya sea por jaqueca o por un aguijonazo de envidia, se puso a llorar; así que me levanté y le dejé.

—¿De qué sirve alabarle a Heathcliff delante de él? —respondí—. De chicos se tenían antipatía, y Heathcliff odiaría igual que él oírle alabar: es la naturaleza humana. No le meta a Heathcliff al señor Linton a no ser que quiera una riña abierta entre ellos.

—¿Pero no demuestra eso gran debilidad? —prosiguió ella—. Yo no soy envidiosa: nunca me siento herida por el brillo del cabello rubio de Isabella ni por la blancura de su piel, por su delicada elegancia y la predilección que toda la familia muestra por ella. Incluso tú, Nelly, cuando tenemos alguna disputa, te pones enseguida de parte de Isabella; y yo cedo como una madre tonta: la llamo encanto y la halago hasta que se le pasa el mal humor. A su hermano le complace vernos cordiales, y eso me complace a mí. Pero se parecen mucho: son niños mimados y se imaginan que el mundo fue creado para su comodidad; y aunque los consiento a los dos, creo que un buen correctivo podría mejorarles de todas formas.

—Se equivoca, señora Linton —dije—. Son ellos los que la consienten a usted: sé lo que habría que hacer si no lo hicieran. Puede bien permitirles sus caprichos pasajeros mientras se ocupan en anticiparse a todos sus deseos. Sin embargo, puede que al final riñan por algo de igual importancia para las dos partes; y entonces

los que usted llama débiles son muy capaces de ser tan obstinados como usted.

—Y entonces lucharemos a muerte, ¿verdad, Nelly? —respondió, riendo—. ¡No! Le digo que tengo tanta fe en el amor de Linton que creo que podría matarle, y él no querría vengarse.

Le aconsejé que le estimara más por su afecto.

—Lo hago —respondió—; pero no tiene por qué recurrir a lloriqueos por pequeñeces. Es pueril; y en lugar de echarse a llorar porque yo dijera que Heathcliff era ya digno del aprecio de cualquiera, y que honraría al primer caballero del país ser amigo suyo, debería haberlo dicho él mismo por mí y haberse alegrado por simpatía. Tiene que acostumbrarse a él, y bien puede gustarle: teniendo en cuenta las razones que tiene Heathcliff para resentirse con él, ¡estoy segura de que se portó de maravilla!

—¿Qué piensa de que se haya ido a Cumbres Borrascosas? —pregunté—. Parece reformado en todos los aspectos: todo un cristiano, tendiendo la mano de la amistad a sus enemigos por todas partes.

—Lo explicó —respondió—. Me asombra tanto como a usted. Dijo que fue para recabar información sobre mí de su parte, suponiendo que usted seguía viviendo allí; y Joseph se lo dijo a Hindley, quien salió y se puso a preguntarle qué había estado haciendo y cómo había vivido; y por fin le invitó a entrar. Había algunas personas jugando a las cartas; Heathcliff se unió a ellos; mi hermano le perdió algo de dinero y, al ver que estaba bien provisto, le pidió que volviera por la noche: a lo cual consintió. Hindley es demasiado temerario para elegir sus relaciones con prudencia: no se toma la

molestia de reflexionar sobre las razones que podría tener para desconfiar de alguien a quien ha injuriado vilmente. Pero Heathcliff afirma que su razón principal para reanudar el trato con su antiguo perseguidor es el deseo de instalarse en un alojamiento a distancia a pie de la Granja, y el apego a la casa donde vivimos juntos; y también la esperanza de que tenga más oportunidades de verme allí de las que tendría si se asentara en Gimmerton. Piensa ofrecer un pago generoso por permiso para alojarse en las Cumbres; y sin duda la codicia de mi hermano le impulsará a aceptar las condiciones: siempre fue avaro; aunque lo que agarra con una mano lo tira con la otra.

—¡Es un lugar estupendo para que un joven fije su residencia! —dije —. ¿No teme las consecuencias, señora Linton?

—Ninguna para mi amigo —respondió—: su cabeza firme le protegerá del peligro; un poco para Hindley: pero no puede empeorarse moralmente más de lo que está; y yo me interpongo entre él y el daño corporal. El suceso de esta noche me ha reconciliado con Dios y con la humanidad. ¡Me había sublevado con ira contra la Providencia! ¡Oh, he sufrido una miseria muy, muy amarga, Nelly! Si esa criatura supiera qué amarga, se avergonzaría de ensombrecer su alivio con petulancia ociosa. Fue la bondad hacia él lo que me indujo a soportarla sola: si hubiera expresado la agonía que con frecuencia sentía, le habría enseñado a anhelar su alivio con tanta ardor como yo. Sin embargo, ya pasó, y no me vengaré de su torpeza; ¡de ahora en adelante puedo sufrir lo que sea! ¡Si la criatura más mezquina que existe me abofeteara en la mejilla, no sólo volvería la otra, sino que pediría perdón por haberla provocado; y como prueba de ello, voy a hacer las paces con Edgar ahora mismo. ¡Buenas noches! ¡Soy un ángel!

Con esta convicción de autocomplacencia se marchó; y el éxito de su cumplida resolución fue evidente a la mañana siguiente: el señor Linton no sólo había abandonado su mal humor (aunque su ánimo parecía todavía abatido por la exuberante vivacidad de Catherine), sino que no puso objeción alguna a que ella se llevara a Isabella a Cumbres Borrascosas por la tarde; y ella le recompensó con tal verano de dulzura y afecto que la casa fue un paraíso durante varios días; beneficiándose tanto el amo como los criados del perpetuo sol.

Heathcliff, el señor Heathcliff debería decir de ahora en adelante, usó la libertad de visitar la Granja de Thrushcross con cautela al principio: parecía calculando hasta qué punto el dueño toleraría su intrusión. Catherine, también, juzgó prudente moderar las expresiones de placer en recibirle; y él fue estableciendo gradualmente su derecho a ser esperado. Conservaba gran parte de la reserva por la que su infancia era notable; y eso servía para reprimir todas las demostraciones sorprendentes de sentimiento. La inquietud de mi amo experimentó una tregua, y otras circunstancias la desviaron hacia otro cauce durante un tiempo.

Su nueva fuente de preocupación surgió de la no prevista desgracia de que Isabella Linton manifestara una atracción súbita e irresistible hacia el huésped tolerado. Era entonces una encantadora joven de dieciocho años; infantil en modales, aunque dotada de agudo ingenio, agudos sentimientos y también un temperamento agudo, si se le irritaba. Su hermano, que la quería tiernamente, quedó consternado ante esta caprichosa preferencia. Dejando a un lado la degradación de una alianza con un hombre sin nombre, y el posible hecho de que su propiedad, a falta de herederos varones, podría pasar a manos de semejante sujeto,

tenía el buen juicio de comprender la índole de Heathclifff: de saber que, aunque su exterior había cambiado, su mente era inmutable e invariada. Y temía esa mente: le repugnaba: se estremecía con aprensión ante la idea de confiar a Isabella a su cuidado. Se habría retraído aún más de haber sabido que su afecto había surgido sin estímulo y se había prodigado donde no despertaba ninguna reciprocidad de sentimiento; pues en el momento en que descubrió su existencia echó la culpa al deliberado maquinar de Heathcliff.

Todos habíamos observado, durante algún tiempo, que la señorita Linton languidecía y se consumía por algo. Se volvió malhumorada y fastidiosa; regañando y atormentando a Catherine continuamente, con inminente riesgo de agotar su limitada paciencia. La disculpábamos hasta cierto punto alegando mala salud: menguaba y se marchitaba ante nuestros ojos. Pero un día, en que había estado particularmente caprichosa, rechazando el desayuno, quejándose de que los criados no hacían lo que ella ordenaba; de que la señora no le permitía ser nada en la casa, y Edgar la descuidaba; de que había cogido un resfriado al dejarse las puertas abiertas, y de que dejábamos apagar el fuego del salón a propósito para contrariarlo, con cien acusaciones aún más fútiles, la señora Linton insistió perentoriamente en que se fuera a la cama; y, después de regañarla de buena manera, amenazó con mandar buscar al médico. La mención del señor Kenneth la hizo exclamar al instante que su salud era perfecta y que era sólo la dureza de Catherine lo que la hacía desgraciada.

—¿Cómo puedes decir que soy dura, niña mimada? —exclamó la señora, asombrada ante la afirmación tan poco razonable—. Seguro que estás perdiendo la razón. ¿Cuándo he sido dura? Dímelo.

—Ayer —sollozó Isabella—; ¡y ahora!

—¿Ayer? —dijo su cuñada—. ¿En qué ocasión?

—En nuestro paseo por el páramo: ¡me dijiste que me fuera por donde quisiera mientras tú te paseabas con el señor Heathcliff!

—¿Y ésa es tu idea de dureza? —dijo Catherine, riendo—. No era una insinuación de que tu compañía sobraba; lo mismo nos daba que te quedaras o no con nosotros; sólo pensé que la conversación de Heathcliff no tendría nada de entretenida para tus oídos.

—¡Oh, no! —lloró la joven señora—; ¡me querías lejos porque sabías que me gustaba estar allí!

—¿Está en su sano juicio? —me preguntó la señora Linton, apelando a mí—. Voy a repetirte nuestra conversación, palabra por palabra, Isabella; y tú señala qué encanto podría haber tenido para ti.

—No me importa la conversación —respondió—: quería estar con...

—¿Con quién? —dijo Catherine, al ver que vacilaba en terminar la frase.

—¡Con él! ¡Y no voy a estar siempre mandada fuera! —continuó, encendiéndose—. Eres el perro del hortelano, Cathy, y no deseas que nadie sea amado salvo tú.

—¡Eres una monita impertinente! —exclamó la señora Linton, sorprendida—. ¡Pero no quiero creer semejante insensatez! ¡Es imposible que codicies la admiración de Heathcliff, que le consideres una persona agradable! Espero haberme equivocado, Isabella.

—No, no te has equivocado —dijo la joven infatuada—. Le quiero más de lo que tú quisiste jamás a Edgar; ¡y él podría quererme a mí si tú le dejaras!

—¡No cambiaría de sitio contigo por nada del mundo! —declaró Catherine, con énfasis; y parecía hablar con sinceridad—. Nelly, ayúdame a convencerla de su locura. Dile lo que es Heathcliff: una criatura sin domesticar, sin refinamiento, sin cultura; un árido erial de tojos y pedernal. ¡Lo mismo daría meter a ese canario en el parque en un día de invierno que recomendarte que le entregaras el corazón! Es una ignorancia deplorable de su carácter, niña, y nada más, lo que pone ese sueño en tu cabeza. ¡Por favor, no imagines que oculta profundidades de benevolencia y afecto bajo una apariencia severa! No es un diamante en bruto, una ostra que contenga una perla rústica: es un hombre feroz, despiadado, lobuno. Yo nunca le digo: «Deja a tal o cual enemigo en paz, porque hacerle daño sería innoble o cruel»; le digo: «Déjalos en paz, porque odiaría que les hicieran daño»; y te aplastaría como un huevo de gorrión, Isabella, si te encontrara un cargo engorroso. Sé que no podría querer a una Linton; y sin embargo sería del todo capaz de casarse con tu fortuna y tus expectativas: la avaricia es en él un pecado capital que va creciendo. Ése es mi retrato de él: y soy amiga suya; tan amiga que si hubiera pensado seriamente en atraparte, quizás habría guardado silencio y dejado que cayeras en su trampa.

La señorita Linton miró a su cuñada con indignación.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —repitió, enojada—. ¡Eres peor que veinte enemigos, amiga envenenadora!

—¿Ah, no me crees, entonces? —dijo Catherine—. ¿Crees que hablo por un egoísmo perverso?

—Estoy segura de ello —replicó Isabella—; ¡y me estremezco ante ti!

—¡Bien! —exclamó la otra—. Pruébalo tú misma, si es tu disposición: yo he terminado y le cedo el argumento a tu descarada insolencia.

—¡Y yo tengo que sufrir por su egoísmo! —sollozó al marcharse la señora Linton—. Todo, todo está en mi contra: ha marchitado mi único consuelo. ¡Pero dijo mentiras, ¿verdad? El señor Heathcliff no es un demonio: tiene un alma honrada y verdadera, ¿o cómo podría recordarla a ella?

—Desterrémosle de sus pensamientos, señorita —dije—. Es un pájaro de mal agüero: no es pareja para usted. La señora Linton habló con dureza, y sin embargo no puedo contradecirla. Ella le conoce el corazón mejor que yo, o que nadie más; y nunca le representaría peor de lo que es. La gente honrada no esconde sus actos. ¿Cómo ha estado viviendo? ¿Cómo se ha enriquecido? ¿Por qué se aloja en Cumbres Borrascosas, la casa de un hombre a quien aborrece? Dicen que el señor Earnshaw está cada vez peor desde que llegó. Se quedan levantados toda la noche juntos continuamente, y Hindley ha estado hipotecando sus tierras, y no hace más que jugar y beber: me enteré hace sólo una semana —me lo dijo Joseph—; le encontré en Gimmerton: «Nelly», me dijo, «vamos a tener una investigación del alguacil en nuestra casa en breve. Uno de ellos se ha quedado casi sin un dedo de tanto sujetar al otro para que no se clave un cuchillo. Ése es el amo, que tan ansioso está de ir a los tribunales. No le teme al banco de jueces, ni a Pablo ni a Pedro ni a Juan ni a Mateo, ni a ninguno: ¡le tiene ganas, le muere por plantar su desvergonzada cara frente a ellos! Y

ese buen mozo Heathclifff, se lo digo, vaya uno que está. Sabe reírse tanto como cualquiera de una broma del diablo. ¿No dice nunca nada de su buena vida entre nosotros cuando va a la Granja? Así funciona: levantados al ponerse el sol; dados, coñac, postigos cerrados y velas hasta el día siguiente al mediodía; luego el imbécil se va maldeciendo y vociferando a su cuarto, haciendo que la gente decente se tape los oídos de pura vergüenza; y el pillo, pues bien puede contar su dinero, y comer, y dormir, y salir a casa del vecino a cotillear con la mujer. Claro que le cuenta a la señorita Catherine cómo el oro de su padre se le mete en el bolsillo y el hijo de su padre galopa por el camino ancho, mientras él se adelanta a abrir las barreras.» Ahora bien, señorita Linton, Joseph es un viejo tunante, pero no es mentiroso; y si su relato de la conducta de Heathcliff es cierto, usted nunca pensaría en desear semejante marido, ¿verdad?

—¡Estás de acuerdo con los demás, Ellen! —respondió—. No escucharé tus calumnias. ¡Qué malevolencia tan grande deben tener para querer convencerme de que no hay felicidad en el mundo!

Si hubiera llegado a superar esta manía si se la hubiera dejado a solas, o si hubiera perseverado en alimentarla indefinidamente, no puedo decirlo: tuvo poco tiempo para reflexionar. Al día siguiente había una reunión de jueces de paz en el pueblo próximo; mi amo se vio obligado a asistir; y el señor Heathcliff, enterado de su ausencia, llamó algo más temprano que de costumbre. Catherine e Isabella estaban en la biblioteca en términos hostiles, aunque en silencio: la última aterrorizada por su reciente indiscreción, y por la revelación que había hecho de sus sentimientos secretos en un arrebato de pasión pasajero; la primera, reflexionando con

madurez, realmente ofendida con su compañera; y si ésta volvía a reírse de su impertinencia, inclinada a que dejara de ser motivo de risa. Se rió al ver pasar a Heathcliff por la ventana. Yo estaba barriendo el hogar, y noté una sonrisa maliciosa en sus labios. Isabella, absorta en sus meditaciones o en un libro, no se movió hasta que la puerta se abrió; y era demasiado tarde para intentar escapar, lo cual habría hecho de buena gana si hubiera sido factible.

—¡Entra, muy bien! —exclamó la señora, animada, acercando una silla al fuego—. Aquí hay dos personas que necesitan mucho una tercera que deshiele el hielo entre ellas; y tú eres exactamente el que las dos elegiríamos. Heathcliff, me enorgullece presentarte por fin a alguien que te adora más que yo misma. Espero que te sientas halagado. No es Nelly; ¡no la mires! Mi pobre cuñadita se muere de amor por la mera contemplación de tu belleza física y moral. ¡Está en tu poder ser el hermano de Edgar! No, no, Isabella, no te escapas —continuó, reteniendo con fingida jovialidad a la desconcertada joven, que se había levantado indignada—. Nos estábamos peleando como gatas por tu causa, Heathcliff; y yo fui claramente vencida en protestaciones de devoción y admiración; y, además, se me informó de que si tuviera siquiera la cortesía de hacerme a un lado, mi rival, como quiere ser llamada, lanzaría una flecha a tu alma que te fijaría para siempre, y enviaría mi imagen al olvido eterno.

—Catherine —dijo Isabella, apelando a su dignidad y desdeñando luchar para soltarse del firme asir que la retenía—, te agradecería que te ciñeras a la verdad y no me calumniaras, ni siquiera en broma. Señor Heathcliff, tenga la bondad de decirle a esta amiga suya que me suelte: olvida que usted y yo no somos íntimos

conocidos; y lo que la divierte a ella me resulta doloroso a mí más allá de toda expresión.

Como el huésped no respondió nada, sino que tomó asiento y pareció del todo indiferente a los sentimientos que ella le pudiera profesar, ella se volvió y le susurró un ruego urgente de libertad a su atormentadora.

—¡De ningún modo! —gritó la señora Linton en respuesta—. No voy a ser llamada el perro del hortelano otra vez. ¡Ahí te quedas! Heathcliff, ¿por qué no demuestras satisfacción ante mi agradable noticia? Isabella jura que el amor que Edgar me tiene no es nada comparado con el que ella te profesa a ti. Estoy segura de que hizo una declaración de ese tipo; ¿verdad, Ellen? Y ha estado en ayunas desde el paseo de anteayer, de pena y rabia porque yo la despedí de tu compañía bajo el supuesto de que te sería desagradable.

—Creo que la calumnias —dijo Heathcliff, girando la silla para quedar de cara a ellas—. Ahora mismo desea estar fuera de mi compañía, en todo caso.

Y la miró fijamente, como podría mirarse a un extraño y repulsivo animal: una escolopendra de las Indias, por ejemplo, a la que la curiosidad lleva a uno a examinar a pesar de la aversión que suscita. La pobre criatura no pudo soportarlo; se puso blanca y colorada en rápida sucesión, y mientras las lágrimas asomaban a sus pestañas, empleó la fuerza de sus pequeños dedos en aflojar el firme asir de Catherine; y al notar que tan pronto como levantaba un dedo del brazo otro lo volvía a colocar, y que no podía quitarlos todos a la vez, empezó a emplear las uñas; y su afilada punta adornó pronto a la que la retenía con medias lunas de color rojo.

—¡Vaya una tigresa! —exclamó la señora Linton, soltándola y sacudiendo la mano adolorida—. ¡Vete, por el amor de Dios, y esconde esa cara de zorra! ¡Qué tontería revelarle esas garras! ¿No puedes imaginarte las conclusiones que sacará? ¡Mira, Heathcliff! Son instrumentos capaces de causar daño: tienes que andar con cuidado con tus ojos.

—Se las arrancaría de los dedos si alguna vez me amenazaran —respondió brutalmente, cuando la puerta se hubo cerrado tras ella —. Pero ¿qué quisiste decir atormentando así a la criatura, Cathy? ¿No estabas diciendo la verdad, verdad?

—Te aseguro que sí —respondió—. Lleva semanas muriéndose por tu causa, y esta mañana ha estado delirando sobre ti y derramando un diluvio de improperios porque te representé tus defectos de manera franca, con el propósito de mitigar su adoración. Pero no le des más importancia: quería castigar su descaro, nada más. Te tengo demasiado afecto, querido Heathcliff, para dejarte apresarla y devorarla del todo.

—Y yo le tengo demasiado poco aprecio para intentarlo —dijo—, salvo de un modo bastante fantasmal. Oirías cosas extrañas si yo viviera solo con esa cara sensiblera y cerúlea: lo más ordinario sería pintar de todos los colores del arco iris su blancura, y volverle negros esos ojos azules cada uno o dos días: se parecen de una manera detestable a los de Linton.

—¡Deliciosamente! —observó Catherine—. Son ojos de paloma, ¡de ángel!

—¿Es heredera de su hermano? —preguntó él, tras un breve silencio.

—Espero que no —respondió su compañera—. ¡Media docena de sobrinos borrarán su título, si Dios quiere! Aparta ahora mismo la mente de ese asunto: eres demasiado propenso a codiciar los bienes del prójimo; recuerda que los bienes de este prójimo son los míos.

—Si fueran míos, no serían por eso menos míos —dijo Heathcliff—; pero aunque Isabella Linton sea tonta, no está del todo loca; y, en resumen, descartemos el asunto, como aconsejas.

De sus lenguas sí lo descartaron; y Catherine, probablemente, de sus pensamientos. El otro, estaba segura, lo recordaba con frecuencia durante el transcurso de la tarde. Le veía sonreírse a sí mismo, más bien hacer una mueca, y perderse en ominosas meditaciones siempre que la señora Linton tenía ocasión de ausentarse de la habitación.

Resolví vigilar sus movimientos. Mi corazón se inclinaba invariablemente hacia el partido del amo, con preferencia sobre el de Catherine: con razón, me parecía, pues él era bueno, confiado y honrado; y ella... a ella no se la podía llamar lo contrario, y sin embargo parecía permitirse tanta amplitud de miras que tenía poca fe en sus principios y aún menos simpatía por sus sentimientos. Deseaba que ocurriera algo que tuviera el efecto de librar tanto a Cumbres Borrascosas como a la Granja del señor Heathcliff, tranquilamente; dejándonos como estábamos antes de su llegada. Sus visitas eran una pesadilla continua para mí; y, sospechaba, también para mi amo. Su morada en las Cumbres era una opresión que superaba toda explicación. Sentía que Dios había abandonado a la oveja descarriada de allí a sus propios caprichos

perversos, y que una bestia malvada rondaba entre ella y el redil, esperando su momento para saltar y destruir.

12

Capítulo XI

Empieza: «A veces, mientras meditaba sobre estas cosas en soledad, me levantaba de repente presa del terror y me ponía la toca para...»

A veces, mientras meditaba sobre estas cosas en soledad, me levantaba de repente presa del terror y me ponía la toca para ir a ver cómo estaban las cosas en la granja. Me convencía a mí misma de que era un deber advertirle de cómo hablaba la gente de sus costumbres; y luego recordaba sus malos hábitos arraigados, y, sin esperanza de beneficiarle, me echaba atrás ante la perspectiva de volver a entrar en la lúgubre casa, dudando si podría aguantar ser tomada en serio.

Una vez pasé por delante de la verja de siempre, desviándome de mi camino, en un viaje a Gimmerton. Era más o menos la época a la que ha llegado mi relato: una tarde brillante y helada; el suelo pelado, el camino duro y seco. Llegué a una piedra donde la calzada se bifurca hacia el páramo a mano izquierda: una tosca columna de arenisca con las letras C. B. grabadas en el lado norte, G. en el este y G. T. en el suroeste. Sirve de poste indicador a la Granja, a las Cumbres y al pueblo. El sol brillaba amarillo sobre su gris coronilla, recordándome el verano; y no sé por qué, pero de repente una oleada de sensaciones infantiles fluyó hacia mi corazón. Hindley y yo la teníamos por un lugar favorito hacía

veinte años. Contemplé largo rato el bloque desgastado; y, agachándome, descubrí un agujero junto a la base, todavía lleno de caracoles y guijarros, que teníamos la costumbre de guardar allí junto con cosas más perecederas; y, tan vívido como la realidad, me pareció ver a mi antiguo compañero de juegos sentado en el césped marchito: su oscura cabeza cuadrada inclinada hacia adelante, y su pequeña mano cavando la tierra con un trozo de pizarra. «¡Pobre Hindley!», exclamé involuntariamente. Me sobresalté: mi ojo corporal fue engañado por un momentáneo convencimiento de que la criatura levantaba la cara y me miraba fijamente. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos; pero inmediatamente sentí un anhelo irresistible de estar en las Cumbres. La superstición me urgía a obedecer ese impulso: ¿y si estuviera muerto?, pensé; ¡o si muere pronto! ¡Y si fuera un presagio de muerte! Cuanto más me acercaba a la casa más agitada me ponía; y al divisarla me estremecí de pies a cabeza. El espectro me había tomado la delantera: estaba mirando a través de la verja. Ésa fue mi primera idea al observar a un niño moreno, de ojos castaños y pelo enmarañado, apoyando su sonrosada cara contra los barrotes. Reflexionando más, deduje que aquél debía de ser Hareton, mi Hareton, no muy cambiado desde que le había dejado diez meses antes.

—¡Que Dios te bendiga, querido! —exclamé, olvidando instantáneamente mis necios temores—. Hareton, soy Nelly: Nelly, tu nodriza.

Se apartó fuera del alcance de mis brazos y cogió una piedra grande.

—He venido a ver a tu padre, Hareton —añadí, deduciendo por la acción que Nelly, si vivía en su memoria, no era reconocida como una conmigo.

Levantó el proyectil para lanzarlo; comencé un discurso apaciguador, pero no pude detener su brazo: la piedra golpeó mi toca; y entonces siguieron, de los balbucientes labios del pequeño, una sarta de maldiciones que, comprendiera o no su significado, eran pronunciadas con estudiado énfasis y deformaban sus rasgos de niño en una expresión de malicia que daba miedo. Puede estar seguro de que esto me entristeció más que me enojó. A punto de llorar, saqué una naranja del bolsillo y se la ofrecí para aplacarle. Vaciló, y luego me la arrebató de la mano; como si se le hubiera ocurrido que sólo pretendía tentarle y decepcionarle. Le mostré otra, manteniéndola fuera de su alcance.

—¿Quién te ha enseñado esas bonitas palabras, criatura? —pregunté—. ¿El párroco?

—¡Al diablo el párroco, y tú también! Dame eso —respondió.

—Cuéntame dónde has recibido tus lecciones, y te la daré —dije—. ¿Quién es tu maestro?

—El padre diablo —fue su respuesta.

—¿Y qué te enseña tu padre? —continué.

Saltó hacia la fruta; la alcé más. «¿Qué te enseña?», pregunté.

—Nada —dijo—, salvo a no cruzarle en el camino. El padre no me puede ver porque le maldigo.

—¿Ah, y el diablo te enseña a maldecir al padre? —observé.

—Sí... no —dijo, arrastrando las sílabas.

—¿Quién, entonces?

—Heathcliff.

Le pregunté si le gustaba el señor Heathcliff.

—¡Sí! —respondió de nuevo.

Deseando saber sus razones para quererle, sólo pude sacar las frases: «No lo sé: le devuelve al padre lo que él me da a mí; le maldice al padre por maldecirme a mí. Dice que debo hacer lo que quiera.»

—¿Y el párroco no te enseña a leer y escribir? —proseguí.

—No, me dijeron que al párroco le romperían los dientes si pasaba el umbral: ¡Heathcliff lo había prometido!

Le puse la naranja en la mano y le pedí que le dijera a su padre que una mujer llamada Nelly Dean esperaba hablar con él en la verja del jardín. Fue por el sendero y entró en la casa; pero en lugar de Hindley fue Heathcliff quien apareció en el umbral; y di la vuelta y bajé el camino corriendo lo más rápido que pude, sin detenerme hasta llegar al poste indicador, con el corazón palpitando como si hubiera convocado a un duende. Esto no tiene mucha relación con el asunto de la señorita Isabella: salvo en que me impulsó a resolver aún más firmemente montar una guardia vigilante, y hacer todo lo posible por atajar la propagación de tan mala influencia en la Granja: aunque despertara una tormenta doméstica, contrariando el placer de la señora Linton.

La próxima vez que vino Heathcliff, mi joven señora resultó estar dando de comer a unas palomas en el patio. No había dirigido una sola palabra a su cuñada en tres días; pero también había dejado sus protestas malhumoradas, y encontrábamos eso un gran alivio. Heathcliff no tenía el hábito de prodigar una sola cortesía innecesaria a la señorita Linton, lo sabía. Ahora bien, en cuanto la vio, su primera precaución fue hacer un rápido reconocimiento de la fachada de la casa. Yo estaba de pie junto a la ventana de la cocina, pero me retiré de la vista. Luego cruzó los adoquines hacia ella y le dijo algo: ella parecía confundida y deseosa de alejarse; para impedírselo, él le puso la mano en el brazo. Ella volvió la cara; él aparentemente le hizo una pregunta a la que ella no quería responder. Hubo otra rápida mirada a la casa, y creyéndose sin ser observado, el bribón tuvo la impudencia de abrazarla.

—¡Judas! ¡Traidor! —exclamé—. ¿También tú eres hipócrita? Un mentiroso deliberado.

—¿Quién es, Nelly? —dijo la voz de Catherine a mi codo: había estado tan absorta en observar a la pareja de afuera que no noté su entrada.

—¡Tu indigno amigo! —respondí, acaloradamente—: el canalla solapado de ahí. ¡Ah, ha vislumbrado que estamos aquí; está entrando! Me pregunto si tendrá el descaro de encontrar una excusa plausible para coquetear con la señorita, cuando te dijo que la odiaba.

La señora Linton vio a Isabella soltarse y correr al jardín; y un minuto después Heathcliff abrió la puerta. No pude evitar dar cierta rienda suelta a mi indignación; pero Catherine insistió airadamente en que guardara silencio, y me amenazó con

expulsarme de la cocina si me atrevía a ser tan insolente como para meter mi impertinente lengua.

—Al oírte, la gente podría creer que eres la señora —exclamó—. ¡Hay que ponerte en tu lugar! Heathcliff, ¿qué estás haciendo, armando este escándalo? ¡Te dije que dejaras a Isabella en paz! Te lo ruego, a menos que estés cansado de ser recibido aquí y desees que Linton eche los cerrojos contra ti.

—¡Que Dios le impida intentarlo! —respondió el sinvergüenza. Le aborrecí en aquel momento—. ¡Que Dios le conserve manso y paciente! ¡Cada día me vuelvo más loco pensando en enviarle al cielo!

—¡Calla! —dijo Catherine, cerrando la puerta interior—. No me contraries. ¿Por qué has desatendido mi ruego? ¿Vino ella a buscarte a propósito?

—¿Qué te importa? —gruñó—. Tengo derecho a besarla si ella quiere; y tú no tienes derecho a objetarlo. No soy tu marido: ¡no tienes por qué tenerme celos!

—No te tengo celos de ti —respondió la señora—: te tengo celos por ti. Despeja el semblante: no me mirarás con el ceño fruncido. Si te gusta Isabella, cásate con ella. Pero ¿te gusta? Dime la verdad, Heathcliff. Mira, no contestas. Estoy segura de que no.

—¿Y aprobaría el señor Linton que su hermana se casara con ese hombre? —pregunté.

—El señor Linton debería aprobarlo —respondió mi señora, con decisión.

—Podría ahorrarse el trabajo —dijo Heathcliff—: podría hacerlo perfectamente sin su aprobación. Y en cuanto a ti, Catherine, tengo ganas de decirte unas cuantas palabras ahora, ya que estamos en ello. Quiero que sepas que sé que me has tratado infernalmente: ¡infernalmente! ¿Me oyes? Y si te lisonjeas creyendo que no lo noto, eres una tonta; y si crees que puedes consolarme con palabras amables, eres una idiota; y si te imaginas que lo voy a sufrir sin vengarme, te convenceré de lo contrario en muy poco tiempo. Mientras tanto, gracias por haberme contado el secreto de tu cuñada: juro que sacaré el máximo partido. ¡Y apártate de mi camino!

—¿Qué nueva faceta de su carácter es ésta? —exclamó la señora Linton, asombrada—. ¡Me has tratado infernalmente, y tomarás venganza! ¿Cómo la tomarás, bruto desagradecido? ¿Cómo te he tratado infernalmente?

—No busco venganza en ti —respondió Heathcliff, con menos vehemencia—. Ése no es el plan. El tirano aplasta a sus esclavos y ellos no se vuelven contra él: aplastaban a los que están por debajo de ellos. Puedes torturarme hasta la muerte para tu diversión, sólo permíteme divertirme un poco del mismo modo, y abstente de insultarme cuanto puedas. Habiendo arrasado mi palacio, no levantes una chabola y no te congratules por tu generosidad al darme eso como hogar. Si imaginara que realmente deseas que me case con Isabella, me cortaría el cuello.

—¡Oh, el problema es que yo no soy celosa! —exclamó Catherine—. ¡Bien, no repito mi oferta de esposa: es tan malo como ofrecerle a Satanás un alma perdida! Tu dicha consiste, como la suya, en infligir miseria. Lo demuestras. Edgar se ha recuperado del

malhumor al que se dejó llevar en tu llegada; yo empiezo a sentirme segura y tranquila; y tú, inquieto de saber que estamos en paz, pareces resuelto a provocar una riña. Riñe con Edgar si quieres, Heathcliff, y engaña a su hermana: darás exactamente con el método más eficaz de vengarte de mí.

La conversación cesó. La señora Linton se sentó junto al fuego, encendida y sombría. El espíritu que la servía se estaba volviendo intratable: no podía ni exorcizarlo ni controlarlo. Él estaba de pie en el hogar con los brazos cruzados, rumiando sus siniestros pensamientos; y en esa posición los dejé para ir a buscar al amo, que se preguntaba qué retenía a Catherine abajo tanto tiempo.

—Ellen —me dijo cuando entré—, ¿ha visto usted a su señora?

—Sí, señor; está en la cocina —respondí—. Está muy contrariada por el comportamiento del señor Heathcliff; y, en verdad, creo que ya es hora de regular sus visitas en términos distintos. Hay daño en ser demasiado blando, y ahora ha llegado a esto... —Y le referí la escena del patio, y, con toda la exactitud que me atreví, la disputa subsiguiente. Me figuraba que no podía perjudicar mucho a la señora Linton, a menos que ella se lo hiciera después tomando la defensa de su huésped. El señor Edgar Linton tuvo dificultad en oírme hasta el final. Sus primeras palabras revelaron que no eximía de culpa a su mujer.

—¡Esto es intolerable! —exclamó—. ¡Es una vergüenza que ella le reconozca como amigo y me imponga su compañía! Llámame dos hombres del vestíbulo, Ellen. Catherine no va a seguir debatiendo con ese bribón vulgar: la he complacido bastante.

Bajó, y ordenando a los criados que esperaran en el pasillo, fue, seguido por mí, a la cocina. Sus ocupantes habían reanudado su acalorada discusión: la señora Linton, al menos, regañaba con renovado vigor; Heathcliff se había ido a la ventana y colgaba la cabeza, algo amedrentado, al parecer, por sus violentos reproches. Vio al amo primero, e hizo un rápido gesto para que ella callara; lo cual ella obedeció bruscamente, al descubrir la razón de su intimación.

—¿Cómo es esto? —dijo Linton, dirigiéndose a ella—. ¿Qué idea de decencia tiene usted para seguir aquí, después del lenguaje que le ha dirigido ese canalla? Supongo que, como es su charla habitual, no le da importancia: está habituada a su bajeza y, quizás, se imagina que yo también puedo acostumbrarme.

—¿Has estado escuchando en la puerta, Edgar? —preguntó la señora, en un tono calculado especialmente para provocar a su marido, insinuando tanto descuido como desdén hacia su irritación. Heathcliff, que había levantado los ojos al discurso anterior, lanzó una risa burlona al oír el último; a propósito, al parecer, para atraer la atención del señor Linton hacia él. Lo consiguió; pero Edgar no tenía intención de darle el entretenimiento de ningún arrebato de pasión exaltado.

—He sido muy paciente con usted, señor —dijo con calma—; no porque ignorara su miserable y degradado carácter, sino porque sentía que usted sólo era en parte responsable de ello; y como Catherine deseaba mantener su trato, lo consentí, tontamente. Su presencia es un veneno moral que contaminaría a la persona más virtuosa: por esa causa, y para evitar peores consecuencias, le negaré de ahora en adelante la entrada a esta casa, y le notifico

ahora que exijo su salida inmediata. Tres minutos de dilación la harán involuntaria e ignominiosa.

Heathcliff midió la estatura y la complexión del que hablaba con una mirada llena de desdén.

—Cathy, ¡este cordero tuyo amenaza como un toro! —dijo—. Corre el peligro de partirse el cráneo contra mis nudillos. ¡Por Dios!, señor Linton, ¡lo siento en el alma que no valga la pena tumbarlo!

Mi amo echó una mirada hacia el pasillo y me hizo una seña de buscar a los hombres: no tenía intención de arriesgarse a un enfrentamiento personal. Obedecí la indicación; pero la señora Linton, sospechando algo, siguió; y cuando intenté llamarles, me tiró hacia atrás, cerró la puerta de un golpe y la cerró con llave.

—¡Por las buenas! —dijo en respuesta a la mirada de airada sorpresa de su marido—. Si no tienes valor para atacarle, pide disculpas o déjate pegar. Te corregirá del hábito de fingir más valentía de la que tienes. ¡No, voy a tragármela llave antes de que puedas quitármela! ¡Estoy obsequiada de un modo delicioso por mi bondad con cada uno! Después de condescender continuamente con la naturaleza débil de uno y la mala del otro, gano como gracias dos muestras de ciega ingratitud, estúpida hasta el absurdo. Edgar, yo te defendía a ti y a los tuyos; y ojalá Heathcliff te zurre bien por atreverte a pensar mal de mí.

No hacía falta el medio de una paliza para producir ese efecto en el amo. Intentó arrancarle la llave a Catherine de la mano, y ella, para mayor seguridad, la arrojó a la parte más caliente del fuego; ante lo cual el señor Edgar fue presa de un temblor nervioso y su semblante se puso mortalmente pálido. Por nada del mundo habría

podido evitar ese exceso de emoción: una mezcla de angustia y humillación le dominó por completo. Se apoyó en el respaldo de una silla y cubrió el rostro.

—¡Dios mío! En los tiempos viejos esto le habría valido a usted un título de caballero —exclamó la señora Linton—. ¡Hemos sido vencidos, hemos sido vencidos! Heathcliff levantaría un dedo contra usted tan pronto como el rey llevaría su ejército contra una colonia de ratones. ¡Ánimo! No le van a hacer daño. Su tipo no es un cordero: es una liebre recién nacida.

—Te deseo alegría con el cobarde de sangre aguada, Cathy —dijo su amigo—. Te felicito por tu buen gusto. ¡Y eso es lo que babosea y tirita que has preferido antes que a mí! No le golpearía con el puño, pero le daría una patada y experimentaría con ello considerable satisfacción. ¿Está llorando, o va a desmayarse de miedo?

El sujeto se acercó y empujó la silla en que descansaba Linton. Le habría convenido más mantenerse a distancia: mi amo se incorporó rápidamente de un salto y le asestó en plena garganta un golpe que habría derribado a un hombre más ligero. Le cortó el aliento un momento; y mientras se ahogaba, el señor Linton salió por la puerta trasera al patio, y de allí a la entrada principal.

—¡Ya está! Ya has terminado de venir aquí —gritó Catherine—. ¡Vete, ahora! Volverá con un par de pistolas y media docena de ayudantes. Si nos oyó, claro que no te perdonará jamás. ¡Me has jugado una mala pasada, Heathcliff! Pero márchate: date prisa. Prefiero ver a Edgar en apuros que a ti.

—¿Crees que voy a irme con este golpe ardiendo en la garganta? —tronó—. ¡Por el infierno, no! ¡Le aplastaré las costillas como una

avellana podrida antes de cruzar el umbral! Si no le tumbo ahora, le mataré algún día; así que, si te importa su existencia, ¡déjame llegar a él!

—No viene —interpuse, fabricando una pequeña mentira—. Están el cochero y los dos jardineros; seguramente no querrás esperar a que te echen a la calle. Cada uno lleva una porra; y el amo, muy probablemente, estará mirando desde las ventanas del salón para asegurarse de que cumplen sus órdenes.

Los jardineros y el cochero sí estaban allí; pero Linton estaba con ellos. Ya habían entrado en el patio. Heathcliff, reflexionando, resolvió evitar el enfrentamiento con tres subalternos: agarró el atizador, arrancó el cerrojo de la puerta interior y se escabulló cuando ellos entraban con estruendo.

La señora Linton, muy excitada, me pidió que la acompañara arriba. No sabía mi parte en provocar el tumulto, y yo estaba ansiosa de que siguiera sin saberlo.

—¡Estoy casi enloquecida, Nelly! —exclamó, dejándose caer en el sofá—. ¡Mil martillos de herrero me golpean en la cabeza! Dile a Isabella que me evite; este alboroto se debe a ella; y si ella o cualquier otro exaspera mi enojo ahora mismo, me volveré loca. Y, Nelly, dile a Edgar, si le ves esta noche, que estoy en peligro de ponerme gravemente enferma. Deseo que sea verdad. ¡Me ha asustado y angustiado de un modo horrible! Quiero asustarle. Además, podría venir y empezar una sarta de reproches o lamentos; estoy segura de que yo replicaría, ¡y Dios sabe dónde acabaríamos! ¿Lo harás, mi buena Nelly? Sabes que yo no tengo ninguna culpa en este asunto. ¿Qué le poseyó para ponerse a escuchar? El discurso de Heathcliff fue escandaloso después de

que te marcharas; pero pronto le habría distraído de Isabella, y lo demás no significaba nada. Ahora todo está hecho añicos; por el afán del necio de oír hablar mal de sí mismo, ¡que persigue a algunas personas como un demonio! Si Edgar no hubiera sorprendido nuestra conversación, nunca habría sido peor por ello. En verdad, cuando arremetió contra mí en ese tono desrazonable de desagrado después de que yo había regañado a Heathcliff hasta quedarme ronca por él; me importó bien poco lo que se hicieran el uno al otro; sobre todo porque sentía que, sin importar cómo terminara la escena, todos íbamos a ser separados por no se sabe cuánto tiempo. ¡Bien, si no puedo conservar a Heathcliff como amigo —si Edgar va a ser mezquino y celoso— trataré de partirles el corazón partiéndome el mío! Será un modo rápido de acabar con todo, cuando me empujen al extremo. Pero es un acto que hay que reservar para una última esperanza; no tomaría a Linton por sorpresa con ello. Hasta ahora ha sido discreto en temer provocarme; tienes que representarle el peligro de abandonar esa política, y recordarle mi temperamento apasionado, que, cuando se enciende, roza el frenesí. Quisiera que pudieras desterrar esa apatía de tu semblante, y tener un aspecto algo más angustiado por mí.

La impassibilidad con que recibí estas instrucciones era, sin duda, bastante exasperante; pues eran dadas con perfecta sinceridad; pero yo creía que una persona capaz de planear de antemano el aprovechamiento de sus accesos de pasión podía, ejerciendo su voluntad, lograr controlarse tolerablemente incluso mientras estaba bajo su influencia; y no deseaba «asustar» a su marido, como ella decía, y multiplicar sus mortificaciones con el propósito de servir su egoísmo. Así que no dije nada cuando me encontré al

amo que se dirigía hacia el salón; pero me tomé la libertad de volverme para escuchar si reanudarían la riña juntos. Él empezó a hablar primero.

—Quédese donde está, Catherine —dijo; sin ninguna ira en la voz, pero con mucha triste despondencia—. No me quedo. No he venido ni a disputar ni a reconciliarme; pero quiero sólo saber si, después de los sucesos de esta tarde, tiene usted intención de continuar su intimidad con...

—¡Oh, por el amor de Dios! —interrumpió la señora, golpeando el suelo con el pie—, ¡por el amor de Dios, no oigamos más nada de eso ahora! Tu sangre fría no puede calentarse hasta la fiebre: tus venas están llenas de agua helada; pero las mías están hirviendo, ¡y la visión de tanta frialdad las hace bailar!

—Para deshacerte de mí, responde a mi pregunta —insistió el señor Linton—. Tienes que responderla; y esa violencia no me alarma. He comprobado que puedes ser tan estoica como cualquiera cuando te place. ¿Renuncias a Heathcliff en adelante, o renuncias a mí? Es imposible que seas amiga mía y amiga suya al mismo tiempo; y requiero absolutamente saber cuál eliges.

—¡Exijo que me dejen en paz! —exclamó Catherine, furiosa—. ¡Lo exijo! ¿No ves que apenas puedo tenerme en pie? ¡Edgar, tú... tú, déjame!

Tocó el timbre hasta que se rompió con un chasquido; entré sin prisa. ¡Era para poner a prueba el temperamento de un santo, semejantes rabias insensatas y perversas! Ahí estaba, golpeándose la cabeza contra el brazo del sofá y rechinando los dientes, de modo que uno podría pensar que los haría añicos. El señor Linton

la miraba con repentino remordimiento y miedo. Me dijo que fuera a buscar agua. No tenía aliento para hablar. Traje un vaso lleno; y como no quería beber, le salpiqué la cara. A los pocos segundos se estiró rígida y volvió los ojos en blanco, mientras sus mejillas, a la vez blancas y lívidas, tomaban el aspecto de la muerte. Linton parecía aterrorizado.

—No hay nada de nada —susurré. No quería que cediera, aunque en el fondo no podía evitar sentir miedo.

—¡Tiene sangre en los labios! —dijo, estremecido.

—¡No importa! —respondí, con brusquedad. Y le conté cómo había resuelto, antes de que él llegara, dar muestras de un acceso de frenesí. Cometí la imprudencia de hacer el relato en voz alta, y ella lo oyó; pues se incorporó de un salto, con el pelo esparcido sobre los hombros, los ojos relampagueando, los músculos del cuello y los brazos en tensión sobrenatural. Me preparé para huesos rotos, como mínimo; pero ella sólo miró alrededor un instante, y luego salió corriendo de la habitación. El amo me ordenó que la siguiera; lo hice, hasta la puerta de su dormitorio: me impidió seguir asegurándola por dentro.

Como no se ofreció a bajar a desayunar a la mañana siguiente, fui a preguntar si quería que le subieran algo. «¡No!», respondió tajante. La misma pregunta se repitió a la hora del almuerzo y del té; y de nuevo al día siguiente, recibiendo la misma respuesta. El señor Linton, por su parte, pasaba el tiempo en la biblioteca y no preguntaba nada sobre las ocupaciones de su mujer. Isabella y él habían tenido una hora de entrevista durante la cual trató de arrancarle algún sentimiento de horror apropiado ante los avances de Heathcliff; pero no pudo sacar nada de sus respuestas evasivas y

se vio obligado a dar por terminado el examen sin satisfacción; añadiendo, sin embargo, una solemne advertencia: que si era tan insensata como para alentar a ese pretendiente indigno, ello disolvería todos los lazos de parentesco entre los dos.

13

Capítulo XII

Empieza: «Mientras la señorita Linton merodeaba por el parque y el jardín, siempre en silencio y casi siempre llorando; y su hermano se...»

Mientras la señorita Linton merodeaba por el parque y el jardín, siempre en silencio y casi siempre llorando; y su hermano se encerraba entre libros que nunca abría, agotándose, supuse, con una continua y vaga esperanza de que Catherine, arrepentida de su conducta, viniera por voluntad propia a pedir perdón y a buscar una reconciliación; y ella ayunaba con tenacidad, bajo la idea, probablemente, de que en cada comida Edgar estaba a punto de ahogarse de añoranza, y sólo el orgullo le impedía correr a arrojarse a sus pies; yo iba cumpliendo mis obligaciones domésticas, convencida de que la Granja sólo tenía un alma sensata entre sus paredes, y esa alma residía en mi cuerpo. No despilfarré condolencias en la señorita, ni exhortaciones en mi señora; tampoco presté mucha atención a los suspiros de mi amo, que ansiaba oír el nombre de su señora, ya que no podía oír su voz. Decidí que se las arreglaran por sí mismos a su propio modo; y aunque fue un proceso fatigosamente lento, empecé a regocijarme al fin en un tenue amanecer de sus progresos: según pensé al principio.

La señora Linton, al tercer día, quitó el cerrojo de su puerta, y habiendo terminado el agua de su jarra y de la jofaina, pidió que se las llenaran de nuevo y también un cuenco de gachas, pues creía que se estaba muriendo. Aquello lo interpreté como un discurso destinado a los oídos de Edgar; yo no lo creí de ningún modo, así que lo guardé para mí y le llevé un poco de té y tostadas. Comió y bebió con avidez, y volvió a hundirse en su almohada, apretando las manos y gimiendo. «Oh, me moriré», exclamó, «ya que a nadie le importo nada. Ojalá no hubiera tomado eso.» Luego, un buen rato después, le oí murmurar: «No, no moriré: él se alegrará; no me quiere nada; nunca me echaría de menos.»

—¿Desea usted algo, señora? —pregunté, manteniendo todavía mi compostura externa a pesar de su aspecto fantasmal y su extraña manera exagerada.

—¿Qué está haciendo ese ser apático? —demandó, empujándose hacia atrás los espesos y enmarañados rizos de la cara demacrada —. ¿Ha caído en letargo, o está muerto?

—Ninguna de las dos cosas —respondí—; si se refiere al señor Linton. Está razonablemente bien, creo, aunque sus estudios le ocupan más de lo que deberían: está constantemente entre sus libros, ya que no tiene otra sociedad.

No debería haber hablado así si hubiera conocido su verdadero estado, pero no podía desprenderme de la idea de que estaba fingiendo parte de su trastorno.

—¡Entre sus libros! —exclamó, desconcertada—. ¡Y yo muriéndome! ¡Al borde del sepulcro! ¡Dios mío, sabe cómo estoy de cambiada! —continuó, mirando su reflejo en un espejo colgado en la pared

opuesta—. ¿Soy yo Catherine Linton? Él cree que estoy de mal humor, que es un juego, quizás. ¿No puede usted decirle que es espantosamente serio? Nelly, si no es demasiado tarde, en cuanto sepa cómo se siente, elegiré entre estas dos cosas: o bien dejarme morir de hambre de inmediato, lo cual no sería castigo a menos que tuviera corazón; o bien recuperarme y abandonar el país. ¿Me está diciendo la verdad sobre él ahora? Tenga cuidado. ¿Está realmente tan del todo indiferente ante mi vida?

—Pues, señora —respondí—, el amo no tiene ninguna idea de que usted esté trastornada; y, claro, no teme que vaya usted a dejarse morir de hambre.

—¿Cree que no? ¿No puede decírselo? —respondió—. ¡Convénzale! Hable en nombre de usted: diga que está segura de que lo haré.

—No, olvídese, señora Linton —sugerí—; de que usted ha comido algo con ganas esta tarde, y mañana notará sus buenos efectos.

—Si tan sólo estuviera segura de que eso le mataría —interrumpió —, ¡me mataría ahora mismo! Estas tres noches horribles no he cerrado los párpados, ¡y oh, he estado atormentada! ¡Me han perseguido visiones, Nelly! Pero empiezo a pensar que no le gusto a usted. ¡Qué extraño! Creí que, aunque todo el mundo se odiara y se despreciara mutuamente, no podrían evitar quererme. Y todos se han vuelto enemigos en pocas horas. Lo están, lo percibo con certeza; la gente de aquí. ¡Qué sombrío encontrar la muerte rodeada de sus caras frías! Isabella, aterrorizada y repelida, con miedo de entrar al cuarto, porque sería tan terrible ver morir a Catherine. Y Edgar de pie, solemne, para ver cómo acaba; luego ofreciendo oraciones de gracias a Dios por devolver la paz a su

casa, y volviendo a sus libros. ¡Qué tiene que hacer, en nombre de todo lo que siente, con los libros, cuando yo me estoy muriendo?

No podía soportar la idea que le había metido en la cabeza de la resignación filosófica del señor Linton. Revolviéndose, fue aumentando su delirio febril hasta la locura y desgarró la almohada con los dientes; luego, incorporándose ardiendo de fiebre, me pidió que abriera la ventana. Era pleno invierno, el viento soplaba fuerte del nordeste, y me opuse. Tanto las expresiones que pasaban por su cara como los cambios de humor empezaban a alarmarme terriblemente; y me traían a la memoria su antigua enfermedad y las instrucciones del médico de que no se la contrariara. Un minuto antes estaba violenta; ahora, apoyada en un brazo y sin fijarse en mi negativa a obedecerla, parecía encontrar una diversión infantil en arrancar las plumas de los desgarros que acababa de hacer y en disponerlas sobre la sábana según sus distintas especies: su mente había derivado hacia otras asociaciones.

—Ésa es una del pavo —murmuraba para sí—; y ésta es de un pato silvestre; y ésta de una paloma. Ah, meten plumas de paloma en las almohadas: ¡no es de extrañar que no pudiera morirme! Cuidaré de tirarla al suelo cuando me acueste. Y aquí hay una de un gallo del páramo; y ésta, la reconocería entre mil, es de una avefría. ¡Bonito pájaro! Volando en círculos sobre nuestras cabezas en medio del páramo. Quería llegar a su nido, porque las nubes habían rozado las cimas y presentía que venía lluvia. Esta pluma se recogió del brezal; el pájaro no fue abatido: vimos su nido en invierno, lleno de pequeños esqueletos. Heathcliff puso una trampa sobre él, y los viejos no se atrevieron a volver. Le hice prometer que nunca mataría una avefría después de eso, y así lo hizo. ¡Sí, aquí hay más!

¿Mató él mis avefrías, Nelly? ¿Son rojas, alguna de ellas? Déjame mirar.

—¡Deje ya esos entretenimientos de niña! —interrumpí, quitándole la almohada y volviendo los agujeros hacia el colchón, pues estaba sacando el relleno a puñados—. Túmbese y cierre los ojos: delira. ¡Qué desastre! El plumón está volando como nieve.

Fui de acá para allá recogiendo plumas.

—Te veo, Nelly —continuó soñadoramente—, convertida en una vieja: tienes el pelo gris y los hombros encorvados. Esta cama es la cueva de las hadas bajo los Peñascos de Penistone, y tú estás recogiendo flechas de elfos para dañar a nuestras novillas; fingiendo, mientras estoy cerca, que no son más que copos de lana. En eso te convertirás dentro de cincuenta años: lo sé aunque no seas eso ahora. No estoy delirando: te equivocas, o si no, creería que eres realmente esa bruja arrugada, y pensaría que estoy bajo los Peñascos de Penistone; y soy consciente de que es de noche, y de que hay dos velas sobre la mesa que hacen brillar el armario negro como azabache.

—¿El armario negro? ¿Dónde está ese? —pregunté—. ¡Está soñando!

—Está contra la pared, como siempre —respondió—. Parece raro: ¡veo una cara en él!

—No hay armario en el cuarto, ni ha habido nunca —dije, volviendo a mi asiento y levantando la cortina para poder vigilarla.

—¿No ve usted esa cara? —preguntó, mirando fijamente el espejo.

Y por más que dije, fui incapaz de hacerle comprender que era la suya propia; así que me levanté y la cubrí con un chal.

—¡Sigue estando ahí! —insistió, angustiada—. Y se ha movido. ¿Quién es? ¡Espero que no salga cuando usted se haya ido! ¡Oh, Nelly, el cuarto está encantado! ¡Tengo miedo de quedarme sola!

Le tomé la mano entre las mías y le pedí que se calmara; pues una serie de escalofríos le convulsionaba el cuerpo, y seguía clavando la vista en el espejo.

—¡No hay nadie aquí! —insistí—. Era usted misma, señora Linton: lo supo hace un momento.

—¡Yo misma! —jadeó—. ¡Y el reloj está dando las doce! ¡Es verdad, entonces! ¡Eso es terrible!

Sus dedos aferraron la ropa de la cama y se la echaron sobre los ojos. Intenté escabullirme hasta la puerta con intención de llamar a su marido; pero fui llamada de vuelta por un grito agudo: el chal había caído del espejo.

—¡Vamos, qué pasa! —exclamé—. ¿Quién es el cobarde ahora? ¡Despierte! Ése es el espejo, señora Linton; y se ve usted en él, y aquí estoy yo también a su lado.

Temblando y desconcertada, me tenía agarrada fuerte, pero el horror fue desvaneciendo gradualmente de su semblante; su palidez dio paso a un rubor de vergüenza.

—¡Oh, Dios mío! Creí que estaba en casa —suspiró—. Creí que estaba acostada en mi cuarto de Cumbres Borrascosas. Porque estoy débil, mi mente se confundió y grité sin darme cuenta. No diga nada; pero quédese conmigo. Tengo miedo de dormirme: mis sueños me espantan.

—Dormir bien la sentaría bien, señora —respondí—; y espero que este sufrimiento le impida volver a ayunar.

—¡Oh, si estuviera en mi propia cama en la casa vieja! —prosiguió amargamente, retorciéndose las manos—. ¡Y ese viento sonando en los abetos junto a la ventana! Déjame sentirlo; viene derecho del páramo: ¡déjame respirar una vez!

Para aplacarla, mantuve entreabierta la falleba unos segundos. Entró una ráfaga fría; la cerré y volví a mi sitio. Ella yacía quieta ahora, con la cara bañada en lágrimas. El agotamiento del cuerpo había dominado por completo a su espíritu: nuestra ardiente Catherine no era más que una niña llorosa.

—¿Cuánto tiempo hace que me encerré aquí? —preguntó, de repente, reanimándose.

—Fue el lunes por la tarde —respondí—; y ésta es la noche del jueves, o más bien la madrugada del viernes.

—¿Cómo? ¿De la misma semana? —exclamó—. ¿Tan poco tiempo?

—Tiempo más que suficiente para vivir de agua fría y mal humor —observé.

—Pues parece un número penoso de horas —murmuró con duda—; tiene que ser más. Recuerdo estar en el salón después de que riñeran, y que Edgar me provocó cruelmente, y que corrí a este cuarto desesperada. En cuanto eché el cerrojo, una oscuridad total me envolvió y caí al suelo. No podía explicarle a Edgar con qué certeza sentía que me iba a dar un ataque, o que me volvería loca furiosa si persistía en atormentarme. No tenía dominio de la lengua ni del entendimiento, y él quizás no adivinó mi agonía: apenas me

dejó sentido para intentar escapar de él y de su voz. Antes de que me hubiera repuesto suficientemente para ver y oír, empezó a amanecer; y, Nelly, te voy a decir lo que pensé, y lo que me ha estado volviendo una y otra vez hasta que temí por mi razón. Pensé, mientras yacía allí con la cabeza contra esa pata de mesa y los ojos distinguiendo vagamente el cuadrado gris de la ventana, que estaba encerrada en la cama con paneles de roble de mi casa; y el corazón me dolía con alguna gran pena que, recién despertada, no podía recordar. Estuve cavilando y angustiándome por descubrir qué podía ser; y, lo más extraño de todo, ¡los últimos siete años de mi vida se volvieron un vacío completo! No recordaba que hubieran existido. Era una niña; mi padre acababa de ser enterrado, y mi miseria surgía de la separación que Hindley había ordenado entre Heathcliff y yo. Estaba acostada sola, por primera vez; y, despertando de un sueño lúgubre después de una noche de llanto, levanté la mano para apartar los paneles: ¡tocó la tapa de la mesa! La pasé a lo largo de la alfombra, y entonces la memoria irrumpió: mi reciente angustia fue tragada por un paroxismo de desesperación. No puedo decir por qué me sentí tan enloquecidamente desdichada: debió de ser un trastorno temporal; pues apenas hay motivo. Pero suponiendo que a los doce años me hubieran arrancado de las Cumbres y de todas las asociaciones tempranas, y de mi todo en todo, como Heathcliff era entonces, y me hubieran convertido de un golpe en la señora Linton, la dueña de la Granja de Thrushcross, y en la esposa de un extraño: una exiliada, una desterrada, de lo que había sido mi mundo. ¡Puedes imaginarte un vislumbre del abismo en que yo me arrastraba! Sacude la cabeza cuanto quieras, Nelly: ¡tú me has ayudado a desestabilizarme! Debiste haber hablado con Edgar, en verdad debiste, y haberle obligado a dejarme en paz. ¡Oh, me abraso!

¡Quisiera estar fuera de aquí! ¡Quisiera ser una niña otra vez, medio salvaje y resistente y libre; riendo de los daños, en vez de volverme loca por ellos! ¿Por qué estoy tan cambiada? ¿Por qué la sangre me sube al cerebro como un torrente de infierno con unas pocas palabras? Estoy segura de que volvería a ser yo misma si estuviera una vez entre el brezo en esas colinas. Abre la ventana otra vez de par en par: ¡asegúrala abierta! Rápido, ¿por qué no te mueves?

—Porque no quiero darte la muerte de frío —respondí.

—Lo que no quieres es darme ninguna oportunidad de vida —dijo hosca—. Con todo, todavía no estoy inválida; la abriré yo misma.

Y deslizándose de la cama antes de que pudiera impedírselo, cruzó la habitación caminando muy insegura, la abrió de par en par y se asomó, sin hacer caso del frío gélido que le cortaba los hombros como un cuchillo. Le supliqué, y por fin intenté obligarla a retirarse. Pero pronto descubrí que la fuerza delirante de ella superaba con mucho a la mía (estaba delirante, me convencí por sus acciones y delirios posteriores). No había luna, y todo lo que había abajo yacía en oscuridad brumosa: no brillaba ninguna luz desde ninguna casa, próxima ni lejana; todas se habían apagado hacía mucho; y las de Cumbres Borrascosas nunca eran visibles: sin embargo ella afirmaba ver su resplandor.

—¡Mira! —gritó con ansiedad—. ¡Ése es mi cuarto con la vela encendida dentro, y los árboles meciéndose delante de él; y la otra vela está en el desván de Joseph. Joseph se queda levantado hasta tarde, ¿verdad? Está esperando a que yo vuelva para poder cerrar la verja. Pues tendrá que esperar un rato más. Es un camino duro y un corazón triste para recorrerlo; ¡y tenemos que pasar por el cementerio de Gimmerton para hacer ese viaje! Sus fantasmas los

hemos desafiado juntos muchas veces, y nos retamos a ponernos entre las tumbas y pedirles que vinieran. ¡Pero, Heathcliff, si te desafío ahora, te atreverás? Si lo haces, me quedaré contigo. No quiero yacer allí sola: que me entierren a doce pies bajo tierra, y que derrumben la iglesia sobre mí, pero no descansaré hasta que estés conmigo. ¡Nunca lo haré!»

Hizo una pausa y reanudó con una extraña sonrisa. «Está pensando: ¡preferiría que yo fuera a él! ¡Entonces encuentra el camino! No por ese cementerio. ¡Qué lento eres! Tranquilo, ¡siempre me seguiste!»

Viendo que era inútil razonar con su locura, estaba calculando cómo podía alcanzar algo con que envolverla, sin soltarla (pues no me atrevía a dejarla sola junto a la ventana abierta), cuando, con gran consternación mía, oí el ruido del picaporte, y el señor Linton entró. Sólo entonces salía de la biblioteca; y al pasar por el vestíbulo, había oído nuestra conversación y lo que le había atraído, ya fuera la curiosidad o el temor, fue examinar qué significaba a aquellas horas de la noche.

—¡Oh, señor! —exclamé, cortando la exclamación que se le subía a los labios ante lo que se encontró y la gélida atmósfera del cuarto—. Mi pobre señora está enferma, y me tiene del todo superada: no puedo manejarla de ningún modo; le ruego que venga y la persuada de que vuelva a la cama. Olvide su enojo, pues es difícil llevarla de otro modo que no sea el suyo.

—¿Catherine enferma? —dijo, apresurándose hacia nosotros—. Cierra la ventana, Ellen. Catherine, ¿por qué...?

Enmudeció. La demacración del semblante de la señora Linton le dejó sin palabras, y sólo pudo mirar alternativamente a ella y a mí, atónito de horror.

—Ha estado aquí angustiada —continué—, y apenas comiendo nada, y sin quejarse nunca: no dejó entrar a ninguno de nosotros hasta esta tarde, de modo que no pudimos informarle de su estado, ya que nosotros mismos lo ignorábamos; pero no es nada.

Sentí que explicaba mis cosas torpemente; el amo frunció el ceño. «¿No es nada, Ellen Dean?», dijo con severidad. «¡Va usted a dar una explicación más clara de por qué me ha mantenido ignorante de esto!» Y tomó a su mujer en brazos y la miró con angustia.

Al principio ella no le dirigió ninguna mirada de reconocimiento: él era invisible para su mirada abstraída. El delirio no era, sin embargo, permanente; habiendo apartado los ojos de contemplar la oscuridad exterior, fue centrando gradualmente su atención en él, y descubrió quién era el que la sostenía.

—¡Ah! ¿Con que ha llegado usted, Edgar Linton? —dijo con animación airada—. Es usted de esos que siempre se encuentran cuando menos se les quiere, y cuando se les quiere, nunca. Supongo que ahora tendremos muchos lamentos: lo veo, lo veo; pero no pueden impedirme llegar a mi estrecho hogar de allá: mi lugar de descanso, adonde llegaré antes de que termine la primavera. Ahí está: no entre los Linton, tenga en cuenta, bajo el techo de la capilla, sino al aire libre, con una lápida; y puede elegir si va usted junto a ellos o viene conmigo.

—Catherine, ¿qué has hecho? —comenzó el amo—. ¿No soy nada para ti ya? ¿Amas a ese miserable Heath...?

—¡Calla! —gritó la señora Linton—. ¡Calla ahora mismo! Pronuncia ese nombre y termino el asunto en el acto tirándome por la ventana. Lo que tienes en este momento puedes tenerlo; pero mi alma estará en lo alto de esa colina antes de que pongas las manos en mí. No te quiero, Edgar: he dejado de quererte. Vuelve a tus libros. Me alegra que tengas un consuelo, pues todo lo que tenías en mí se ha ido.

—Su mente divaga, señor —intervine—. Ha estado diciendo incoherencias toda la tarde; pero déjela tranquila, con los cuidados apropiados, y se recuperará. En adelante, tenemos que ser cautelosos en no contrariarla.

—No deseo más consejos suyos —respondió el señor Linton—. Usted conocía la naturaleza de mi señora y me animó a mortificarla. ¡Y no darme ni un solo indicio de cómo ha estado estos tres días! ¡Fue una crueldad! ¡Meses de enfermedad no podrían causar tal cambio!

Empecé a defenderme, pensando que era demasiado ser culpada por los caprichos perversos de otra persona. «Yo conocía la naturaleza dominante y despótica de la señora Linton», exclamé; «¡pero no sabía que usted quisiera fomentar su temperamento feroz! No sabía que, para complacerla, debía hacer la vista gorda ante el señor Heathcliff. ¡Cumplí con el deber de una criada fiel al comunicárselo a usted, y he recibido la paga de una criada fiel! Pues bien, eso me enseñará a tener cuidado la próxima vez. La próxima vez, recoja usted mismo la información.»

—La próxima vez que me traiga un cuento, abandonará usted mi servicio, Ellen Dean —respondió.

—¿Preferiría no oír nada de ello, entonces, señor Linton? —dije—. ¿Tiene Heathcliff su permiso para venir a cortejar a la señorita, y a aparecer en cada oportunidad que le ofrece la ausencia de usted, con el propósito de envenenar a la señora contra usted?

Por confusa que estuviera Catherine, su ingenio seguía alerta para aplicar nuestra conversación.

—¡Ah, Nelly me ha traicionado! —exclamó apasionadamente—. ¡Nelly es mi enemiga oculta! ¡Bruja! ¡Así que buscas flechas de elfos para hacernos daño! ¡Suéltame, y la haré arrepentirse! ¡La haré gritar una retractación!

Una furia de demente se encendió bajo sus cejas; luchó desesperadamente para desasirse de los brazos de Linton. No sentí ninguna inclinación a esperar el desenlace; y, resolviendo buscar asistencia médica por mi propia cuenta, abandoné la habitación.

Al pasar por el jardín para llegar al camino, en un lugar donde hay un gancho de ronzal clavado en la pared, vi algo blanco moviéndose de forma irregular, evidentemente por otro agente que no era el viento. A pesar de mi prisa, me detuve a examinarlo, para no tener después la convicción grabada en mi imaginación de que era una criatura del otro mundo. Mi sorpresa y perplejidad fueron grandes al descubrir, más por el tacto que por la vista, al springer de la señorita Isabella, Fanny, colgado de un pañuelo y a punto de dar el último suspiro. Solté rápidamente al animal y lo llevé al jardín. Le había visto seguir a su señora escaleras arriba cuando fue a acostarse; y me pregunté mucho cómo había podido salir allí, y qué persona maliciosa lo había tratado así. Mientras desataba el nudo del gancho, me pareció que capté repetidamente el galope de cascos de caballos a cierta distancia; pero había tantas cosas que

ocupar mis pensamientos que apenas le di importancia al incidente: aunque era un sonido extraño en aquel lugar, a las dos de la madrugada.

Afortunadamente, el señor Kenneth estaba justo saliendo de su casa para visitar a un paciente del pueblo cuando llegué a la calle; y mi descripción de la enfermedad de Catherine Linton le indujo a acompañarme de vuelta inmediatamente. Era un hombre llano y tosco; y no tuvo escrúpulo en manifestar sus dudas de que ella sobreviviera a este segundo ataque; a menos que se mostrara más sumisa a sus instrucciones de lo que había demostrado antes.

—Nelly Dean —dijo—, no puedo evitar pensar que hay alguna causa adicional para esto. ¿Qué ha pasado en la Granja? Por aquí hay informes extraños. Una chica fuerte y sana como Catherine no cae enferma por una tontería; y ese tipo de personas no debería hacerlo tampoco. Es un trabajo duro sacarlas adelante de fiebres y cosas así. ¿Cómo empezó?

—El amo le informará —respondí—; pero conoce usted las violentas disposiciones de los Earnshaw, y la señora Linton las corona a todas. Puedo decir esto: empezó con una riña. La asaltó durante una tempestad de pasión una especie de ataque. Ésa es su versión, al menos: pues se escapó en lo más alto de ella y se encerró con llave. Después se negó a comer, y ahora delira y cae en un estado de semisueño alternativamente; reconoce a los que la rodean, pero tiene la mente llena de toda clase de ideas extrañas e ilusiones.

—¿El señor Linton lo sentirá? —observó Kenneth, en tono interrogativo.

—¿Sentirlo? ¡Se le partirá el corazón si le ocurre algo! —respondí—. No le alarme más de lo necesario.

—Bien, ya le advertí —dijo mi compañero—; y tendrá que aguantar las consecuencias de haber descuidado mi advertencia. ¿No ha estado en contacto con el señor Heathcliff últimamente?

—Heathcliff visita con frecuencia la Granja —respondí—; aunque más por la circunstancia de que la señora le conoció de niño que porque el amo aprecie su compañía. En este momento ha sido dado de alta de la molestia de venir; a causa de ciertas aspiraciones presuntuosas hacia la señorita Linton que manifestó. Difícilmente pienso que le vuelvan a recibir.

—¿Y la señorita Linton le da la espalda? —fue la siguiente pregunta del médico.

—No estoy en su confidencia —respondí, reluctante a seguir el asunto.

—No, es una astuta —observó, sacudiendo la cabeza—. ¡Guarda muy bien sus secretos! Pero es una auténtica tontucia. Lo sé de buena tinta que anoche (¡y vaya una noche!) ella y Heathcliff estuvieron paseando por la arboleda detrás de su casa más de dos horas; y él la instó a no entrar de nuevo, sino a montar su caballo y marcharse con él. Mi informante dijo que sólo pudo aplazarle empeñando su palabra de honor de estar preparada en su primer encuentro después de eso; cuándo iba a ser no lo oyó; ¡pero urja usted al señor Linton a que esté alerta!

Esta noticia me llenó de nuevos temores; adelanté al señor Kenneth y corrí la mayor parte del camino de vuelta. El perrito seguía ladrando en el jardín. Me tomé un minuto para abrirle la

verja, pero en lugar de ir hacia la puerta de la casa, recorrió de un lado a otro olfateando el césped, y habría escapado al camino de no haberle agarrado y llevado conmigo dentro. Al subir al cuarto de Isabella, mis sospechas se confirmaron: estaba vacío. Si hubiera llegado unas horas antes, la enfermedad de la señora Linton habría podido frenar su paso en falso. ¡Pero qué podía hacerse ahora? Había una remota posibilidad de alcanzarlos si se les perseguía al instante. Sin embargo, yo no podía seguirlos; y no me atrevía a despertar a la familia y llenar el lugar de confusión; y aún menos revelar el asunto a mi amo, absorto en su presente calamidad y sin corazón de repuesto para un segundo dolor. No vi más solución que guardar silencio y dejar que las cosas siguieran su curso; y llegando el señor Kenneth, fui con semblante mal compuesto a anunciarle. Catherine yacía en un sueño agitado: su marido había logrado calmar el exceso del frenesí; ahora estaba inclinado sobre su almohada, observando cada matiz y cada cambio de sus rasgos dolorosamente expresivos.

El médico, al examinar el caso por sí mismo, le habló esperanzadoramente de un desenlace favorable, si podíamos mantener a su alrededor una quietud perfecta y constante. A mí me indicó que el peligro amenazante no era tanto la muerte como la enajenación permanente del entendimiento.

No cerré los ojos en toda la noche, ni el señor Linton: en efecto, nunca fuimos a la cama; y los criados se levantaron mucho antes de la hora habitual, moviéndose por la casa con paso sigiloso e intercambiando susurros cuando se encontraban en sus quehaceres. Todo el mundo estaba en pie menos la señorita Isabella; y empezaron a reparar en lo profundamente que dormía: su hermano también preguntó si se había levantado, y parecía

impaciente por su presencia, y dolido de que mostrara tan poco interés por su cuñada. Temblé de que me mandara llamarla; pero me libré de la angustia de ser la primera en proclamar su huida. Una de las criadas, una chica irreflexiva que había salido de madrugada a Gimmerton con un recado, subió jadeando, boquiabierta, y irrumpió en la habitación, gritando: «¡Oh, Dios mío! ¿Qué tenemos que esperar ahora? Amo, amo, nuestra joven señora...»

—¡Calla! —exclamé apresuradamente, indignada por sus maneras clamorosas.

—Habla más bajo, Mary. ¿Qué pasa? —dijo el señor Linton—. ¿Qué le ocurre a tu joven señora?

—¡Se ha ido, se ha ido! ¡Ese Heathcliff se ha fugado con ella! —jadeó la chica.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Linton, levantándose agitado—. ¡No puede ser: cómo te ha entrado esa idea en la cabeza? Ellen Dean, ve a buscarla. Es increíble: no puede ser.

Mientras hablaba llevó a la criada hasta la puerta, y luego repitió su pregunta para conocer los motivos de tal afirmación.

—Pues encontré en el camino a un chico que trae leche aquí —balbució—, y me preguntó si no estábamos con problemas en la Granja. Pensé que se refería a la enfermedad de la señora, así que respondí que sí. Entonces dijo: «¿Han salido alguien a perseguirlos, supongo?» Me quedé mirándole. Vio que yo no sabía nada de eso, y contó cómo una señora y un caballero se habían detenido a que herraran el caballo en la fragua de un pueblo, a dos millas de Gimmerton, poco después de la medianoche; y que la hija del

herrero se había levantado a espiar quiénes eran: los reconoció a los dos en seguida. Y notó que el hombre, Heathcliff, estaba segura: nadie podía confundirse, además, puso una libra de oro en la mano del padre para pagarle. La señora llevaba la capa sobre la cara; pero al pedir un trago de agua, mientras bebía se le cayó hacia atrás, y la vio muy claramente. Heathcliff sujetaba las dos riendas mientras cabalgaban; pusieron rumbo lejos del pueblo y fueron tan rápido como les permitían los malos caminos. La chica no le dijo nada a su padre, pero lo fue contando por todo Gimmerton esta mañana.

Fui a echar un vistazo, para guardar las formas, al cuarto de Isabella; confirmando, al volver, la declaración de la criada. El señor Linton había vuelto a sentarse junto a la cama; a mi regreso levantó los ojos, leyó el significado de mi semblante en blanco y los bajó de nuevo sin dar ninguna orden ni pronunciar ninguna palabra.

—¿Debemos intentar alguna medida para alcanzarla y traerla de vuelta? —pregunté—. ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Se fue por su propia voluntad —respondió el amo—; tenía derecho a irse si así lo quería. No me moleste más con ella. De ahora en adelante sólo es mi hermana de nombre: no porque yo la desconozca, sino porque ella me ha desconocido a mí.

Y eso fue todo lo que dijo sobre el asunto: no hizo ninguna indagación más, ni la mencionó en modo alguno, salvo para ordenarme que enviara a su nueva casa, dondequiera que fuera, las pertenencias que tuviera en esta, cuando la conociera.

14

Capítulo XIII

Empieza: «Durante dos meses permanecieron ausentes los fugitivos; en esos dos meses, la señora Linton se enfrentó y venció el peor golpe de...»

Durante dos meses permanecieron ausentes los fugitivos; en esos dos meses, la señora Linton se enfrentó y venció el peor golpe de lo que se llamó una fiebre cerebral. Ninguna madre podría haber cuidado a un hijo único con más devoción que Edgar la atendió a ella. Día y noche estuvo velando, y soportando con paciencia todas las molestias que unos nervios irritables y una razón sacudida podían infligir; y aunque el señor Kenneth observó que lo que salvara de la tumba sólo recompensaría sus desvelos siendo fuente de constante ansiedad futura —en realidad, que su salud y sus fuerzas se estaban sacrificando para preservar una mera ruina de humanidad—, él no conoció límites en su gratitud y su alegría cuando se declaró que la vida de Catherine estaba fuera de peligro; y hora tras hora se sentaba junto a ella, siguiendo el gradual retorno de la salud corporal, y halagando sus esperanzas demasiado optimistas con la ilusión de que su mente también volvería a su equilibrio normal, y pronto sería del todo la misma que antes.

La primera vez que abandonó su habitación fue al comienzo del siguiente marzo. El señor Linton había puesto sobre su almohada,

por la mañana, un puñado de azafranes dorados; su ojo, hacía tiempo ajeno a cualquier destello de placer, los divisó al despertar y brilló de alegría mientras los recogía ávidamente.

—Éstas son las primeras flores de las Cumbres —exclamó—. Me recuerdan a los vientos suaves del deshielo, y al sol caliente, y a la nieve casi derretida. Edgar, ¿no hay viento del sur, y no ha desaparecido casi la nieve?

—La nieve ha desaparecido por completo aquí abajo, querida —respondió su marido—; y sólo veo dos manchas blancas en todo el páramo: el cielo está azul, y las alondras cantan, y los arroyos están todos llenos hasta los bordes. Catherine, el año pasado por estas fechas ansiaba tenerte bajo este techo; ahora quisiera que estuvieras a dos millas arriba en esas colinas: el aire sopla tan suave que siento que te curaría.

—Sólo estaré allí una vez más —dijo la enferma—; y entonces tú me dejarás, y yo me quedaré para siempre. La próxima primavera volverás a anhelar tenerme bajo este techo, y mirarás atrás y pensarás que hoy eras feliz.

Linton la colmó de las más tiernas caricias e intentó animarla con las palabras más afectuosas; pero ella, mirando vagamente las flores, dejó que las lágrimas se acumularan en sus pestañas y resbalaran por sus mejillas sin prestarles atención. Sabíamos que de verdad estaba mejor, y por lo tanto decidimos que el largo encierro en un solo lugar producía gran parte de esa despondencia, y que quizás pudiera aliviarse en parte con un cambio de escenario. El amo me dijo que encendiera un fuego en el salón, desertado durante tantas semanas, y que pusiera una butaca al sol junto a la ventana; y luego la bajó, y ella estuvo largo rato disfrutando del

calor benéfico y, según esperábamos, reanimada por los objetos que la rodeaban: que, aunque familiares, estaban libres de las lúgubres asociaciones que impregnaban la odiada habitación de enferma. Al atardecer parecía muy agotada; sin embargo, ningún argumento podía persuadirla de volver a aquella estancia, y tuve que disponer el sofá del salón a modo de cama, hasta que pudiera prepararse otra habitación. Para ahorrarle la fatiga de subir y bajar las escaleras, habilitamos ésta, donde yace usted ahora, en el mismo piso que el salón; y pronto estuvo bastante fuerte para pasar de una a la otra, apoyándose en el brazo de Edgar. Ah, pensé para mis adentros: podría recuperarse, atendida como estaba. Y había un doble motivo para desearlo, pues de su existencia dependía la de otro ser: alentábamos la esperanza de que en poco tiempo el corazón del señor Linton se alegraría, y sus tierras quedarían libres de manos ajenas, con el nacimiento de un heredero.

Debo mencionar que Isabella le envió a su hermano, unas seis semanas después de su partida, una breve nota anunciando su boda con Heathcliff. Parecía seca y fría; pero al pie estaba esbozada con lápiz una oscura disculpa y una súplica de afectuoso recuerdo y reconciliación, si su proceder le había ofendido: alegando que entonces no había podido evitarlo, y que, hecho ya, no tenía ahora poder para revocarlo. Linton no respondió a esto, creo; y quince días más tarde me llegó una larga carta que me pareció extraña, viniendo de la pluma de una novia recién salida de la luna de miel. La leeré: pues la conservo todavía. Cualquier reliquia de los muertos es preciosa, si fueron queridos en vida.

* * * * * *

QUERIDA ELLEN:

Llegué anoche a Cumbres Borrascosas, y me enteré por primera vez de que Catherine ha estado, y está aún, muy enferma. No debo escribirle, supongo; y mi hermano está demasiado enojado o demasiado afligido para responder a lo que le envié. Sin embargo, tengo que escribir a alguien, y la única opción que me queda eres tú.

Dile a Edgar que daría el mundo por ver de nuevo su cara; que mi corazón regresó a la Granja de Thrushcross a las veinticuatro horas de haberla dejado, y está allí en este momento, lleno de cálidos sentimientos hacia él y hacia Catherine. Sin embargo, no puedo seguirle —(estas palabras están subrayadas)— no deben esperarme, y pueden sacar las conclusiones que quieran; cuidando, eso sí, de no atribuir nada a la flaqueza de mi voluntad ni a la insuficiencia de mi afecto.

El resto de la carta es sólo para ti. Quiero hacerte dos preguntas: la primera es: ¿cómo te las arreglaste para conservar las simpatías comunes de la naturaleza humana cuando vivías aquí? No reconozco ningún sentimiento que compartan conmigo los que me rodean.

La segunda pregunta me interesa vivamente; es ésta: ¿es el señor Heathcliff un hombre? Si es así, ¿está loco? Y si no, ¿es un demonio? No voy a decirte mis razones para hacerte esta pregunta; pero te suplico que me expliques, si puedes, con quién me he casado: o sea, cuando vengas a verme; y debes venir, Ellen, muy pronto. No escribas: ven, y trae algo de Edgar.

Ahora te contaré cómo me han recibido en mi nuevo hogar, según me lleva a imaginar que serán las Cumbres. Es para entretenerme a mí misma que me entretengo en asuntos tales como la falta de comodidades externas: no ocupan mis pensamientos salvo en el momento en que las echo de menos. ¡Me reiría y bailaría de alegría si encontrara que su ausencia es la suma total de mis desdichas, y el resto un sueño antinatural!

El sol se ponía detrás de la Granja cuando nos dirigimos al páramo; por eso calculé que eran las seis; y mi compañero se detuvo media hora a inspeccionar el parque, y los jardines, y probablemente el lugar en sí, todo lo que pudo; de modo que era de noche cuando desmontamos en el enlosado patio de la granja, y tu antiguo compañero de servicio, Joseph, salió a recibirnos a la luz de un cabo de vela. Lo hizo con una cortesía que le hacía honor. Su primer acto fue alzar la antorcha hasta el nivel de mi cara, entrecerrar los ojos con malevolencia, proyectar el labio inferior y darse la vuelta. Luego tomó los dos caballos y los llevó a las cuadras; volviendo a salir para cerrar con llave la puerta exterior, como si viviéramos en un castillo antiguo.

Heathcliff se quedó a hablar con él, y yo entré en la cocina, un agujero sucio y desordenado; apuesto a que no lo reconocerías, tan cambiado está desde que estaba a tu cargo. Junto al fuego había un niño de aspecto rufianesco, fuerte de miembros y sucio de ropa, con algo de Catherine en los ojos y en la boca.

«Éste es el sobrino legal de Edgar», reflexioné; «y de cierta manera el mío: tengo que darle la mano y, sí, tengo que besarle. Es conveniente establecer una buena relación desde el principio.»

Me acerqué, e intentando tomar su rechoncho puñito, dije: «¿Cómo estás, querido?»

Respondió en una jerga que no comprendí.

«¿Seremos amigos, Hareton?» fue mi siguiente intento de conversación.

Un juramento y una amenaza de echarme al Throttler si no «me largaba» recompensó mi perseverancia.

«¡Eh, Throttler, muchacho!» —murmuró el pequeño bribón, espabilando a un perro bulldog mestizo que dormitaba en un rincón—. «¿Te vas a ir ya?» preguntó en tono autoritario.

El amor a mi propia vida me aconsejó obedecer; crucé el umbral para esperar a que entraran los demás. El señor Heathcliff no se veía por ningún lado; y Joseph, a quien seguí hasta las cuadras rogándole que me acompañara dentro, después de mirarme de arriba abajo y murmurar para sí, arrugó la nariz y respondió: «¡Mim! ¡Mim! ¡Mim! ¿Ha oído alguien cristiano cosa semejante? ¡Ñoñerías y remilgos! ¿Cómo voy a entender lo que dice?»

«¡Digo que deseo que venga conmigo a la casa!» —grité, pensando que era sordo, aunque muy ofendida por su grosería.

«¡Ni hablar! Tengo otras cosas que hacer», respondió, y continuó su trabajo; moviendo entretanto sus mandíbulas huesudas y examinando mi vestido y mi semblante (el primero demasiado fino con mucho, pero el segundo, estoy segura, tan triste como él podría desear) con soberano desdén.

Di la vuelta al patio y pasé por una portezuela a otra puerta, en la que me tomé la libertad de llamar, con la esperanza de que se

mostrara algún criado más cortés. Después de una breve espera, la abrió un hombre alto y escuálido, sin pañuelo al cuello y por lo demás en extremo desaliñado; sus rasgos se perdían en masas de pelo hirsuto que le colgaba por los hombros; y sus ojos también eran como los de una Catherine fantasmal con toda su belleza aniquilada.

«¿Qué busca usted aquí?» —exigió, hosco—. «¿Quién es usted?»

«Me llamaba Isabella Linton», respondí. «Me ha visto usted antes, señor. Me he casado recientemente con el señor Heathcliff, y él me ha traído aquí: supongo que con su permiso.»

«¿Ha vuelto, pues?» —preguntó el ermitaño, mirándome como un lobo hambriento.

«Sí, llegamos hace un momento», dije; «pero me dejó en la puerta de la cocina; y cuando quise entrar, su niño montó guardia ante el lugar y me ahuyentó con ayuda de un bulldog.»

«¡Bien que el infernal bribón haya cumplido su palabra!» —gruñó mi futuro anfitrión, escudriñando la oscuridad detrás de mí en busca de Heathcliff; y luego se entregó a un soliloquio de execraciones y amenazas de lo que habría hecho si el «demonio» le hubiera engañado.

Me arrepentí de haber intentado esa segunda entrada, y estuve casi tentada de escurrirme antes de que terminara de maldecir; pero antes de poder llevar a cabo esa intención, me ordenó entrar, cerró la puerta y volvió a echarle el cerrojo. Había un gran fuego, y ésa era toda la luz en la vasta estancia, cuyo suelo había adquirido un gris uniforme; y los otrora brillantes cacharros de peltre, que solían atraer mi mirada cuando era niña, participaban de una

oscuridad similar, creada por el enturbiamiento y el polvo. Pregunté si podría llamar a la criada y que me condujeran a un dormitorio. El señor Earnshaw no se dignó responder. Paseaba arriba y abajo con las manos en los bolsillos, aparentemente olvidado por completo de mi presencia; y su abstracción era evidentemente tan profunda, y todo su aspecto tan misantrópico, que me retraje de volver a molestarlo.

No te sorprenderá, Ellen, que me sintiera particularmente sin ánimo, sentada en algo peor que la soledad junto a ese hogar inhospitalario, y recordando que a cuatro millas de distancia estaba mi deliciosa casa, que contenía a las únicas personas que amaba en la tierra; y entre nosotros bien podría haber estado el Atlántico en lugar de esas cuatro millas: ¡yo no podía salvarlas! Me pregunté a mí misma dónde debía volverme en busca de consuelo; y, fíjate bien, no le digas nada a Edgar ni a Catherine, por encima de todas las demás penas, ésta se alzaba como la mayor: la desesperación de no encontrar a nadie que pudiera o quisiera ser mi aliado contra Heathcliff. Había buscado refugio en Cumbres Borrascosas casi con alegría, porque ese arreglo me ponía a salvo de vivir sola con él; pero él conocía a la gente entre la que íbamos a llegar, y no temía su intromisión.

Me senté y estuve un rato muy sombrío meditando; el reloj dio las ocho, y las nueve, y mi compañero seguía paseando de un lado a otro, con la cabeza inclinada sobre el pecho y absolutamente silencioso, salvo cuando un gemido o una amarga exclamación se le escapaba a intervalos. Escuché para detectar la voz de una mujer en la casa, y llené el intervalo con lamentos insensatos y lúgubres presentimientos que, al final, se expresaron audiblemente en suspiros y llanto irreprimibles. No era consciente de cuán

abiertamente me afligía hasta que Earnshaw se detuvo enfrente, en su paseo medido, y me lanzó una mirada de sorpresa recién despertada. Aprovechando la recuperación de su atención, exclamé: «¡Estoy cansada de mi viaje y quiero acostarme! ¿Dónde está la criada? ¡Indíqueme cómo encontrarla, ya que no viene a mí!»

«No tenemos», respondió; «tiene usted que servirle a usted misma.»

«¿Y dónde voy a dormir?», sollozé; estaba más allá de guardar las apariencias, agobiada por el cansancio y la angustia.

«Joseph le enseñará el cuarto de Heathcliff», dijo; «abra esa puerta: él está dentro.»

Iba a obedecer, cuando de pronto me detuvo y añadió, en el tono más extraño: «Tenga la bondad de echar la llave y correr el cerrojo: ¡no lo olvide!»

«¿Cómo?», dije. «Pero ¿por qué, señor Earnshaw?» No me seducía la idea de encerrarme deliberadamente con Heathcliff.

«¡Mire esto!» —respondió, sacando del chaleco una pistola de curiosa construcción, con un cuchillo de doble filo adherido al cañón—. «Es una gran tentación para un hombre desesperado, ¿verdad? No puedo resistir subir con esto todas las noches y probar su puerta. Si la encuentro abierta alguna vez, está perdido: lo hago invariablemente, aunque el minuto antes haya estado recordando cien razones que deberían disuadirme: es algún demonio que me urge a frustrar mis propios planes matándole. Lucha contra ese demonio por amor cuanto puedas; cuando llegue el momento, ¡ni todos los ángeles del cielo le salvarán!»

Examiné el arma con curiosidad. Una horrible idea me asaltó: ¡qué poderosa estaría yo poseyendo semejante instrumento! La tomé de su mano y toqué la hoja. Él pareció asombrado ante la expresión que adoptó mi cara durante un breve segundo: no era horror, sino codicia. Me arrebató la pistola celoso; cerró el cuchillo y volvió a guardarlo.

«No me importa que se lo diga», dijo. «Póngale sobre aviso, y vigílele. Ya veo que conoce los términos de nuestra relación: su peligro no le espanta.»

«¿Qué le ha hecho Heathcliff a usted?» —pregunté—. «¿En qué le ha injuriado para justificar este odio espantoso? ¿No sería más prudente pedirle que abandon la casa?»

«¡No!» —tronó Earnshaw—; «si se ofreciera a marcharse, está muerto: ¡convéncele de que lo intente, y serás su asesina! ¿He de perderlo todo sin posibilidad de resarcimiento? ¿Ha de ser Hareton un mendigo? ¡Oh, maldición! Lo recuperaré, y recuperaré también su oro, y luego su sangre, y el infierno tendrá su alma! ¡Será diez veces más negra con ese huésped de lo que ha sido nunca!»

Ya me has puesto al corriente, Ellen, de los hábitos de tu viejo amo. Está claramente al borde de la locura: anoche lo estaba, al menos. Me estremecí de estar cerca de él, y pensé que la huraña mala crianza del criado era comparativamente agradable. Reanudó su sombrío paseo, y yo levanté el picaporte y me escapé a la cocina. Joseph estaba inclinado sobre el fuego, mirando en una gran olla que colgaba encima; y junto al escaño había un cuenco de madera lleno de avena. El contenido de la olla empezó a hervir, y él se volvió para meter la mano en el cuenco; conjeturé que ese preparativo era probablemente para nuestra cena, y, como tenía

hambre, decidí que fuera comestible; así que, gritando bruscamente: «¡Haré las gachas yo!», retiré el cazo fuera de su alcance y me dispuse a quitarme el sombrero y el traje de montar. «El señor Earnshaw», continué, «me ordena que me sirva yo misma: así lo haré. No voy a hacerme la señora entre ustedes, no sea que me muera de hambre.»

«¡Señor Dios!» —murmuró, sentándose y alisándose las medias acanaladas desde la rodilla hasta el tobillo—. «¡Si va a haber nuevas intromisiones, justo cuando me había acostumbrado a dos amos, si ahora he de tener una señora encima de mi cabeza, ya es hora de hacer las maletas. Nunca pensé que llegaría el día en que tendría que dejar el viejo lugar, ¡pero temo que está cerca!»

Esa lamentación no obtuvo ninguna atención de mi parte: me puse a trabajar diligentemente, suspirando al recordar un tiempo en que todo habría sido una alegre diversión; pero me apresuré a ahuyentar el recuerdo. Me desgarraba evocar la felicidad pasada, y cuanto mayor era el peligro de convocar su fantasma, más rápido giraba el palillo removedor, y más aprisa caían los puñados de harina en el agua. Joseph contemplaba mi estilo de cocina con creciente indignación.

«¡Ahí va!» —exclamó—. «Hareton, esta noche no te comerás las gachas; no serán más que grumos del tamaño de mi puño. ¡Ahí va otra vez! ¡Si fuera yo, tiraría el cuenco y todo dentro! ¡Quita esa pegajosidad de encima, y ya habrás terminado! ¡Bang, bang! ¡Es una suerte que el fondo no haya reventado!»

Era una mezcla bastante tosca, lo reconozco, cuando la eché en los cuencos; se habían puesto cuatro, y se trajo de la lechería un cántaro de leche fresca, del que Hareton se apoderó y empezó a

beber y a derramar por el borde desportillado. Protesté y pedí que lo pusieran en una taza; afirmando que no podía probar el líquido tratado con tanta suciedad. El viejo cínico optó por ofenderse enormemente ante tanta delicadeza; asegurándome repetidamente que «el crío era tan bueno» como yo «y tan sano», y preguntándose cómo podía tener la ocurrencia de ser tan engreída. Mientras tanto el pequeño rufián seguía chupando, mirándome con aire de desafío mientras babeaba en el cántaro.

«Tomaré mi cena en otra habitación», dije. «¿No tienen ninguna que llamen salón?»

«¡Salón!» —repitió con burla—. «¡Salón! No, no tenemos salones. Si no le gusta nuestra compañía, está la del amo; y si no le gusta el amo, estamos nosotros.»

«Entonces subiré arriba», respondí; «muéstreme un cuarto.»

Puse mi cuenco sobre una bandeja y fui yo misma a buscar más leche. Con mucho refunfuño, el hombre se levantó y me precedió en el ascenso: subimos a los desvanes; abría una puerta de vez en cuando para asomarse a las estancias que íbamos dejando atrás.

«Aquí hay un cuartejo», dijo por fin, abriendo de golpe una tabla crujiente sobre sus goznes. «Es suficientemente bueno para comerse unas gachas. Hay un saco de grano en el rincón de ahí, bastante limpio; si tiene miedo de mancharse sus ropa de seda tan fina, extienda el pañuelo encima.»

El «cuartejo» era una especie de trastero que olía fuertemente a malta y a grano; varios sacos de esas sustancias estaban apilados alrededor, dejando un espacio amplio y pelado en el centro.

«¡Pero, hombre!» —exclamé, volviéndome hacia él con enojo—, «¡éste no es un sitio para dormir! Quiero ver mi dormitorio.»

«¡Dormitorio!» —repitió en tono de burla—. «Ya habrá visto todos los dormitorios que hay: ése es el mío.»

Señalaba al segundo desván, que sólo se diferenciaba del primero en estar más desnudo de paredes y tener en un extremo una cama grande, baja y sin cortinas, con una colcha de color añil.

«¿Qué voy a hacer con el tuyo?» —repliqué—. «El señor Heathcliff no se aloja en el piso de arriba de la casa, ¿verdad?»

«¡Oh! ¿Es el del señor Heathcliff lo que busca?» —exclamó, como si hiciera un nuevo descubrimiento—. «¿Por qué no lo dijo desde el principio? Y entonces le habría podido decir, sin todo este lío, que ése es justamente el único que no puede usted ver: él siempre lo tiene con llave, y nadie lo toca más que él.»

«Tiene usted una casa muy agradable, Joseph», no pude evitar observar, «y una gente muy grata; y creo que la esencia concentrada de toda la locura del mundo se instaló en mi cerebro el día que uní mi destino al suyo. Sin embargo, eso no viene al caso ahora: hay otras habitaciones. ¡Por lo que más quiera, dese prisa, y déjeme instalarme en algún sitio!»

No respondió a esta súplica; sólo bajó obstinadamente los peldaños de madera y se detuvo ante una estancia que, por esa detención y la calidad superior de su mobiliario, conjeturé que era la mejor. Había una alfombra, buena, pero con el dibujo obliterado por el polvo; una chimenea con festones de papel recortado, a punto de deshacerse en pedazos; una hermosa cama de roble con amplias cortinas de damasco carmesí, de material bastante caro y hechura

moderna; pero evidentemente habían recibido un trato rudo: los rodapiés colgaban en festones, arrancados de sus anillas, y la barra de hierro que los sostenía estaba torcida en arco por un lado, haciendo que el tapiz arrastrara por el suelo. Las sillas también estaban deterioradas, muchas de ellas gravemente; y profundas abolladuras deformaban los paneles de las paredes. Estaba tratando de reunir la resolución de entrar y tomar posesión, cuando mi estúpido guía anunció: «Éste es el del amo.» Mi cena estaba ya fría para entonces, mi apetito se había ido y mi paciencia agotado. Insistí en que se me proporcionara al instante un refugio y medios de reposo.

«¿Adónde diablos...?» —comenzó el piadoso anciano—. «¡Que el Señor nos bendiga! ¡Que el Señor nos perdone! ¿Adónde demonios quiere ir? ¡Criatura fastidiosa y quejumbrosa! Ya ha visto todo menos el cuartito de Hareton. ¡No hay otro agujero donde tumbarse en esta casa!»

Estaba tan irritada que tiré la bandeja con su contenido al suelo; y luego me senté en el rellano de la escalera, me escondí la cara en las manos y me puse a llorar.

«¡Ea, ea!» —exclamó Joseph—. «¡Bien hecho, señorita Cathy! ¡Bien hecho, señorita Cathy! ¡De todos modos, el amo tropezará con esos cacharros rotos, y entonces oiremos algo; oiremos cómo tienen que ser las cosas! ¡Cabeza de chorlito, mala pieza! Te mereces pasar hambre desde hoy hasta Navidad, ¡tirando los preciosos dones de Dios al suelo en tus furiosas rabietas! Pero me equivoco si manifiestas tu genio mucho tiempo. ¿Crees que Heathcliff va a aguantar esas finuras? Sólo quisiera que te pillara en ese aprieto. Sólo quisiera que te pillara.»

Y así continuó regañando hacia su cubil de abajo, llevándose la vela; y yo me quedé a oscuras. El período de reflexión que siguió a esta acción tonta me obligó a admitir la necesidad de sofocar mi orgullo y ahogar mi ira, y ponerme a recoger sus efectos. Una ayuda inesperada apareció en breve en forma de Throttler, al que reconocí ahora como hijo de nuestro viejo Skulker: había pasado su cachorrería en la Granja, y mi padre se lo regaló al señor Hindley. Creo que me reconocía: empujó su hocico contra el mío a modo de saludo, y luego se apresuró a devorar las gachas; mientras yo iba de peldaño en peldaño, recogiendo la loza rota y secando las salpicaduras de leche de la barandilla con mi pañuelo. Nuestras faenas apenas habían terminado cuando oí los pasos de Earnshaw en el pasillo; mi ayudante recogió el rabo y se pegó a la pared; yo me escurrí hacia el umbral más próximo. El esfuerzo del perro por esquivarle resultó infructuoso; lo adiviné por el repiqueteo de patas bajando las escaleras y un largo y lastimero aullido. A mí me fue mejor: pasó de largo, entró en su cuarto y cerró la puerta. Justo después subió Joseph con Hareton para acostarle. Yo había encontrado refugio en el cuarto de Hareton, y el viejo, al verme, dijo: «Ahora hay sitio pa'tú y pa' tu orgullo en la casa, yo diría. Está vacía; puedes tenerla toa pa'tú sola, y Aquel que siempre hace el tercero en tan mala compañía.»

Aproveché encantada esa indicación; y en el momento en que me dejé caer en una silla junto al fuego, me quedé traspuesta y dormí. Mi sueño fue profundo y dulce, aunque demasiado breve. El señor Heathcliff me despertó; acababa de llegar, y preguntó, a su manera cariñosa, qué estaba haciendo allí. Le expliqué el motivo de mi vigilia: que él tenía la llave de nuestro cuarto en el bolsillo. El adjetivo nuestro le ofendió mortalmente. Juró que no lo era ni lo

sería jamás; y que él haría... pero no repetiré su lenguaje, ni describiré su conducta habitual: ¡es ingenioso e infatigable en procurar ganarse mi aborrecimiento! A veces le contemplo con una intensidad que embota mi miedo: y sin embargo, se lo aseguro, un tigre o una serpiente venenosa no podría despertar en mí el terror igual al que él despierta. Me habló de la enfermedad de Catherine, y acusó a mi hermano de haberla causado; prometiendo que yo sería el sustituto de Edgar en el sufrimiento, hasta que pudiera echarle el guante a él.

Le aborrezco, soy desdichada, ¡he sido una necia! Cuidado con mencionar ni una sílaba de esto a nadie en la Granja. Te espero cada día: ¡no me decepciones! ISABELLA.

* * * * * *

15

Capítulo XIV

Empieza: «En cuanto hube leído esta epístola, fui al amo y le comuniqué que su hermana había llegado a las Cumbres, y me...»

En cuanto hube leído esta epístola, fui al amo y le comuniqué que su hermana había llegado a las Cumbres, y me había enviado una carta expresando su pena por la situación de la señora Linton y su ardiente deseo de verle; con el ruego de que le transmitiera, lo antes posible por mi mediación, alguna señal de perdón.

—¿Perdón? —dijo Linton—. No tengo nada que perdonarle, Ellen. Puede usted llamar en Cumbres Borrascosas esta tarde, si quiere, y decirle que no estoy enojado, aunque lamento haberla perdido; sobre todo porque nunca creo que sea feliz. No hay posibilidad alguna de que yo vaya a verla; sin embargo: estamos eternamente separados; y si realmente desea complacerme, que persuada al bribón con quien se ha casado a que abandone el país.

—¿Y no le escribirá una pequeña nota, señor? —supliqué.

—No —respondió—. Es innecesario. Mi comunicación con la familia de Heathcliff será tan escasa como la de él con la mía. ¡No existirá!

La frialdad del señor Edgar me deprimió enormemente; y todo el camino desde la Granja estuve dando vueltas a cómo poner más corazón en lo que él decía cuando yo lo repitiera; y cómo suavizar su negativa de escribir siquiera unas líneas para consolar a

Isabella. Apuesto a que llevaba mirando desde la mañana por si yo llegaba: la vi asomarse por el postigo al subir por el camino del jardín, y le hice una señal con la cabeza; pero ella se retiró, como si tuviera miedo de que la vieran. Entré sin llamar. ¡Nunca se había presentado semejante escena lúgubre y desolada como la que ofrecía la casa que antes fue tan alegre! Debo confesar que, de haber estado yo en el lugar de la joven señora, por lo menos habría barrido el hogar y limpiado las mesas con un paño. Pero ella ya participaba del espíritu de abandono que la envolvía. Su bonita cara estaba pálida y sin vida; el cabello sin rizar: algunos mechones le colgaban lacios y otros enrollados descuidadamente alrededor de la cabeza. Probablemente no había tocado su vestido desde la noche anterior. Hindley no estaba. El señor Heathcliff estaba sentado a una mesa hojeando unos papeles de su cartera; pero se levantó cuando entré, me preguntó cómo me encontraba, con bastante afabilidad, y me ofreció una silla. Era lo único de allí que parecía decente; y me pareció que nunca había tenido mejor aspecto. Tanto habían cambiado las circunstancias sus respectivas posiciones que cualquier desconocido le habría tomado sin duda por un caballero de nacimiento y de cuna; ¡y a su mujer por una perfecta dejada! Ella se adelantó con ansia a recibirme, y tendió una mano para tomar la carta que esperaba. Negué con la cabeza. No quiso entender la indicación, sino que me siguió hasta un aparador donde fui a dejar mi toca, y me insistió al oído que le diera inmediatamente lo que había traído. Heathcliff adivinó el significado de sus maniobras, y dijo:

—Si ha traído usted algo para Isabella (como sin duda es el caso, Nelly), déselo. No tiene que guardarlo en secreto: no hay secretos entre nosotros.

—Oh, no traigo nada —respondí, pensando que lo mejor era decir la verdad sin rodeos—. Mi amo me encarga decirle a su hermana que no debe esperar por ahora ni carta ni visita de su parte. Le envía su cariño, señora, y sus deseos de que sea feliz, y el perdón por el dolor que le ha causado; pero cree que de ahora en adelante su casa y la de aquí deben interrumpir las comunicaciones, ya que nada bueno puede resultar de mantenerlas.

El labio de la señora Heathcliff tembló levemente, y regresó a su asiento en la ventana. Su marido tomó posición junto al hogar, cerca de mí, y empezó a hacerme preguntas sobre Catherine. Le conté lo que consideré oportuno de su enfermedad, y él me arrancó, mediante un interrogatorio cruzado, la mayor parte de los hechos relacionados con su origen. La culpé a ella, como merecía, por habérselo traído todo encima; y concluí esperando que él siguiera el ejemplo del señor Linton y evitara toda interferencia futura en su familia, para bien o para mal.

—La señora Linton está ahora en vías de recuperación —dije—; nunca será como antes, pero su vida está a salvo; y si de verdad le tiene aprecio, evitará cruzarse en su camino: es más, se marchará del todo de este país; y para que no lo lamente, le informo de que Catherine Linton se diferencia ahora de su antigua amiga Catherine Earnshaw tanto como esa joven señora de mí. Su apariencia ha cambiado mucho, su carácter mucho más; y la persona que se ve obligada, por necesidad, a ser su compañera, sólo mantendrá su afecto en adelante por el recuerdo de lo que fue, por la humanidad común y un sentido del deber.

—Es perfectamente posible —observó Heathcliff, esforzándose por aparentar calma—: perfectamente posible que su amo no tenga

más que humanidad común y sentido del deber en qué apoyarse. Pero ¿imagina usted que voy a dejar a Catherine a su deber y a su humanidad? ¿Y puede comparar mis sentimientos con respecto a Catherine con los de él? Antes de que se marche de esta casa, debo arrancarle una promesa: que me conseguirá una entrevista con ella; ¡que consienta o que se niegue, la veré! ¿Qué me dice?

—Le digo, señor Heathcliff —respondí—, que no debe: que no la verá jamás por mi mediación. Otro encuentro entre usted y el amo la mataría del todo.

—Con su ayuda puede evitarse —continuó—; y si hubiera peligro de tal eventualidad, si él fuera la causa de añadir un solo motivo de angustia más a su existencia, pues bien, ¡creo que estaría justificado en llegar a los extremos! Quisiera que tuviera usted la sinceridad suficiente para decirme si Catherine sufriría mucho con su pérdida: el temor de que así fuera es lo que me retiene. Y ahí está la distinción entre nuestros sentimientos: de haber estado él en mi lugar, y yo en el suyo, aunque le hubiera odiado con un odio que convirtiera mi vida en hiel, nunca habría levantado una mano contra él. Puede usted poner cara de incredulidad si quiere. Nunca le habría desterrado de su lado mientras ella lo deseara. En el momento en que su afecto hubiera cesado, le habría arrancado el corazón y bebido su sangre. ¡Pero hasta entonces, si usted no me cree, no me conoce, hasta entonces habría preferido morir poco a poco antes que tocar un solo cabello de su cabeza!

—Y sin embargo —interrumpí—, no tiene usted escrúpulos en arruinar del todo las esperanzas de su perfecta recuperación, metiéndose ahora en su recuerdo, cuando casi le había olvidado, y envolviéndola en una nueva agitación de discordia y angustia.

—¿Supone usted que casi le ha olvidado? —dijo—. ¡Oh, Nelly! Sabe usted que no. Sabe usted tan bien como yo que por cada pensamiento que le dedica a Linton le dedica mil a mí. En el período más miserable de mi vida tuve una idea así: me asaltó a mi vuelta al vecindario el verano pasado; pero sólo su propia confirmación podría hacerme admitir de nuevo esa horrible idea. Y entonces, ni Linton ni Hindley ni todos los sueños que jamás soñé serían nada. Dos palabras resumirían mi futuro: muerte e infierno; la existencia, después de perderla, sería el infierno. Sin embargo, fui un necio de figurarme ni un momento que ella estimaba el afecto de Edgar Linton más que el mío. Si amara con todas las fuerzas de su mezquino ser, no podría amar tanto en ochenta años cuanto yo en un día. Y Catherine tiene un corazón tan profundo como el mío: el mar podría contenerse tan fácilmente en ese abrevadero como todo su afecto ser monopolizado por él. ¡Bah! Apenas le importa él más que su perro o su caballo. No es en él donde puede amarse lo que él no tiene.

—Catherine y Edgar se quieren tanto como dos personas pueden quererse —exclamó Isabella, con súbita vivacidad—. Nadie tiene derecho a hablar así, ¡y no voy a tolerar que se hable mal de mi hermano en silencio!

—Tu hermano te tiene un cariño extraordinario, ¿verdad? —observó Heathcliff, con desdén—. Te pone en la calle con una ligereza asombrosa.

—Él no sabe lo que sufro —respondió ella—. No se lo dije.

—Le has estado contando algo, pues: has escrito, ¿no?

—Para decirle que me había casado, sí escribí: usted vio la nota.

—¿Y nada desde entonces?

—No.

—Mi joven señora tiene decididamente peor aspecto tras su cambio de situación —observé—. Evidentemente, el amor de alguien le falla; el de quién, puedo adivinarlo; aunque quizás no debería decirlo.

—Yo diría que el suyo propio —dijo Heathcliff—. ¡Se degrada hasta la más rematada dejada! Se cansa de intentar complacerme con asombrosa prontitud. Apenas si se lo creerá, pero a la misma mañana siguiente de nuestra boda ya estaba llorando para volver a casa. Sin embargo, cuadrará tanto mejor a esta casa por no ser demasiado melindrosa, y yo me cuidaré de que no me deshonre vagando por ahí.

—Bien, señor —respondí—, espero que tenga en cuenta que la señora Heathcliff está acostumbrada a que la cuiden y la atiendan; y que se ha criado como una hija única a quien todos estaban dispuestos a servir. Tiene que dejar que tenga una doncella que la ayude a mantener las cosas en orden a su alrededor; y tiene que tratarla con bondad. Sea cual sea su opinión sobre el señor Edgar, no puede dudar de que ella tiene capacidad de apego profundo, pues de otro modo no habría abandonado las elegancias y las comodidades y los amigos de su antigua casa para instalarse contentamente, en semejante páramo como éste, con usted.

—Las abandonó en un engaño —respondió—; imaginándome un héroe de novela, y esperando indulgencias ilimitadas de mi devoción caballeresca. Apenas puedo considerarla como un ser racional, tan obstinadamente ha persistido en formarse una idea

fabulosa de mi carácter y actuar según las falsas impresiones que albergaba. Pero, al fin, creo que empieza a conocerme: ya no percibo las tontas sonrisas y muecas que al principio me provocaban; ni la incapacidad insensata de discernir que hablaba en serio cuando le expresé mi opinión sobre su infatuación y sobre ella misma. Fue un prodigioso ejercicio de perspicacia descubrir que no la amaba. Hubo un momento en que creí que ninguna lección podría enseñarle eso. Y sin embargo, ha sido mal aprendido; pues esta mañana anunció, como una noticia espantosa, que había logrado realmente que me odiara. ¡Un positivo trabajo de Hércules, se lo aseguro! Si se ha conseguido, tengo motivo para dar las gracias. ¿Puedo fiarme de su afirmación, Isabella? ¿Está segura de que me odia? Si la dejo sola media jornada, ¿no vendrá a mí suspirando y zalameando de nuevo? Supongo que habría preferido que apareciera todo ternura delante de usted: le hiere el amor propio que se descubra la verdad. Pero a mí me importa poco quién sepa que la pasión era completamente de un solo lado: y nunca le mentí al respecto. No puede acusarme de haberle mostrado ni una pizca de fingida dulzura. Lo primero que me vio hacer al salir de la Granja fue ahorcar su perrito; y cuando suplicó por él, las primeras palabras que pronuncié fueron el deseo de tener colgado a cada ser que le perteneciera, salvo uno: posiblemente tomó esa excepción por ella misma. Pero ninguna brutalidad la repugnó: supongo que tiene una admiración innata por ella, ¡con tal de que su preciosa persona esté a salvo de todo daño! ¿No era el colmo del absurdo, de la genuina idiotez, que esa mezquina, servil, rastrera perra soñara que yo pudiera amarla? Dígale a su amo, Nelly, que nunca en mi vida he topado con nada tan abyecto como ella. Deshonra incluso el nombre de Linton; y a veces me he aplacado, por pura falta de inventiva en mis

experimentos sobre lo que podía aguantar, ¡y seguía arrastrándose de vuelta vergonzosamente sumisa! Pero dígale también que puede tranquilizar su corazón fraternal y magistral: que me mantengo estrictamente dentro de los límites de la ley. He evitado hasta ahora darle el más mínimo pretexto para pedir la separación; y, lo que es más, no agradecería a nadie que nos separara. Si deseara marcharse, podría: ¡el estorbo de su presencia supera la satisfacción que obtengo atormentándola!

—Señor Heathcliff —dije—, eso es el habla de un loco; su esposa, muy probablemente, está convencida de que está loco; y por eso le ha soportado hasta ahora: pero ahora que dice que puede marcharse, sin duda aprovechará el permiso. No está usted tan hechizada, señora, ¿verdad?, como para quedarse con él por voluntad propia.

—¡Cuidado, Ellen! —respondió Isabella, con los ojos relampagueando iracundos; no había duda por su expresión del pleno éxito de los esfuerzos de su pareja por hacerse detestar—. No crea ni una sola palabra de lo que él dice. ¡Es un demonio mentiroso, un monstruo, no un ser humano! Me han dicho ya que podía marcharme, y lo he intentado, ¡pero no me atrevo a repetirlo! Sólo prométeme, Ellen, que no mencionarás ni una sílaba de su infame conversación a mi hermano ni a Catherine. Pase lo que pase, desea provocar a Edgar hasta la desesperación: dice que se casó conmigo expresamente para obtener poder sobre él; ¡y no lo obtendrá: ¡prefiero morir! Sólo espero, sólo ruego que olvide su diabólica prudencia y me mate. ¡El único placer que puedo imaginar es morir, o verle muerto a él!

—¡Eso es suficiente por ahora! —dijo Heathcliff—. Si es usted llamada a declarar ante un tribunal, ya recordará su lenguaje, Nelly. Y eche un buen vistazo a ese semblante: está cerca del punto que me convendrá. No; no está usted en condiciones de ser su propia tutora, Isabella; y yo, siendo su protector legal, tengo que retenerla bajo mi custodia, por muy desagradable que sea la obligación. Suba usted arriba; tengo algo que decirle a Ellen Dean en privado. Ese no es el camino: ¡arriba, le digo! ¿Por qué? Éste es el camino de arriba, niña.

La agarró y la sacó de la habitación; y volvió murmurando: «¡No tengo piedad! ¡No tengo piedad! Cuanto más se retuercen los gusanos, más ansío aplastarles las entrañas. Es un dentición moral; y aprieto con mayor energía a medida que crece el dolor.»

—¿Comprende usted lo que significa la palabra piedad? —dije, apresurándome a coger mi toca—. ¿La ha sentido alguna vez en su vida?

—¡Deje eso! —interrumpió, percibiendo mi intención de marcharme—. Aún no se va usted. Venga aquí ahora, Nelly: tengo que persuadirla u obligarla a que me ayude a cumplir mi determinación de ver a Catherine, y eso sin demora. Le juro que no me propongo hacer ningún daño: no deseo causar ningún trastorno, ni exasperar ni insultar al señor Linton; sólo quiero que ella misma me diga cómo está y por qué ha estado enferma; y preguntarle si hay algo que yo pudiera hacer que le fuera de utilidad. Anoche estuve seis horas en el jardín de la Granja, y volveré esta noche; y todas las noches rondaré el lugar, y todos los días, hasta encontrar la oportunidad de entrar. Si el señor Edgar Linton me sale al paso, no dudaré en tumbarlo de un golpe y

asegurarme su quietud mientras yo esté. Si sus criados se me oponen, los amedrentaré con estas pistolas. ¿Pero no sería mejor evitar que yo entrara en contacto con ellos o con su amo? Y usted podría hacerlo tan fácilmente. Le avisaría cuando viniera, y luego podría dejarme entrar sin ser visto, en cuanto ella estuviera sola, y vigilar hasta que me marchara, con la conciencia muy tranquila: estaría usted impidiendo una desgracia.

Protesté contra el hecho de jugar ese papel traicionero en casa de mi patrono: y además alegué la crueldad y el egoísmo de destruir la tranquilidad de la señora Linton para su satisfacción. «El suceso más cotidiano le sobresalta dolorosamente», dije. «Tiene los nervios destrozados, y no podría soportar la sorpresa, estoy segura. ¡No insista, señor! O bien me veré obligada a informar a mi amo de sus intenciones, y él tomará medidas para asegurar su casa y sus habitantes contra tan injustificadas intrusiones.»

—¡En ese caso tomaré yo medidas para asegurarla a usted, mujer! —exclamó Heathcliff—; ¡usted no saldrá de Cumbres Borrascosas hasta mañana por la mañana! Es una historia absurda afirmar que Catherine no podría soportar verme; y en cuanto a sorprenderla, no lo deseo: tiene usted que prepararla, preguntarle si puedo venir. Dice usted que nunca menciona mi nombre, y que nunca se le menciona a ella. ¿A quién iba a mencionarme si soy un tema prohibido en la casa? Cree que todos son espías de su marido. ¡Oh, no me cabe duda de que está en el infierno entre ustedes! Deduzco tanto de su silencio como de cualquier otra cosa lo que ella siente. Usted dice que con frecuencia está inquieta y con aspecto angustiado: ¿es eso prueba de tranquilidad? Habla usted de que su mente está trastornada. ¿Cómo diablos podría ser de otro modo en su espantoso aislamiento? ¡Y esa insulsa y mezquina criatura que la

atiende por deber y humanidad! ¡Por lástima y caridad! Podría igualmente plantar un roble en una maceta y esperar que prosperara, como imaginar que puede restituirle el vigor con el suelo de sus superficiales cuidados. Decidamos de una vez: ¿se queda usted aquí, y tengo que abrirme paso hasta Catherine pasando por encima de Linton y sus criados? ¿O será mi amiga, como lo ha sido hasta ahora, y hará lo que le pido? ¡Decídase!, porque no hay motivo para que yo demore un minuto más, si persiste en su obstinada mala voluntad.

Bien, señor Lockwood, discutí y me quejé, y le negué rotundamente cincuenta veces; pero a la larga me obligó a llegar a un acuerdo. Me comprometí a llevarle una carta a mi señora; y si ella consentía, le prometí hacerle saber cuándo estaría ausente el señor Linton, momento en que podría venir y entrar como pudiera; yo no estaría allí, y mis compañeros de servicio quedarían igualmente fuera del camino. ¿Estuve bien o mal? Temo que estuve mal, aunque fue lo más expediente. Pensé que impedía una nueva explosión con mi condescendencia; y pensé también que podría crear una crisis favorable en la enfermedad mental de Catherine: y luego recordé la severa reprimenda del señor Edgar por haber ido con cuentos; y traté de borrar toda inquietud sobre el asunto afirmando, con repetidas iteraciones, que esa traición a la confianza, si merecía una denominación tan dura, sería la última. Sin embargo, mi viaje de vuelta fue más triste que el de ida; y mucho me costó decidirme a poner el mensaje en manos de la señora Linton.

Pero aquí está el señor Kenneth; bajaré a decirle cuánto mejor está usted. Mi historia es sombría, como decimos, y servirá para hacer pasar otra mañana.

* * * * * *

¡Sombría, y lúgubre! reflexioné mientras la buena mujer bajaba a recibir al médico; y no exactamente del tipo que yo hubiera elegido para entretenerme. ¡Pero no importa! Extraeré medicinas saludables de las hierbas amargas de la señora Dean; y en primer lugar, ¡cuidado con la fascinación que acecha en los brillantes ojos de Catherine Heathcliff! Estaría en un buen aprieto si le entregara mi corazón a esa joven, y la hija resultara ser una segunda edición de la madre.

16

Capítulo XV

Empieza: «Otra semana pasada, y estoy muchos días más cerca de la salud y de la primavera. Ya he oído toda la historia...»

Otra semana pasada, y estoy muchos días más cerca de la salud y de la primavera. Ya he oído toda la historia de mi vecino, en distintas sesiones, según la ama de llaves podía dispensar tiempo de sus ocupaciones más importantes. La continuaré con sus propias palabras, sólo un poco condensadas. Es, en conjunto, una narradora muy competente, y no creo que pudiera mejorar su estilo.

* * * * * *

Por la tarde —dijo ella—, la tarde de mi visita a las Cumbres, sabía, tan bien como si le viera, que el señor Heathcliff rondaba por allí; y rehuí salir, porque seguía llevando su carta en el bolsillo y no quería que me amenazaran ni importunaran más. Había decidido no entregarla hasta que mi amo saliera a algún sitio, pues no podía imaginar cómo afectaría su recibo a Catherine. El resultado fue que no llegó a ella hasta tres días después. El cuarto era domingo, y la llevé a su habitación después de que la familia se hubiera ido a la iglesia. Había un criado que se quedaba a guardar la casa conmigo, y por costumbre solíamos echar la llave durante las horas de servicio; pero en esa ocasión el tiempo era tan cálido y apacible que las dejé abiertas de par en par, y, para cumplir mi compromiso, ya

que sabía quién vendría, le dije a mi compañero que la señora tenía muchas ganas de unas naranjas, y que tendría que ir corriendo al pueblo a buscar algunas, que se pagarían al día siguiente. Se marchó, y yo subí.

La señora Linton estaba sentada, con un holgado vestido blanco y un chal ligero sobre los hombros, en el hueco de la ventana abierta, como de costumbre. Su cabello espeso y largo había sido en parte cortado al comienzo de su enfermedad, y ahora lo llevaba simplemente peinado en sus ondas naturales sobre las sienes y el cuello. Su aspecto había cambiado, como le había dicho a Heathcliff; pero cuando estaba tranquila, parecía haber una belleza sobrenatural en el cambio. El destello de sus ojos había sido sucedido por una suavidad soñadora y melancólica; ya no daban la impresión de mirar los objetos a su alrededor: parecían siempre mirar más allá, y mucho más allá: se habría dicho que fuera de este mundo. Luego, la palidez de su cara, cuyo aspecto cadavérico había desvanecido al recuperar carnes, y la expresión peculiar que surgía de su estado mental, aunque dolorosamente sugestiva de sus causas, añadían al conmovedor interés que despertaba; y, invariablemente para mí, lo sé, y para cualquier persona que la viera, creo, refutaban las pruebas más tangibles de convalecencia, y la marcaban como alguien condenada a extinguirse.

Un libro yacía abierto sobre el alféizar ante ella, y la brisa apenas perceptible hacía voltear sus hojas a intervalos. Creo que Linton lo había puesto allí: pues ella nunca intentaba distraerse leyendo, ni con ninguna otra ocupación, y él pasaba muchas horas intentando atraer su atención hacia algún asunto que antes había sido su entretenimiento. Ella era consciente de su intención, y en sus mejores momentos soportaba sus esfuerzos plácidamente,

mostrando sólo su inutilidad por medio de algún que otro suspiro hastiado, y parándole al final con la más triste de las sonrisas y los besos. En otros momentos se volvía con irritación y escondía la cara en las manos, o incluso le apartaba con enojo; y entonces él tenía cuidado de dejarla sola, pues estaba seguro de no hacer ningún bien.

Las campanas de la capilla de Gimmerton seguían sonando; y el flujo pleno y suave del riachuelo en el valle llegaba soegador al oído. Era un dulce sustituto del aún ausente murmullo del follaje veraniego, que ahogaba aquella música en torno a la Granja cuando los árboles tenían hojas. En Cumbres Borrascosas siempre sonaba en los días quietos que seguían a un gran deshielo o a una temporada de lluvia persistente. Y en Cumbres Borrascosas pensaba Catherine mientras escuchaba: si es que pensaba o escuchaba algo; pero tenía la vaga e inexpresiva mirada distante que ya he mencionado, que no denotaba reconocimiento de las cosas materiales ni por el oído ni por la vista.

—Hay una carta para usted, señora Linton —dije, deslizándola suavemente en una mano que reposaba sobre su rodilla—. Tiene que leerla inmediatamente, pues requiere respuesta. ¿Quiere que rompa el lacre?

—Sí —respondió, sin alterar la dirección de sus ojos.

La abrí: era muy corta. «Ahora», continué, «léala.» Retiró la mano y la dejó caer. La volví a poner sobre su regazo y esperé a que se dignara bajar la vista; pero ese movimiento se demoró tanto que al final retomé el hilo: «¿Tengo que leérsela yo, señora? Es del señor Heathcliff.»

Hubo un sobresalto y un turbado destello de reconocimiento, y un esfuerzo por ordenar sus ideas. Alzó la carta y pareció leerla; y cuando llegó a la firma suspiró: aunque seguía sin entender su contenido, pues al pedirle que me indicara su respuesta, se limitó a señalar el nombre y me miró con una tristeza ansiosa y escrutadora.

—Pues bien, desea verla —dije, adivinando su necesidad de un intérprete—. Está ahora en el jardín, e impaciente por saber qué respuesta le llevo.

Mientras hablaba, observé que un gran perro tendido en la hierba soleada de abajo alzaba las orejas como si fuera a ladrar, y luego las alisaba, anunciando con un meneo de rabo la llegada de alguien a quien no consideraba un extraño. La señora Linton se inclinó hacia adelante y escuchó conteniendo la respiración. Un momento después unos pasos cruzaron el vestíbulo; la casa abierta era una tentación demasiado grande para que Heathcliff se resistiera a entrar: probablemente supuso que yo estaba inclinada a escurrir mi promesa, y resolvió confiar en su propia audacia. Con ansiosa tensión Catherine miraba hacia la entrada de su habitación. Él no acertó con el cuarto directamente: ella me hizo una señal de que le admitiera, pero él lo encontró antes de que yo llegara a la puerta; y en un par de zancadas estaba a su lado, y la tenía apretada entre sus brazos.

No habló ni soltó su abrazo durante unos cinco minutos, tiempo durante el cual le prodigó más besos que los que había dado en toda su vida, me atrevo a decir: aunque antes fue mi señora quien le besó a él, y era evidente que él apenas podía soportar, de pura agonía, mirarle la cara. La misma convicción le había golpeado

como a mí, desde el instante en que la vio: que allí no había perspectiva de recuperación definitiva; ella estaba condenada, iba a morir sin remisión.

—¡Oh, Cathy! ¡Oh, mi vida! ¿Cómo voy a soportarlo? —fue la primera frase que pronunció, en un tono que no intentaba disimular su desesperación. Y ahora la miraba con tanta intensidad que pensé que esa misma vehemencia de la mirada haría brotar lágrimas de sus ojos; pero ardían de angustia: no se fundían.

—¿Y ahora qué? —dijo Catherine, recostándose y devolviéndole la mirada con el ceño de repente nublado: su humor era un mero veleta de caprichos en constante variación—. ¡Tú y Edgar me habéis partido el corazón, Heathcliff! Y los dos venís a lamentaros de ello ante mí, ¡como si fuerais vosotros los que merecierais lástima! No os voy a compadecer, en absoluto. Me habéis matado, y os habéis prosperado con ello, según parece. ¡Qué fuerte estás! ¿Cuántos años piensas vivir después de que yo me haya ido?

Heathcliff se había arrodillado en una rodilla para abrazarla; intentó levantarse, pero ella le agarró por el cabello y le retuvo abajo.

—Quisiera poder tenerte —continuó, amargamente—, ¡hasta que los dos estuviéramos muertos! No me importaría lo que sufrieras. No me importan nada tus sufrimientos. ¿Por qué no habrías de sufrir? ¡Yo sufro! ¿Me olvidarás? ¿Serás feliz cuando yo esté bajo tierra? ¿Dirás dentro de veinte años: «Ése es el sepulcro de Catherine Earnshaw? Le amé hace mucho tiempo, y fui desdichado por perderla; pero ya pasó. He amado a muchas otras desde entonces: mis hijos me son más queridos que ella; y al morir no me alegraré

de ir junto a ella: lamentaré tener que dejarlos»? ¿Eso dirás, Heathcliff?

—No me tortures hasta volverme tan loco como tú —exclamó él, arrancando la cabeza y rechinando los dientes.

Los dos, vistos con frialdad, formaban un cuadro extraño y pavoroso. Bien podía Catherine imaginar que el cielo sería para ella una tierra de destierro, a menos que al despojarse de su cuerpo mortal se despojara también de su carácter moral. Su semblante en aquel momento tenía una salvaje rencor en la mejilla blanca, en el labio sin sangre y en el ojo centelleante; y conservaba en los dedos cerrados parte de los mechones que había estado agarrando. En cuanto a su compañero, mientras se incorporaba con una mano, había tomado su brazo con la otra; y era tan escaso su caudal de ternura ante las exigencias de su estado que al soltarla vi cuatro marcas distintas, azuladas en la piel incolora.

—¿Estás poseída por un demonio —continuó salvajemente—, para hablarme así cuando estás muriéndote? ¿Comprendes que cada una de esas palabras quedará marcada en mi memoria, y royéndome más profundamente eternamente después de que me hayas dejado? Sabes que mientes al decir que te he matado; y, Catherine, sabes que no podría olvidarte más que olvidar mi propia existencia. ¿No es suficiente para tu infernal egoísmo que mientras tú estás en paz yo me retuerza en los tormentos del infierno?

—Yo no estaré en paz —gimió Catherine, vuelta a la conciencia de su debilidad física por los violentos e irregulares latidos de su corazón, que se agitaba visible y audiblemente bajo este exceso de agitación. Guardó silencio hasta que pasó el paroxismo; luego continuó, más suavemente:

—No deseo que sufras más de lo que sufro yo, Heathcliff. Sólo deseo que jamás estemos separados; y si alguna vez una palabra mía te causa dolor, piensa que yo siento el mismo dolor bajo tierra, ¡y por mi propio bien, perdóname! Ven aquí y arrodíllate de nuevo. Nunca me has hecho daño en tu vida. ¡Y si alimentas la ira, eso será peor de recordar que mis palabras ásperas! ¿No volverás aquí? ¡Hazlo!

Heathcliff fue detrás de su silla y se inclinó sobre ella, pero no tanto como para que ella pudiera ver su cara, que estaba lívida de emoción. Ella se volvió para mirarle; él no lo permitió: girándose bruscamente, fue a la chimenea, donde se quedó de pie, en silencio, con la espalda vuelta hacia nosotras. La mirada de la señora Linton le seguía recelosa: cada movimiento despertaba en ella un nuevo sentimiento. Después de una pausa y una prolongada contemplación, reanudó el hilo, dirigiéndose a mí en tono de indignada decepción:

—Oh, ya ves, Nelly, que no se ablandará ni un momento para sacarme de la tumba. ¡Así me quiere! Bien, no importa. Ése no es mi Heathcliff. Seguiré queriendo al mío y le llevaré conmigo: está en mi alma. Y —añadió pensativa— lo que más me irrita, a fin de cuentas, es esta prisión hecha añicos. Estoy cansada de estar encerrada aquí. Anhelo escapar a ese mundo glorioso y estar siempre allí: no verlo vagamente a través de las lágrimas, ni anhelarlo desde detrás de las paredes de un corazón dolorido, sino estar realmente con él y dentro de él. Nelly, tú crees que eres mejor y más afortunada que yo; con plena salud y fuerzas: sientes lástima por mí, y muy pronto eso cambiará. Yo sentiré lástima por ti. Yo estaré incomparablemente por encima y más allá de todos vosotros. ¡Me pregunto por qué no querrá estar cerca de mí! —

continuó para sí—. Pensé que lo deseaba. Heathcliff, querido: no deberías estar malhumorado ahora. Ven a mí, Heathcliff.

En su anhelo se incorporó y se apoyó en el brazo de la silla. Ante esa apremiante llamada él se volvió hacia ella con una expresión de absoluta desesperación. Sus ojos, anchos y húmedos, por fin se encendieron con fiereza en los suyos; su pecho se agitó convulsivamente. Un instante estuvieron separados, y luego cómo se encontraron apenas lo vi; pero Catherine dio un salto hacia adelante, y él la atrapó, y quedaron trabados en un abrazo del que pensé que mi señora nunca saldría viva: en realidad, a mis ojos, pareció perder el conocimiento al instante. Él se dejó caer en el asiento más próximo, y al acercarme yo apresuradamente para comprobar si había perdido el sentido, él me enseñó los dientes y gruñó como un perro rabioso, y la estrechó contra sí con codiciosa posesividad. No sentía estar en compañía de una criatura de mi misma especie: parecía que no me entendería aunque le hablara; así que me quedé aparte y guardé silencio, muy perpleja.

Un movimiento de Catherine me alivió un poco al poco tiempo: alzó la mano para rodearle el cuello y acercar su mejilla a la de él mientras él la sostenía; mientras él, a su vez, cubriéndola de frenéticos abrazos, decía con delirio:

—Ahora me enseñas cuán cruel has sido; cruel y falsa. ¿Por qué me despreciaste? ¿Por qué traicionaste tu propio corazón, Cathy? No tengo ni una palabra de consuelo. Lo mereces. Te has matado tú misma. Sí, puedes besarme y llorar; y arrancarme besos y lágrimas: te marchitarán, te condenarán. Me amaste: ¿qué derecho tenías entonces a abandonarme? ¿Qué derecho? Respóndeme: ¿por el pobre capricho que sentiste por Linton? Porque la miseria y la

degradación y la muerte, y todo lo que Dios o Satanás pudieran infligir, no nos habrían separado; tú, por tu propia voluntad, lo hiciste. No te he partido el corazón: tú te lo has partido; y al partirlo, has partido el mío. Tanto peor para mí que sea fuerte. ¿Quiero yo vivir? ¿Qué clase de vida será cuando tú... ¡oh, Dios! ¿Querrías vivir con tu alma en la tumba?

—Déjame. Déjame —sollozó Catherine—. Si he actuado mal, me estoy muriendo por ello. ¡Es bastante! Tú también me dejaste; ¡pero no te lo reprocharé! Te perdono. ¡Perdóname!

—Es difícil perdonar, y mirar esos ojos, y sentir esas manos consumidas —respondió él—. Bésame de nuevo; ¡y no dejes que vea tus ojos! Perdono lo que me has hecho. Amo a mi asesina: ¡pero a la tuya! ¿Cómo voy a hacerlo?

Estaban en silencio, con los rostros ocultos el uno en el otro y bañados por las lágrimas del otro. Al menos, supongo que el llanto fue de los dos lados; pues a Heathcliff parecía serle posible llorar en una ocasión tan grande como ésta.

Yo me sentía cada vez más incómoda; pues la tarde iba pasando rápido, el criado que había despachado con el encargo regresó de su misión, y podía distinguir, por el brillo del sol de poniente a lo largo del valle, que un gentío se espesaba ante la puerta de la capilla de Gimmerton.

—El servicio ha terminado —anuncié—. Mi amo estará aquí en media hora.

Heathcliff lanzó un juramento y apretó más a Catherine: ella no se movió.

Al poco distinguí un grupo de criados que subía por el camino hacia el ala de la cocina. El señor Linton no iba lejos detrás; abrió él mismo la verja y subió lentamente, probablemente disfrutando de aquella hermosa tarde que respiraba tan suave como el verano.

—Ya está aquí —exclamé—. ¡Por el amor de Dios, baje aprisa! No se encontrará con nadie en la escalera principal. Dese prisa, y quédese entre los árboles hasta que haya entrado del todo.

—Tengo que irme, Cathy —dijo Heathcliff, procurando desprenderse de los brazos de su compañera—. Pero si vivo, te veré antes de que te duermas. No me alejaré cinco yardas de tu ventana.

—¡No debes irte! —respondió ella, reteniéndole con tanta fuerza como sus fuerzas permitían—. No te irás, te lo digo.

—Una hora —suplicó él, con urgencia.

—Ni un minuto —respondió ella.

—Tengo que...; Linton subirá en seguida —insistió el intrusoalarmed.

Habría podido levantarse y soltarse los dedos con el movimiento; ella se aferró, jadeando: había una loca resolución en su cara.

—¡No! —gritó—. ¡Oh, no te vayas, no te vayas! ¡Es la última vez! Edgar no nos hará daño. ¡Heathcliff, me moriré! ¡Me moriré!

—¡Maldito el necio! Ahí está —exclamó Heathcliff, hundiéndose de nuevo en su asiento—. ¡Calla, mi amor! ¡Calla, calla, Catherine! Me quedo. Si me pegara un tiro, expiraría con una bendición en los labios.

Y así siguieron abrazados. Oí a mi amo subiendo las escaleras; el sudor frío me corría por la frente: estaba horrorizada.

—¿Va a escuchar sus desvarios? —dije, apasionadamente—. Ella no sabe lo que dice. ¿Va usted a arruinarla porque ella no tiene cordura para protegerse sola? ¡Levántese! Podría estar libre en un instante. Es el acto más diabólico que ha cometido jamás. Estamos todos perdidos: el amo, la señora y la criada.

Me retorcí las manos y grité; y el señor Linton apresuró el paso al oír el ruido. En medio de mi agitación, me alegré sinceramente de observar que los brazos de Catherine habían caído relajados y su cabeza colgaba hacia abajo.

«Se ha desmayado, o está muerta», pensé: «tanto mejor. Mucho mejor que siguiera siendo una carga y una causante de miseria para todos los que la rodean.»

Edgar se abalanzó sobre su intruso indeseado, pálido de asombro y de ira. Lo que pretendía hacer no puedo decirlo; sin embargo, el otro detuvo toda demostración de golpe, poniendo en sus brazos la forma que parecía inerte.

—¡Mire! —dijo—. Si no es un demonio, ayúdela primero; ¡luego podrá hablar conmigo!

Pasó al salón y se sentó. El señor Linton me llamó, y con gran dificultad, y recurriendo a muchos medios, logramos hacerla volver en sí; pero estaba del todo desorientada; gemía y se lamentaba, y no reconocía a nadie. Edgar, en su angustia por ella, olvidó al amigo aborrecido. Yo no le olvidé. Me fui, a la primera oportunidad, y le rogué que se marchara; afirmando que Catherine

estaba mejor y que le haría saber por la mañana cómo había pasado la noche.

—No me niego a salir de la casa —respondió—; pero me quedaré en el jardín: y, Nelly, cumpla su palabra mañana. Estaré bajo esos alerces. ¡Cuidado! o hago otra visita, esté Linton en casa o no.

Echó una mirada rápida por la puerta entreabierta del cuarto y, comprobando que lo que yo decía era aparentemente cierto, libró la casa de su funesta presencia.

17

Capítulo XVI

Empieza: «Alrededor de las doce de aquella noche nació la Catherine que usted vio en Cumbres Borrascosas: una criatura enclenque, de siete meses;...»

Alrededor de las doce de aquella noche nació la Catherine que usted vio en Cumbres Borrascosas: una criatura enclenque, de siete meses; y dos horas después murió la madre, sin haber recobrado bastante conciencia para echar de menos a Heathcliff ni reconocer a Edgar. La aflicción de éste ante su pérdida es un asunto demasiado doloroso para detenerse en él; sus efectos posteriores mostraron cuán hondo caló el pesar. A mis ojos, agravaba su situación el haber quedado sin heredero. Lo lamenté al contemplar al débil huérfano; y maldije mentalmente al viejo Linton por haber asegurado sus propiedades a su propia hija en lugar de a su hijo, lo cual, en fin, no era más que un favor natural. ¡Una recién nacida nada bienvenida era, pobrecita! Podría haber llorado al salir de la vida, y a nadie le habría importado un ardite, durante aquellas primeras horas de existencia. Enmendamos el descuido después; pero su comienzo fue tan carente de amigos como es probable que sea su fin.

A la mañana siguiente, resplandeciente y animada en el exterior, la luz se coló suavizada a través de las persianas de la silenciosa habitación, y bañó el lecho y a su ocupante en un tibio y tenue

fulgor. Edgar Linton tenía la cabeza apoyada sobre la almohada y los ojos cerrados. Sus rasgos jóvenes y delicados estaban casi tan exánimes como los de la figura junto a él, y casi tan inmóviles: pero en él era el silencio de la angustia agotada, y en ella el de la paz perfecta. La frente lisa, los párpados cerrados, los labios con la expresión de una sonrisa; ningún ángel del cielo habría podido ser más bello que ella en aquel aspecto. Y yo participaba de la calma infinita en que yacía: nunca estuvo mi ánimo en estado más sagrado que mientras contemplaba aquella imagen tranquila del reposo divino. Repetí instintivamente las palabras que ella había pronunciado pocas horas antes: «¡Incomparablemente por encima y más allá de todos nosotros! Ya sea que siga en la tierra o esté ya en el cielo, su espíritu está en la morada de Dios.»

No sé si es algo peculiar en mí, pero pocas veces dejo de sentirme feliz mientras velo en la cámara de la muerte, siempre que ningún doliente frenético o desesperado comparta conmigo la obligación. Veo un reposo que ni la tierra ni el infierno pueden quebrantar, y siento la certeza de la eternidad sin fin y sin sombra, la Eternidad en la que han entrado, donde la vida es ilimitada en su duración, y el amor en su simpatía, y la alegría en su plenitud. En esa ocasión advertí cuánto egoísmo hay incluso en un amor como el del señor Linton, cuando tanto lamentaba el bendito descanso de Catherine. Bien es cierto que podría uno dudar, después de la vida tan caprichosa e impaciente que ella había llevado, de si merecía al final un refugio de paz. Podría uno dudar en momentos de fría reflexión; pero no entonces, en presencia de su cadáver. Éste proclamaba por sí mismo su propia tranquilidad, que parecía una promesa de igual quietud para quien lo había habitado.

¿Cree usted que esas personas son felices en el otro mundo, señor? Daría mucho por saberlo.

Decliné responder a la pregunta de la señora Dean, que me pareció algo heterodoxa. Ella prosiguió:

Siguiendo el curso de la vida de Catherine Linton, me temo que no tenemos derecho a pensar que lo sea; pero la dejaremos en manos de su Creador.

El amo parecía dormido, y me aventuré poco después del amanecer a abandonar la habitación y salir al aire puro y revitalizante. Los criados creyeron que iba a sacudirme el sopor de mi prolongada vela; en realidad, mi principal motivo era ver al señor Heathcliff. Si había permanecido entre los alerces toda la noche, nada habría sabido del revuelo en la Granja; a menos que, quizás, hubiera oído el galope del mensajero que fue a Gimmerton. Si se había acercado, probablemente estaría al corriente, por las luces que iban y venían y por el abrir y cerrar de las puertas exteriores, de que algo anormal ocurría dentro. Deseaba, y temía, encontrarle. Sentía que la terrible noticia debía dársele, y ansiaba acabar con ello; pero cómo hacerlo no lo sabía. Allí estaba, a pocos metros dentro del parque; apoyado contra un viejo fresno, sin sombrero, y el cabello empapado con el rocío que se había congregado en las ramas en cierne y caía repiqueteando a su alrededor. Llevaba mucho tiempo de pie en aquella posición, pues vi un par de mirlos que pasaban y repasaban a escasas tres varas de él, ocupados en construir su nido, sin concederle más importancia que a un tronco de madera. Salieron volando a mi llegada, y él alzó los ojos y habló:

—¡Ha muerto! —dijo—. No he esperado a que me lo dijeras. Guarda el pañuelo: no te lamentes delante de mí. ¡Malditos todos! Ella no

quiere vuestras lágrimas.

Yo lloraba tanto por él como por ella: a veces se compadece uno de criaturas que no tienen ningún sentimiento ni para consigo mismas ni para con los demás. Cuando miré por primera vez su rostro, advertí que ya estaba al corriente de la catástrofe; y una absurda idea me asaltó de que su corazón estaba doblegado y rezaba, porque sus labios se movían y su mirada estaba fija en el suelo.

—Sí, ha muerto —respondí, reprimiendo los sollozos y enjugándome las mejillas—. Ha ido al cielo, espero; donde todos podemos reunirnos con ella si tomamos debida nota y dejamos nuestros malos caminos para seguir los buenos.

—¿Tomó ella debida nota, entonces? —preguntó Heathcliff, intentando una mueca de desdén—. ¿Murió como una santa? Vamos, cuéntame con exactitud cómo ocurrió. ¿Cómo...?

Intentó pronunciar el nombre, pero no pudo; y apretando la boca, libró un silencioso combate con su agonía interior, desafiando entretanto mi compasión con una mirada feroz e inflexible.

—¿Cómo murió? —reanudó al cabo, deseando a pesar de su entereza tener algo que le sostuviera; pues, después del esfuerzo, tembló, a su pesar, hasta la punta de los dedos.

«¡Pobre desdichado!», pensé, «¡tienes corazón y nervios como tus semejantes! ¿Por qué empeñarte en ocultarlos? ¡Tu orgullo no puede cegar a Dios! Le tientas a retorcerlos hasta arrancarte un grito de humillación.»

—¡Tranquila como un cordero! —respondí en voz alta—. Dio un suspiro y se estiró, como un niño que se reanima, y volvió a hundirse en el sueño; y cinco minutos después sentí un pequeño pulso en su corazón, ¡y nada más!

—¿Y... me mencionó alguna vez? —preguntó, dudando, como si temiera que la respuesta a su pregunta introdujera detalles que no podría soportar oír.

—Sus sentidos no volvieron nunca: no reconoció a nadie desde que tú la dejaste —dije—. Yace con una dulce sonrisa en la cara; y sus últimos pensamientos vagaban de vuelta a los dichosos días de la infancia. Su vida se cerró en un suave sueño: ¡que despierte con igual bondad en el otro mundo!

—¡Que despierte en tormentos! —gritó, con espantosa vehemencia, golpeando el suelo con el pie y gimiendo en un súbito paroxismo de pasión ingobernable—. ¡Sigue mintiendo hasta el final! ¿Dónde está? No ahí, no en el cielo, no ha perecido: ¿dónde? ¡Oh! Dijiste que no te importaban nada mis sufrimientos. Y yo elevo una oración, la repito hasta que se me queda rígida la lengua: Catherine Earnshaw, ¡que no tengas reposo mientras yo esté vivo! Dijiste que te maté: ¡aparécete, pues! Los asesinados acechan a sus asesinos, lo creo. Sé que los espectros han vagado por la tierra. ¡Estate conmigo siempre! ¡Toma cualquier forma! ¡Vuélveme loco! ¡Sólo no me dejes en este abismo, donde no puedo encontrarte! ¡Oh, Dios! ¡Es indecible! ¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!

Se golpeó la cabeza contra el tronco nudoso; y levantando los ojos, aulló, no como un hombre, sino como una bestia salvaje que es acosada a muerte con cuchillos y lanzas. Advertí varios salpicones de sangre en la corteza del árbol, y su mano y su frente estaban

manchadas; probablemente la escena que presencié era repetición de otras ocurridas durante la noche. Apenas conmovió mi compasión: me aterró. Sin embargo, me resistía a dejarle así. Pero en el momento en que se recobró bastante para advertir que le miraba, tronó una orden para que me fuera, y obedecí. ¡Estaba más allá de mi capacidad de calmarlo o consolarlo!

El entierro de la señora Linton fue fijado para el viernes siguiente a su fallecimiento; y hasta entonces su ataúd permaneció abierto y cubierto de flores y hojas perfumadas en el gran salón. Linton pasó allí sus días y sus noches, guardián sin sueño; y, circunstancia conocida sólo por mí, Heathcliff pasó sus noches, al menos, fuera, igualmente ajeno al reposo. Yo no mantuve ninguna comunicación con él; aunque era consciente de su propósito de entrar si podía; y el martes, poco después de oscurecer, cuando el amo, agotado, se había visto obligado a retirarse un par de horas, fui y abrí una de las ventanas; movida por su perseverancia a darle la oportunidad de dedicar a la imagen desvanecida de su ídolo un último adiós. No desaprovechó la ocasión, con cautela y brevedad; con demasiada cautela para delatar su presencia con el más leve ruido. De hecho, no habría descubierto que había estado allí de no ser por el desorden del paño en torno a la cara del cadáver, y por hallar en el suelo un mechón de cabello claro, sujeto con un hilo de plata; que al examinarlo comprobé que había sido extraído de un medallón colgado al cuello de Catherine. Heathcliff había abierto la joya y arrojado su contenido, sustituyéndolo por un mechón negro del suyo propio. Entrelacé los dos, y los encerré juntos.

Al señor Earnshaw, por supuesto, se le invitó a acompañar los restos de su hermana hasta la tumba; no envió ninguna excusa, pero no apareció; de modo que, aparte del marido, los dolientes se

componían únicamente de arrendatarios y criados. A Isabella no se la había invitado.

El lugar de enterramiento de Catherine, con sorpresa de los vecinos del pueblo, no fue ni en la capilla, bajo el esculpido monumento de los Linton, ni junto a los sepulcros de sus propios parientes, en el exterior. Fue cavado en una ladera cubierta de hierba en un rincón del cementerio, donde el muro es tan bajo que el brezo y los arándanos han trepado sobre él desde el páramo, y la turba casi lo entierra. Su marido yace ahora en el mismo lugar; y tienen cada uno una lápida sencilla por encima, y un bloque gris liso a los pies, para señalar las tumbas.

18

Capítulo XVII

Empieza: «Aquel viernes fue el último de nuestros días hermosos durante un mes. Al atardecer el tiempo cambió: el viento giró del sur...»

Aquel viernes fue el último de nuestros días hermosos durante un mes. Al atardecer el tiempo cambió: el viento giró del sur al nordeste, y trajo primero lluvia, y luego aguanieve y nieve. Al día siguiente apenas podía uno imaginar que hubiera habido tres semanas de verano: las prímulas y los azafranes estaban sepultados bajo los bancos de nieve invernal; las alondras enmudecieron; las hojas tiernas de los árboles tempranos, golpeadas y ennegrecidas. ¡Y qué triste, fría y lúgubre fue arrastrándose esa jornada! El amo guardaba su cuarto; yo tomé posesión del solitario salón, convirtiéndolo en cuarto de la nodriza: y allí estaba, sentada con el quejumbroso muñeco de una criatura tendido en mi regazo, meciéndole de un lado a otro, y observando entretanto los copos que caían sin cesar acumulándose contra la ventana sin cortinas, cuando la puerta se abrió y entró alguien sin aliento y riendo. Durante un instante me irrité más que me asombré. Supuse que era una de las doncellas y grité:

—¡Basta! ¿Cómo se atreve a mostrar aquí su ligereza? ¡Qué diría el señor Linton si la oyera?

—¡Discúlpeme! —respondió una voz conocida—; pero sé que Edgar está en cama, y no puedo contenerme.

Con eso la que hablaba se adelantó hacia el fuego, jadeando y con la mano en el costado.

—¡He corrido todo el camino desde Cumbres Borrascosas! —continuó, tras una pausa—; salvo allí donde he volado. No podría contar el número de caídas que he dado. ¡Oh, me duele todo! ¡No se asuste! Habrá una explicación en cuanto pueda darla; sólo tenga la bondad de salir y ordenar que preparen el carruaje para llevarme a Gimmerton, y dígale a una doncella que busque algo de ropa en mi armario.

La intrusa era la señora Heathcliff. Ciertamente no presentaba una situación para reírse: el cabello le caía sobre los hombros chorreando nieve y agua; llevaba el vestido juvenil que usaba habitualmente, más apropiado a su edad que a su condición: un vestido de cuello bajo con mangas cortas, y nada en la cabeza ni en el cuello. El vestido era de seda fina y se le pegaba al cuerpo empapado, y sus pies estaban protegidos sólo por unas finas zapatillas; añádase a esto un corte profundo bajo una oreja, que sólo el frío impedía que sangrara copiosamente, una cara blanca con arañazos y magulladuras, y un cuerpo que apenas podía sostenerse por el agotamiento; y puede imaginarse que mi primer susto no se alivió mucho cuando tuve ocasión de examinarla.

—Mi querida jovencita —exclamé—, no me moveré de aquí ni escucharé nada hasta que se haya quitado toda la ropa y puesto cosas secas; y desde luego no irá a Gimmerton esta noche, así que es inútil mandar preparar el carruaje.

—Desde luego que iré —dijo—; a pie o en coche: aunque no tengo ninguna objeción a vestirme decentemente. Y... ¡ah, mire cómo me corre por el cuello! El fuego hace que escueza.

Insistió en que cumpliera sus órdenes antes de dejarme tocarla; y no fue hasta después de que al cochero se le diera instrucción de preparar el carruaje y a una doncella se le encargara que hiciera un paquete con la ropa necesaria cuando obtuve su consentimiento para vendarle la herida y ayudarla a cambiarse de ropa.

—Ahora, Ellen —dijo, cuando terminé mi tarea y ella estaba sentada en una butaca junto al hogar, con una taza de té delante—, siéntese enfrente de mí, y aparte de aquí al pobre bebé de Catherine: ¡no quiero verlo! No debe pensar que me importa poco Catherine por haberme comportado de manera tan irreflexiva al entrar: yo también he llorado, amargamente, sí, más que nadie que tenga motivos para llorar. Nos separamos sin reconciliarnos, ya lo recuerda, y no me perdonaré. Pero, aun así, no iba a compadecer a ése: ¡al bruto! ¡Oh, déme el atizador! Ésta es la última cosa de él que llevo encima: —deslizó el anillo de oro del tercer dedo y lo tiró al suelo—. ¡Lo haré pedazos! —continuó, golpeándolo con rabia infantil—, ¡y luego lo quemaré! —y lo tomó y dejó caer el maltrecho objeto entre las brasas—. ¡Ahí! Que compre otro si me recupera. Sería capaz de venir a buscarme para molestar a Edgar. ¡No me atrevo a quedarme, no sea que esa idea se le meta en su perversa cabeza! Y además, Edgar no ha sido amable, ¿verdad que no? Y no voy a acudir a él suplicando ayuda; ni a causarle más problemas. La necesidad me obligó a buscar refugio aquí; aunque, de no haber sabido que él no estaba, me habría detenido en la cocina, me habría lavado la cara, me habría calentado, le habría pedido a usted que me trajera lo que necesitaba, y me habría marchado de nuevo a

cualquier parte fuera del alcance de mi maldito... ¡de ese duende encarnado! ¡Ah, estaba en una furia terrible! Si me hubiera cogido... Es una lástima que Earnshaw no pueda medirse con él en fuerzas: yo no habría corrido hasta verle reducido a nada, si Hindley hubiera podido hacerlo.

—Vamos, no hable tan aprisa, señorita —la interrumpí—; va a descolocar el pañuelo que le he atado en la cara y hará que el corte vuelva a sangrar. Beba su té, tome aliento y deje de reír: la risa está muy fuera de lugar bajo este techo, y en su estado.

—Una verdad innegable —respondió—. ¡Escuche a esa criatura! No para de lloriquear: llévesela de mi oído una hora; no me quedaré más tiempo.

Toqué el timbre y la confié al cuidado de una criada; y luego pregunté qué la había impulsado a huir de Cumbres Borrascosas en tan improbable estado, y adónde pensaba ir, dado que se negaba a quedarse con nosotros.

—Debía y deseaba quedarme —respondió—, para animar a Edgar y cuidar al bebé, por dos razones, y porque la Granja es mi verdadera casa. Pero le digo que él no me lo permitía. ¿Cree usted que podría soportar verme engordar y alegrarme, o pensar que estábamos tranquilos, sin decidirse a envenenar nuestro bienestar? Ahora tengo la satisfacción de estar segura de que me detesta, hasta el punto de molestarle seriamente tenerme al alcance del oído o la vista: noto, cuando entro en su presencia, que los músculos de su semblante se contraen involuntariamente en expresión de odio; en parte por saber los buenos motivos que tengo para sentir ese sentimiento hacia él, y en parte por una aversión congénita. Es lo bastante fuerte como para hacerme sentir bastante segura de que

no me perseguiría por toda Inglaterra si yo lograra escapar del todo; y por eso debo alejarme del todo. Me he repuesto de mi primer deseo de que me matara: ¡preferiría que se matara él! Ha extinguido mi amor de manera efectiva, y así estoy tranquila. Puedo recordar todavía cómo le amé; y puedo imaginar vagamente que aún podría amarle, si... ¡no, no! Incluso si me hubiera adorado, la naturaleza diabólica habría revelado su existencia de algún modo. Catherine tenía un gusto terriblemente pervertido para estimarle tan profundamente, conociéndole tan bien. ¡Monstruo! ¡Ojalá pudiera borrarse de la creación y de mi memoria!

—¡Calla, calla! Es un ser humano —dije—. Sea más caritativa: ¡aún hay hombres peores que él!

—No es un ser humano —replicó—; y no tiene ningún derecho a mi caridad. Le di mi corazón, y él lo tomó y lo estrujó hasta la muerte, y me lo devolvió. La gente siente con el corazón, Ellen; y como él ha destruido el mío, no tengo poder de sentir por él: y no querría hacerlo, aunque gimiera desde ahora hasta su último día y llorara lágrimas de sangre por Catherine. ¡No, de ningún modo, de ningún modo! —y aquí Isabella comenzó a llorar; pero, secándose inmediatamente las lágrimas de las pestañas, reanudó el relato—. Me preguntó qué me ha llevado a la fuga al fin. Me vi obligada a intentarlo porque había conseguido despertar su rabia hasta un punto por encima de su malevolencia. Arrancar los nervios con tenazas al rojo requiere más sangre fría que dar un golpe en la cabeza. Estaba lo bastante exaltado como para olvidar la diabólica prudencia de la que se jactaba, y procedió a una violencia asesina. Sentí placer al poder exasperarle: el placer despertó mi instinto de conservación, así que me liberé definitivamente; y si vuelvo a caer alguna vez en sus manos, bienvenido sea a una venganza señalada.

»Ayer, ya saben, el señor Earnshaw debería haber estado en el entierro. Se mantuvo sobrio para ello, tolerablemente sobrio: sin irse a la cama borracho a las seis y levantarse ebrio a las doce. En consecuencia, se levantó, con un abatimiento suicida, tan poco apto para la iglesia como para un baile; y en vez de eso, se sentó junto al fuego y fue tragando ginebra o brandy a vasos.

»Heathcliff, ¡me estremezco de nombrarlo!, ha sido un extraño en la casa desde el domingo pasado hasta hoy. Ya sea que los ángeles le hayan alimentado, o sus semejantes de allá abajo, no puedo decirlo; pero no ha tomado una comida con nosotros en casi una semana. Acaba de volver a casa al amanecer y ha subido a su cuarto; encerrándose con llave, ¡como si alguien soñara con codiciar su compañía! Allí ha seguido rezando como un metodista: sólo que la divinidad que imploraba era polvo y cenizas insensibles; ¡y Dios, cuando se le invocaba, quedaba curiosamente confundido con su propio padre negro! Después de concluir esas preciosas oraciones, que duraban generalmente hasta que se le quedaba ronco y la voz se le ahogaba en la garganta, se volvía a marchar; ¡siempre directamente a la Granja! Me pregunto cómo Edgar no mandó buscar a un alguacil y le entregó a las autoridades. Por mi parte, aunque afligida como estaba por Catherine, me era imposible dejar de considerar ese período de liberación de la degradante opresión como unas vacaciones.

»Recobré ánimos suficientes para aguantar las eternas prédicas de Joseph sin llorar, y para moverme por la casa con menos paso de ladrón asustado que antes. No pensaría usted que podría yo llorar por nada que Joseph dijera; pero él y Hareton son compañía detestable. Prefiero sentarme con Hindley, y escuchar su horrible charla, que con «el pequeño amo» y su firme defensor, ese odioso

anciano. Cuando Heathcliff está en casa, me veo obligada a menudo a buscar la cocina y su compañía, o a pasar hambre en las húmedas habitaciones deshabitadas; cuando no está, como ha ocurrido esta semana, instalo una mesa y una silla en un rincón del hogar de la casa y no me preocupo de cómo emplee el tiempo el señor Earnshaw; y él no interfiere en mis disposiciones. Está más tranquilo ahora que antes, si nadie le provoca: más taciturno y abatido, y menos furioso. Joseph afirma que está seguro de que es un hombre transformado: que el Señor le ha tocado el corazón y está salvado «como por fuego». No logro detectar señales del favorable cambio; pero no es asunto mío.

»Anteanoche me senté en mi rincón leyendo libros viejos hasta cerca de las doce. Parecía tan lúgubre subir, con la nieve salvaje soplando afuera, y mis pensamientos volviendo constantemente al cementerio y a la tumba recién cavada. Apenas me atrevía a apartar los ojos de la página que tenía delante, tal era la rapidez con que aquella escena melancólica usurpaba su lugar. Hindley estaba sentado enfrente, con la cabeza apoyada en la mano; quizás meditando sobre el mismo asunto. Había dejado de beber en el punto antes de la irracionalidad, y no se había movido ni hablado durante dos o tres horas. No se oía en toda la casa más ruido que el viento que gemía y sacudía las ventanas de vez en cuando, el tenue crepitar de las brasas, y el clic de mis despabiladeras cuando quitaba a intervalos la larga mecha de la vela. Hareton y Joseph estaban probablemente profundamente dormidos. Era muy, muy triste: y mientras leía suspiraba, porque parecía como si toda alegría hubiera desaparecido del mundo para no volver nunca.

»El silencio doloroso se rompió al fin con el sonido del picaporte de la cocina: Heathcliff había vuelto de su ronda más temprano de lo

acostumbrado; a causa, supongo, de la súbita tormenta. Esa entrada estaba cerrada, y le oímos rodear la casa para entrar por la otra. Me levanté con una expresión irreprimible de lo que sentía en los labios, que indujo a mi compañero, que había estado mirando hacia la puerta, a volverse y mirarme.

«Le mantendré fuera cinco minutos», exclamó. «¿No tienes inconveniente?»

«Ninguno; puedes mantenerle fuera toda la noche por lo que a mí respecta», respondí. «¡Hazlo! Echa la llave en la cerradura y corre los cerrojos.»

»Earnshaw hizo esto antes de que su huésped llegara al frente; luego vino y acercó su silla al otro lado de mi mesa, inclinándose sobre ella y buscando en mis ojos una simpatía con el odio abrasador que brillaba en los suyos: como tanto parecía como se sentía un asesino, no la encontró exactamente; pero descubrió suficiente para animarle a hablar.

«Tú y yo», dijo, «tenemos cada uno una gran deuda que saldar con el hombre que está ahí fuera. Si ninguno de los dos fuéramos cobardes, podríamos unirnos para saldarla. ¿Eres tan blanda como tu hermano? ¿Estás dispuesta a aguantar hasta el final, sin intentar una sola vez el desquite?»

«Estoy cansada de aguantar», respondí; «y me alegraría una represalia que no se volviera contra mí misma; pero la traición y la violencia son lanzas con punta en ambos extremos: hieren a quienes recurren a ellas peor que a sus enemigos.»

«¡La traición y la violencia son justa correspondencia a la traición y la violencia!» exclamó Hindley. «Señora Heathcliff, no voy a

pedirle que haga nada; sólo que se siente quieta y se calle. Dígame ahora: ¿puede? Estoy seguro de que usted tendría tanto placer como yo en presenciar el fin de la existencia del demonio; él será su muerte si no se le adelanta; y él será mi ruina. ¡Maldito el infernal bribón! Llama a la puerta como si ya fuera el amo de la casa. ¡Prométame que guardará silencio, y antes de que ese reloj dé la una, que le faltan tres minutos, será usted una mujer libre!»

»Sacó de su pecho los utensilios que le describí en mi carta y habría apagado la vela. Sin embargo, yo la arrebaté y le agarré el brazo.

«¡No guardaré silencio!», dije; «no debe tocarlo. Deja la puerta cerrada y quédate quieto.»

«¡No! He tomado mi resolución, y por Dios que la llevaré a cabo», gritó el desesperado. «¡Te haré un favor a pesar de ti misma, y haré justicia a Hareton! Y no tienes que preocuparte de protegerme: Catherine se ha ido. Nadie que estuviera vivo me lamentaría ni se avergonzaría aunque me cortara el cuello en este momento, ¡y ya es hora de acabar con todo!»

»Tan bien habría podido luchar con un oso, o razonar con un lunático. El único recurso que me quedaba era correr a un postigo y advertir a su víctima prevista del destino que le esperaba.

«¡Será mejor que busque refugio en otra parte esta noche!», exclamé, en un tono bastante triunfal. «El señor Earnshaw tiene intenciones de dispararle si persiste en intentar entrar.»

«Será mejor que abras la puerta, so...», respondió, dirigiéndose a mí por algún elegante término que no me apetece repetir.

«No voy a meterme en el asunto», repliqué de nuevo. «Entra y deja que te disparen, si te parece. He cumplido con mi deber.»

»Con eso cerré el postigo y volví a mi sitio junto al fuego; teniendo demasiado poca hipocresía a mi disposición para fingir ninguna ansiedad por el peligro que le amenazaba. Earnshaw me juró apasionadamente; afirmando que yo seguía amando al villano; y llamándome de todo por el espíritu cobarde que yo mostraba. Y yo, en el fondo de mi corazón (y mi conciencia no me reprochó nada), pensé qué bendición sería para él que Heathcliff le liberara de su miseria; y qué bendición para mí que él enviara a Heathcliff a donde le correspondía. Mientras me entregaba a estas reflexiones, el postigo que estaba detrás de mí fue arrancado del suelo de un golpe del susodicho individuo, y su cara oscura miró funestamente por él. Los barrotes estaban demasiado juntos para que sus hombros le siguieran, y yo sonreí, regocijada en mi imaginaria seguridad. Su cabello y su ropa estaban blanqueados de nieve, y sus afilados dientes de caníbal, al descubierto por el frío y la ira, relucían en la oscuridad.

«Isabella, déjame entrar, o harás que te arrepientas», gruñó, como dice Joseph.

«No puedo cometer un asesinato», respondí. «El señor Hindley hace guardia con un cuchillo y una pistola cargada.»

«Déjame entrar por la puerta de la cocina», dijo.

«Hindley llegará antes que yo», respondí: «¡y qué flojo amor es el tuyo, que no puede aguantar un chaparrón de nieve! Se nos dejó en paz en nuestras camas mientras brilló la luna de verano, pero en cuanto vuelve una ráfaga de invierno, tienes que correr a buscar

refugio. Heathcliff, si yo estuviera en tu lugar, me iría a tender sobre su tumba y moriría como un perro fiel. El mundo desde luego no vale la pena de vivirse ahora, ¿verdad? Tú me habías impresionado claramente con la idea de que Catherine era toda la alegría de tu vida: no imagino cómo piensas sobrevivir a su pérdida.»

«¿Está él ahí?», exclamó mi compañero, precipitándose hacia el hueco. «Si puedo sacar el brazo, puedo alcanzarle.»

»Me temo, Ellen, que me juzgará usted realmente malvada; pero no lo sabe todo, así que no juzgue. Yo no habría ayudado ni secundado un atentado contra su vida por nada del mundo. Desear que estuviera muerto, lo deseaba; y por eso me llevé una terrible decepción, y me desmoralizó el terror por las consecuencias de mis palabras provocadoras, cuando él se abalanzó sobre el arma de Earnshaw y se la arrancó.

»La carga explosionó, y el cuchillo, al resortar hacia atrás, se cerró sobre la muñeca de su dueño. Heathcliff lo arrancó a la fuerza, desgarrando la carne al pasar, y lo metió goteando en el bolsillo. Luego tomó una piedra, derribó el tabique entre dos ventanas y saltó adentro. Su adversario había caído sin sentido por el dolor excesivo y la sangre que brotaba de una arteria o una vena grande. El rufián le pateó y pisoteó, y golpeó su cabeza repetidamente contra las losas, sujetándome con una mano entretanto para impedirme llamar a Joseph. Ejerció una autocontención sobrehumana para abstenerse de rematarle del todo; pero quedándose sin aliento, desistió al fin y arrastró el cuerpo aparentemente inerte hasta el escaño. Allí le arrancó la manga del abrigo a Earnshaw y le vendó la herida con brutal rudeza;

escupiendo y maldiciendo durante la operación con tanta energía como había pateado antes. Libre ya, no perdí tiempo en buscar al viejo criado; quien, habiéndose enterado gradualmente del alcance de mi precipitado relato, bajó corriendo, resoplando mientras bajaba los peldaños de dos en dos.

«¿Qué hay que hacer ahora? ¿Qué hay que hacer ahora?»

«Lo que hay que hacer», tronó Heathcliff, «es que tu amo está loco; y si dura otro mes, le haré ingresar en un manicomio. ¿Y cómo diablos se te ocurrió cerrarme la puerta, viejo desdentado? No te quedes ahí murmurando. Vamos, no voy a cuidarle yo. Limpia eso; y cuidado con las chispas de tu vela: ¡tiene más de la mitad de brandy!»

«¿Y así ha estado usted asesinándole?», exclamó Joseph, levantando las manos y los ojos con horror. «¡Si eso no lo he visto yo jamás! Que el Señor...»

»Heathcliff le empujó de rodillas en medio de la sangre y le tiró una toalla; pero en vez de ponerse a limpiarla, juntó las manos y empezó una oración que me excitó la risa por su extraña fraseología. Yo estaba en el estado de ánimo de no asombrarme ante nada: de hecho, estaba tan impasible como muestran algunos malhechores al pie del cadalso.

«Oh, me había olvidado de usted», dijo el tirano. «Hará usted eso. Al suelo. ¿Y conspira con él contra mí, víbora? ¡Tome, ese es un trabajo digno de usted!»

»Me sacudió hasta hacerme rechinar los dientes y me arrojó junto a Joseph, que concluyó sus súplicas con calma y luego se levantó, jurando que se marcharía a la Granja inmediatamente. El señor

Linton era magistrado y, aunque tuviera cincuenta esposas muertas, aquello debía ser investigado. Estaba tan firme en su resolución que Heathcliff consideró conveniente obligarme a recapitular en mis labios lo ocurrido; permaneciendo de pie encima de mí, palpitando de malevolencia, mientras yo entregaba a regañadientes el relato en respuesta a sus preguntas. Costó mucho esfuerzo convencer al anciano de que Heathcliff no había sido el agresor; sobre todo con mis respuestas arrancadas a duras penas. Sin embargo, el señor Earnshaw le convenció pronto de que seguía vivo; Joseph se apresuró a administrarle una dosis de aguardiente, y con su socorro su amo recuperó pronto el movimiento y la conciencia. Heathcliff, consciente de que su adversario ignoraba el trato recibido mientras estuvo inconsciente, le llamó delirante de borrachera; y dijo que no iba a notar más su conducta atroz, pero le aconsejó que se fuera a la cama. Para mi alegría se marchó tras dar este juicioso consejo, y Hindley se estiró sobre las losas del hogar. Me retiré a mi cuarto, maravillándome de haberla escapado tan fácilmente.

»Esta mañana, cuando bajé, unas media hora antes de mediodía, el señor Earnshaw estaba sentado junto al fuego, terriblemente enfermo; su mal genio, casi igual de demacrado y lívido, estaba apoyado contra la chimenea. Ninguno de los dos parecía inclinado a comer, y habiendo esperado a que todo se enfriara sobre la mesa, comencé sola. Nada me impidió comer bien, y experimenté cierta satisfacción y superioridad al lanzar de vez en cuando una mirada a mis silenciosos compañeros y sentir el consuelo de una conciencia tranquila dentro de mí. Después de terminar, me tomé la inusual libertad de acercarme al fuego, rodeando el asiento de Earnshaw, y me arrodillé en el rincón junto a él.

»Heathcliff no me dirigió la mirada, y yo levanté los ojos y contemplé sus rasgos casi con tanta confianza como si se hubieran vuelto de piedra. Su frente, que una vez pensé tan varonil y que ahora pienso tan diabólica, estaba ensombrecida por una espesa nube; sus ojos de basilisco casi apagados por el insomnio, y el llanto quizás, pues las pestañas estaban húmedas entonces; sus labios desprovistos de su feroz mueca y sellados en una expresión de una tristeza indecible. De haber sido otro, me habría cubierto la cara ante semejante dolor. En su caso, me complació; y, por innoble que parezca insultar a un enemigo caído, no podía desperdiciar esa oportunidad de clavarle un dardo: su debilidad era el único momento en que podía saborear el deleite de pagar mal con mal.»

—¡Vergüenza, vergüenza, señorita! —la interrumpí—. Cualquiera diría que no ha abierto una Biblia en su vida. Si Dios aflige a sus enemigos, eso debería bastarle. ¡Es a la vez mezquino y presuntuoso añadir usted su tormento al suyo!

—En general se lo concederé, Ellen —continuó—; pero ¿qué miseria infligida a Heathcliff podría contentarme, a menos que yo tenga parte en ella? Preferiría que sufriera menos, si yo pudiera causar su sufrimiento y él supiera que soy yo la causante. ¡Oh, le debo tanto! Con una sola condición puedo esperar perdonarle. Es que pueda tomarme ojo por ojo, diente por diente; devolver cada torcedura de agonía con otra torcedura: reducirle a mi nivel. Ya que él fue el primero en injuriar, que sea el primero en implorar perdón; y entonces... pues bien, entonces, Ellen, podría mostrarle alguna generosidad. Pero es completamente imposible que pueda vengarme alguna vez, y por lo tanto no puedo perdonarle. Hindley quería agua, y le acerqué un vaso y le pregunté cómo estaba.

«No tan mal como quisiera», respondió. «Pero dejando aparte el brazo, me duele cada centímetro como si hubiera peleado con una legión de diablos.»

«Sí, no es de extrañar», fue mi siguiente observación. «Catherine solía jactarse de que se ponía entre tú y el daño corporal: quería decir que ciertas personas no te harían daño por miedo a ofenderla. ¡Menos mal que la gente no resucita de verdad de la tumba, o anoche habría presenciado una escena repugnante! ¿No tienes moratones y cortes en el pecho y los hombros?»

«No podría decirlo», respondió, «pero ¿qué quieres decir? ¿Se atrevió a golpearme cuando estaba en el suelo?»

«Te pisoteó y te pateó, y te golpeó contra el suelo», susurré. «Y le salivaba la boca para desgarrarte con los dientes; porque sólo es medio hombre: no tanto, y el resto demonio.»

»El señor Earnshaw levantó los ojos, como yo, hacia el semblante de nuestro enemigo común; quien, absorto en su agonía, parecía insensible a todo lo que le rodeaba: cuanto más tiempo permanecía de pie, con más claridad revelaban sus rasgos la negrura de sus reflexiones.

«Oh, si Dios me diera fuerzas para estrangularle en mi última agonía, me iría al infierno con alegría», gimió el impaciente, retorciéndose para levantarse y hundiéndose de nuevo en la desesperación, convencido de su impotencia para la lucha.

«No, con que haya asesinado a uno de los vuestros es suficiente», observé en voz alta. «En la Granja, todos saben que su hermana estaría viva ahora de no ser por el señor Heathcliff. Después de todo, es preferible ser odiado por él a ser amado. Cuando recuerdo

lo felices que éramos, lo feliz que era Catherine antes de que él llegara, estoy en disposición de maldecir el día.»

»Lo más probable es que Heathcliff notara más la verdad de lo que se decía que el espíritu de quien lo decía. Vi que su atención se despertó, pues sus ojos derramaban lágrimas entre las cenizas y respiraba en hondos suspiros sofocantes. Le miré fijamente y reí con desprecio. Las nubladas ventanas del infierno se volvieron un instante hacia mí; pero el demonio que habitualmente salía por ellas estaba tan apagado y ahogado que no me dio miedo arriesgar otro gesto de desdén.

«Levántate y vete de mi vista», dijo el doliente.

«Imagino que pronunció al menos esas palabras, aunque su voz era apenas inteligible.»

«Le ruego me disculpe», respondí. «Pero yo también amé a Catherine; y su hermano requiere atención que, por ella, le prestaré. Ahora que ella ha muerto, la veo en Hindley: Hindley tiene exactamente sus mismos ojos, si no hubieras intentado arrancárselos y ponerlos negros y rojos; y su...»

«¡Levántate, miserable idiota, antes de que te pisotee hasta matarte!», gritó, haciendo un movimiento que me indujo a hacer otro también.

«Pero entonces», continué, poniéndome en disposición de huir, «si la pobre Catherine te hubiera creído, y hubiera asumido el ridículo, despreciable y degradante título de señora Heathcliff, pronto habría presentado una imagen similar. ¡Ella no habría aguantado tu comportamiento abominable en silencio: su aborrecimiento y su disgusto habrían encontrado voz!»

»El respaldo del escaño y la persona de Earnshaw se interponían entre él y yo; así que, en lugar de intentar alcanzarme, arrebató un cuchillo de la mesa y me lo arrojó a la cabeza. Me golpeó bajo la oreja y cortó la frase que estaba pronunciando; pero sacándomelo de un tirón, me lancé hacia la puerta y le lancé otra que espero que le penetrara algo más que su misil. El último vislumbre que tuve de él fue una furiosa embestida por su parte, detenida por el abrazo de su anfitrión; y los dos cayeron trabados sobre el hogar. En mi huida a través de la cocina, mandé a Joseph que corriera a ver a su amo; tropecé con Hareton, que estaba colgando una camada de cachorros del respaldo de una silla en el umbral; y, bendita como un alma escapada del purgatorio, salté, brinqué y volé por el empinado camino; luego, abandonando sus rodeos, me lancé directamente a través del páramo, rodando por los taludes y vadeando los pantanos: precipitándome, en fin, hacia la luz de baliza de la Granja. Y antes preferiría ser condenada a morar eternamente en las regiones infernales que pasar siquiera una noche bajo el techo de Cumbres Borrascosas.»

Isabella dejó de hablar y tomó un sorbo de té; luego se levantó, y pidiéndome que le pusiera el sombrero y un chal grande que yo había traído, y desoyndoo mis súplicas para que se quedara otra hora, subió a una silla, besó los retratos de Edgar y de Catherine, me dedicó un saludo similar a mí, y bajó al carruaje, acompañada de Fanny, que aullaba de alegría al reencontrar a su ama. Se la llevaron para no volver nunca a este vecindario: pero se estableció una correspondencia regular entre ella y mi amo cuando las cosas se asentaron algo más. Creo que su nuevo domicilio estaba en el sur, cerca de Londres; allí nació un hijo suyo pocos meses después

de su huida. Le llamaron Linton; y desde el principio ella le describió como una criatura enfermiza y quejumbrosa.

El señor Heathcliff, encontrándome un día en el pueblo, me preguntó dónde vivía ella. Me negué a decírselo. Observó que no importaba nada, sólo que debía guardarse de venir a ver a su hermano: no estaría con él, aunque tuviera que retenerla él mismo. Aunque yo no di ninguna información, descubrió por algunos de los otros criados tanto su lugar de residencia como la existencia del niño. Aun así, no la molestó: por cuya contención podía agradecer su aversión, supongo. Con frecuencia me preguntaba por el niño cuando me veía; y al oír su nombre, sonrió fríamente y observó: «¿Quieren que le aborrezca también a él?»

—No creo que quieran que sepa nada de él —respondí.

—Pero le tendré —dijo—, cuando lo quiera. Pueden contar con eso.

Afortunadamente su madre murió antes de que llegara ese momento; unos trece años después de la muerte de Catherine, cuando Linton tenía doce años, o un poco más.

El día siguiente a la inesperada visita de Isabella no tuve ocasión de hablar con mi amo: rehuía las conversaciones y no estaba en condiciones de tratar ningún asunto. Cuando pude conseguir que me escuchara, vi que le complacía que su hermana hubiera dejado a su marido; al que aborrecia con una intensidad que la blandura de su carácter apenas parecería permitir. Tan profunda y sensible era su aversión que se abstuviera de ir a ningún sitio donde tuviera probabilidades de ver o escuchar hablar de Heathcliff. El dolor, y eso junto, le transformó en un completo ermitaño: renunció a sus funciones de magistrado, dejó incluso de asistir a la iglesia, evitó el

pueblo en toda ocasión, y pasó una vida de completo aislamiento dentro de los límites de su parque y sus tierras; sólo variada por solitarios paseos por el páramo y visitas a la tumba de su esposa, por lo general al atardecer o a primera hora de la mañana, antes de que hubiera otros caminantes. Pero era demasiado bueno para ser profundamente desdichado mucho tiempo. No suplicó que el alma de Catherine le persiguiera. El tiempo trajo resignación, y una melancolía más dulce que la alegría común. Recordaba su memoria con un amor ardiente y tierno, y con esperanzadora aspiración al mundo mejor adonde no dudaba que había ido.

Y también tenía consuelos y afectos terrenales. Durante unos días, he dicho, pareció indiferente a la enclenque sucesora de la difunta: esa frialdad se derritió tan rápido como la nieve de abril, y antes de que la pequeña pudiera balbucear una palabra o dar un traspié, empuñaba el cetro de un déspota en su corazón. Le pusieron el nombre de Catherine; pero él nunca la llamaba por el nombre completo, así como nunca había llamado a la primera Catherine por el diminutivo: probablemente porque Heathcliff tenía el hábito de hacerlo. La pequeña fue siempre Cathy: formaba para él una distinción respecto a la madre, y con todo una conexión con ella; y su apego brotaba de su relación con ella, mucho más que de ser su propia hija.

Solía trazar una comparación entre él y Hindley Earnshaw, y perplejarme para explicarme satisfactoriamente por qué su conducta era tan opuesta en circunstancias similares. Los dos habían sido maridos cariñosos y estaban apegados a sus hijos; y no podía ver por qué no habrían de haber tomado el mismo camino, para bien o para mal. Pero pensaba para mis adentros: Hindley, con una cabeza aparentemente más fuerte, se ha revelado como el

hombre bastante peor y más débil. Cuando su barco encalló, el capitán abandonó su puesto; y la tripulación, en vez de intentar salvarla, se lanzó al desorden y la confusión, sin dejar ninguna esperanza para el barco sin suerte. Linton, al contrario, mostró el verdadero valor de un alma leal y fiel: confió en Dios; y Dios le consoló. Uno esperó, y el otro se desesperó: eligieron su propio destino, y fueron justamente condenados a padecerlo. Pero no querrá usted escuchar mis moralejas, señor Lockwood; juzgará usted tan bien como yo todas estas cosas: al menos, eso creerá, y eso es lo mismo. El fin de Earnshaw fue lo que podía esperarse; siguió pronto al de su hermana: entre los dos apenas mediaron seis meses. Nosotros, en la Granja, nunca obtuvimos un relato muy preciso de su estado antes del desenlace; todo lo que supe fue con ocasión de ir a ayudar en los preparativos del entierro. El señor Kenneth vino a anunciar el acontecimiento a mi amo.

—Bueno, Nelly —dijo, entrando al trote en el patio una mañana, demasiado temprano para no alarmarme con un presentimiento inmediato de malas noticias—, le ha llegado el turno a usted y a mí de ponernos de luto por el momento. ¿Quién cree usted que nos ha dado esquinazo?

—¿Quién? —pregunté, agitada.

—¡Vamos, adivine! —respondió, apeándose y colgando las riendas en un gancho junto a la puerta—. Y apriete la esquina del delantal: estoy seguro de que va a necesitarlo.

—¿No será el señor Heathcliff, espero? —exclamé.

—¿Y lo lloraría usted? —dijo el médico—. No, Heathcliff es un tipo duro: tiene buen aspecto hoy. Acabo de verle. Está recuperando las

carnes rápidamente desde que perdió a su media naranja.

—¿Quién es entonces, señor Kenneth? —repetí, impaciente.

—¡Hindley Earnshaw! Su viejo amigo Hindley —respondió—, y mi malvado compadre: aunque hace tiempo que se me fue de las manos. ¡Ahí tiene! Dije que habría que llorar. ¡Pero ánimo! Murió fiel a su carácter: borracho como una cuba. ¡Pobre chico! También yo lo siento. Uno no puede evitar echar de menos a un viejo conocido: aunque tuviera los peores vicios que jamás imaginó hombre alguno, y me ha jugado muchas malas pasadas. Tiene apenas veintisiete años, al parecer; que es su misma edad de usted: ¿quién habría pensado que nacieron el mismo año?

Confieso que este golpe me afectó más que el shock de la muerte de la señora Linton: las antiguas asociaciones se aferraban a mi corazón; me senté en el porche y lloré como si fuera un pariente de sangre, pidiendo al señor Kenneth que fuera otro criado a presentarle al amo. No podía evitar darle vueltas a la pregunta: «¿Le habían dado trato justo?» Hiciera lo que hiciera, esa idea me atormentaba: era tan fatigosamente persistente que resolví pedir permiso para ir a Cumbres Borrascosas y ayudar en los últimos deberes para con el difunto. El señor Linton se mostró muy reacio a consentir, pero abogué elocuentemente por el estado de abandono en que yacía; y dije que mi viejo amo y hermano de crianza tenía un derecho sobre mis servicios tan fuerte como el suyo. Además, le recordé que el niño Hareton era sobrino de su esposa, y que, a falta de parientes más cercanos, debía actuar como su tutor; y que debía y tenía que informarse de cómo había quedado la propiedad, y revisar los asuntos de su cuñado. No estaba en condiciones de atender a tales asuntos entonces, pero me mandó hablar con su

abogado; y al fin me dio permiso para ir. Su abogado había sido también el de Earnshaw: fui al pueblo y le pedí que me acompañara. Sacudió la cabeza y aconsejó que se dejara a Heathcliff en paz; afirmando que, a decir verdad, Hareton resultaría ser poco más que un mendigo.

—Su padre murió endeudado —dijo—; toda la propiedad está hipotecada, y la única posibilidad para el heredero legítimo es darle la oportunidad de crear algún interés en el corazón del acreedor, para que esté inclinado a tratarle con benevolencia.

Cuando llegué a las Cumbres, expliqué que había venido a ver que todo se hiciera con decencia; y Joseph, que parecía bastante abatido, expresó satisfacción ante mi presencia. El señor Heathcliff dijo que no veía que me necesitaran; pero que podía quedarme y disponer los arreglos para el entierro si lo deseaba.

—Con toda justicia —observó—, el cuerpo de ese necio debería ser enterrado en una encrucijada, sin ningún tipo de ceremonia. Ayer lo dejé diez minutos por la tarde, y en ese intervalo cerró con llave las dos puertas de la casa contra mí, ¡y se ha pasado la noche bebiendo deliberadamente hasta morir! Esta mañana lo forzamos, pues le oíamos roncar como un caballo; y allí estaba, tumbado sobre el escaño: ni desollarle ni escalparle le habría despertado. Mandé buscar al señor Kenneth, y vino; pero no hasta que la bestia se había convertido en carroña: estaba muerto y frío y rígido; ¡y por eso verán que era inútil hacer más aspavientos!

El viejo criado confirmó esta declaración, pero murmuró:

—¡Más hubiera valido que hubiera ido él mismo a buscar al médico! Yo habría cuidado al amo mejor que él, ¡y no estaba muerto cuando

yo me fui, ni mucho menos!

Insistí en que el entierro fuera respetable. El señor Heathcliff dijo que también podía salirme con la mía en eso; sólo que me pedía que recordara que el dinero para todo el asunto salía de su bolsillo. Mantuvo un porte duro e indiferente, que no denotaba ni alegría ni pena: si acaso, expresaba una pérdrea satisfacción por un trabajo difícil llevado a buen término. Observé incluso en un momento algo parecido al regocijo en su aspecto: fue precisamente cuando la gente sacaba el ataúd de la casa. Tuvo la hipocresía de representar a un doliente: y antes de seguir el cortejo con Hareton, levantó al desvalido niño sobre la mesa y murmuró, con peculiar fruición: «Ahora, mi bello muchacho, ¡eres mío! Y ya veremos si un árbol no crece tan torcido como otro con el mismo viento que lo dobla.» El crédulo ser se complació ante estas palabras: jugaba con los bigotes de Heathcliff y le acariciaba la mejilla; pero yo adiviné su significado y observé secamente: «Ese niño debe volver conmigo a la Granja de Thrushcross, señor. No hay nada en el mundo que sea menos suyo que él.»

—¿Lo dice el señor Linton? —preguntó.

—Por supuesto: me ha ordenado que le traiga —respondí.

—Bien —dijo el bribón—, no vamos a discutir el asunto ahora; pero tengo ganas de probar mi mano en la crianza de uno joven; así que hágale saber a su amo que debo suplir el lugar de éste con el mío, si intenta llevárselo. No me comprometo a dejar ir a Hareton sin disputarlo; pero me aseguraré bastante de hacer que el otro venga. Recuerde decírselo.

Esta insinuación fue suficiente para atarnos las manos. Repetí su contenido a mi regreso; y Edgar Linton, que al principio mostraba poco interés, no volvió a hablar de intervenir. No creo que hubiera podido hacerlo con ningún provecho, aunque hubiera estado nunca tan dispuesto a ello.

El huésped era ahora el amo de Cumbres Borrascosas: estaba en firme posesión, y demostró al abogado, quien a su vez lo demostró al señor Linton, que Earnshaw había hipotecado hasta la última vara de terreno que poseía para obtener efectivo con que alimentar su manía por el juego; y que él, Heathcliff, era el acreedor hipotecario. De ese modo Hareton, que debería ser ahora el primer caballero del vecindario, quedaba reducido a un estado de completa dependencia del enemigo encarnizado de su padre; y vivía en su propia casa como un criado, privado de la ventaja de un salario: completamente incapaz de hacerse valer, por carecer de amigos y por ignorar que había sido despojado de sus derechos.

19

Capítulo XVIII

Empieza: «Los doce años que siguieron a aquel lúgubre período —continuó la señora Dean— fueron los más felices de mi vida: mis mayores...»

Los doce años que siguieron a aquel lúgubre período —continuó la señora Dean— fueron los más felices de mi vida: mis mayores preocupaciones durante ese tiempo surgieron de las insignificantes enfermedades de nuestra joven señorita, que tuvo que pasar como todos los niños, ricos y pobres. Por lo demás, pasados los primeros seis meses, creció como un alerce, y ya sabía andar y hablar a su manera antes de que el brezo floreciera por segunda vez sobre la tierra de la señora Linton. Era la criatura más encantadora que jamás hubiera traído sol a una casa desolada: de verdadera belleza en el rostro, con los oscuros y hermosos ojos de los Earnshaw, pero la tez clara y los rasgos delicados de los Linton, y el cabello rubio y rizado. Su espíritu era vivo, aunque no rudo, y estaba templado por un corazón sensible y ardiente en sus afectos hasta el exceso. Esa capacidad de apego intenso me recordaba a su madre; sin embargo no se le parecía: pues podía ser suave y mansa como una paloma, y tenía una voz gentil y una expresión pensativa: su ira nunca era furiosa; su amor nunca era feroz: era profundo y tierno. No obstante, hay que reconocer que tenía defectos que ensombrecían sus dones. Uno era la propensión a la insolencia; y

una voluntad perversa, que los niños mimados invariablemente adquieren, sean de buen carácter o no. Si un criado llegaba a contrariarla, siempre era: «¡Se lo diré a papá!» Y si él la reprendía, aunque sólo fuera con una mirada, cualquiera habría pensado que era una calamidad sin remedio: no creo que le dirigiera nunca una palabra áspera. Se encargó por completo de su educación, y la convirtió en un entretenimiento. Afortunadamente, la curiosidad y un vivo intelecto la hacían una alumna apta: aprendía rápida y ávidamente, y honraba la enseñanza de su padre.

Hasta los trece años no había salido una sola vez fuera de los límites del parque sola. El señor Linton la llevaba consigo una milla o así hacia afuera, en raras ocasiones; pero no la confiaba a nadie más. Gimmerton era un nombre sin sustancia para sus oídos; la capilla, el único edificio al que se había aproximado o en el que había entrado, aparte de su propia casa. Cumbres Borrascosas y el señor Heathcliff no existían para ella: era una reclusa perfecta; y, al parecer, perfectamente contenta. A veces, en verdad, mientras contemplaba el campo desde la ventana de la nursery, observaba:

—Ellen, ¿cuánto faltará para que pueda caminar hasta lo alto de aquellas colinas? Me pregunto qué hay al otro lado: ¿es el mar?

—No, señorita Cathy —respondía yo—; son más colinas, iguales que éstas.

—¿Y cómo son esas rocas doradas cuando te pones debajo? —preguntó una vez.

El abrupto descenso de los Riscos de Penistone llamaba particularmente su atención; sobre todo cuando el sol poniente los iluminaba a ellos y a las cimas más altas, mientras el resto del

paisaje yacía en sombra. Le expliqué que eran masas desnudas de roca, con apenas tierra suficiente en sus grietas para nutrir un árbol raquítico.

—¿Y por qué brillan tanto tiempo después de que aquí haya oscurecido? —insistió.

—Porque están mucho más altos que nosotros —respondí—; no podrías escalarlos, son demasiado altos y escarpados. En invierno la escarcha llega allí antes que aquí; ¡y bien entrado el verano he encontrado nieve bajo aquella hondonada negra del lado noreste!

—¡Oh, has estado en ellos! —exclamó con alegría—. Entonces yo también podré ir cuando sea mayor. ¿Ha estado papá, Ellen?

—Papá te diría, señorita —respondí aprisa—, que no merecen la pena de ir a verlos. El páramo, donde paseas con él, es mucho más agradable; y la Granja de Thrushcross es el lugar más hermoso del mundo.

—Pero el parque lo conozco, y aquéllos no —murmuró para sí—. Y me encantaría mirar a mi alrededor desde la cima de ese punto más alto: mi pequeña yegua Minny me llevará algún día.

Una de las doncellas mencionó la Cueva de las Hadas, lo que le llenó la cabeza por completo con el deseo de llevar a cabo ese proyecto: importunó al señor Linton al respecto; y él le prometió que tendría el paseo cuando fuera mayor. Pero la señorita Catherine medía su edad por meses, y «¿Soy ya bastante mayor para ir a los Riscos de Penistone?» era la pregunta constante en su boca. El camino hacia allá pasaba junto a Cumbres Borrascosas. Edgar no tenía corazón para pasar por allí; así que ella recibía

constantemente la misma respuesta: «Todavía no, amor: todavía no.»

Ya dije que la señora Heathcliff vivió más de doce años después de dejar a su marido. Su familia era de constitución delicada: tanto ella como Edgar carecían de la robustez que se encuentra por lo general en estas tierras. Cuál fue su última enfermedad, no lo sé con certeza: supongo que murieron de lo mismo, una especie de fiebre lenta al principio, pero incurable, y que consumía la vida rápidamente hacia el final. Ella escribió para comunicar a su hermano la probable conclusión de una indisposición de cuatro meses que había padecido, y le rogó que fuera a verla si podía; pues tenía mucho que arreglar, y deseaba despedirse de él y entregarle a Linton sano y salvo en sus manos. Su esperanza era que Linton pudiera quedarse con él, como había estado con ella: su padre, quería convencerse a sí misma, no desearía asumir la carga de su manutención o su educación. Mi amo no vaciló un instante en acceder a su ruego: por renuente que fuera a abandonar su casa en circunstancias ordinarias, voló a contestar a éste; encargándome con reiteradas órdenes la vigilancia especial de Catherine durante su ausencia, con la instrucción de que no se alejara del parque, ni siquiera bajo mi escolta: no contaba con que fuera sin acompañante.

Estuvo fuera tres semanas. El primero o los dos primeros días, mi pupila se sentó en un rincón de la biblioteca, demasiado triste para leer o jugar: en ese estado tranquilo me daba poco trabajo; pero fue seguido de un período de impaciente y desasosegada hastío; y al estar yo demasiado ocupada, y demasiado mayor ya, para correr de un lado a otro entreteniéndola, di con un método por el cual podía entretenerse ella sola. Solía enviarla de excursión por los terrenos:

ya a pie, ya a caballo; concediéndole el favor de escucharla pacientemente cuando regresaba contando todas sus aventuras reales e imaginarias.

El verano brillaba en todo su esplendor; y ella tomó tal afición a esas excursiones solitarias que con frecuencia se las ingeniaba para permanecer fuera desde el desayuno hasta la merienda; y luego las tardes las pasaba narrando sus fantásticas historias. Yo no temía que traspasara los límites; porque las verjas estaban generalmente con llave, y pensaba que apenas se aventuraría a salir sola aunque estuvieran de par en par. Por desgracia, mi confianza resultó mal fundada. Catherine vino a mí una mañana, a las ocho, y dijo que ese día era una mercader árabe que iba a cruzar el desierto con su caravana; y que debía darle abundante provisión para ella y sus bestias: un caballo y tres camellos, representados por un gran sabueso y un par de pointers. Reuní una buena reserva de golosinas y las colgué en una cesta en un lado de la silla; y ella saltó al caballo alegre como una hada, protegida del sol de julio por su sombrero de ala ancha y su velo de gasa, y se alejó al trote con una risita alegre, burlándose de mi cauteloso consejo de que no galopara y volviera pronto. La traviesa no apareció a la hora del té. Uno de los viajeros, el sabueso, siendo perro viejo y amigo del descanso, regresó; pero ni Cathy, ni la yegua, ni los dos pointers eran visibles en ninguna dirección: mandé emisarios por este camino y por aquel, y por fin me fui yo misma a buscarla. Había un peón trabajando en una valla en torno a una plantación, en los lindes de los terrenos. Le pregunté si había visto a nuestra joven señorita.

—La vi por la mañana —respondió—; me pidió que le cortara una vara de avellano, y luego saltó con su Galloway por el seto de allá, donde está más bajo, y salió al galope de mi vista.

Puede imaginarse lo que sentí al oír esto. Se me ocurrió de inmediato que debía haber partido hacia los Riscos de Penistone. «¿Qué será de ella?», exclamé, abriéndome paso por un hueco que el hombre estaba reparando, y tirando derecho hacia el camino real. Caminé como si me jugara algo en ello, milla tras milla, hasta que una curva me puso a la vista de las Cumbres; pero de Catherine no pude ver nada, ni cerca ni lejos. Los Riscos están a unas milla y media más allá de la finca del señor Heathcliff, y ésa está a cuatro de la Granja, de modo que empecé a temer que cayera la noche antes de que pudiera llegar. «¿Y si se hubiera resbalado trepando entre ellos —reflexioné—, y se hubiera matado, o roto algún hueso?» Mi zozobra era verdaderamente penosa; y al principio me alivió deliciosamente ver, al pasar aprisa junto a la granja, a Charlie, el más agresivo de los pointers, tumbado bajo una ventana, con la cabeza hinchada y la oreja ensangrentada. Abrí la portezuela y corrí a la puerta, llamando con fuerza para que me abrieran. Una mujer a quien conocía, que antes había vivido en Gimmerton, respondió: había estado de criada allí desde la muerte del señor Earnshaw.

—Ah —dijo—, ha venido usted a buscar a su joven señorita. No se asuste. Está aquí sana y salva: pero me alegra que no sea el amo.

—Él no está, ¿verdad? —jadié, sin aliento de tanto andar aprisa y de la alarma.

—No, no —respondió—; tanto él como Joseph han salido, y creo que no volverán en una hora o más. Pase y descanse un poco.

Entré, y vi a mi oveja extraviada sentada en el hogar, meciéndose en una sillita que había sido de su madre cuando era niña. Su sombrero estaba colgado en la pared, y ella parecía completamente

en su casa, riendo y charlando, con el mejor humor imaginable, con Hareton, que era ya un mozo grande y fuerte de dieciocho años, y que la miraba con considerable curiosidad y asombro: comprendiendo muy poco de la fluida sucesión de observaciones y preguntas que su lengua no dejaba de derramar.

—¡Muy bien, señorita! —exclamé, disimulando mi alegría bajo un semblante airado—. Éste es su último paseo hasta que vuelva papá. No vuelvo a fiarme de que cruce el umbral, ¡niña mala, mala!

—¡Ah, Ellen! —exclamó alegremente, levantándose de un salto y corriendo a mi lado—. ¡Tengo una historia preciosa que contar esta noche! ¿Así que me has encontrado? ¿Has estado alguna vez aquí en tu vida?

—Ponte el sombrero y a casa ahora mismo —dije—. Estoy terriblemente disgustada contigo, señorita Cathy: lo has hecho muy mal. No sirve de nada hacer pucheros y llorar: eso no me compensa el trabajo que me has dado recorriendo el campo en tu busca. Pensar en lo que el señor Linton me encargó que te tuviera en casa, ¡y tú escapándote así! Eso demuestra que eres una zorrita astuta, y nadie volverá a fiarse de ti.

—¿Qué he hecho? —sollozó ella, cortada al instante—. Papá no me encargó nada: él no me reñirá, Ellen; ¡nunca está malhumorado, como tú!

—¡Vamos, vamos! —repetí—. Te ataré el lazo. Ahora, nada de mal humor. ¡Vaya, qué vergüenza! ¡Con trece años, y tan niña!

Esta exclamación fue causada por empujar ella el sombrero de su cabeza y retirarse a la chimenea fuera de mi alcance.

—Vamos —dijo la criada—, no sea usted tan dura con la guapa chiquilla, señora Dean. Nosotros la hemos retenido: ella quería seguir adelante, asustada de que usted se inquietara. Hareton se ofreció a acompañarla, y pensé que debía: es un camino agreste cruzando las colinas.

Hareton, durante la discusión, estaba de pie con las manos en los bolsillos, demasiado cohibido para hablar; aunque parecía no estar muy satisfecho con mi intrusión.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? —continué, sin hacer caso de la intervención de la mujer—. Oscurecerá en diez minutos. ¿Dónde está la yegua, señorita Cathy? ¿Y dónde está Phoenix? La dejaré aquí si no se da prisa; así que como guste.

—La yegua está en el patio —respondió—, y Phoenix está encerrado ahí. Le han mordido, como a Charlie también. Iba a contártelo todo; pero estás de mal humor, y no mereces oírlo.

Recogí su sombrero y me acerqué para ponérselo; pero al ver que la gente de la casa la apoyaba, empezó a dar cabriolas por la habitación; y al perseguirla yo, corría como un ratón por encima de los muebles, por debajo y detrás de ellos, haciéndolo ridículo para mí intentar alcanzarla. Hareton y la mujer se rieron, y ella se unió a ellos, y se volvió más impertinente aún; hasta que grité, con gran irritación:

—Bien, señorita Cathy, si supiera de quién es esta casa estaría muy contenta de salir de ella.

—Es de tu padre, ¿verdad? —dijo ella, volviéndose hacia Hareton.

—No —respondió él, bajando la vista y ruborizándose tímidamente.

No podía sostener una mirada fija de sus ojos, aunque eran exactamente los suyos.

—¿De quién, pues, de tu amo? —preguntó ella.

Él se puso aún más rojo, con un sentimiento distinto, murmuró un juramento y se volvió.

—¿Quién es su amo? —continuó la impertinente muchacha, apelando a mí—. Habló de «nuestra casa» y «nuestra gente». Creí que era el hijo del dueño. Y nunca me ha llamado señorita: debería haberlo hecho, ¿verdad, si es un criado?

Hareton se puso negro como una nube de tormenta ante estas palabras infantiles. Le di un callado tirón a mi interrogadora, y por fin logré equiparla para la partida.

—Ahora, trae mi caballo —dijo ella, dirigiéndose a su desconocido pariente como habría hablado a uno de los mozos de cuadra de la Granja—. Y puedes venir conmigo. Quiero ver dónde sale el cazador de duendes en el pantano, y escuchar lo de las hadas, como las llamas: ¡pero date prisa! ¿Qué pasa? Trae mi caballo, te digo.

—¡Antes me vería condenado que ser tu criado! —gruñó el mozo.

—¿Me verías qué? —preguntó Catherine sorprendida.

—¡Condenada, brujilla insolente! —respondió él.

—¡Vaya, señorita Cathy! Ya ve que ha encontrado buena compañía —intervine—. ¡Bonitas palabras para dirigirse a una joven señorita! Le ruego que no empiece a discutir con él. Vamos, busquemos a Minny nosotras solas, y marchémonos.

—Pero, Ellen —exclamó ella, mirando fijamente con asombro—, ¿cómo se atreve a hablarme así? ¿No se le puede obligar a hacer lo que le pido? Criatura malvada: se lo diré a papá. ¡Ahora mismo!

Hareton no parecía sentir esta amenaza; así que las lágrimas brotaron de sus ojos de ella con indignación.

—Trae tú la yegua —exclamó, volviéndose hacia la mujer—, ¡y suelta a mi perro ahora mismo!

—Con calma, señorita —respondió la interpelada—; no perderá nada por ser cortés. Aunque el señor Hareton de ahí no sea el hijo del amo, es su primo; y yo nunca fui contratada para servirla a usted.

—¿Él mi primo? —exclamó Cathy con una risa desdeñosa.

—Sí, ciertamente —respondió su reprendedora.

—¡Oh, Ellen, no les dejes decir esas cosas! —prosiguió con gran angustia—. Papá ha ido a buscar a mi primo de Londres: mi primo es hijo de un caballero. Que mi... —se detuvo y se echó a llorar abiertamente; perturbada ante la mera idea de un parentesco con semejante patán.

—¡Calla, calla! —susurré—; la gente puede tener muchos primos y de toda clase, señorita Cathy, sin ser peor por ello; sólo que no tienen por qué tratarlos, si son desagradables y malos.

—¡Él no es mi primo, Ellen, no lo es! —continuó ella, encontrando nueva pena en la reflexión, y arrojándose en mis brazos para refugiarse de la idea.

Estaba muy molesta con ella y con la criada por sus mutuas revelaciones; sin duda alguna de que la inminente llegada de Linton, comunicada por la primera, llegaría a oídos del señor Heathcliff; y teniendo la certeza de que el primer pensamiento de Catherine a la vuelta de su padre sería buscar una explicación a la afirmación de aquélla sobre sus rústicos parientes. Hareton, reponiéndose de su disgusto por haber sido tomado por criado, parecía conmovido por el desconsuelo de ella; y, habiendo traído la yegua a la puerta, tomó, para aplacarla, un terrier de patas torcidas del perrero y, poniéndoselo en la mano, le dijo que se callara, que no había querido decir nada. Interrumpiendo sus lamentos, ella le examinó con una mirada de espanto y horror, y luego volvió a llorar con renovada fuerza.

Apenas pude contener la sonrisa ante esa antipatía hacia el pobre muchacho; que era un joven bien formado y atlético, de rasgos agraciados, robusto y sano, pero vestido con ropas acordes con sus ocupaciones cotidianas de trabajar en la granja y vagar por el páramo tras conejos y piezas de caza. Aun así, creí poder detectar en su fisonomía una mente con mejores cualidades que las que su padre poseyó jamás. Cosas buenas perdidas en medio de un desierto de malas hierbas, cuya frondosidad superaba con mucho su crecimiento desatendido; y sin embargo, prueba de un suelo fértil, que podría dar cosechas abundantes en otras circunstancias más favorables. El señor Heathcliff, creo, no le había maltratado físicamente; gracias a su naturaleza intrépida, que no ofrecía ninguna tentación para ese método de opresión: no tenía nada de la susceptibilidad tímida que habría dado sabor al maltrato, según el criterio de Heathcliff. Parecía haber enfocado su malevolencia en hacer de él una bestia: nunca se le enseñó a leer ni a escribir; nunca

se le reprendió por ningún mal hábito que no molestara a su guardián; nunca se le condujo un solo paso hacia la virtud ni se le preservó mediante un solo precepto del vicio. Y por lo que oí, Joseph contribuyó mucho a su deterioro, con una parcialidad mezquina que le llevaba a halagarle y mimarle de niño, por ser el cabeza de la antigua familia. Y así como tenía por costumbre acusar a Catherine Earnshaw y a Heathcliff, cuando eran niños, de llevar al amo hasta perder la paciencia y obligarle a buscar consuelo en la bebida con lo que él llamaba sus «conductas vergonzosas», en los tiempos presentes echaba toda la carga de los defectos de Hareton sobre los hombros del usurpador de sus propiedades. Si el mozo juraba, no le corregía: ni por muy reprensible que fuera su comportamiento. Joseph encontraba al parecer satisfacción en verle ir a los peores extremos: admitía que el muchacho estaba perdido; que su alma estaba abandonada a la perdición; pero luego reflexionaba en que Heathcliff tendría que responder de ello. Se le pediría cuenta de la sangre de Hareton; y en esa idea había un inmenso consuelo. Joseph le había inculcado un orgullo de nombre y de linaje; de haberlo osado, habría fomentado el odio entre él y el actual dueño de las Cumbres; pero su temor a ese dueño rayaba en la superstición, y confinaba sus sentimientos hacia él en murmullos sobreentendidos y execraciones privadas. No pretendo conocer íntimamente el modo de vida habitual en esos tiempos en Cumbres Borrascosas: sólo hablo de oídas, pues yo veía poco. Los aldeanos afirmaban que el señor Heathcliff era un amo cercano y duro con sus arrendatarios; pero la casa, por dentro, había recuperado su antiguo aspecto de comodidad bajo la gestión femenina, y las escenas de desorden habituales en los tiempos de Hindley no se representaban ya entre

sus paredes. El amo era demasiado sombrío para buscar la compañía de nadie, bueno o malo; y lo sigue siendo.

Esto, sin embargo, no adelanta mi historia. La señorita Cathy rechazó la ofrenda de paz del terrier y reclamó sus propios perros, Charlie y Phoenix. Vinieron cojeando y con la cabeza gacha; y emprendimos el regreso a casa, todos de malísimo humor. No pude arrancarle a mi joven señorita cómo había pasado el día; excepto que, como suponía, el objetivo de su peregrinación eran los Riscos de Penistone; y llegó sin aventura a la verja de la granja, cuando Hareton acertó a salir, acompañado de algunos seguidores caninos que atacaron su comitiva. Tuvieron una buena pelea antes de que sus dueños pudieran separarlos: eso sirvió de presentación. Catherine le dijo a Hareton quién era y adónde iba; y le pidió que le mostrara el camino: finalmente, logrando persuadirle para que la acompañara. Él le abrió los misterios de la Cueva de las Hadas y de otros veinte lugares curiosos. Pero, estando yo en desgracia, no se me favoreció con una descripción de los interesantes objetos que vio. Pude deducir, sin embargo, que su guía había sido un favorito hasta que ella hirió sus sentimientos llamándole criado; y el ama de llaves de Heathcliff hirió los de ella llamándole primo suyo. Luego le escuecía en el corazón el lenguaje que él le había dirigido; ella, que siempre era «amor», «cielo», «reina» y «ángel» para todos en la Granja, ¡insultada tan escandalosamente por un extraño! No lo comprendía; y harto me costó obtener su promesa de que no llevaría el agravio ante su padre. Le expliqué hasta qué punto se oponía él a toda la gente de las Cumbres, y cuánto se apenaría si se enteraba de que había ido allí; pero insistí sobre todo en el hecho de que si revelaba mi descuido de sus órdenes, quizás se enojara tanto que yo tendría que marcharme; y Cathy no podía soportar

esa perspectiva: dio su palabra, y la cumplió por mi bien. Después de todo, era una dulce niña.

* * * * * *

20

Capítulo XIX

Empieza: «Una carta con cenefa negra anunció el día del regreso de mi amo. Isabella había muerto; y él escribía para encargarme luto...»

Una carta con cenefa negra anunció el día del regreso de mi amo. Isabella había muerto; y él escribía para encargarme luto para su hija, y disponer una habitación y otras comodidades para su joven sobrino. Catherine se desbordó de alegría ante la idea de dar la bienvenida a su padre; y se entregó a las más optimistas anticipaciones de las innumerables excelencias de su «verdadero» primo. Llegó la tarde del esperado regreso. Desde primera hora de la mañana había estado ocupada en ordenar sus propios pequeños asuntos; y ahora ataviada con su nuevo vestido negro, ¡pobrecita! la muerte de su tía no le causó ningún dolor preciso, me obligó, con sus constantes ruegos, a caminar con ella por los terrenos a su encuentro.

—Linton es sólo seis meses menor que yo —charlaba ella mientras paseábamos sin prisas por las ondulaciones de césped musgoso, a la sombra de los árboles—. ¡Qué delicioso será tenerle de compañero de juegos! La tía Isabella le mandó a papá un hermoso mechón de su cabello; era más claro que el mío, más rubio, y igual de fino. Lo guardo cuidadosamente en una cajita de cristal; y a

menudo he pensado qué placer sería ver a su dueño. ¡Oh, soy feliz! ¡Y papá, querido papá! Vamos, Ellen, ¡corramos! Ven, corre.

Corrió, y volvió, y corrió de nuevo, muchas veces antes de que mis sosegados pasos llegaran a la verja, y entonces se sentó en el ribazo herboso junto al camino e intentó esperar con paciencia; pero eso era imposible: no podía estarse quieta ni un minuto.

—¡Cuánto tardan! —exclamó—. ¡Ah, veo polvo en el camino! ¡Vienen! No... ¿Cuándo llegarán? ¿No podemos ir un poco más: media milla, Ellen, sólo media milla? Di que sí: hasta aquel grupo de abedules en la curva.

Me negué firmemente. Al cabo se acabó su expectación: el carruaje de viaje apareció a la vista. La señorita Cathy dio un grito y extendió los brazos en cuanto vio el rostro de su padre asomado a la ventanilla. Él bajó, casi tan ansioso como ella; y transcurrió un buen rato antes de que tuvieran un pensamiento que dedicar a alguien más que a ellos mismos. Mientras intercambiaban caricias, yo me asomé al interior para ver a Linton. Estaba dormido en un rincón, envuelto en un cálido abrigo forrado de piel, como si hubiera sido invierno. Un niño pálido, delicado y afeminado, que podría haber pasado por el hermano menor de mi amo, tan fuerte era el parecido; pero había en su aspecto una peevishness enfermiza que Edgar Linton nunca tuvo. Éste me vio mirar; y después de estrecharme la mano, me aconsejó que cerrara la portezuela y le dejara sin molestar; pues el viaje le había fatigado. Cathy habría dado con gusto una ojeada, pero su padre le dijo que viniera, y los dos subieron juntos por el parque, mientras yo me adelantaba a avisar a los criados.

—Ahora, querida —dijo el señor Linton, dirigiéndose a su hija cuando se detuvieron al pie de los escalones de la entrada—, tu primo no es tan fuerte ni tan alegre como tú, y ha perdido a su madre, recuérdalo, hace muy poco tiempo; así que no esperes que juegue y corra contigo enseguida. Y no le agobies mucho hablando: deja que esté tranquilo esta noche, al menos, ¿lo harás?

—Sí, sí, papá —respondió Catherine—; pero quiero verle; y no ha asomado ni una vez.

El carruaje se detuvo; y el durmiente, despertado, fue bajado al suelo por su tío.

—Ésta es tu prima Cathy, Linton —dijo, poniendo sus manos juntas —. Ya te quiere; y mira de no afligirla llorando esta noche. Intenta estar animado ahora: el viaje ha terminado, y no tienes que hacer más que descansar y divertirte como más te guste.

—Déjame irme a la cama —respondió el niño, reculando ante el saludo de Catherine; y llevó los dedos a las lágrimas incipientes.

—Vamos, vamos, hay que portarse bien —susurré, llevándole adentro—. La harás llorar también a ella: ¡mira qué pena le da!

No sé si era pena por él, pero su prima puso un semblante tan triste como el suyo propio y volvió junto a su padre. Los tres entraron y subieron a la biblioteca, donde estaba preparado el té. Procedí a quitarle el gorro y el manto a Linton y a sentarle en una silla junto a la mesa; pero no bien se hubo sentado, volvió a llorar. Mi amo le preguntó qué pasaba.

—No puedo sentarme en una silla —sollozó el niño.

—Pues ve al sofá, y Ellen te traerá el té —respondió su tío pacientemente.

Se había visto muy probado durante el viaje, estaba convencida yo, por su enfermizo y caprichoso pupilo. Linton se arrastró lentamente hasta allá y se tendió. Cathy arrimó un escabel y su taza a su lado. Al principio estuvo en silencio; pero eso no podía durar: había resuelto hacer de su primito un favorito, como quería que fuera; y empezó a acariciarle los rizos y a besarle la mejilla y a ofrecerle té en el plato, como a un bebé. Esto le agradó, pues él no estaba mucho mejor: se secó los ojos y se iluminó en una sonrisa débil.

—Oh, se pondrá bien —me dijo el amo, después de observarles un minuto—. Muy bien, si podemos quedárnosle, Ellen. La compañía de un niño de su edad le infundirá pronto nuevo espíritu; y deseando tener fuerzas, las irá ganando.

«¡Sí, si podemos quedárnosle!» —cavilé para mí—; y me asaltaron grandes dudas de que hubiera pocas esperanzas de eso. Y entonces pensé: ¿cómo va a vivir ese enclenque en Cumbres Borrascosas? Entre su padre y Hareton, ¡vaya compañeros de juego y maestros que tendrá! Nuestras dudas se resolvieron pronto, incluso antes de lo que esperaba. Acababa de llevar a los niños arriba, una vez terminado el té, y de ver a Linton dormido —no consintió que me marchara hasta que así fue—, había bajado y estaba de pie junto a la mesa del vestíbulo encendiendo una vela de dormitorio para el señor Edgar, cuando una doncella salió de la cocina y me comunicó que el criado del señor Heathcliff, Joseph, estaba en la puerta y deseaba hablar con el amo.

—Le preguntaré primero qué quiere —dije, con considerable inquietud—. Es una hora de lo más inapropiada para molestar a la gente, y precisamente cuando acaban de volver de un largo viaje. No creo que el amo pueda recibirle.

Joseph había avanzado por la cocina mientras yo pronunciaba estas palabras, y ahora se presentó en el vestíbulo. Vestía sus ropas domingueras, con su semblante más santurrón y agrio, y, sosteniendo el sombrero en una mano y el bastón en la otra, se puso a limpiar los zapatos en el felpudo.

—Buenas noches, Joseph —dije fríamente—. ¿Qué asunto le trae aquí esta noche?

—Es al señorito Linton a quien tengo que hablar —respondió, apartándome con desdén.

—El señor Linton va a acostarse; a menos que tenga usted algo particular que decir, estoy segura de que no querrá escucharle ahora —continué—. Será mejor que se siente ahí y me confíe su recado.

—¿Cuál es su cuarto? —prosiguió el sujeto, recorriendo con la vista la hilera de puertas cerradas.

Comprendí que estaba decidido a rechazar mi mediación, así que muy a regañadientes subí a la biblioteca y anuncié al inoportuno visitante, aconsejando que se le despachara hasta el día siguiente. El señor Linton no tuvo tiempo de autorizarme a hacerlo, pues Joseph se había encaramado justo detrás de mí y, abriéndose paso en la estancia, se plantó al otro extremo de la mesa, con los dos puños apoyados en la cabeza del bastón, y comenzó en tono elevado, como anticipando oposición:

—Heathcliff me ha mandado a buscar al muchacho, y no debo volver sin él.

Edgar Linton guardó silencio un momento; una expresión de profundo pesar ensombreció sus rasgos: le habría compadecido al niño por su propio bien; pero, recordando las esperanzas y temores de Isabella, y sus ansiosos deseos para su hijo, y las recomendaciones que de él le había hecho, sintió una amarga pena ante la perspectiva de rendirle, y buscó en su corazón cómo podría evitarse. No se le ofreció ningún plan: incluso manifestar el más leve deseo de conservarle habría vuelto al reclamante más imperioso: no quedaba más recurso que resignarse a entregarlo. Sin embargo, no iba a despertarle del sueño.

—Dígale al señor Heathcliff —respondió con calma— que su hijo vendrá a Cumbres Borrascosas mañana. Está en la cama y demasiado cansado para hacer ese camino ahora. Puede decirle también que la madre de Linton deseaba que quedara bajo mi tutela; y que por el momento su salud es muy precaria.

—¡Noa! —dijo Joseph, golpeando el suelo con el bastón y adoptando un aire autoritario—. ¡Noa! Eso no sirve de na. Heathcliff no hace caso ni de la madre ni de usté tampoco; pero quiere al muchacho; ¡y yo tengo que llevármelo, así que ya lo saben!

—¡Esta noche no! —respondió Linton con decisión—. Baje ahora mismo, y repita a su amo lo que he dicho. Ellen, muéstrele la salida. Vaya.

Y, ayudando al indignado anciano con un empujón por el brazo, le libró de la habitación y cerró la puerta.

—¡Muy bien! —vociferó Joseph mientras se alejaba lentamente—. ¡Mañana vendrá él mismo y le echará, si se atreve!

* * * * * *

21

Capítulo XX

Empieza: «Para conjurar el peligro de que esa amenaza se cumpliera, el señor Linton me encargó que llevara al niño a casa temprano...»

Para conjurar el peligro de que esa amenaza se cumpliera, el señor Linton me encargó que llevara al niño a casa temprano en la yegua de Catherine; y me dijo: «Como ya no tendremos ninguna influencia sobre su destino, bueno o malo, no diga usted nada a mi hija de adónde ha ido: de ahora en adelante no podrá tratarle, y es mejor que permanezca en la ignorancia de su proximidad, no sea que se inquiete y desee visitar las Cumbres. Dígale simplemente que su padre le mandó llamar de repente, y que se ha visto obligado a marcharse.»

Linton se mostró muy reacio a que le despertaran a las cinco de la mañana, y se quedó asombrado al enterarse de que debía prepararse para seguir viajando; pero suavicé el asunto indicando que iba a pasar un tiempo con su padre, el señor Heathcliff, que deseaba verle tanto que no le había gustado aplazar el placer hasta que se repusiera del reciente viaje.

—¿Mi padre? —exclamó con extraña perplejidad—. Mamá nunca me dijo que tenía padre. ¿Dónde vive? Prefiero quedarme con el tío.

—Vive a poca distancia de la Granja —respondí—; justo más allá de esas colinas: no tan lejos que no puedas venir a pie aquí cuando estés bien. Y deberías alegrarte de ir a casa y verle. Tienes que intentar quererle, como querías a tu madre, y entonces él te querrá a ti.

—Pero ¿por qué no había oído hablar de él antes? —preguntó Linton—. ¿Por qué mamá y él no vivían juntos, como la demás gente?

—Los negocios le tenían en el norte —respondí—, y la salud de tu madre requería que residiera en el sur.

—¿Y por qué mamá no me habló de él? —insistió el niño—. Ella hablaba a menudo del tío, y aprendí a quererle hace mucho tiempo. ¿Cómo voy a querer a papá? No le conozco.

—Oh, todos los niños quieren a sus padres —dije—. Tu madre quizás pensó que querrías estar con él si le mencionaba a menudo. Vamos, démonos prisa. Un paseo a caballo temprano en una mañana tan hermosa es mucho mejor que una hora más de sueño.

—¿Va a venir con nosotros —preguntó—, la niña que vi ayer?

—Ahora no —respondí.

—¿Y el tío? —continuó.

—No, yo seré tu compañía —dije.

Linton se hundió de nuevo en la almohada y se quedó absorto en sus pensamientos.

—No iré sin el tío —exclamó al cabo—: no sé adónde me lleva.

Intenté persuadirle de lo incorrecto que era mostrarse reacio a ver a su padre; pero él se resistía obstinadamente a cualquier progreso hacia el vestido, y tuve que llamar al amo para que me ayudara a sacarle de la cama. Por fin se le hizo partir, con varias promesas engañosas de que su ausencia sería breve: que el señor Edgar y Cathy le visitarían, y otros compromisos igualmente infundados que yo inventé y repetí a intervalos durante todo el camino. El aire puro con olor a brezo, el brillante sol y el suave trote de Minny aliviaron su abatimiento al cabo de un rato. Empezó a hacer preguntas sobre su nueva casa y sus habitantes, con mayor interés y vivacidad.

—¿Es Cumbres Borrascosas un lugar tan agradable como la Granja de Thrushcross? —preguntó, volviendo la cabeza para echar una última mirada al valle, desde el que una ligera niebla ascendía y formaba una nube vellosa en los bordes del azul.

—No está tan enterrada en árboles —respondí—, y no es del todo tan grande, pero se puede ver el campo maravillosamente en derredor; y el aire es más sano para ti: más fresco y más seco. Quizás al principio te parezca el edificio viejo y oscuro; aunque es una casa respetable: la segunda mejor del vecindario. Y tendrás unos paseos tan agradables por el páramo. Hareton Earnshaw, es decir, el otro primo de la señorita Cathy, y por eso también el tuyo de algún modo, te mostrará los parajes más bonitos; y cuando haga buen tiempo puedes llevar un libro y hacer de una hondonada verde tu estudio; y de vez en cuando tu tío puede acompañarte en un paseo: con frecuencia sale a caminar por las colinas.

—¿Y cómo es mi padre? —preguntó—. ¿Es tan joven y apuesto como el tío?

—Es tan joven —dije—; pero tiene el cabello y los ojos negros, y tiene el semblante más severo; y es más alto y más corpulento en general. Quizás no te parezca tan suave y bondadoso al principio, porque no es su manera de ser: pero, recuérda, sé franco y afectuoso con él; y naturalmente te querrá más que cualquier tío, porque eres suyo.

—¿Cabello y ojos negros! —reflexionó Linton—. No puedo imaginármelo. Entonces no me parezco a él, ¿verdad?

—No mucho —respondí: en absoluto, pensé, contemplando con pesar la tez blanca y el cuerpo delgado de mi compañero, y sus grandes ojos lánguidos, los ojos de su madre, salvo que, a menos que una morbosa irritabilidad los encendiera un momento, no tenían un vestigio de su chispeante espíritu.

—¡Qué raro que nunca viniera a ver a mamá y a mí! —murmuró—. ¿Me ha visto alguna vez? Si es así, debí de ser un bebé. ¡No recuerdo nada de nada de él!

—Pues, señorito Linton —dije—, trescientas millas es una gran distancia; y diez años parecen muy distintos en longitud a una persona mayor respecto a lo que le parecen a usted. Lo más probable es que el señor Heathcliff se propusiera ir cada verano, y que nunca encontrara una oportunidad conveniente; y ahora es demasiado tarde. No le agobia con preguntas sobre el asunto: le perturbará, sin ningún bien.

El niño estuvo completamente absorto en sus propias cavilaciones durante el resto del paseo, hasta que nos detuvimos ante la verja del jardín de la granja. Observé para captar sus impresiones en su semblante. Examinó la fachada tallada y los postigos de dintel bajo,

los torcidos groselleros y los abetos tuertos, con solemne atención, y luego sacudió la cabeza: sus sentimientos íntimos desaprobaban por completo el exterior de su nueva morada. Pero tuvo cordura para aplazar sus quejas: podría haber compensación en el interior. Antes de que desmontara, fui a abrir la puerta. Eran las seis y media; la familia acababa de terminar el desayuno: la criada estaba recogiendo y limpiando la mesa. Joseph estaba de pie junto a la silla de su amo contándole algo de un caballo cojo; y Hareton se estaba preparando para ir al heno.

—¡Hola, Nelly! —dijo el señor Heathcliff cuando me vio—. Temía tener que bajar yo mismo a buscar mi propiedad. ¿Lo has traído? Vamos a ver qué podemos hacer con él.

Se levantó y se dirigió a la puerta a grandes zancadas: Hareton y Joseph le siguieron con curiosidad boquiabierta. El pobre Linton recorrió con ojos asustados los semblantes de los tres.

—Ciertamente —dijo Joseph, después de una grave inspección—, lo han trocado con usté, señorito, ¡y ésa es su hija!

Heathcliff, habiendo mirado a su hijo hasta ponerle en un temblor de confusión, soltó una risa despectiva.

—¡Dios! ¡Qué hermosura! ¡Qué criatura encantadora, deliciosa! —exclamó—. ¿Le han criado con caracoles y leche agria, Nelly? ¡Oh, maldita sea mi alma!, eso es peor de lo que esperaba; ¡y el diablo sabe que no era optimista!

Le dije al tembloroso y desconcertado niño que bajara y entrara. No comprendió del todo el significado de las palabras de su padre, ni si iban dirigidas a él: es más, todavía no estaba seguro de que el hosco y despreciativo desconocido fuera su padre. Pero se aferró a

mí con creciente aprensión; y cuando el señor Heathcliff tomó asiento y le ordenó «que se acercara», escondió la cara en mi hombro y lloró.

—¡Vamos, vamos! —dijo Heathcliff, tendiendo una mano y arrastrándole bruscamente entre sus rodillas, y luego alzándole la cabeza por la barbilla—. ¡Nada de eso! No vamos a hacerte daño, Linton: ¿ése es tu nombre? Eres enteramente hijo de tu madre. ¿Dónde está mi parte en ti, polluelo quejumbroso?

Le quitó el gorro al niño y le echó hacia atrás los espesos rizos rubios, le palpó los brazos delgados y los dedos pequeños; durante cuyo examen Linton dejó de llorar y levantó sus grandes ojos azules para inspeccionar al inspector.

—¿Me conoces? —preguntó Heathcliff, habiéndose satisfecho de que los miembros eran todos igualmente frágiles y débiles.

—No —dijo Linton, con una mirada de vago temor.

—¿Has oído hablar de mí, supongo?

—No —respondió de nuevo.

—¡No! ¡Qué vergüenza de tu madre, que nunca despertara en ti el afecto filial hacia mí! Eres mi hijo, te lo digo; y tu madre fue una miserable al dejarte en ignorancia de la clase de padre que tenías. Ahora, no te encojas ni te ruborices: aunque algo es ver que no tienes sangre blanca. Sé bueno; y yo me ocuparé de ti. Nelly, si estás cansada puedes sentarte; si no, vuelve a casa. Supongo que reportarás lo que oigas y veas al cero de la Granja; y este asunto no se arreglará mientras tú estés merodeando por aquí.

—Bien —respondí—, espero que sea usted bondadoso con el niño, señor Heathcliff, o no le tendrá mucho tiempo; y es todo el pariente que tiene en el mundo ancho, que llegue a conocer: recuérdelo.

—Seré muy bondadoso con él, no tema —dijo, riendo—. Sólo que nadie más debe ser bondadoso con él: soy celoso de monopolizar su afecto. Y para empezar mi bondad, Joseph, trae al muchacho el desayuno. Hareton, becerro infernal, a trabajar. Sí, Nell —añadió cuando se hubieron marchado—, mi hijo es el futuro dueño de tu finca, y no desearía que muriera antes de tener la certeza de ser yo su sucesor. Además, es mío, y quiero el triunfo de ver a mi descendiente señor legítimo de sus propiedades; mi hijo contratando a sus hijos para labrar las tierras de sus padres a cambio de un jornal. Esa es la única consideración que puede hacerme soportar al mozo: le desprecio por sí mismo, y le aborrezco por los recuerdos que despierta. ¡Pero esa consideración es suficiente: está tan seguro conmigo, y será atendido tan cuidadosamente como su amo atiende al suyo propio. Tengo arriba una habitación amueblada para él con lujo; he contratado también a un tutor que vendrá tres veces por semana, desde veinte millas de distancia, a enseñarle lo que le plazca aprender. Le he ordenado a Hareton que le obedezca; y en fin he dispuesto todo con miras a preservar en él al superior y al caballero por encima de sus compañeros. Lamento, sin embargo, que merezca tan poco el esfuerzo: si deseara alguna bendición en el mundo, era encontrar en él un objeto digno de orgullo; y estoy amargamente decepcionado con la llorona de cara de suero!

Mientras hablaba, Joseph regresó trayendo una escudilla de gachas de leche y la colocó ante Linton; quien revolvió la sencilla mezcla con un gesto de aversión, y afirmó que no podía comérsela. Vi que

el viejo criado compartía en gran medida el desdén de su amo hacia el niño; aunque se veía obligado a reprimir el sentimiento en su interior, porque Heathcliff tenía claro que sus subalternos debían tratarle con respeto.

—¿Que no puede comelo? —repitió, asomándose a la cara de Linton y bajando la voz a un susurro por miedo a que le oyeran—. ¡Pero el señorito Hareton nunca comió otra cosa cuando era pequeño; y lo que era bueno para él es bueno para ti, creo yo!

—¡No voy a comerlo! —respondió Linton con brusquedad—. Lléveselo.

Joseph retiró la comida con indignación y se la llevó a Heathcliff.

—¿Qué le pasa a la comida? —dijo, empujando la bandeja bajo la nariz de Heathcliff.

—¿Qué le va a pasar? —dijo él.

—¡Bah! —respondió Joseph—; ese señorito tan delicado dice que no puede comélas. ¡Pero yo diría que es normal! Su madre era igual: casi nos parecía demasiado sucios para sembrar el trigo con que se hacía su pan.

—No me hable de su madre —dijo el amo, con enojo—. Tráele algo que pueda comer, eso es todo. ¿Cuál es su alimentación habitual, Nelly?

Sugerí leche hervida o té; y el ama de llaves recibió instrucciones de prepararlo. Reflexioné: el egoísmo de su padre puede contribuir a su comodidad. Se da cuenta de su delicada constitución y de la necesidad de tratarle tolerablemente. Consolaré al señor Edgar comunicándole el giro que ha tomado el humor de Heathcliff. Al no

tener ya excusa para demorarme, me escurrí hacia afuera mientras Linton estaba ocupado rechazando tímidamente los avances de un amigable perro pastor. Pero él estaba demasiado alerta para que le engañaran: al cerrar yo la puerta, oí un grito, y una frenética repetición de las palabras:

—¡No me dejes! ¡No me quedo aquí! ¡No me quedo aquí!

Luego el picaporte se levantó y cayó: no le dejaron salir. Monté en Minny y la puse al trote; y así concluyó mi breve tutela.

22

Capítulo XXI

Empieza: «Tuvimos un día penoso con la pequeña Cathy aquel día: se levantó de muy buen humor, ansiosa por reunirse con su primo,...»

Tuvimos un día penoso con la pequeña Cathy aquel día: se levantó de muy buen humor, ansiosa por reunirse con su primo, y tales lágrimas apasionadas y lamentos siguieron a la noticia de su marcha que el propio Edgar se vio obligado a consolarla, afirmando que volvería pronto: añadió, sin embargo, «si puedo conseguirlo»; y no había esperanzas de ello. Esta promesa la pacificó apenas; pero el tiempo fue más poderoso; y aunque de vez en cuando le preguntaba a su padre cuándo volvería Linton, cuando volvió a verle sus rasgos se habían borrado tanto en su memoria que no le reconoció.

Cuando por casualidad me encontraba con el ama de llaves de Cumbres Borrascosas en mis visitas de encargos a Gimmerton, solía preguntarle cómo le iba al joven amo; pues él vivía casi tan recluido como la propia Catherine, y nunca se le veía. De ella podía deducir que seguía con poca salud, y que era un huésped molesto. Decía que el señor Heathcliff parecía quererle cada vez menos, aunque se tomaba algunas molestias en disimularlo: le tenía aversión al sonido de su voz, y no podía en absoluto soportar que estuviera sentado en la misma habitación que él muchos minutos

seguidos. Raramente pasaba mucha conversación entre ellos: Linton estudiaba sus lecciones y pasaba las tardes en una pequeña estancia a la que llamaban el saloncito; o bien se quedaba en cama todo el día: pues estaba constantemente con toses, resfriados, y algún tipo de dolores y achaques.

—Y nunca he conocido a una criatura más apocada —añadió la mujer—, ni más cuidadosa de sí misma. Se queja si dejo la ventana abierta un poco tarde por la tarde. ¡Oh, que el aire de la noche es mortífero! Y tiene que tener fuego en pleno verano; y la pipa de tabaco de Joseph es veneno; y siempre tiene que tener dulces y golosinas, y siempre leche, leche sin cesar, sin importarle nada cómo andamos el resto apretados en invierno; y allí se sienta, envuelto en su abrigo de pieles en su silla junto al fuego, con alguna tostada con agua u otra papilla en el rescoldo para sorber; y si Hareton, por compasión, viene a entretenerle, que Hareton no es de mal carácter aunque es tosco, seguro que se separan, uno maldiciendo y el otro llorando. Creo que el amo disfrutaría si Earnshaw le moliera a palos, si no fuera su hijo; y estoy segura de que sería capaz de echarle a la calle si supiera la mitad de los mimos que se da a sí mismo. Pero él no va a ponerse en peligro de tentación: nunca entra en el saloncito, y si Linton muestra esas costumbres en la parte de la casa donde él está, le manda arriba enseguida.

Deduje de este relato que la absoluta falta de simpatía había vuelto al joven Heathcliff egoísta y desagradable, si es que no lo era de por sí; y mi interés por él decayó en consecuencia: aunque seguía sintiéndome afectada por su suerte, y deseando que se le hubiera dejado con nosotros. El señor Edgar me animaba a obtener información: pensaba mucho en él, a mi parecer, y habría corrido

algún riesgo por verle; y me dijo una vez que preguntara al ama de llaves si alguna vez bajaba al pueblo. Ella dijo que sólo había venido dos veces, a caballo, acompañando a su padre; y las dos veces pretendió estar del todo agotado durante tres o cuatro días después. Aquella ama de llaves se fue, si no recuerdo mal, dos años después de que él llegara; y otra, a quien yo no conocía, fue su sucesora; ésa vive allí todavía.

El tiempo pasó en la Granja a su acostumbrado ritmo agradable hasta que la señorita Cathy cumplió dieciséis años. En el aniversario de su nacimiento nunca manifestábamos ninguna muestra de alegría, porque era también el aniversario de la muerte de mi difunta señora. Su padre invariablemente pasaba ese día solo en la biblioteca; y caminaba al atardecer hasta el cementerio de Gimmerton, donde con frecuencia prolongaba su estancia más allá de la medianoche. Por lo tanto, Catherine quedaba abandonada a sus propios recursos para entretenerse. Aquel veinte de marzo era un hermoso día de primavera, y cuando su padre se había retirado, mi joven señora bajó vestida para salir, y dijo que pedía dar un paseo por el borde del páramo conmigo: el señor Linton le había dado permiso, si íbamos sólo un trecho corto y volvíamos en una hora.

—¡Date prisa, Ellen! —exclamó—. Sé adónde quiero ir: donde hay una colonia de urogallos del páramo; quiero ver si ya han hecho sus nidos.

—Eso debe de estar bastante arriba —respondí—; no anidan en el borde del páramo.

—Sí que está —dijo—. He ido muy cerca con papá.

Me puse el sombrero y salí, sin darle más vueltas al asunto. Ella se adelantaba corriendo y volvía a mi lado, y salía disparada de nuevo como un galgo joven; y al principio encontré entretenimiento de sobra escuchando a las alondras cantar cerca y lejos, y disfrutando del dulce y cálido sol; y mirándola a ella, mi tesoro y mi deleite, con sus rizos dorados flotando sueltos a su espalda, y su mejilla brillante, tan suave y pura en su frescor como una rosa silvestre, y sus ojos radiantes de un placer sin nubes. Era una criatura feliz, y un ángel, en aquellos días. Es una lástima que no pudiera contentarse.

—Bien —dije—, ¿dónde están sus urogallos del páramo, señorita Cathy? Ya deberíamos haberlos alcanzado: la valla del parque de la Granja queda muy lejos ya.

—Oh, un poco más allá, sólo un poco más allá, Ellen —era su respuesta constante—. Sube a esa loma, pasa ese talud, y cuando llegues al otro lado yo habré levantado las aves.

Pero había tantas lomas y taludes que subir y cruzar, que al fin empecé a cansarme, y le dije que debíamos parar y deshacer el camino. La llamé a voces, pues me había adelantado mucho; o no me oía o no me hacía caso, porque seguía saltando adelante, y me vi obligada a seguirla. Por fin se metió en una hondonada; y antes de que volviera a verla, estaba dos millas más cerca de Cumbres Borrascosas que de su propia casa; y vi que dos personas la detenían, una de las cuales, estaba convencida, era el propio señor Heathcliff.

Cathy había sido sorprendida en el hecho de saquear, o al menos de explorar, los nidos de los urogallos. Las Cumbres eran tierra de Heathcliff, y él estaba reprendiendo a la furtiva.

—No he cogido ninguno ni he encontrado ninguno —dijo ella, mientras yo me esforzaba por llegar adonde estaban, tendiendo las manos en corroboración de la afirmación—. No tenía intención de cogerlos; pero papá me dijo que aquí arriba había muchos, y quería ver los huevos.

Heathcliff me lanzó una sonrisa de mala intención, dando a entender su conocimiento de quiénes éramos, y por consiguiente su malevolencia hacia nosotras, y preguntó quién era «papá».

—El señor Linton de la Granja de Thrushcross —respondió ella—. Pensaba que no me conocía, porque si no no me habría hablado así.

—¿Supone usted que papá es muy estimado y respetado, entonces? —dijo él, sarcásticamente.

—¿Y quién es usted? —preguntó Catherine, mirando con curiosidad al interlocutor—. A ese hombre ya le he visto antes. ¿Es su hijo?

Señalaba a Hareton, el otro individuo, que no había ganado más que mayor corpulencia y fuerza con los dos años añadidos a su edad: seguía pareciendo igual de torpe y rudo que siempre.

—Señorita Cathy —interrumpí—, pronto serán tres horas en vez de una que llevamos fuera. De verdad que tenemos que volver.

—No, ese hombre no es mi hijo —respondió Heathcliff, apartándome a un lado—. Pero tengo uno, y a él también le ha visto antes; y aunque su niñera tiene prisa, creo que tanto usted como ella se beneficiarían de un poco de descanso. ¿Quiere doblar ese promontorio de brezo y entrar en mi casa? Llegará antes a casa por el descanso; y recibirá una bienvenida amable.

Le susurré a Catherine que de ningún modo debía aceptar la propuesta: estaba completamente fuera de toda consideración.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta—. Estoy cansada de correr, y el suelo está húmedo: no puedo sentarme aquí. Vamos, Ellen. Además, dice que ha visto a su hijo. Creo que se equivoca; pero sé dónde vive: en la granja que visité cuando venía de los Riscos de Penistone. ¿No es así?

—Así es. Vamos, Nelly, cierra el pico: será un agasajo para ella echar un vistazo en casa. Hareton, adelántate con la muchacha. Tú caminarás conmigo, Nelly.

—No, ella no va a ningún sitio así —grité, forcejando para soltarme el brazo que él había agarrado—; pero ella ya estaba casi en los escalones de la puerta, corriendo a toda velocidad por la ladera. Su designado acompañante no pretendió escoltarla: se desvió por el borde del camino y desapareció.

—Señor Heathcliff, esto está muy mal —continué—: usted sabe que no pretende nada bueno. Y allí verá a Linton, y todo se sabrá en cuanto volvamos; y la culpa será mía.

—Quiero que le vea —respondió—; está mejor estos días; pocas veces está en condiciones de que le vean. Y pronto la persuadiremos de que guarde el secreto de la visita: ¿qué mal hay en ello?

—El mal es que su padre me odiaría si supiera que he consentido que entrara en su casa; y estoy convencida de que tiene mala intención al animarla a hacerlo —respondí.

—Mi intención es tan honesta como puede serlo. Se la explicaré en su totalidad —dijo—. Que los dos primos puedan enamorarse y casarse. Estoy actuando generosamente con su amo: su jovencita no tiene perspectivas, y si secunda mis deseos quedará provista de inmediato como coheredera junto con Linton.

—Si Linton muriera —respondí—, y su vida es bastante incierta, Catherine sería la heredera.

—No lo sería —dijo él—. No hay cláusula en el testamento que lo garantice: sus bienes irían a parar a mí; pero para evitar disputas, deseo su unión, y estoy resuelto a llevarla a cabo.

—Y yo estoy resuelta a que nunca vuelva a acercarse a su casa conmigo —repliqué, al llegar a la verja, donde la señorita Cathy esperaba nuestra llegada.

Heathcliff me mandó callar; y adelantándose por el camino, se apresuró a abrir la puerta. Mi joven señora le lanzó varias miradas, como si no pudiera decidir exactamente qué pensar de él; pero ahora sonrió cuando se encontraron sus ojos, y suavizó su voz al dirigirse a ella; y yo fui bastante necia para imaginar que el recuerdo de su madre podría desarmarlo de su deseo de causarle daño. Linton estaba de pie en el hogar. Había salido a pasear por los campos, pues llevaba el gorro puesto y estaba diciéndole a Joseph que le trajera los zapatos secos. Había crecido mucho para su edad, aunque le faltaban todavía algunos meses para los dieciséis. Sus rasgos seguían siendo delicados, y sus ojos y su tez más animados de lo que yo los recordaba, aunque con un brillo meramente temporal tomado en préstamo del aire saludable y el sol generoso.

—Ahora bien, ¿quién es ésa? —preguntó el señor Heathcliff, volviéndose hacia Cathy—. ¿Puede decírmelo?

—¿Su hijo? —dijo ella, habiendo examinado con duda a uno y otro.

—Sí, sí —respondió él—: pero ¿es ésta la única vez que le ha visto? ¡Piense! ¡Ah! Tiene poca memoria. Linton, ¿no recuerdas a tu prima, a quien tanto nos importunabas deseando ver?

—¿Qué, Linton? —exclamó Cathy, encendiéndose de alegre sorpresa ante el nombre—. ¿Es ése el pequeño Linton? ¡Es más alto que yo! ¿Eres tú Linton?

El joven dio un paso adelante y se dio a conocer: ella le besó efusivamente, y se miraron con asombro por el cambio que el tiempo había obrado en el aspecto del otro. Catherine había alcanzado su plena estatura; su figura era a la vez rolliza y esbelta, elástica como el acero, y todo su aspecto destellaba de salud y vitalidad. El porte y los movimientos de Linton eran muy lánguidos, y su constitución extremadamente delgada; pero había una gracia en su manera que mitigaba esos defectos y le hacía no carente de atractivo. Después de intercambiar numerosas muestras de afecto con él, su prima fue hacia el señor Heathcliff, que permanecía junto a la puerta dividiendo su atención entre los objetos de dentro y los de fuera: fingiendo, es decir, observar los últimos, y en realidad fijándose sólo en los primeros.

—¡Y usted es mi tío, entonces! —exclamó ella, alzándose de puntillas para saludarle—. Creo que me cae bien, aunque al principio estaba de mal humor. ¿Por qué no viene a la Granja con Linton? Vivir tantos años siendo vecinos tan cercanos, y no vernos nunca, es raro: ¿por qué lo ha hecho?

—La visité una o dos veces más de la cuenta antes de que usted naciera —respondió él—. Ahí está... ¡maldita sea! Si tiene besos que dar, déselos a Linton: en mí están desperdiciados.

—¡Ellen, malvada! —exclamó Catherine, volando a atacarme a mí a continuación con sus pródigos cariños—. ¡Mala Ellen! por intentar impedir que entrara. Pero me daré este paseo todas las mañanas en adelante: ¿puedo, tío? y a veces traer a papá. ¿No se alegrará de vernos?

—Por supuesto —respondió el tío, con una mueca apenas reprimida, resultado de su profunda aversión a los dos visitantes propuestos—. Pero espere —continuó, volviéndose hacia la joven señora—. Ahora que lo pienso, será mejor que se lo diga. El señor Linton tiene prejuicios contra mí: reñimos en cierto momento de nuestras vidas con ferocidad anticristiana; y si menciona usted que viene aquí, pondrá un veto a sus visitas del todo. Por eso no debe mencionarlo, a menos que no le importe ver a su primo en adelante: puede venir si quiere, pero no debe mencionarlo.

—¿Por qué riñeron? —preguntó Catherine, considerablemente desanimada.

—Pensó que era demasiado pobre para casarme con su hermana —respondió Heathcliff—, y le disgustó que la consiguiera: hirió su orgullo, y nunca lo perdonará.

—¡Eso no está bien! —dijo la joven señora—: algún día se lo diré. Pero Linton y yo no tenemos ninguna parte en su disputa. No vendré aquí, entonces; que venga él a la Granja.

—Para mí sería demasiado lejos —murmuró su primo—; caminar cuatro millas me mataría. No, venga usted aquí, señorita Catherine,

de vez en cuando: no todas las mañanas, pero una o dos veces por semana.

El padre lanzó a su hijo una mirada de amargo desprecio.

—Me temo, Nelly, que voy a perder mi trabajo —me murmuró—. La señorita Catherine, como la llama el memo, descubrirá su valía y le mandará al diablo. Ahora, si hubiera sido Hareton... ¿Sabe usted que veinte veces al día envidio a Hareton, con toda su degradación? Le habría querido si hubiera sido otro. Pero creo que está a salvo de su amor. Le pondré frente a esa criatura insignificante, a menos que ésta se espabile de prisa. Calculamos que difícilmente llegará a los dieciocho. ¡Maldita la cosa insípida! Está absorto en secarse los pies y no la mira ni una vez. ¡Linton!

—Sí, padre —respondió el muchacho.

—¿No tienes nada que mostrarle a tu prima, ni siquiera un conejo o un nido de comadreja? Llévala al jardín, antes de que te cambies los zapatos; y a la cuadra a ver tu caballo.

—¿No preferiría quedarse aquí sentada? —preguntó Linton, dirigiéndose a Cathy en un tono que expresaba su renuencia a moverse de nuevo.

—No sé —respondió ella, lanzando una mirada anhelante a la puerta y evidentemente deseosa de moverse.

Él se quedó sentado y se arrimó más al fuego. Heathcliff se levantó y pasó a la cocina, y de allí al patio, llamando a Hareton. Hareton respondió, y poco después los dos volvieron a entrar. El joven se había lavado, como delataban el rubor de sus mejillas y el pelo mojado.

—Oh, voy a preguntarle, tío —exclamó la señorita Cathy, recordando la afirmación del ama de llaves—. Ése no es mi primo, ¿verdad?

—Sí —respondió él—, el sobrino de su madre. ¿No le gusta?

Catherine puso cara rara.

—¿No es un mozo apuesto? —continuó.

La descortés muchachita se puso de puntillas y susurró una frase al oído de Heathcliff. Él se rió; Hareton se ensombreció: percibí que era muy sensible al menor desdén que se le pudiera sospechar, y que tenía evidentemente una vaga noción de su inferioridad. Pero su amo o guardián ahuyentó el ceño exclamando:

—¡Tú serás el favorito entre nosotros, Hareton! Dice que eres un... ¿Cómo era? Bueno, algo muy lisonjero. ¡Vamos! Acompáñala a dar la vuelta por la granja. Y compórtate como un caballero, ¿eh? No uses palabrotas; y no te quedes mirando cuando la joven señora no te mire, y prepárate para esconder la cara cuando te mire; y cuando hables, di las palabras despacio, y saca las manos de los bolsillos. Marchad, y entretenedla lo mejor que puedas.

Observó a la pareja pasar ante la ventana. Earnshaw tenía el rostro completamente apartado de su compañera. Parecía estudiar el paisaje familiar con el interés de un extraño y de un artista. Catherine le echó una mirada furtiva, que expresaba poca admiración. Luego volvió su atención a buscar objetos de entretenimiento por sí misma, y siguió adelante alegremente, tarareando una melodía para suplir la falta de conversación.

—Le he atado la lengua —observó Heathcliff—. No se aventurará a decir una sola sílaba en todo el rato. Nelly, ¿te acuerdas de mí a su edad, o unos años más joven? ¿Tuve alguna vez ese aspecto tan estúpido, tan «papanatas», como dice Joseph?

—Peor —respondí—, porque encima era más huraño.

—Me produce placer —continuó, reflexionando en voz alta—. Ha satisfecho mis expectativas. Si hubiera nacido tonto no lo disfrutaría ni la mitad. Pero no es tonto; y puedo solidarizarme con todos sus sentimientos, habiéndolos sentido yo mismo. Sé exactamente lo que sufre ahora, por ejemplo: aunque no es más que el comienzo de lo que sufrirá. Y nunca podrá emerger de su abismo de tosquedad e ignorancia. Le tengo más sujeto de lo que su bribón de padre me sujetó a mí, y más bajo; pues él se enorgullece de su bestialidad. Le he enseñado a despreciar todo lo que esté por encima de lo animal como cosa estúpida y débil. ¿No cree que Hindley estaría orgulloso de su hijo si pudiera verle? Casi tan orgulloso como yo estoy del mío. Pero hay esta diferencia: uno es oro empleado en pavimentar caminos, y el otro es estaño pulido para imitar un servicio de plata. El mío no tiene nada valioso; y con todo tendré el mérito de hacer que llegue tan lejos como puede llegar semejante material pobre. El suyo tenía cualidades de primera, y están perdidas: vueltas peores que inútiles. Yo no tengo nada de qué arrepentirme; él tendría más que nadie excepto yo. Y lo mejor de todo es que ¡Hareton me quiere enormemente! Tendrá que reconocer que he superado a Hindley en eso. Si el difunto bribón pudiera levantarse de su tumba para insultarme por los agravios cometidos contra su descendiente, tendría la diversión de ver a ese mismo descendiente pelear contra él, indignado porque se atreva a vituperar al único amigo que tiene en el mundo.

Heathcliff soltó una carcajada diabólica ante la idea. Yo no respondí nada, porque vi que no esperaba respuesta. Entretanto, nuestro joven acompañante, que estaba sentado demasiado lejos de nosotros para oír lo que se decía, empezó a dar señales de inquietud, arrepentido quizás de haberse negado el placer de la compañía de Catherine por miedo a un poco de fatiga. Su padre advirtió las miradas inquietas que vagaban hacia la ventana, y la mano extendida con indecisión hacia su gorro.

—¡Levántate, holgazán! —exclamó con fingida cordialidad—. ¡Ve tras ellos! Están justo a la vuelta, junto a las colmenas.

Linton reunió sus energías y abandonó el hogar. El postigo estaba abierto, y al salir, oí a Cathy preguntarle a su hosco acompañante qué era aquella inscripción sobre la puerta. Hareton miró hacia arriba y se rascó la cabeza como un auténtico patán.

—Es una escritura maldita —respondió—. Yo no sé leerla.

—¿Que no sabes leerla? —exclamó Catherine—; yo sí: es inglés. Pero quiero saber por qué está ahí.

Linton se rió: la primera muestra de alegría que había dado.

—No sabe sus letras —le dijo a su prima—. ¿Puede creerse la existencia de semejante zopenco colosal?

—¿Está bien de la cabeza? —preguntó la señorita Cathy con seriedad—; ¿o es simple: no está bien? Le he preguntado dos veces ya, y las dos veces puso cara tan estúpida que creo que no me entiende. ¡Yo a duras penas le entiendo a él, es cierto!

Linton repitió su risa y le lanzó a Hareton una mirada burlona; quien desde luego no parecía estar del todo seguro de la

comprensión en ese momento.

—No le pasa nada más que pereza, ¿verdad, Earnshaw? —dijo—. Mi prima cree que eres un idiota. Ahí experimentas las consecuencias de despreciar «el saber de los libros», como dirías tú. ¿Has notado, Catherine, su espantosa pronunciación de Yorkshire?

—Pero vamos, ¿y para qué demonios sirve? —gruñó Hareton, más expedito para responder a su compañero de todos los días. Iba a ampliar la respuesta, pero los dos jóvenes estallaron en una ruidosa carcajada: mi atolondrada señorita estaba encantada de descubrir que podía convertir su extraña habla en materia de diversión.

—¿Para qué sirve el demonio en esa frase? —gorjeó Linton—. Papá te ha dicho que no digas palabrotas, y no puedes abrir la boca sin decir una. ¡Intenta comportarte como un caballero, anda!

—Si no fueras más chica que chico, ahora mismo te tumbaría, lástima de criatura enclenque! —replicó el airado patán, retirándose con la cara ardiendo de rabia mezclada con mortificación, pues era consciente de que le insultaban y estaba violento sin saber cómo tomárselo.

El señor Heathcliff, habiendo escuchado la conversación igual que yo, sonrió al verle marchar; pero inmediatamente después lanzó una mirada de singular aversión a la frívola pareja que seguía charlando en el umbral: el muchacho encontrando animación suficiente mientras comentaba los defectos y carencias de Hareton y refería anécdotas de sus hazañas; y la chica disfrutando de sus comentarios impertinentes y maliciosos, sin considerar la mala índole que revelaban. Empecé a sentir más disgusto que compasión

por Linton, y a disculpar a su padre en cierta medida por tenerle en poco.

Nos quedamos hasta la tarde: no pude arrancar a la señorita Cathy antes; pero por fortuna mi amo no había abandonado su estancia y permaneció en ignorancia de nuestra prolongada ausencia. Al volver a casa, habría querido ilustrar a mi pupila sobre el carácter de las personas a quienes acabábamos de dejar; pero ella se metió en la cabeza que yo estaba prevenida contra ellos.

—¡Ah! —exclamó—; usted toma el partido de papá, Ellen, es parcial lo sé; o si no no me habría engañado tantos años haciéndome creer que Linton vivía muy lejos de aquí. Estoy realmente muy enfadada; ¡sólo que estoy tan contenta que no puedo demostrarlo! Pero tiene que guardarse sus comentarios sobre mi tío; es mi tío, recuérdelo; y le regañaré a papá por haber reñido con él.

Y así siguió, hasta que renuncié a intentar convencerla de su error. Esa noche no mencionó la visita, porque no vio al señor Linton. Al día siguiente salió todo a la luz, con gran disgusto mío; y aun así no estaba del todo descontenta: pensé que la carga de dirigirla y advertirla la llevaría él con más eficacia que yo. Pero fue demasiado tímido a la hora de dar razones satisfactorias para su deseo de que ella evitara todo contacto con la casa de las Cumbres, y Catherine exigía buenas razones para toda restricción que contrariara su voluntad mimada.

—¡Papá! —exclamó, después de los saludos matutinos—. Adivina a quién vi ayer, en mi paseo por el páramo. ¡Ah, papá, te has sobresaltado! No has obrado bien, ¿verdad? Vi... pero escucha, y escucharás cómo te he descubierto; y a Ellen, que está confabulada contigo, y sin embargo fingía compadecerme tanto cuando yo

seguía esperando, y siempre me decepcionaba en lo del regreso de Linton.

Hizo una fiel relación de su excursión y sus consecuencias; y mi amo, aunque me lanzó más de una mirada de reproche, no dijo nada hasta que hubo terminado. Luego la atrajo hacia él y le preguntó si sabía por qué le había ocultado la proximidad de Linton. ¿Podría creer que era para negarle un placer que podría disfrutar inocentemente?

—Era porque usted no quería al señor Heathcliff —respondió ella.

—¿Entonces crees que me importan mis propios sentimientos más que los tuyos, Cathy? —dijo él—. No, no era porque yo no quisiera al señor Heathcliff, sino porque el señor Heathcliff no me quiere a mí; y es un hombre de lo más diabólico, que se deleita en agraviar y arruinar a quienes odia si les da la menor oportunidad. Sabía que no podías mantener trato con tu primo sin entrar en contacto con él; y sabía que te aborrecería por mi causa; así que por tu propio bien, y sólo por eso, tomé las precauciones necesarias para que no volvieras a ver a Linton. Pensaba explicarte esto algún día cuando fueras mayor, y siento haberlo aplazado.

—Pero el señor Heathcliff fue muy cordial, papá —observó Catherine, nada convencida—; y no se opuso a que nos viéramos: dijo que podía ir a su casa cuando quisiera; sólo que no debía decírtelo, porque habían reñido, y tú no le perdonarías por haberse casado con la tía Isabella. Y no le perdonas. Tú eres el culpable: él está dispuesto a dejar que seamos amigos, al menos Linton y yo; y tú no.

Mi amo, viendo que ella no iba a creer su palabra sobre la perversa condición del tío político, trazó un rápido bosquejo de su conducta con Isabella, y la manera en que Cumbres Borrascosas pasó a ser su propiedad. No podía soportar extenderse en el tema; pues aunque hablaba poco de ello, seguía sintiendo el mismo horror y aborrecimiento de su antiguo enemigo que habían ocupado su corazón desde la muerte de la señora Linton. «¡Ella podría seguir viva si no hubiera sido por él!» era su amarga reflexión constante; y a sus ojos, Heathcliff parecía un asesino. La señorita Cathy, que no conocía más actos malos que sus propios pequeños actos de desobediencia, injusticia y arrebato, surgidos del carácter vivo y la irreflexión, y lamentados el mismo día que se cometían, quedó asombrada ante la negrura de espíritu que podía rumiar una venganza y cultivarla durante años, y llevar a cabo sus planes deliberadamente sin una visita del remordimiento. Pareció tan profundamente impresionada y conmovida ante esa nueva visión de la naturaleza humana, excluida de todos sus estudios y de todas sus ideas hasta entonces, que el señor Edgar consideró innecesario proseguir el asunto. Se limitó a añadir: «Ya sabrás, querida, por qué deseo que evites su casa y su familia; ahora vuelve a tus ocupaciones y entretenimientos habituales, y no pienses más en ellos.»

Catherine besó a su padre y se sentó tranquilamente a estudiar un par de horas, según costumbre; luego le acompañó a los terrenos, y todo el día pasó como de ordinario; pero por la tarde, cuando se retiró a su cuarto y fui a ayudarla a desvestirse, la encontré llorando, de rodillas junto a la cama.

—¡Vamos, niña tonta! —exclamé—. Si tuvieras penas de verdad te avergonzaría derramar una lágrima por esta pequeña

contrariedad. Nunca has tenido ni una sombra de pesar verdadero, señorita Catherine. Suponga, por un momento, que el amo y yo estuviéramos muertos, y usted sola en el mundo: ¿cómo se sentiría entonces? Compare la presente ocasión con tal aflicción, y agradezca los amigos que tiene, en lugar de codiciar más.

—No lloro por mí, Ellen —respondió—; es por él. Esperaba verme de nuevo mañana, y estará muy decepcionado: me esperará, ¡y yo no iré!

—¡Tonterías! —dije—. ¿Cree usted que ha pensado en usted tanto como usted en él? ¿Acaso no tiene a Hareton de compañero? Ni uno de cada cien lloraría por perder a un pariente al que acabara de ver dos veces, en dos tardes. Linton supondrá cómo está el asunto, y no se preocupará más por usted.

—Pero ¿no puedo escribirle una nota diciéndole por qué no puedo ir? —preguntó ella, poniéndose en pie—. ¿Y mandarle esos libros que le prometí prestarle? Sus libros no son tan bonitos como los míos, y los quería con muchas ganas cuando le dije lo interesantes que eran. ¿Puedo, Ellen?

—¡No, de ningún modo! —respondí con decisión—. Entonces él te escribiría a ti, y no habría fin. No, señorita Catherine, el trato debe abandonarse por completo: así lo espera papá, y yo me encargaré de que se cumpla.

—Pero ¿qué mal puede hacer una pequeña nota...? —recomenzó ella, poniendo cara suplicante.

—¡Silencio! —la interrumpí—. No vamos a empezar con sus pequeñas notas. A la cama.

Me lanzó una mirada muy traviesa, tan traviesa que al principio no quise darle el beso de buenas noches: la tapé, y cerré la puerta con gran disgusto; pero arrepintiéndome a medias, volví suavemente, ¡y he ahí a la señorita de pie ante la mesa con un trozo de papel en blanco delante y un lápiz en la mano, que se escurrió de ella con disimulo al entrar yo!

—No conseguirás que nadie lleve eso, Catherine —dije—, aunque lo escribas; y ahora mismo voy a apagar tu vela.

Puse el apagador sobre la llama, recibiendo al hacerlo un manotazo y un petulante «¡fastidiosa!» Salí de nuevo, y ella echó el cerrojo con uno de sus peores y más irritables humores. La carta fue terminada y enviada a su destinatario por un lechero que venía del pueblo; pero eso no lo supe hasta algún tiempo después. Pasaron semanas, y Cathy recobró su buen humor; aunque se volvió asombrosamente aficionada a escabullirse a los rincones por su cuenta, y con frecuencia, si me acercaba de repente mientras leía, se sobresaltaba y se doblaba sobre el libro, evidentemente deseosa de ocultarlo; y yo notaba los bordes de papeles sueltos asomando entre las hojas. También cogió la costumbre de bajar temprano por la mañana y merodear por la cocina, como si esperara la llegada de algo; y tenía un cajoncito en un armario de la biblioteca, sobre el que perdía horas el tiempo, y cuya llave tenía especial cuidado en llevarse consigo cuando lo dejaba.

Un día, al inspeccionar ella ese cajón, observé que los juguetes y baratijas que habían formado hasta hacía poco su contenido se habían transformado en trocitos de papel doblados. Mi curiosidad y mis sospechas se despertaron; resolví echar un vistazo a sus misteriosos tesoros; así que, por la noche, en cuanto ella y el amo

estuvieron a salvo arriba, busqué entre mis llaves de casa y hallé fácilmente una que encajaba en la cerradura. Habiéndola abierto, vacié todo el contenido en mi delantal, y lo llevé a mi cuarto para examinarlo con tranquilidad. Aunque ya lo sospechaba, me sorprendió descubrir que eran un montón de correspondencia, casi diaria al parecer, de Linton Heathcliff: respuestas a documentos que ella había enviado. Las fechadas antes eran tímidas y breves; pero gradualmente fueron haciéndose más extensas hasta convertirse en copiosas cartas de amor, tontas, como era natural en la edad del que las escribía, pero con toques aquí y allá que yo pensé eran tomados prestados de una fuente más experimentada. Algunas de ellas me parecieron extrañas mezclas de ardor y sosería; comenzando con sentimiento fuerte y concluyendo en el estilo afectado y verboso que un colegial podría usar para una amada imaginaria e incorpórea. Si satisfacían a Cathy no lo sé; pero a mí me parecieron una basura de lo más despreciable. Después de hojear las que juzgué conveniente, las até en un pañuelo y las puse aparte, volviendo a cerrar el cajón vacío.

Siguiendo su costumbre, mi joven señora bajó temprano y fue a la cocina: la observé ir a la puerta a la llegada de un cierto chiquillo; y mientras la lechera llenaba su cántaro, ella metió algo en el bolsillo del chaquetón del muchacho y sacó algo de él. Rodeé por el jardín y aguardé al mensajero; quien luchó valerosamente para defender lo que se le había confiado, y nos repartimos la leche entre los dos; pero logré hacerme con la carta; y amenazando al muchacho con graves consecuencias si no se volvía enseguida a casa, me quedé junto a la tapia y examiné la afectuosa composición de la señorita Cathy. Era más sencilla y más elocuente que la de su primo: muy bonita y muy tonta. Sacudí la cabeza, y entré meditabunda en la

casa. Al ser el día lluvioso, no podía distraerse vagando por el parque; así que, al concluir sus estudios matutinos, recurrió al consuelo del cajón. Su padre estaba sentado leyendo en la mesa; y yo, adrede, había buscado un poco de trabajo en unos flecos deshilachados de la cortina de la ventana, teniendo el ojo fijo sin cesar en sus movimientos. Nunca ningún pájaro que vuelve a un nido saqueado, al que había dejado lleno de crías piando, expresó más desesperación completa, en sus angustiados gritos y aleteos, que ella con su simple «¡Oh!» y el cambio que transfiguró su semblante antes tan alegre. El señor Linton levantó los ojos.

—¿Qué ocurre, amor? ¿Te has hecho daño? —dijo.

Su tono y su mirada le aseguraron que él no había sido el descubridor del tesoro.

—¡No, papá! —jadeó—. ¡Ellen! ¡Ellen! Sube conmigo: ¡estoy enferma!

Atendí su llamada y la acompañé afuera.

—¡Oh, Ellen, las tienes tú! —empezó de inmediato, cayendo de rodillas en cuanto nos encerramos solas—. ¡Oh, dámelas, y nunca, nunca lo volveré a hacer! ¡No se lo digas a papá! ¿No se lo has dicho, Ellen? Di que no. ¡He sido muy traviesa, pero no lo voy a hacer más!

Con un aire de grave severidad le ordené que se pusiera en pie.

—Así que —exclamé—, señorita Catherine, está usted bastante metida en esto, al parecer: ¡bien puede avergonzarse! Menudo montón de basura estudia usted en sus ratos de ocio: ¡vaya, es bueno para imprimirse! ¿Y qué supone que pensará el amo cuando se lo enseñe? No se lo he enseñado todavía, pero no piense que voy

a guardar sus ridículos secretos. ¡Qué vergüenza! Y habrá sido usted la que tomó la iniciativa en escribir semejantes disparates: él no habría pensado en empezar, estoy segura.

—¡No lo hice, no lo hice! —sollozó Cathy, a punto de partírsele el corazón—. No pensé ni una vez en quererle hasta...

—¡Querer! —exclamé con toda la ironía que pude—. ¡Querer! ¿Ha oído alguien cosa igual? Podría hablar también de querer al molinero que viene una vez al año a comprarnos el trigo. ¡Bonito querer, por cierto! ¡Y entre las dos veces juntas habrá visto a Linton apenas cuatro horas en su vida! Aquí está la basura infantil. Voy con ella a la biblioteca; y ya veremos lo que dice su padre a semejante querer.

Ella se abalanzó a sus preciosas cartas, pero yo las mantuve en alto; y entonces vertió más frenéticas súplicas para que las quemara, hiciera cualquier cosa antes que enseñárselas. Y como en realidad tenía tantas ganas de reírme como de regañar, pues lo estimaba todo vanidad de chiquilla, acabé cediendo en cierta medida y pregunté: «Si consiento en quemarlas, ¿prometes fielmente no enviar ni recibir ninguna carta más, ni un libro —pues veo que le has enviado libros—, ni mechones de cabello, ni anillos, ni juguetes?»

—No le enviamos juguetes —exclamó Catherine, con el orgullo venciendo a la vergüenza.

—¿Ni nada de nada, entonces, señorita mía? —dije—. Si no, aquí voy.

—¡Te lo prometo, Ellen! —exclamó, aferrándose a mi vestido—. ¡Oh, échalas al fuego, échalas!

Pero cuando procedí a abrir un hueco con el atizador, el sacrificio era demasiado doloroso para soportarlo. Me suplicó encarecidamente que le guardara una o dos.

—¡Una o dos, Ellen, para guardarlas por Linton!

Desaté el pañuelo y empecé a dejarlas caer en él desde un ángulo, y la llama se enroscó por la chimenea.

—¡Voy a quedarme con una, cruel! —exclamó, metiendo la mano en el fuego y sacando algunos fragmentos a medio quemar, a costa de sus dedos—. ¡Bien, y yo me quedaré con algunos para enseñárselos a papá! —respondí, echando de nuevo el resto en el paquete y volviendo a dirigirme hacia la puerta.

Ella echó sus trozos ennegrecidos a las llamas, y me hizo señas de que terminara la inmolación. Se hizo; removí las cenizas y las enterré bajo una palada de carbón; y ella, muda, y con una sensación de agravio profundo, se retiró a su cuarto. Bajé a decirle a mi amo que el malestar de la joven señora ya casi había pasado, pero que juzgaba mejor que se tumbara un rato. No quiso comer; pero reapareció para el té, pálida, y con los ojos enrojecidos, y asombrosamente apagada en el aspecto externo. A la mañana siguiente respondí a la carta con un papel en el que escribí: «Se ruega al señorito Heathcliff que no envíe más notas a la señorita Linton, pues ella no las recibirá.» Y en adelante, el chiquillo vino con los bolsillos vacíos.

* * * * * *

2 3

Capítulo XXII

Empieza: «El verano tocaba a su fin, y el comienzo del otoño: pasado ya el día de San Miguel, pero la cosecha era...»

El verano tocaba a su fin, y el comienzo del otoño: pasado ya el día de San Miguel, pero la cosecha era tardía aquel año, y algunos de nuestros campos seguían sin recoger. El señor Linton y su hija salían a menudo a pasear entre los segadores; la tarde del acarreo de los últimos haces se quedaron hasta el anochecer, y al ser la tarde fresca y húmeda, el amo cogió un fuerte resfriado que se le instaló obstinadamente en los pulmones y le tuvo en casa prácticamente sin interrupción durante todo el invierno.

La pobre Cathy, asustada de su pequeño romance, había estado bastante más triste y apagada desde que lo abandonara; y su padre insistía en que leyera menos y tomara más ejercicio. Él ya no podía acompañarla; yo juzgaba un deber suplir su falta en lo posible con la mía: un sustituto deficiente, pues sólo podía dedicar dos o tres horas, de mis numerosas obligaciones diarias, a seguir sus pasos, y además mi compañía era evidentemente menos deseable que la de él.

Una tarde de octubre, o principios de noviembre, una tarde fresca y húmeda, en que el césped y los senderos crujían con hojas mustias y mojadas, y el cielo azul frío estaba medio tapado por nubes, franjas grises oscuras que montaban rápidamente desde el oeste

anunciando lluvia abundante, le pedí a mi joven señora que renunciara a su paseo, porque estaba segura de que llovería. Ella se negó; y yo me puse de mala gana un manto y tomé mi paraguas para acompañarla en un paseo hasta el fondo del parque: un paseo formal que ella solía preferir cuando estaba abatida, y lo estaba invariablemente cuando el señor Edgar había estado peor de lo ordinario, algo que nunca se sabía por su propia confesión, sino que tanto ella como yo adivinábamos por su mayor silencio y la melancolía de su semblante. Caminó tristemente: ya no había carreras ni saltos, aunque el viento frío bien podría haberla tentado a correr. Y a menudo, con el rabillo del ojo, la veía alzar una mano y llevársela a la mejilla. Miré en derredor buscando algún medio de distraer sus pensamientos. Al lado del camino se elevaba un talud alto y áspero, donde avellanos y robles raquíticos, con las raíces a medio descubrir, mantenían una frágil posesión: el terreno era demasiado suelto para los últimos, y los vientos fuertes habían inclinado a algunos casi hasta la horizontal. En verano a la señorita Catherine le encantaba trepar por estos troncos y sentarse en las ramas, balanceándose a seis metros del suelo; y yo, satisfecha de su agilidad y de su ligero corazón de niña, seguía juzgando conveniente reñirla cada vez que la sorprendía a tal altura, pero de modo que ella supiera que no había necesidad de bajar. De la comida al té se tumbaba en su cuna mecida por la brisa, sin hacer nada más que canturrearse canciones viejas —las nanas de mi repertorio—, o mirando a los pájaros, inquilinos a su vez, alimentar a sus polluelos e incitarles a volar; o acurrucándose con los párpados cerrados, medio pensando, medio soñando, más feliz de lo que las palabras pueden expresar.

—¡Mire, señorita! —exclamé, señalando un rincón bajo las raíces de un árbol retorcido—. El invierno aún no ha llegado. Hay una florecita allá arriba, el último capullo de la multitud de campanillas que cubrieron esos peldaños de césped en julio con una niebla lila. ¿Quiere trepar y cogerlo para enseñárselo a papá?

Cathy contempló largo rato la solitaria flor temblando en su refugio de tierra, y respondió al cabo:

—No, no voy a tocarla: pero tiene un aspecto melancólico, ¿verdad, Ellen?

—Sí —observé—, como usted: famélica y agotada. Tiene las mejillas sin color; cogémonos de la mano y corramos. Está usted tan decaída que me las prometo de poder seguirle el paso.

—No —repitió, y siguió paseando, deteniéndose a intervalos para contemplar un trozo de musgo, o una mata de hierba blanqueada, o un hongo que extendía su brillante naranja entre los montones de follaje pardo; y de vez en cuando su mano se alzaba hacia su rostro apartado.

—Catherine, ¿por qué lloras, amor? —pregunté, acercándome y poniéndole el brazo sobre el hombro—. No debes llorar porque papá tenga un resfriado; agradece que no sea nada peor.

Ella ya no puso más freno a sus lágrimas; su aliento se ahogaba en sollozos.

—Oh, será algo peor —dijo—. ¿Y qué haré cuando papá y tú me dejéis, y yo esté sola? No puedo olvidar tus palabras, Ellen; siempre las tengo en el oído. Qué cambiada será la vida, qué lúgubre el mundo, cuando papá y tú hayáis muerto.

—Nadie puede saber si no morirá usted antes que nosotros —respondí—. Está mal anticipar el mal. Esperemos que queden años y años antes de que ninguno de nosotros se vaya: el amo es joven, y yo soy fuerte y apenas tengo cuarenta y cinco. Mi madre vivió hasta los ochenta, tan campante hasta el final. Y suponiendo que el señor Linton llegara a los sesenta, eso sería más años de los que usted ha contado, señorita. ¿Y no sería insensato llorar una calamidad con más de veinte años de anticipación?

—Pero la tía Isabella era más joven que papá —observó ella, mirando hacia arriba con tímida esperanza en busca de más consuelo.

—La tía Isabella no la tenía a usted ni a mí para cuidarla —respondí —. No era tan feliz como el amo: no tenía tanto por lo que vivir. Todo lo que usted necesita hacer es atender bien a su padre, y animarle dejándole ver que usted está animada; y evitar darle preocupaciones por ningún asunto: acuérdese de eso, Cathy. No le oculto que podría matarle si fuera usted alocada e irresponsable, y alimentara un afecto tonto e imaginario por el hijo de una persona que estaría encantada de verle en su tumba; y le permitiera descubrir que se aflige por la separación que él ha juzgado conveniente hacer.

—Yo no me aflijo por nada en el mundo excepto por la enfermedad de papá —respondió mi compañera—. No me importa nada comparado con papá. Y nunca, nunca, oh, nunca, mientras tenga juicio, haré un acto ni diré una palabra que le contrarie. Le quiero más que a mí misma, Ellen; y lo sé por esto: rezo todas las noches para sobrevivirle; porque preferiría ser desgraciada yo a que lo sea él: eso prueba que le quiero más que a mí misma.

—Buenas palabras —respondí—. Pero los hechos también deben probarlo; y cuando esté bien, recuerde que no olvide las resoluciones formadas en la hora del temor.

Al hablar, nos acercamos a una puerta que daba al camino; y mi joven señora, iluminándose de repente como el sol, trepó y se sentó encima del muro, inclinándose hacia afuera para coger algunos escaramujos que florecían rojos en las ramas más altas de los rosales silvestres que sombreaban el lado del camino: los frutos de abajo habían desaparecido, pero sólo los pájaros podían alcanzar los de arriba, excepto desde el lugar donde estaba Cathy. Al estirarse para cogerlos, se le cayó el sombrero; y como la puerta estaba con llave, propuso bajar trepando para recuperarlo. Le rogué que tuviera cuidado de no caerse, y ella desapareció ágilmente. Pero volver no era empresa tan fácil: las piedras eran lisas y bien encajadas, y los rosales y los zarzamoros trepadores no podían prestar ayuda para volver a subir. Yo, como una tonta, no reparé en eso hasta que la oí reírse y exclamar:

—¡Ellen! Tendrás que ir a buscar la llave, o si no tendré que dar la vuelta hasta la portería. ¡No puedo escalar las almenas desde este lado!

—Quédate donde estás —respondí—; llevo el manojo de llaves en el bolsillo: quizás pueda abrirla; si no, iré.

Catherine se entretuvo bailoteando de un lado a otro ante la puerta mientras yo probaba todas las llaves grandes una tras otra. Había aplicado la última, y comprobado que ninguna servía; así que, repitiendo mi deseo de que se quedara allí, estaba a punto de apresurarme a casa lo más deprisa que podía, cuando un sonido

que se aproximaba me detuvo. Era el trote de un caballo; la danza de Cathy también se detuvo.

—¿Quién es? —susurré.

—Ellen, ojalá pudieras abrir la puerta —me susurró de vuelta mi compañera, con ansiedad.

—¡Hola, señorita Linton! —gritó una voz profunda, la del jinete—; me alegra encontrarla. No se apresure a entrar, pues tengo una explicación que pedirle y obtener.

—No voy a hablar con usted, señor Heathcliff —respondió Catherine—. Papá dice que usted es un hombre malvado, y que nos odia a él y a mí; y Ellen dice lo mismo.

—Eso no viene al caso —dijo Heathcliff (era él)—. No odio a mi hijo, supongo; y es acerca de él que exijo su atención. Sí: tiene motivos para ruborizarse. Hace dos o tres meses, ¿no tenía la costumbre de escribir a Linton? ¿Haciendo el amor de broma, eh? ¡Los dos se merecían una buena azotaina! Usted sobre todo, por ser la mayor y, según resulta, la menos sensible. Tengo sus cartas, y si me da alguna impertinencia se las enviaré a su padre. Supongo que se cansó del pasatiempo y lo dejó, ¿verdad? Pues al dejarlo, dejó a Linton en un pozo de desesperación. Él iba en serio: enamorado de verdad. Tan cierto como que vivo, se está muriendo por usted; el corazón se le rompe por su volubilidad: no en sentido figurado, sino literalmente. Aunque Hareton le ha convertido en objeto de burla durante seis semanas, y yo he usado medidas más serias e intentado asustarle para que salga de su idiotez, cada día está peor; y estará bajo tierra antes del verano, ¡a menos que usted le salve!

—¡Qué desvergüenza decirle esas mentiras a la pobre niña! —grité desde dentro—. Le ruego que siga su camino. ¡Qué desvergüenza inventar deliberadamente tales patrañas! Señorita Cathy, voy a echar la cerradura abajo con una piedra: no ha de creer usted ese vil disparate. Puede sentir en sí misma que es imposible que una persona muera de amor por una extraña.

—No sabía que había quien escuchara —murmuró el villano al descubierto—. Estimable señora Dean, me cae usted bien, pero no me gusta su doblez —añadió en voz alta—. ¿Cómo se atrevió a mentir tan descaradamente afirmando que yo odiaba a la «pobre niña»? ¿E inventar historias de miedo para alejarla de mis umbrales? Catherine Linton (el solo nombre me calienta), paloma mía, estaré fuera de casa toda esta semana; vaya usted y compruebe si no he dicho la verdad: hágalo, hay que ser buena. Imagínese a su padre en mi lugar, y a Linton en el suyo; y piense en lo que estimaría a su descuidado amante si se negara a moverse un paso para consolarle cuando su propio padre se lo rogara; y no cometa, por pura estupidez, el mismo error. Le juro por mi salvación que está yendo a la tumba, ¡y nadie más que usted puede salvarle!

La cerradura cedió y yo salí.

—Juro que Linton se está muriendo —repitió Heathcliff, mirándome fijamente—. Y el dolor y la decepción están acelerando su muerte. Nelly, si no le deja ir, puede ir usted misma. Pero yo no volveré hasta esta misma hora la semana que viene; y creo que su propio amo difícilmente se opondría a que visitara a su primo.

—Entre —dije, tomando a Cathy del brazo y medio obligándola a entrar; pues se demoraba, contemplando con ojos turbados los

rasgos del interlocutor, demasiado severos para expresar el engaño interior.

Él acercó el caballo, y, inclinándose, observó:

—Señorita Catherine, le confieso que tengo poca paciencia con Linton; y Hareton y Joseph tienen menos. Le confieso que está con gente dura. Languidecer de bondad, lo mismo que de amor; y una palabra amable de su parte sería su mejor medicina. No haga caso de las crueles advertencias de la señora Dean; sea generosa y procure verle. Sueña con usted noche y día, y no puede persuadirse de que usted no le odia, ya que ni escribe ni viene.

Cerré la puerta, y arrimé una piedra para ayudar a la cerradura floja a mantenerse; y abriendo mi paraguas, resguardé a mi pupila debajo: pues la lluvia empezó a arrastrar por entre las ramas gimientes de los árboles, y nos advertía que no nos demoráramos. La prisa nos impidió hacer ningún comentario sobre el encuentro con Heathcliff, al dirigirnos a casa a todo paso; pero presentí instintivamente que el corazón de Catherine estaba ahora nublado en doble oscuridad. Sus rasgos estaban tan tristes que no parecían los suyos: evidentemente tomaba por cierta cada sílaba de lo que había oído.

El amo se había retirado a descansar antes de que llegáramos. Cathy se escurrió a su cuarto para preguntar cómo estaba; se había dormido. Volvió, y me pidió que me sentara con ella en la biblioteca. Tomamos el té juntas; y luego se tumbó en la alfombra, y me dijo que no hablara, pues estaba cansada. Cogí un libro y fingí leer. En cuanto supuso que estaba absorta en mi tarea, reanudó su llanto silencioso: parecía su diversión favorita por el momento. La dejé disfrutarlo un rato; luego protesté: rebatiendo y ridiculizando

todas las afirmaciones del señor Heathcliff sobre su hijo, como si estuviera segura de que ella las compartiría. ¡Ay! No tenía yo la habilidad suficiente para contrarrestar el efecto que su relato había producido: era justo lo que él pretendía.

—Quizás tenga razón, Ellen —respondió—; pero no estaré tranquila hasta que lo sepa. Y tengo que decirle a Linton que no es culpa mía que no escriba, y convencerle de que no voy a cambiar.

¿De qué servían el enojo y las protestas contra su necia credulidad? Nos separamos aquella noche como enemigas; pero al día siguiente me encontré en el camino a Cumbres Borrascosas, al lado de la yegua de mi voluntariosa joven señora. No podía soportar ver su pena: ver su semblante pálido y abatido, y sus ojos cargados; y cedí, con la débil esperanza de que el propio Linton demostrara, por la acogida que nos dispensara, cuán poco de la historia se fundaba en hechos.

* * * * * *

24

Capítulo XXIII

Empieza: «La noche lluviosa había dado paso a una mañana neblinosa, mitad escarcha, mitad llovizna, y arroyuelos temporales cruzaban nuestro camino, murmurando desde...»

La noche lluviosa había dado paso a una mañana neblinosa, mitad escarcha, mitad llovizna, y arroyuelos temporales cruzaban nuestro camino, murmurando desde las alturas. Tenía los pies completamente empapados; estaba de mal humor y decaída: exactamente el estado de ánimo adecuado para sacar el máximo partido a estas cosas desagradables. Entramos a la granja por la parte de la cocina para cerciorarnos de si el señor Heathcliff estaba realmente ausente, pues daba poco crédito a su propia afirmación.

Joseph parecía estar sentado en una especie de paraíso a solas, junto a un fuego que rugía; un cuartillo de cerveza en la mesa junto a él, erizado de grandes trozos de torta de avena tostada; y su corta pipa negra en la boca. Catherine corrió al hogar a calentarse. Pregunté si el amo estaba en casa. Mi pregunta tardó tanto en ser respondida que pensé que el anciano se había quedado sordo, y la repetí en voz más alta.

—¡Na... ay! —gruñó, o más bien aulló por la nariz—. ¡Na... ay! Vuelvonse por donde han venío.

—¡Joseph! —gritó una voz peevish, al mismo tiempo que yo, desde el cuarto interior—. ¿Cuántas veces tengo que llamarte? Ya casi no quedan brasas. ¡Joseph, ven ahora mismo!

Unas vigorosas chupadas a la pipa y una mirada resuelta al fuego declararon que no tenía oídos para ese ruego. El ama de llaves y Hareton eran invisibles; uno había salido a un recado, y el otro estaría en su trabajo, probablemente. Reconocimos las entonaciones de Linton, y entramos.

—¡Ojalá te mueras en una buhardilla, muerto de hambre! —dijo el muchacho, equivocando nuestra llegada con la de su negligente criado.

Se detuvo al advertir su error: su prima voló hacia él.

—¿Eres tú, señorita Linton? —dijo, alzando la cabeza del brazo del gran sillón en que estaba recostado—. No, no me beses: me quita el aliento. ¡Cielos! Papá dijo que vendrías —continuó, después de reponerse un poco del abrazo de Catherine; mientras ella estaba de pie a su lado con aire muy compungido—. ¿Quieres cerrar la puerta, por favor? La has dejado abierta; y esas... esas criaturas detestables no traen carbón para el fuego. ¡Hace tanto frío!

Aviví las brasas y fui yo misma a buscar un cubo. El inválido se quejó de quedar cubierto de ceniza; pero tenía una tos molesta y parecía febril y enfermo, así que no reprendí su mal genio.

—Bien, Linton —murmuró Catherine cuando su fruncido ceño se relajó—, ¿te alegras de verme? ¿Puedo hacerte algún bien?

—¿Por qué no has venido antes? —preguntó él—. Deberías haber venido, en vez de escribir. Me agotaba terriblemente escribir esas

cartas tan largas. Prefería con mucho hablar contigo. Ahora no puedo aguantar hablar ni nada más. Me pregunto dónde estará Zillah. ¿Querrás —mirándome a mí— asomarte a la cocina a ver?

No había recibido las gracias por mi otro servicio; y como no tenía ganas de ir y venir a sus órdenes, respondí:

—No hay nadie más que Joseph ahí fuera.

—Quiero beber —exclamó, apartándose con irritación—. Zillah no para de vagabundear por Gimmerton desde que papá se fue: ¡es una miseria! Y me veo obligado a bajar aquí abajo: resolvieron no oírme arriba.

—¿Su padre se preocupa por usted, señorito Heathcliff? —pregunté, al ver que Catherine era frenada en sus amistosos avances.

—¿Atento? Hace que los otros estén un poco más atentos al menos —exclamó—. ¡Los miserables! ¿Sabe usted, señorita Linton, que ese bruto de Hareton se ríe de mí? ¡Le odio! Les odio a todos: son seres odiosos.

Cathy se puso a buscar agua; encontró una jarra en el aparador, llenó un vaso y se lo trajo. Él le pidió que añadiera una cucharadita de vino de una botella que había en la mesa; y después de tragar un poco, pareció más tranquilo, y dijo que era muy amable.

—¿Y te alegras de verme? —preguntó ella, repitiendo su anterior pregunta, satisfecha de detectar el débil amanecer de una sonrisa.

—Sí. ¡Es algo nuevo escuchar una voz como la tuya! —respondió—. Pero me ha disgustado que no vinieras. Y papá juró que era culpa mía: me llamó una cosa inútil, mezquina y cobarde; y dijo que tú me despreciabas; y que si él hubiera estado en mi lugar ya sería

más el dueño de la Granja que tu padre a estas alturas. Pero tú no me desprecias, ¿verdad, señ...?

—Me gustaría que dijeras Catherine, o Cathy —interrumpió mi joven señora—. ¿Despreciarte? ¡No! Después de papá y Ellen, te quiero más que a nadie que viva. Al señor Heathcliff no le quiero; y no me atrevo a venir cuando vuelva: ¿se quedará fuera muchos días?

—No muchos —respondió Linton—; pero con frecuencia sale al páramo desde que empezó la temporada de caza; y podrías pasar una hora o dos conmigo en su ausencia. Di que sí. Creo que no estaría malhumorado contigo: tú no me irritarías, y siempre estarías dispuesta a ayudarme, ¿verdad?

—Sí —dijo Catherine, acariciándole el largo cabello suave—; si pudiera obtener el permiso de papá, pasaría la mitad del tiempo contigo. Linton, qué bonito eres. Ojalá fueras mi hermano.

—¿Y entonces me querrías tanto como a tu padre? —observó él, con más animación—. Pero papá dice que me querrías más que a él y a todo el mundo, si fueras mi esposa; así que prefiero que lo seas.

—No, nunca querré a nadie más que a papá —respondió ella con seriedad—. Y la gente odia a sus esposas a veces; pero no a sus hermanas y hermanos; y si fueras lo segundo, vivirías con nosotros, y papá te querría tanto como a mí.

Linton negó que la gente odie nunca a sus esposas; pero Cathy lo afirmó, e instó en su sabiduría el ejemplo de la aversión de su propio padre hacia su tía. Intenté detener su irreflexiva lengua. No lo conseguí hasta que todo lo que sabía estaba afuera. El señorito Heathcliff, muy irritado, afirmó que la relación de ella era falsa.

—Papá me lo dijo; y papá no dice falsedades —respondió ella con descaro.

—¡Mi papá desprecia al tuyo! —gritó Linton—. Le llama un tonto rastrero.

—El tuyo es un hombre malvado —replicó Catherine—; y eres muy malo tú al atreverte a repetir lo que dice. Tiene que ser malvado para haber hecho que la tía Isabella le dejara como lo hizo.

—Ella no le dejó —dijo el muchacho—; no debes contradecirme.

—Sí que le dejó —exclamó mi joven señora.

—¡Pues bien, voy a decirte algo! —dijo Linton—. Tu madre odiaba a tu padre: ahora ya lo sabes.

—¡Oh! —exclamó Catherine, demasiado enfurecida para continuar.

—¡Y amaba al mío! —añadió él.

—¡Embustero! ¡Ahora te odio! —jadeó ella, y su rostro se encendió de ira.

—¡Que sí, que sí! —cantaba Linton, hundiéndose en el hueco del sillón y echando hacia atrás la cabeza para gozar de la agitación de la otra disputante, que estaba de pie detrás—. ¡Que sí, Catherine, que sí, que sí!

—¡Basta, señorito Heathcliff! —dije—; eso también es cuento de su padre, supongo.

—¡No es cuento: usted cállese! —respondió él—. ¡Que sí, que sí, Catherine! ¡Que sí, que sí!

Cathy, fuera de sí, dio un violento empujón al sillón y le hizo caer contra un brazo. De inmediato le acometió una tos sofocante que pronto puso fin a su triunfo. Duró tanto que nos asustó incluso a mí. En cuanto a su prima, lloró con todas sus fuerzas, aterrada por el daño que había causado; aunque no dijo nada. Le sostuve hasta que el acceso se agotó. Luego me apartó de un empujón y bajó la cabeza en silencio. Catherine acalló también sus lamentos, tomó asiento enfrente, y miró solemnemente al fuego.

—¿Cómo se encuentra ahora, señorito Heathcliff? —pregunté, después de esperar diez minutos.

—Ojalá ella se sintiera como yo —respondió—: ¡criatura malvada y cruel! Hareton nunca me toca: nunca me ha golpeado en su vida. Y yo estaba mejor hoy; y ahí está... —su voz se apagó en un quejido.

—¡No te golpeé! —murmuró Cathy, mordiéndose el labio para contener otro estallido de emoción.

Él suspiró y gimió como alguien bajo un gran sufrimiento, y siguió así durante un cuarto de hora; al parecer adrede para atormentar a su prima, pues cada vez que captaba un sollozo ahogado de ella ponía renovado dolor y patetismo en las inflexiones de su voz.

—Siento haberte hecho daño, Linton —dijo ella al fin, agotada más allá de lo soportable—. Pero un empujoncito tan pequeño no podría haberme hecho daño a mí, y no imaginé que pudiera hacértelo a ti tampoco: tampoco pesas mucho, ¿verdad, Linton? No me dejes irme a casa pensando que te he causado daño. ¡Responde! Háblame.

—No puedo hablarte —murmuró—; me has hecho tanto daño que estaré despierto toda la noche ahogándome con esta tos. Si tú la

tuvieras sabrías lo que es; pero tú estarás cómodamente dormida mientras yo estoy en agonía, y nadie cerca de mí. Me pregunto cómo te gustaría pasar esas noches espantosas. —Y empezó a lamentarse en voz alta, de pura compasión de sí mismo.

—Ya que tiene la costumbre de pasar noches terribles —dije—, no será la señorita quien le estropee el descanso: estaría igual aunque ella no hubiera venido nunca. Sin embargo, no volverá a molestarte; y quizás te calmes cuando nos hayamos ido.

—¿Tengo que irme? —preguntó Catherine afligida, inclinándose sobre él—. ¿Quieres que me vaya, Linton?

—No puedes deshacer lo que has hecho —respondió él, petulante, alejándose de ella—, a menos que lo empeores irritándome hasta ponerme con fiebre.

—¿Entonces tengo que irme? —repitió.

—Déjame en paz, al menos —dijo—; no puedo aguantar que me hablen.

Ella se demoró, y resistió mis persuasiones para marcharnos durante un rato tedioso; pero como él no levantó la vista ni habló, finalmente hizo un movimiento hacia la puerta, y yo la seguí. Fuimos llamadas de vuelta por un grito. Linton se había deslizado del asiento al hogar de piedra, y estaba retorciéndose en la mera perversidad de un niño mimado y enojoso, decidido a ser tan molesto y fatigoso como le fuera posible. Calibré a fondo su disposición por su comportamiento, y vi de inmediato que sería una tontería intentar condescender con él. No así mi compañera: ella volvió corriendo aterrorizada, se arrodilló, y lloró, y halagó, y

rogó, hasta que él se quedó quieto por falta de aliento: de ningún modo por remordimiento de afligirla.

—Le voy a sentar en el escaño —dije—, y puede revolcarse como le plazca: no podemos quedarnos a vigilarle. Espero que esté satisfecha, señorita Cathy, de que usted no es la persona adecuada para hacerle bien; y de que su estado de salud no está causado por el apego a usted. Ahora, ahí le tiene. Vámonos: en cuanto sepa que no hay nadie que se preocupe por sus tonterías, se alegrará de estarse quieto.

Ella le puso un cojín debajo de la cabeza, y le ofreció un poco de agua; él rechazó esto último, y se agitó intranquilo sobre lo primero, como si fuera una piedra o un bloque de madera. Ella intentó colocárselo más cómodamente.

—Así no me vale —dijo—; no está bastante alto.

Catherine trajo otro para ponerle encima.

—Está demasiado alto —murmuró la exasperante criatura.

—¿Cómo tengo que colocarlo, entonces? —preguntó ella desesperada.

Él se enroscó hacia ella mientras ella se arrodillaba a medias junto al escaño, y convirtió su hombro en apoyo.

—No, así no —dije—. Va a contentarse con el cojín, señorito Heathcliff. La señorita ha perdido demasiado tiempo con usted ya: no podemos quedarnos cinco minutos más.

—¡Sí, sí, podemos! —respondió Cathy—. Está bueno y tranquilo ahora. Empieza a pensar que yo voy a pasar una miseria mucho

mayor que la suya esta noche, si creo que mi visita le ha hecho daño; y entonces no me atrevería a volver. Dime la verdad sobre ello, Linton; porque no debo volver, si te he hecho daño.

—Debes volver para curarme —respondió él—. Debes venir, porque me has hecho daño: ya sabes que me has hecho daño extremadamente. No estaba tan enfermo cuando entraste como estoy ahora; ¿verdad?

—Pero te has puesto enfermo tú mismo llorando y arrebatándote. No fui yo sola —dijo su prima—. Pero en fin, vamos a ser amigos ahora. Y me necesitas: desearías verme a veces, ¿de verdad?

—Ya te dije que sí —respondió él con impaciencia—. Siéntate en el escaño y déjame apoyarme en tu rodilla. Así hacía mamá, tardes enteras. Siéntate muy quieta y no hables; pero puedes cantar una canción si sabes; o contarme una balada bonita y larga: una de las que me prometiste enseñarme; o un cuento. Prefiero una balada: empieza.

Catherine recitó la más larga que podía recordar. El entretenimiento les deleitó a los dos por igual. Linton quería otra, y después otra, a pesar de mis enérgicas objeciones; y así siguieron hasta que el reloj dio las doce y oímos a Hareton en el patio volviendo para comer.

—¿Y mañana, Catherine, estarás aquí mañana? —preguntó el joven Heathcliff, aferrando su vestido cuando ella se levantó con reluctancia.

—No —respondí yo—; ni pasado mañana tampoco.

Ella, sin embargo, dio una respuesta distinta, evidentemente, pues la frente de él se despejó cuando ella se inclinó y le susurró algo al oído.

—No vas a ir mañana, recuérda, señorita —empecé, en cuanto salimos de la casa—. No lo estás pensando siquiera, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Descuida —continué—: me encargaré de eso; haré que arreglen esa cerradura, y por otro lado no hay manera de salir.

—Puedo saltar el muro —dijo ella riendo—. La Granja no es una cárcel, Ellen, y tú no eres mi carcelera. Y además, ya tengo casi diecisiete años: soy una mujer. Y estoy segura de que Linton se recuperaría rápido si yo le cuidara. Soy mayor que él, ya lo sé, y más juiciosa: menos infantil, ¿verdad? Y pronto hará lo que yo le mande, con un poco de mimos. Es un pequeño encanto cuando está bueno. Haría de él un favorito mío si fuera mío. No riñeríamos nunca, ¿verdad?, una vez que nos acostumbráramos el uno al otro. ¿A ti no te gusta, Ellen?

—¿Que si me gusta! —exclamé—. El peor genio que jamás logró sobrevivir a la adolescencia. Afortunadamente, como conjeturó el señor Heathcliff, difícilmente llegará a los veinte. Dudo que llegue a ver la primavera. Y poca pérdida para su familia cuando llegue ese momento. Y buena suerte que su padre se le llevara: cuanto mejor le trataran, más tedioso y egoísta sería. Me alegra que no tenga usted posibilidades de tenerle de marido, señorita Catherine.

Mi compañera se puso seria al escuchar ese discurso. Hablar de su muerte con tanta indiferencia hirió sus sentimientos.

—Es más joven que yo —respondió, después de una larga pausa de meditación—, y debería vivir más: vivirá, tiene que vivir tanto como yo. Está ahora tan fuerte como cuando llegó al norte por primera vez; estoy segura de ello. No es más que un resfriado lo que le aqueja, igual que papá. Tú dices que papá se pondrá bien, ¿y por qué no habría de ponerse él?

—Bueno, bueno —exclamé—, en todo caso no tenemos que preocuparnos; porque escuche, señorita, y tome nota: si intenta ir a Cumbres Borrascosas de nuevo, sola o acompañada, informaré al señor Linton; y a menos que él lo permita, no debe reanudarse el trato con su primo.

—Se ha reanudado —murmuró Cathy, malhumorada.

—No debe continuarse, entonces —dije.

—Ya veremos —fue su respuesta, y se alejó al galope, dejándome tragar el polvo a la zaga.

Las dos llegamos a casa antes de la hora de comer; el amo supuso que habíamos estado vagando por el parque, y por lo tanto no preguntó por nuestra prolongada ausencia. En cuanto entré me apresuré a cambiarme los zapatos y las medias empapados; pero haber estado sentada tanto rato en las Cumbres había hecho su daño. A la mañana siguiente quedé postrada, y durante tres semanas no pude atender mis obligaciones: una calamidad que nunca había experimentado antes de ese momento, y nunca, me alegra decirlo, desde entonces.

Mi pequeña señora se portó como un ángel cuidándome y alegrando mi soledad; el encierro me tenía muy deprimida. Es agobiante, para un cuerpo activo y enérgico; pero pocas personas

tienen tan ligeros motivos de queja como los que yo tenía. En el momento en que Catherine dejaba el cuarto del señor Linton aparecía a mi cabecera. El día se dividía entre nosotros dos; ningún entretenimiento le quitaba un minuto: descuidaba sus comidas, sus estudios y su juego; y fue la enfermera más cariñosa que jamás veló por nadie. Tuvo que tener un corazón muy cálido, para querer tanto a su padre, para darme tanto a mí. Dije que sus días se dividían entre nosotros; pero el amo se retiraba temprano, y yo por lo general no necesitaba nada después de las seis, así que la tarde era suya. ¡Pobrecita! Nunca pensé en qué hacía ella con su tiempo después del té. Y aunque con frecuencia, cuando entraba a darme las buenas noches, notaba un color fresco en sus mejillas y un rosado en sus finos dedos, en vez de imaginar que ese tono era tomado prestado de un frío paseo por el páramo, lo achaqué al calor del fuego de la biblioteca.

25

Capítulo XXIV

Empieza: «Al cabo de tres semanas pude abandonar mi cuarto y moverme por la casa. Y la primera tarde que me levanté le...»

Al cabo de tres semanas pude abandonar mi cuarto y moverme por la casa. Y la primera tarde que me levanté le pedí a Catherine que me leyera, porque tenía la vista débil. Estábamos en la biblioteca; el amo había subido a acostarse: ella consintió, bastante a regañadientes, me pareció; y suponiendo que mis clases de libros no la satisfarían, le dije que eligiera lo que quisiera leer. Eligió uno de sus favoritos, y fue avanzando con regularidad durante cerca de una hora; luego vinieron preguntas frecuentes.

—Ellen, ¿no estás cansada? ¿No sería mejor que te acostaras ya? Te pondrás enferma si te quedas levantada tanto tiempo, Ellen.

—No, no, querida, no estoy cansada —respondía yo sin cesar.

Viéndome inconmovible, intentó otro método para expresar su desgana por su ocupación. Pasó a los bostezos, a los estiramientos, y a:

—Ellen, estoy cansada.

—Pues deja de leer y habla —respondí.

Eso fue peor: se inquietó y suspiró, y miró su reloj hasta las ocho, y finalmente se fue a su cuarto completamente vencida por el sueño,

a juzgar por su aire malhumorado y pesado y el incesante frotarse los ojos. La noche siguiente pareció todavía más impaciente; y a la tercera desde que recobré su compañía se quejó de jaqueca y me dejó. Su conducta me pareció extraña; y habiéndome quedado sola un buen rato, resolví ir a preguntar si estaba mejor, e invitarla a venir a tumbarse en el sofá, en vez de quedarse arriba en la oscuridad. No encontré a Catherine ni arriba ni abajo. Los criados afirmaron que no la habían visto. Escuché en la puerta del señor Edgar: todo era silencio. Volví a su habitación, apagué mi vela, y me senté en la ventana.

La luna brillaba con claridad; una ligera capa de nieve cubría el suelo, y reflexioné en que quizás se le habría ocurrido dar un paseo por el jardín para refrescarse. Distinguí efectivamente una figura que se deslizaba a lo largo de la valla interior del parque; pero no era mi joven señora: al salir a la luz, reconocí a uno de los mozos de cuadra. Estuvo un buen rato mirando el camino de carruajes por los terrenos; luego arrancó a paso vivo, como si hubiera divisado algo, y reapareció poco después llevando a la yegua de la señorita; y allí estaba ella, recién apeada, caminando a su lado. El hombre se llevó a su cargo sigilosamente por el césped hacia la cuadra. Cathy entró por el postigo del salón, y se deslizó sin ruido hasta donde yo la esperaba. Cerró la puerta suavemente, se quitó los zapatos nevados, se desató el sombrero, y estaba procediendo, inconsciente de mi espionaje, a quitarse el manto, cuando de pronto me levanté y me dejé ver. La sorpresa la petrificó un instante: soltó una exclamación inarticulada y se quedó clavada.

—Mi querida señorita Catherine —empecé, demasiado vivamente impresionada por su reciente bondad para romper en regaños—,

¿adónde ha ido a montar a estas horas? ¿Y por qué intenta engañarme con una historia inventada? ¿Adónde ha ido? ¡Hable!

—Al fondo del parque —balbuceó—. No he inventado ninguna historia.

—¿Y a ningún otro sitio? —exigí.

—No —fue la respuesta murmurada.

—¡Oh, Catherine! —exclamé con tristeza—. Sabe usted que ha obrado mal, o no se habría visto obligada a decirme una mentira. Eso sí que me duele. Antes estaría tres meses enferma que escucharle a usted formular una mentira deliberada.

Ella dio un salto adelante y, echándose a llorar, me rodeó el cuello con los brazos.

—Pues bien, Ellen, tengo tanto miedo de que te enfades —dijo—. Prométeme que no te enfadarás, y te diré la pura verdad: odio ocultarla.

Nos sentamos en el asiento de la ventana; le aseguré que no la reñiría, fuera cual fuera su secreto, y desde luego lo adiviné; así que ella comenzó:

—He ido a Cumbres Borrascosas, Ellen, y no he dejado de ir ni un día desde que te pusiste enferma; salvo tres veces antes, y dos después de que dejaras tu cuarto. Le di a Michael libros y estampas para que preparara a Minny cada tarde, y la devolviera a la cuadra; a él tampoco debes regañarle, ¿eh? Estaba en las Cumbres a las seis y media, y por lo general me quedaba hasta las ocho y media, y luego volvía a galope. No iba para divertirme: muchas veces estaba desdichada todo el tiempo. De vez en cuando era feliz: una vez a la

semana quizás. Al principio esperaba que sería difícil persuadirte de que me dejaras cumplir mi palabra a Linton: pues me había comprometido a volver al día siguiente cuando le dejamos; pero como te quedaste arriba a la mañana siguiente, me libré de ese aprieto. Mientras Michael volvía a sujetar la cerradura de la puerta del parque por la tarde, me hice con la llave, y le expliqué cómo mi primo deseaba que le visitara, porque estaba enfermo y no podía venir a la Granja; y cómo papá se opondría a que fuera; y luego negocié con él lo de la yegua. Es aficionado a leer, y piensa marcharse pronto para casarse; así que se ofreció a hacer lo que yo quisiera si le prestaba libros de la biblioteca; pero preferí darle los míos, y eso le satisfizo mejor.

»En mi segunda visita Linton parecía de buen humor; y Zillah, que es su ama de llaves, nos arregló un cuarto limpio y un buen fuego, y nos dijo que, como Joseph había salido a una reunión de oración y Hareton Earnshaw estaba fuera con sus perros, furtiveando faisanes de nuestro bosque, según supe después, podíamos hacer lo que quisiéramos. Nos trajo un poco de vino caliente y pan de jengibre, y pareció de lo más bondadosa, y Linton se sentó en el sillón, y yo en la sillita de balancín en el hogar, y nos reímos y charlamos tan alegremente, y teníamos tanto que decirnos: planeamos adónde iríamos y qué haríamos en verano. No hace falta que lo repita, porque dirías que es una tontería.

»En una ocasión, sin embargo, estuvimos a punto de reñir. Dijo que la manera más agradable de pasar un caluroso día de julio era tendido de la mañana a la noche en una ladera de brezo en mitad del páramo, con las abejas zumbando soñolientamente entre la floración, y las alondras cantando muy arriba, y el cielo azul y el sol brillante y despejado. Esa era su idea más perfecta de la felicidad

del paraíso: la mía era mecerme en un árbol verde y susurrante, con viento del oeste soplando, y nubes blancas brillantes pasando veloces por encima; y no sólo alondras, sino zorzales y mirlos y pardillos y cucos derramando música por todas partes, y el páramo visto desde lejos, quebrado en frescas y oscuras cañadas; pero cerca grandes oleadas de hierba alta ondeando con la brisa; y bosques y agua sonora, y el mundo entero despierto y desbordante de júbilo. Él quería que todo reposara en un éxtasis de paz; yo quería que todo destellara y danzara en un glorioso júbilo. Yo dije que su paraíso sólo estaría medio vivo; y él dijo que el mío estaría borracho: yo dije que me quedaría dormida en el suyo; y él dijo que no podría respirar en el mío, y empezó a ponerse muy irritable. Al final acordamos probar los dos, en cuanto llegara el tiempo propicio; y luego nos besamos y fuimos amigos.

»Después de estar sentados quietos una hora, miré la gran habitación con su suelo liso y sin alfombra, y pensé lo bien que se podría jugar allí si quitáramos la mesa; y le pedí a Linton que llamara a Zillah para que nos ayudara, y jugaríamos a la gallinita ciega; que ella intentara atraparnos: tú solías jugar con nosotros, ya sabes, Ellen. Él no quiso: no había diversión en eso, dijo; pero consintió en jugar a la pelota conmigo. Encontramos dos en un armario, entre un montón de juguetes viejos, trompos, aros, raquetas y volantes. Una tenía marcada una C, y la otra una H; yo quería la C, porque era de Catherine, y la H podía ser de Heathcliff, su nombre; pero a la H se le salió el serrín, y a Linton no le gustaba. Le ganaba constantemente; y él se volvió a poner de mal humor y tosió, y volvió a su silla. Esa noche, sin embargo, recobró el buen humor fácilmente: le encantaron dos o tres canciones bonitas, las tuyas, Ellen; y cuando me tocó marcharme, me rogó y suplicó que

volviera a la tarde siguiente; y prometí. Minny y yo volvimos volando a casa ligeras como el aire; y soñé con Cumbres Borrascosas y mi dulce y querido primo hasta la mañana.

»Al día siguiente estaba triste; en parte porque estabas indispuesta, y en parte porque deseaba que mi padre lo supiera y aprobara mis excursiones: pero había un hermoso claro de luna después del té; y al montar, la tristeza se fue disipando. «Voy a pasar otra tarde feliz», me decía para mí; «y lo que más me alegra es que mi bonito Linton también». Entré al trote por su jardín, y estaba dando la vuelta hacia la parte trasera, cuando ese Earnshaw me salió al paso, tomó mi brida, y me dijo que entrara por la puerta principal. Le dio unas palmadas en el cuello a Minny y dijo que era una yegua muy guapa, y parecía como si quisiera que yo le hablara. Sólo le dije que dejara mi caballo en paz, o le daría una coz. Respondió en su acento vulgar: «No sería gran daño si lo hiciera»; y examinó sus patas con una sonrisa. Estuve tentada de dejarle intentarlo; sin embargo, se apartó para abrir la puerta, y al levantar el picaporte, miró hacia arriba a la inscripción y dijo, con una mezcla estúpida de torpeza y satisfacción: «¡Señorita Catherine! Ya puedo leer eso.»

»"¡Admirable!", exclamé. "A ver, déjanos escucharlo, que se ha vuelto usted muy listo."

»Deletreó y arrastró el nombre por sílabas: "Ha-re-ton Earnshaw."

»"¿Y las cifras?", grité animándole, al ver que se había quedado completamente parado.

»"Esas todavía no las sé", respondió.

»"¡Vaya ganso!", dije, riendo con ganas de su fracaso.

»El tonto se quedó mirando, con una sonrisa flotando en los labios y el ceño frunciéndose sobre los ojos, como si no supiera si podía unirse a mi risa, si era familiaridad agradable o lo que era en realidad, desprecio. Le resolví las dudas de golpe, recobré la seriedad y le pedí que se apartara, pues había venido a ver a Linton, no a él. Se ruborizó, lo vi a la luz de la luna, soltó el picaporte y se escabulló, imagen de vanidad mortificada. Supongo que se imaginaba tan instruido como Linton porque podía deletrear su propio nombre; y quedó maravillosamente desconcertado al ver que yo no pensaba lo mismo."

—¡Un momento, señorita Catherine, querida! —interrumpí—. No la reñiré; pero no me gusta su conducta de ahí. Si hubiera recordado que Hareton es su primo tanto como el señorito Heathcliff, habría visto lo impropio que era comportarse así. Al menos, era una ambición laudable en él querer estar tan instruido como Linton; y probablemente no aprendió sólo para presumir: usted le hizo avergonzarse de su ignorancia antes, no me cabe duda; y él quería remediarla y complacerle. Burlarse de su intento imperfecto fue una gran falta de educación. Si usted se hubiera criado en sus circunstancias, ¿sería menos grosera? Era un niño tan listo e inteligente como usted; y me duele que se le desprecie ahora, porque ese miserable Heathcliff le ha tratado tan injustamente.

—Bueno, Ellen, no vas a llorar por eso, ¿verdad? —exclamó, sorprendida por mi vehemencia—. Pero espera, y escucharás si se aprendió el abecedario para complacerme; y si valía la pena ser cortés con el bruto. Entré; Linton estaba tumbado en el escaño, y se incorporó a medias para recibirme.

»"Esta noche estoy enfermo, Catherine, amor", dijo; "y tienes que llevar tú toda la conversación y dejarme escuchar. Ven y siéntate a mi lado. Estaba seguro de que no faltarías a tu palabra, y te haré prometérmelo de nuevo antes de que te vayas."

»Sabía ya que no debía molestarle, pues estaba enfermo; y hablé despacio y no hice preguntas, y evité irritarle de cualquier modo. Le había traído algunos de mis mejores libros: me pidió que le leyera un poco de uno, y estaba a punto de hacerlo cuando Earnshaw irrumpió por la puerta, habiendo acumulado veneno con la reflexión. Se adelantó directamente hacia nosotros, agarró a Linton por el brazo y le tiró del asiento.

»"¡Vete a tu cuarto!", dijo, con una voz casi ininteligible de pasión; y su cara parecía hinchada y furiosa. "¡Llévala allí si viene a verte: no me vas a tener fuera de aquí. ¡Fuera los dos!"

»Nos insultó, y no le dio tiempo a Linton de responder, casi empujándole a la cocina; y apretó el puño al seguirle yo, como si deseara arrojarme al suelo. Me asusté un momento, y se me cayó un volumen; él lo pateó detrás de mí, y nos cerró la puerta. Oí una risa maligna y chirriante junto al fuego, y al volverme vi a ese odioso Joseph de pie frotándose sus huesudos manos, temblando de regocijo.

»"¡Sabía yo que os daría lo merecido! ¡Es un chico estupendo! ¡Tiene el espíritu justo! ¡Sabe, ay, sabe tan bien como yo, quién debe ser el amo de aquí! ¡Heh, heh, heh! ¡Os ha hecho escabulliros como era debido! ¡Heh, heh, heh!"

»"¿Adónde debemos ir?", le pregunté a mi primo, haciendo caso omiso de las burlas del viejo miserable.

»Linton estaba blanco y temblando. No estaba bonito entonces, Ellen: ¡oh, no! Tenía un aspecto terrible; pues su rostro delgado y sus grandes ojos se habían contraído en una expresión de furia frenética e impotente. Agarró el picaporte de la puerta y lo sacudió: estaba cerrado por dentro.

»"¡Si no me dejas entrar, te mato! ¡Si no me dejas entrar, te mato!", gritó más que dijo. "¡Demonio! ¡Demonio! ¡Te mataré! ¡Te mataré!"

»Joseph soltó de nuevo su risa croante.

»"¡Ahí está el padre!", gritó. "¡Es el padre! Siempre tenemos algo de cada bando en nosotros. No te preocupes, Hareton, muchacho, no tengas miedo: ¡no puede alcanzarte!"

»Tomé las manos de Linton y traté de apartarle; pero gritaba de tal modo que no me atreví a seguir. Al fin sus gritos fueron ahogados por un terrible ataque de tos; brotó sangre de su boca, y cayó al suelo. Corrí al patio, enferma de terror, y llamé a Zillah a gritos. Ella me oyó pronto: estaba ordeñando las vacas en un cobertizo detrás del granero, y, apresurándose desde su trabajo, preguntó qué pasaba. Yo no tenía aliento para explicar; tirando de ella hacia adentro, busqué a Linton con la vista. Earnshaw había salido a examinar el daño que había causado, y estaba llevando a la pobre criatura escaleras arriba. Zillah y yo subimos tras él; pero él me detuvo en lo alto de los escalones y dijo que no debía entrar; que debía irme a casa. Exclamé que había matado a Linton, y que iba a entrar. Joseph cerró la puerta con llave, y declaró que no haría «cosa semejante», y me preguntó si estaba «dispuesta a volverme tan loca como él». Me quedé llorando hasta que reapareció el ama de llaves. Afirmó que en un rato estaría mejor, pero que no podía

aguantar esos gritos y ese alboroto; y me tomó, y casi me llevó en brazos a la casa.

»Ellen, ¡estaba dispuesta a arrancarme los cabellos! Lloré y sollocé tanto que casi me quedé ciega; y el rufián al que tanto compadeces estaba enfrente: presumiendo de vez en cuando de pedirme que «me callara», y negando que fuera culpa suya; y finalmente, asustado por mis afirmaciones de que se lo diría a papá, y de que le meterían en la cárcel y le ahorcarían, él mismo empezó a lloriquear, y salió corriendo a esconder su cobarde agitación. Con todo, no me libré de él: cuando por fin me obligaron a partir, y ya me había alejado unos cien metros de la finca, salió de repente de la sombra del borde del camino, detuvo a Minny y me agarró.

»"Señorita Catherine, lo siento mucho", comenzó, "pero es bastante injusto..."

»Le di un golpe con el látigo, pensando que quizás fuera a asesinarme. Me soltó, lanzando uno de sus horribles juramentos, y salí al galope a casa casi fuera de mis sentidos.

»No te di las buenas noches esa tarde, y no fui a Cumbres Borrascosas al día siguiente: deseaba ir con todas mis ganas; pero estaba de un modo extrañamente excitado, y a veces temía escuchar que Linton había muerto; y a veces me estremecía ante la idea de encontrarme con Hareton. Al tercer día cobré valor: al menos, no podía soportar la incertidumbre más tiempo, y me escabullí una vez más. Fui a las cinco en punto, y caminé; imaginando que podría arreglármelas para entrar sigilosamente en la casa, y subir al cuarto de Linton sin que me vieran. Sin embargo, los perros dieron aviso de mi llegada. Zillah me recibió, y diciendo que «el muchacho se estaba reponiéndose muy bien», me hizo

pasar a una pequeña y ordenada habitación enmoquetada, donde, para mi indecible alegría, vi a Linton tumbado en un sofá pequeño, leyendo uno de mis libros. Pero no quiso ni hablarme ni mirarme durante toda una hora, Ellen: tiene un genio tan desdichado. Y lo que me desconcertó del todo fue que, cuando finalmente abrió la boca, fue para afirmar la falsedad de que yo había ocasionado el alboroto, y de que Hareton no tenía culpa alguna. Sin poder responder más que apasionadamente, me levanté y salí de la habitación. Me llamó con un débil «¡Catherine!» No contaba con ser respondida así; pero yo no quise volver; y al día siguiente fue el segundo en que me quedé en casa, casi resuelta a no volver a visitarle. Pero era tan miserable acostarse y levantarse sin escuchar nada de él, que mi resolución se esfumó antes de estar propiamente formada. Había parecido mal emprender el viaje una vez; ahora parecía mal abstenerse. Michael vino a preguntar si debía ensillar a Minny; dije que sí, y me consideré cumpliendo con un deber mientras ella me llevaba por las colinas. Me vi obligada a pasar ante las ventanas del frente para llegar al patio: era inútil intentar ocultar mi presencia.

»"El joven amo está en casa", dijo Zillah al verme dirigirme al saloncito. Entré; Earnshaw estaba allí también, pero salió del cuarto inmediatamente. Linton estaba sentado en el gran sillón medio dormido; acercándome al fuego, empecé en tono grave, con la intención parcial de que fuera verdad:

»"Ya que no te caigo bien, Linton, y ya que crees que vengo con la intención de hacerte daño, y lo pretendes así cada vez, ésta es nuestra última visita: despidámonos; y dile al señor Heathcliff que no deseas verme, y que no debe inventar más falsedades al respecto."

»"Siéntate y quítate el sombrero, Catherine", respondió él. "Eres tan mucho más feliz que yo que deberías ser mejor. Papá habla bastante de mis defectos, y muestra bastante desdén hacia mí, como para que sea natural que yo dude de mí mismo. Dudo con frecuencia de si no soy tan inútil como él dice; y entonces me siento tan malhumorado y amargado que odio a todos. Soy inútil, y de mal genio, y de mal espíritu, casi siempre; y si quieres puedes decir adiós: te librarás de una molestia. Sólo, Catherine, hazme esta justicia: cree que si pudiera ser tan dulce, y tan bondadoso, y tan bueno como tú eres, lo sería; tan de buena gana, y más, que si fuera feliz y sano. Y cree que tu bondad me ha hecho quererte más hondo que si me mereciera tu amor; y que aunque no podía, ni puedo, evitar mostrarte mi naturaleza, lo lamento y me arrepiento de ello; ¡y lo lamentaré y me arrepentiré hasta morir!"

»Sentí que decía la verdad; y sentí que debía perdonarle; y que aunque riñéramos al momento siguiente, debía perdonarle de nuevo. Nos reconciliamos; pero lloramos los dos todo el tiempo que estuve allí: no enteramente de tristeza; pero sí lamentaba que Linton tuviera esa naturaleza retorcida. ¡Nunca dejará que sus amigos estén tranquilos, y él nunca estará tranquilo! Desde aquella noche he ido siempre a su pequeño saloncito, porque su padre volvió al día siguiente.

»Unas tres veces, creo, hemos estado alegres y llenos de esperanza, como la primera tarde; el resto de mis visitas han sido sombrías y angustiosas: unas veces por su egoísmo y su malicia, otras por sus sufrimientos; pero he aprendido a sobrellevar el primero casi con tan poco resentimiento como los últimos. El señor Heathcliff me evita deliberadamente: apenas le he visto. El domingo pasado, en verdad, llegando antes de lo habitual, le oí insultar cruelmente al

pobre Linton por su conducta de la noche anterior. No sé cómo pudo enterarse, a menos que escuchara. Linton ciertamente se había comportado de manera provocadora; sin embargo, no era asunto de nadie más que mío, e interrumpí la lección del señor Heathcliff entrando y diciéndoselo. Soltó una carcajada, y se marchó diciendo que le alegraba que yo lo viera así. Desde entonces, le he dicho a Linton que debe susurrar sus cosas amargas. Ahora, Ellen, ya lo has oído todo. No pueden impedirme ir a Cumbres Borrascosas si no es infligiendo desgracia a dos personas; mientras que, si sólo no le dices nada a papá, mi ida no tiene por qué perturbar la tranquilidad de nadie. No se lo dirás, ¿verdad? Sería muy cruel si lo hicieras.

—Tomaré mi decisión sobre ese punto mañana, señorita Catherine —respondí—. Requiere cierta reflexión; así que la dejo a usted descansar, y me voy a pensarlo.

Lo pensé en voz alta, en presencia de mi amo; yendo directamente de su cuarto al de él, y refiriendo toda la historia: con excepción de sus conversaciones con su primo, y de cualquier mención de Hareton. El señor Linton quedó alarmado y angustiado más de lo que quería reconocer ante mí. Por la mañana, Catherine supo mi traición, y supo también que sus visitas secretas habían de acabar. En vano lloró y se retorció contra la prohibición, e imploró a su padre que se apiadara de Linton: todo lo que obtuvo de consuelo fue la promesa de que él escribiría y le daría permiso de venir a la Granja cuando quisiera; pero explicando que ya no podía esperar ver a Catherine en Cumbres Borrascosas. Quizás, de haber conocido el carácter y el estado de salud de su sobrino, habría juzgado conveniente privarle incluso de ese leve consuelo.

******

26

Capítulo XXV

Empieza: «Todo esto ocurrió el invierno pasado, señor —dijo la señora Dean—; hace poco más de un año. El invierno pasado, no pensé...»

—Todo esto ocurrió el invierno pasado, señor —dijo la señora Dean —; hace poco más de un año. El invierno pasado, no pensé que al cabo de otros doce meses estaría entreteniendo a un extraño a la familia refiriéndoselo. Y, sin embargo, ¿quién sabe cuánto tiempo seguirá siendo usted un extraño? Es usted demasiado joven para contentarse siempre con vivir solo; y de algún modo me imagino que nadie podría ver a Catherine Linton y no quererla. Usted sonríe; pero ¿por qué parece tan animado e interesado cuando hablo de ella? ¿Y por qué me ha pedido que cuelgue su retrato sobre su chimenea? ¿Y por qué...?

—¡Basta, mi buena amiga! —exclamé—. Es muy posible que llegara a quererla; pero ¿me querría ella? Lo dudo demasiado para arriesgar mi tranquilidad adentrándome en la tentación: y además mi hogar no está aquí. Pertenezco al mundo activo, y a sus brazos debo volver. Continúe. ¿Fue Catherine obediente a las órdenes de su padre?

—Lo fue —continuó el ama de llaves—. Su cariño hacia él seguía siendo el sentimiento principal en su corazón; y él le hablaba sin ira: le hablaba con la profunda ternura de quien está a punto de

dejar su tesoro en medio de peligros y enemigos, donde sus palabras recordadas serían la única ayuda que podría legarle como guía. Me dijo a mí, unos días después: «Desearía que mi sobrino escribiera, Ellen, o que viniera. Dígame sinceramente qué piensa de él: ¿ha cambiado para bien, o hay perspectivas de mejora a medida que se haga hombre?»

—«Es muy delicado, señor —respondí—, y difícilmente llegará a la madurez: pero esto sí puedo decir, que no se parece a su padre; y si la señorita Catherine tuviera la desgracia de casarse con él, él no estaría fuera de su control: a menos que ella fuera extremadamente y neciamente indulgente. De todos modos, amo, tendrá usted tiempo de sobra para conocerle y juzgar si le convendría: falta más de cuatro años para que sea mayor de edad.»

Edgar suspiró; y, acercándose a la ventana, miró hacia el cementerio de Gimmerton. Era una tarde neblinosa, pero el sol de febrero brillaba débilmente, y podíamos apenas distinguir los dos abetos en el patio y las escasas lápidas dispersas.

—He rezado a menudo —dijo casi para sí— por la llegada de lo que se acerca; y ahora empiezo a encogerme y a temerlo. Pensé que el recuerdo de la hora en que bajé por ese valle de novio sería menos dulce que la anticipación de que pronto, en unos meses, o quizás semanas, me llevarían escaleras arriba, y me pondrían en su solitaria hondonada. ¡Ellen, he sido muy feliz con mi pequeña Cathy: en noches de invierno y días de verano era una esperanza viva a mi lado. Pero también he sido feliz meditando solo entre esas piedras, bajo esa vieja iglesia: tendido en las largas tardes de junio sobre el montículo verde de la tumba de su madre, deseando, anhelando el momento en que pudiera yacer debajo. ¿Qué puedo

hacer por Cathy? ¿Cómo debo dejarla? No me importaría lo más mínimo que Linton fuera hijo de Heathcliff; ni que me la alejara, si pudiera consolarla de mi pérdida. ¡No me importaría que Heathcliff lograra sus fines y triunfara arrebatándome mi última bendición! Pero si Linton resulta ser indigno, un mero instrumento en manos de su padre, ¡no puedo abandonársela! Y, aunque es duro aplastar su espíritu alegre, debo persistir en hacerla triste mientras yo viva, y dejarla solitaria cuando muera. ¡Querida! Antes la encomendaría a Dios y la pondría en la tierra antes que yo.

—Encomiéndesela a Dios tal como están las cosas, señor —respondí —, y si llegáramos a perderle, que Él no lo permita, bajo Su providencia estaré a su lado como amiga y consejera hasta el último momento. La señorita Catherine es una buena chica: no temo que vaya a extraviarse de su propia voluntad; y quienes cumplen con su deber siempre son recompensados al final.

La primavera avanzó; sin embargo, mi amo no recuperaba fuerzas reales, aunque reanudó sus paseos por los terrenos con su hija. Para las inexpertas nociones de ella, eso mismo era señal de convalecencia; y además tenía a menudo las mejillas encendidas y los ojos brillantes; estaba segura de que se recuperaría. En su décimo séptimo cumpleaños, él no fue al cementerio: llovía, y observé: «Seguramente no saldrá esta noche, señor.» Respondió: «No, lo aplazaré un año más.» Volvió a escribir a Linton, expresando su gran deseo de verle; y de haber estado el inválido presentable, no hay duda de que su padre le habría permitido venir. Tal como estaban las cosas, instruido como estaba, devolvió una respuesta en la que indicaba que el señor Heathcliff se oponía a que fuera a la Granja; pero que el amable recuerdo de su tío le alegraba, y esperaba encontrarle a veces en sus paseos, y pedirle

personalmente que su prima y él no siguieran separados por tanto tiempo.

Esa parte de su carta era sencilla, y probablemente suya propia. Heathcliff sabía que podía abogar elocuentemente por la compañía de Catherine, entonces.

—No pido —decía— que ella venga aquí; pero ¿no voy a verla nunca, porque mi padre me prohíbe ir a su casa, y usted le prohíbe a ella venir a la mía? Salga de vez en cuando a cabalgar con ella hacia las Cumbres; ¡y dejemos intercambiar unas pocas palabras en su presencia! No hemos hecho nada para merecer esta separación; y usted no está enfadado conmigo: no tiene razones para no quererme, lo reconoce usted mismo. ¡Querido tío! envíeme mañana una nota amable, y permiso para reunirme con usted dondequiera que guste, excepto en la Granja de Thrushcross. Creo que una entrevista le convencería de que el carácter de mi padre no es el mío: él afirma que soy más su sobrino que su hijo; y aunque tengo defectos que me hacen indigno de Catherine, ella me los ha perdonado, y por su bien debería usted también. Pregunta usted por mi salud: es mejor; pero mientras permanezco privado de toda esperanza, y condenado a la soledad, o a la compañía de quienes nunca me han querido ni me querrán, ¿cómo puedo estar alegre y bien?

Edgar, aunque sentía compasión por el muchacho, no podía acceder a su petición; porque no podía acompañar a Catherine. Dijo que quizás en verano pudieran verse: entretanto, le pidió que siguiera escribiendo de vez en cuando, y se comprometió a darle todo el consejo y consuelo que pudiera por carta; siendo bien consciente de su difícil posición en su familia. Linton obedeció; y de

haber tenido libertad, probablemente lo habría arruinado todo llenando sus cartas de quejas y lamentos: pero su padre le vigilaba de cerca, e insistía por supuesto en que se le mostrara cada línea que mi amo enviaba; de modo que en vez de escribir sus personales sufrimientos y angustias, los temas constantemente más presentes en su pensamiento, se recreaba en la cruel obligación de estar separado de su amiga y amor; e insinuaba suavemente que el señor Linton debía permitir pronto una entrevista, o temería que le estuviera engañando deliberadamente con promesas vacías.

Cathy era una poderosa aliada en casa; y entre los dos persuadieron al fin a mi amo para que accediera a que tuvieran un paseo a caballo o a pie juntos una vez por semana, bajo mi vigilancia, y por los páramos más cercanos a la Granja: pues junio le encontraba todavía en declive. Aunque había reservado anualmente una parte de sus ingresos para la fortuna de su joven señora, tenía el deseo natural de que ella conservara, o al menos volviera en poco tiempo a, la casa de sus antepasados; y consideraba que su única perspectiva de hacerlo era mediante una unión con su heredero; no tenía ni idea de que éste iba fallando casi tan rápido como él mismo; ni nadie, creo: ningún médico visitaba las Cumbres, y nadie veía al señorito Heathcliff para dar cuenta de su estado entre nosotros. Yo, por mi parte, empecé a pensar que mis malos presagios eran falsos, y que debía estar realmente mejorando, cuando mencionaba paseos a caballo y a pie por el páramo, y parecía tan empeñado en alcanzar su objetivo. No podía imaginarme a un padre tratando a un hijo moribundo con la tiranía y la crueldad que luego supe que Heathcliff empleaba con él, para obligarle a mostrar ese aparente empeño: sus esfuerzos redoblan

cuanto más inminentemente sus planes avariciosos e inhumanos son amenazados de fracaso por la muerte.

* * * * * *

27

Capítulo XXVI

Empieza: «El verano ya había pasado su apogeo cuando Edgar cedió con reluctancia a sus súplicas, y Catherine y yo emprendimos nuestro primer...»

El verano ya había pasado su apogeo cuando Edgar cedió con reluctancia a sus súplicas, y Catherine y yo emprendimos nuestro primer paseo a caballo para reunirnos con su primo. Era un día cerrado y sofocante: sin sol, pero con un cielo demasiado moteado y brumoso para amenazar lluvia; y el lugar de encuentro había sido fijado en la piedra indicadora, en el cruce de caminos. Al llegar allí, sin embargo, un chico pastor, enviado como mensajero, nos dijo que: «El señorito Linton estaba justo a este lado de las Cumbres; y nos agradecería mucho que siguiéramos un poco más adelante.»

—Entonces el señorito Linton se ha olvidado de la primera instrucción de su tío —observé—; que nos mandaba quedarnos en tierras de la Granja, y ya nos hemos salido de ellas al momento.

—Bueno, daremos la vuelta a nuestros caballos cuando le alcancemos —respondió mi compañera—; nuestra excursión irá hacia casa.

Pero cuando le alcanzamos, y no estaba a más de un cuarto de milla de su propia puerta, comprobamos que no tenía caballo; y nos vimos obligadas a desmontar y dejar a los nuestros pastar.

Estaba tendido en el brezo aguardando nuestra llegada, y no se levantó hasta que estuvimos a unos metros. Entonces anduvo con tal debilidad, y tenía tan mala cara, que exclamé de inmediato:

—Pues, señorito Heathcliff, no está usted en condiciones de disfrutar un paseo esta mañana. ¡Qué mala cara tiene!

Catherine le miró con pena y asombro: cambió la exclamación de alegría que tenía en los labios por una de alarma; y la felicitación por su largo aplazado encuentro por una ansiosa pregunta de si estaba peor que de ordinario.

—No, mejor, ¡mejor! —jadeó, temblando, y reteniendo su mano como si necesitara su apoyo, mientras sus grandes ojos azules vagaban tímidamente sobre ella; la cuencas oscuras en torno a ellos transformando en salvaje agotamiento la expresión lánguida que una vez tuvieron.

—Pero has estado peor —insistió su prima—; peor que cuando te vi por última vez; estás más delgado, y...

—Estoy cansado —interrumpió él precipitadamente—. Hace demasiado calor para caminar; descansemos aquí. Y por las mañanas suelo sentirme mal: papá dice que crezco tan deprisa.

Poco satisfecha, Cathy se sentó, y él se recostó a su lado.

—Esto se parece a tu paraíso —dijo ella, haciendo un esfuerzo por mostrarse animada—. ¿Recuerdas los dos días que acordamos pasar en el lugar y la manera que cada uno juzgara más agradables? Éste es casi el tuyo, sólo que hay nubes; pero son tan suaves y apacibles: es más agradable que el sol. La semana que

viene, si puedes, bajaremos al parque de la Granja, y probaremos el mío.

Linton no parecía recordar de qué hablaba, y evidentemente tenía grandes dificultades para sostener cualquier tipo de conversación. Su falta de interés por los temas que ella iniciaba, y su igual incapacidad para contribuir a su entretenimiento, eran tan evidentes que ella no podía disimular su decepción. Una alteración indefinible había sobrevenido en toda su persona y sus maneras. La irritabilidad que podía ser acariciada hasta convertirse en ternura había cedido a una apatía lánguida; había menos del genio caprichoso de un niño que se inquieta y molesta adrede para ser mimado, y más de la hosquedad ensimismada de un inválido confirmado, que rechaza el consuelo y está dispuesto a considerar la alegría de buen humor de los demás como un insulto. Catherine advirtió, igual que yo, que para él era más un castigo que un placer soportar nuestra compañía; y no tardó en proponer marcharse. Esa propuesta, inesperadamente, despertó a Linton de su letargo y le sumió en un extraño estado de agitación. Lanzó una mirada temerosa hacia las Cumbres, rogándole que se quedara al menos otra media hora.

—Pero creo —dijo Cathy— que estarías más cómodo en casa que sentado aquí; y hoy no puedo entretenerte, lo veo, con mis historias, canciones y charla: te has vuelto más sensato que yo en estos seis meses; ya tienes poco gusto por mis diversiones; o bien, si pudiera entretenerte, me quedaría de buena gana.

—Quédate a descansar —respondió él—. Y, Catherine, no pienses ni digas que estoy muy enfermo: es el tiempo pesado y el calor lo que me hace estar apagado; y caminé bastante, para lo que es en mí,

antes de que llegaras. Dile al tío que estoy tolerablemente bien, ¿quieres?

—Le diré que dices eso, Linton. No podría afirmarlo yo —observó mi joven señora, extrañada ante su pertinaz insistencia en lo que evidentemente era una falsedad.

—Y vuelve aquí el próximo jueves —continuó él, evitando su mirada perpleja—. Y dale mis gracias por permitirte venir: mis mejores gracias, Catherine. Y... y si te encontraras con mi padre, y te preguntara por mí, no le hagas suponer que he estado muy silencioso y torpe: no pongas cara triste y abatida, como estás poniendo; se enfadará.

—A su enfado no le tengo ningún miedo —exclamó Cathy, imaginando que ella sería su objeto.

—Pero yo sí —dijo su primo, estremeciéndose—. No le provoques contra mí, Catherine; es muy duro.

—¿Es severo con usted, señorito Heathcliff? —pregunté—. ¿Se ha cansado de la indulgencia, y ha pasado del odio pasivo al activo?

Linton me miró, pero no respondió; y, tras permanecer sentada a su lado otros diez minutos, durante los cuales su cabeza fue cayendo adormecida sobre su pecho y no profirió nada más que ahogados quejidos de agotamiento o dolor, Cathy empezó a buscar consuelo buscando arándanos y compartiendo la cosecha de sus búsquedas conmigo: no se los ofreció a él, pues vio que más atención sólo le cansaría y molestaría.

—¿Ya ha pasado media hora, Ellen? —me susurró al oído por fin—. No sé por qué debemos quedarnos. Está dormido, y papá nos

estará esperando.

—Pues no debemos dejarle dormido —respondí—; espera a que despierte, y ten paciencia. Tenías muchas ganas de salir, ¡pero el anhelo de ver al pobre Linton se ha evaporado enseguida!

—¿Para qué quería verme? —respondió Catherine—. En sus peores humores, antes, me gustaba más que en su curiosa manera de ser actual. Es como si fuera una tarea que se ve obligado a cumplir, esta entrevista, por miedo a que le riña su padre. Pero no voy a venir precisamente para dar placer al señor Heathcliff; sea cual sea la razón que tenga para ordenar a Linton que se someta a esta penitencia. Y aunque me alegra que esté mejor de salud, me pesa que sea tan mucho menos agradable y tan mucho menos cariñoso conmigo.

—¿Crees que está mejor de salud? —dije.

—Sí —respondió—; porque ya sabes que siempre le daba una enorme importancia a sus sufrimientos. No está tolerablemente bien, como me dijo que dijera a papá; pero está mejor, muy probablemente.

—En eso diferimos, señorita Cathy —observé—; yo diría que está mucho peor.

Linton se despertó de su sopor en ese momento, con aterrorizado desconcierto, y preguntó si alguien había pronunciado su nombre.

—No —dijo Catherine—; a menos que en sueños. No concibo cómo te las arreglas para dormirte al aire libre, por la mañana.

—Creí oír a mi padre —jadeó, lanzando una mirada hacia el promontorio ceñudo que teníamos encima—. ¿Está usted segura de

que nadie ha hablado?

—Completamente segura —respondió su prima—. Sólo Ellen y yo estábamos discutiendo acerca de tu salud. ¿Estás realmente más fuerte, Linton, que cuando nos separamos en invierno? Si es así, estoy segura de que una cosa no es más fuerte: tu cariño por mí. Dímelo: ¿lo estás?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Linton al responder: «¡Sí, sí, sí!» Y todavía bajo el hechizo de la voz imaginaria, su mirada vagaba arriba y abajo buscando a su dueño.

Cathy se levantó.

—Por hoy tenemos que separarnos —dijo—. Y no ocultaré que me he sentido tristemente defraudada con nuestro encuentro; aunque no se lo diré a nadie más que a ti: no es que tenga miedo del señor Heathcliff.

—Calla —murmuró Linton—; ¡por Dios, calla! Viene. —Y se aferró al brazo de Catherine, esforzándose por retenerla; pero al oír ese anuncio ella se soltó rápidamente, y silbó a Minny, que la obedeció como un perro.

—Aquí estaré el próximo jueves —gritó, saltando a la silla—. ¡Adiós! ¡Aprisa, Ellen!

Y así le dejamos, apenas consciente de nuestra partida, tan absorto estaba en anticipar la llegada de su padre.

Antes de llegar a casa, el disgusto de Catherine se suavizó en una confusa sensación de lástima y pesar, mezclada en buena parte con vagas e inquietas dudas sobre la real situación de Linton, física y social: de la que yo participaba, aunque le aconsejé que dijera poco;

pues un segundo viaje nos haría mejor juicio. Mi amo pidió un relato de nuestras andanzas. El ofrecimiento de gracias de su sobrino fue debidamente entregado; la señorita Cathy pasó suavemente por encima del resto: yo tampoco arrojé mucha luz sobre sus preguntas, pues apenas sabía qué ocultar y qué revelar.

* * * * * *

2 8

Capítulo XXVII

Empieza: «Siete días se deslizaron, marcando cada uno su curso por la ahora rápida alteración del estado de Edgar Linton. Los estragos que...»

Siete días se deslizaron, marcando cada uno su curso por la ahora rápida alteración del estado de Edgar Linton. Los estragos que los meses habían obrado hasta entonces eran ahora igualados por los avances de las horas. Todavía habríamos querido engañar a Catherine; pero su propio espíritu perspicaz se negaba a dejarse engañar: lo adivinó en secreto, y rumiaba la terrible probabilidad, que fue madurando gradualmente en certeza. No tuvo corazón de mencionar su paseo cuando llegó el jueves: lo mencioné yo por ella, y obtuve permiso para mandarla fuera: pues la biblioteca, donde su padre pasaba un rato cada día, el breve período que podía soportar sentado, y su dormitorio, se habían convertido en su mundo entero. Escatimaba cada momento que no la encontraba inclinada sobre su almohada o sentada a su lado. Su semblante fue palideciendo de vigilia y pena, y mi amo la despachó de buena gana a lo que se lisonjeaba de que sería un agradable cambio de escenario y compañía; consolándose con la esperanza de que no quedaría ahora completamente sola después de su muerte.

Tenía la convicción fija, deduje por varias observaciones que dejó caer, de que, como su sobrino se le parecía en persona, se le

parecería en espíritu; pues las cartas de Linton ofrecían pocas o ninguna indicación de su carácter deficiente. Y yo, por perdonable debilidad, me abstuve de corregir el error; preguntándome qué bien habría en perturbar sus últimos momentos con una información que no tenía ni poder ni oportunidad de aprovechar.

Aplazamos la excursión hasta la tarde: una dorada tarde de agosto, con cada soplo de viento de las colinas tan lleno de vida que parecía que quien lo respirara, aunque estuviera muriendo, podría revivir. La cara de Catherine era exactamente como el paisaje: sombras y destellos de sol pasando sobre ella en rápida sucesión; pero las sombras se quedaban más tiempo, y el sol era más fugaz; y su pobre corazoncito se reprochaba incluso ese pasajero olvido de sus penas.

Divisamos a Linton aguardando en el mismo lugar que había elegido antes. Mi joven señora desmontó, y me dijo que, como había resuelto quedarse muy poco tiempo, era mejor que yo sujetara la yegua y me quedara a caballo; pero yo me negué: no quería arriesgar perder un minuto de vista a la pupila que me habían confiado; así que subimos juntas la ladera del brezo. El señorito Heathcliff nos recibió con mayor animación en esta ocasión: no la animación de los espíritus alegres, ni tampoco de la alegría; parecía más bien miedo.

—¡Es tarde! —dijo, hablando con dificultad y brevedad—. ¿No está su padre muy enfermo? Pensé que no vendría.

—¿Por qué no quieres ser sincero? —exclamó Catherine, tragándose su saludo—. ¿Por qué no puedes decir directamente que no me quieres aquí? Es raro, Linton, que por segunda vez me hayas

traído aquí aparentemente a propósito para afligirnos a los dos, ¡y sin ninguna razón más!

Linton se estremeció, y la miró, mitad suplicante, mitad avergonzado; pero la paciencia de su prima no era suficiente para aguantar ese comportamiento enigmático.

—Mi padre está muy enfermo —dijo—; ¿y por qué me llaman de su cabecera? ¿Por qué no me enviaste a absolverme de mi promesa, cuando deseabas que no la cumpliera? ¡Vamos! Quiero una explicación: el juego y las bromas están completamente desterrados de mi ánimo; ¡y no puedo bailarle el agua a tus afectaciones ahora!

—¡Mis afectaciones! —murmuró él—; ¿qué son? Por el amor de Dios, Catherine, no me mires tan enfadada. Desprécieme todo lo que quiera: soy una criatura inútil, cobarde y miserable; no puedo ser lo bastante despreciada; pero soy demasiado ruin para su enfado. Odie a mi padre, y deje el desprecio para mí.

—¡Tonterías! —exclamó Catherine, acalorada—. ¡Chico tonto, estúpido! ¡Y ahí está, tiembla: como si fuera a tocarle de verdad! No tiene que pedir desprecio, Linton: cualquiera se lo tributará espontáneamente a su servicio. ¡Apártese! Voy a volver a casa: es una insensatez arrancarle del hogar, y pretender... ¿qué pretendemos? ¡Suélteme el vestido! Si sintiera lástima por usted porque llora y parece tan asustado, debería usted rechazar esa lástima. Ellen, dígale lo vergonzoso que es este comportamiento. Levántese, y no se degrade convirtiéndose en un reptil abyecto: ¡no lo haga!

Con el rostro bañado en lágrimas y una expresión de agonía, Linton había tendido su frágil cuerpo sobre el suelo: parecía convulsionado de exquisito terror.

—¡Oh! —sollozó—; ¡no puedo aguantarlo! Catherine, Catherine, soy un traidor también, ¡y no me atrevo a decírselo! ¡Pero váyase, y me matarán! ¡Querida Catherine, mi vida está en sus manos!; y usted ha dicho que me quería, y si es verdad, no le haría daño. ¿No se irá, entonces? ¡Bondadosa, dulce, buena Catherine! Y quizás consienta... ¡y él me dejará morir con usted!

Mi joven señora, al presenciar su intensa angustia, se inclinó para levantarle. El viejo sentimiento de tierna indulgencia venció su irritación, y quedó profundamente conmovida y alarmada.

—¿Consentir en qué? —preguntó—. ¡En quedarme! Dime el significado de este extraño hablar, y lo haré. Te contradices, ¡y me desconciertas! Sé tranquilo y franco, y confiesa de una vez todo lo que pesa en tu corazón. No me harías daño, Linton, ¿verdad? No dejarías que ningún enemigo me hiciera daño, si pudieras evitarlo. Creeré que eres cobarde para ti mismo, pero no un cobarde traidor a tu mejor amiga.

—Pero mi padre me amenazó —jadeó el muchacho, apretando sus atenuados dedos—, ¡y le temo! ¡Le temo! ¡No me atrevo a decirlo!

—¡Oh, bueno! —dijo Catherine con compasión desdeñosa—; guárdate tu secreto: yo no soy cobarde. Sálvate tú: ¡yo no tengo miedo!

Su magnanimidad le arrancó las lágrimas: lloró violentamente, besando las manos que le sostenían, y con todo no pudo reunir valor para hablar. Yo estaba cavilando sobre qué podría ser el

misterio, y había resuelto que Catherine no sufriría para beneficio de él ni de nadie por mi voluntad; cuando, al oír un crujido entre el brezo, alcé la vista y vi al señor Heathcliff casi encima de nosotros, bajando desde las Cumbres. No lanzó una mirada hacia mis compañeros, aunque estaban lo bastante cerca para que los sollozos de Linton fueran audibles; sino que saludándome en el tono casi cordial que no adoptaba con nadie más, y cuya sinceridad no podía evitar poner en duda, dijo:

—Es mucho verte tan cerca de mi casa, Nelly. ¿Cómo van las cosas en la Granja? Cuéntame. Corre el rumor —añadió en voz más baja— de que Edgar Linton está en el lecho de muerte: ¿exageran quizás su enfermedad?

—No; mi amo está muriendo —respondí—; es lo bastante cierto. Será una cosa triste para todos nosotros, ¡aunque para él será una bendición!

—¿Cuánto tiempo crees que le queda? —preguntó.

—No lo sé —dije.

—Porque —continuó, mirando a los dos jóvenes, que estaban clavados bajo su ojo: Linton parecía no poder aventurarse a moverse ni a levantar la cabeza, y Catherine no podía moverse, por culpa de él—, porque ese muchacho de ahí parece decidido a adelantarme; y le agradecería a su tío que se diera prisa y se fuera antes que él. ¡Hola! ¿Lleva el mozo mucho tiempo haciendo ese juego? Le di algunas lecciones sobre el lloriqueo. ¿Está animado con la señorita Linton habitualmente?

—¿Animado? No; ha mostrado el mayor abatimiento —respondí—. Al verle, diría yo que en lugar de pasear con su novia por las

colinas, debería estar en cama, bajo la atención de un médico.

—Lo estará, dentro de uno o dos días —murmuró Heathcliff—. Pero primero: ¡levántate, Linton! ¡Levántate! —gritó—. ¡No te arrastres por el suelo! ¡En pie, ahora mismo!

Linton se había derrumbado de nuevo en otro paroxismo de miedo impotente, causado por la mirada de su padre hacia él, supongo: no había nada más que pudiera producir semejante humillación. Hizo varios intentos de obedecer, pero sus pocas fuerzas estaban aniquiladas por el momento, y cayó de nuevo con un quejido. El señor Heathcliff se adelantó y le ayudó a apoyarse contra un ribazo de turba.

—Ahora —dijo, con furia contenida—, me estoy poniendo furioso; y si no dominas ese miserable espíritu tuyo, ¡maldita sea! ¡En pie inmediatamente!

—Lo haré, padre —jadeó él—. Sólo déjeme en paz, o me desmayaré. He hecho lo que usted quería, estoy seguro. Catherine me dirá que he estado animado. ¡Ah, quédate a mi lado, Catherine; dame tu mano!

—Toma la mía —dijo su padre—; ponte en pie. Bien, ya está; ella te prestará el brazo: así está bien; mírala. Se diría que soy el mismísimo diablo, señorita Linton, para provocar semejante horror. Tenga la bondad de llevarle a casa a pie, ¿quiere? Se estremece si le toco.

—¡Linton, querido! —susurró Catherine—. No puedo ir a Cumbres Borrascosas: papá me lo ha prohibido. No te va a hacer daño: ¿por qué tienes tanto miedo?

—No puedo volver a entrar en esa casa —respondió él—. ¡No debo volver a entrar sin ti!

—¡Basta! —gritó su padre—. Respetaremos los escrúpulos filiales de Catherine. Nelly, llévale adentro, y seguiré tu consejo sobre el médico sin demora.

—Hará bien —respondí—. Pero debo quedarme con mi señora: cuidar a su hijo no es asunto mío.

—Es usted muy terca —dijo Heathcliff—; lo sé: pero me va a obligar a pellizcar al bebé y hacerle gritar antes de que su caridad se mueva. Vamos, pues, mi héroe. ¿Está dispuesto a volver, escoltado por mí?

Se acercó de nuevo e hizo como si fuera a agarrar al frágil ser; pero éste, echándose hacia atrás, se aferró a su prima e imploró que le acompañara, con una importunidad frenética que no admitía negativa. Por mucho que yo desaprobara, no podía impedírselo: ¿cómo habría podido ella misma negárselo? Qué era lo que le llenaba de terror no teníamos modo de averiguarlo; pero allí estaba, indefenso bajo su poder, y cualquier añadidura parecía capaz de sumirle en la idiotez. Llegamos al umbral; Catherine entró, y yo me quedé esperando hasta que hubiera conducido al inválido a una silla, esperando que saliera de inmediato; cuando el señor Heathcliff, empujándome hacia adentro, exclamó:

—Mi casa no está apestada, Nelly; y tengo ganas de ser hospitalario hoy: siéntese, y permítame cerrar la puerta.

La cerró y también la echó con llave. Me sobresalté.

—Tomará el té antes de irse a casa —añadió—. Estoy solo. Hareton se ha ido con unas reses a los Lees, y Zillah y Joseph han salido de paseo; y aunque estoy acostumbrado a estar solo, preferiría tener compañía interesante, si puedo conseguirla. Señorita Linton, tome asiento junto a él. Le doy lo que tengo: el presente apenas merece ser aceptado; pero no tengo nada más que ofrecer. Es Linton, lo que quiero decir. ¡Cómo nos mira! ¡Qué raro es el sentimiento salvaje que tengo hacia todo lo que parece tenerme miedo! Si hubiera nacido donde las leyes son menos estrictas y los gustos menos delicados, me trataría a una lenta vivisección de esos dos, como entretenimiento de noche.

Aspiró profundo, golpeó la mesa, y se juró para sí: «¡Por el infierno, les odio!»

—¡A usted no le tengo miedo! —exclamó Catherine, que no pudo oír la última parte de su discurso. Se acercó; sus ojos negros relampagueando de pasión y resolución—. ¡Déme esa llave! ¡La quiero! —dijo—. No comería ni bebería aquí aunque me estuviera muriendo de hambre.

Heathcliff tenía la llave en la mano sobre la mesa. Levantó los ojos, sobrecogido de cierta sorpresa ante su audacia; o posiblemente recordado, por su voz y su mirada, de la persona de quien los heredaba. Ella se abalanzó a la llave, y en parte lo consiguió: la sacó a medias de sus dedos aflojados; pero su acción le devolvió al presente; la recuperó rápidamente.

—Ahora, Catherine Linton —dijo—, apártese, o la tiraré al suelo; y eso volverá loca a la señora Dean.

Sin hacer caso de la advertencia, ella volvió a apoderarse de su mano cerrada y su contenido. «¡Nos iremos!» repitió, haciendo el máximo esfuerzo para que los músculos de hierro cedieran; y al comprobar que sus uñas no hacían mella alguna, aplicó los dientes bastante enérgicamente. Heathcliff me lanzó una mirada que me impidió intervenir un momento. Catherine estaba demasiado absorta en sus dedos para fijarse en su cara. Él los abrió de repente y cedió el objeto de la disputa; pero, antes de que ella lo hubiera asegurado bien, la sujetó con la mano liberada y, tirando de ella hacia su rodilla, le propinó con la otra una lluvia de tremendas bofetadas en ambos lados de la cara, cada una suficiente para haber cumplido su amenaza de haberla podido derribar.

Ante esa diabólica violencia me lancé sobre él furiosamente.

—¡Canalla! —empecé a gritar—; ¡canalla! Un toque en el pecho me silenció: soy corpulenta y me quedo sin aliento fácilmente; y entre eso y la rabia, me tambaleé hacia atrás y estuve a punto de ahogarme o de reventar un vaso sanguíneo. La escena duró dos minutos; Catherine, liberada, se llevó ambas manos a las sienes, y puso exactamente el aire de quien no sabe con seguridad si le quedan orejas o no. Temblaba como un junco, pobrecita, y se apoyó sobre la mesa completamente aturdida.

—Ya ve cómo sé castigar a los niños —dijo el bribón, lúgubremente, mientras se inclinaba para volver a apoderarse de la llave, que había caído al suelo—. Vaya ahora con Linton, como le he dicho; y llore a sus anchas: seré su padre mañana, todo el padre que tendrá en unos días; y tendrá bastante de eso. Puede soportarlo; no es de las débiles: tendrá una dosis diaria, si vuelvo a sorprender semejante expresión de genio del demonio en sus ojos.

Cathy corrió hacia mí en vez de hacia Linton, y se arrodilló y apoyó su ardiente mejilla sobre mi falda, llorando en voz alta. Su primo se había encogido en un rincón del escaño, tan quieto como un ratón, felicitándose, me atreví a pensar, de que el correctivo hubiera caído sobre otro y no sobre él. El señor Heathcliff, viendo a todos desconcertados, se levantó y preparó el té con expedición él mismo. Las tazas y los platillos estaban listos. Lo sirvió, y me tendió una taza.

—Desahogue su bilis —dijo—. Y sírvale a su querida traviesa y a la mía. No está envenenado, aunque lo he preparado yo. Voy a salir a buscar sus caballos.

Al marcharse, nuestro primer pensamiento fue forzar una salida. Probamos la puerta de la cocina, pero estaba cerrada por fuera: miramos las ventanas: eran demasiado estrechas incluso para la pequeña figura de Cathy.

—Señorito Linton —exclamé, viendo que estábamos formalmente prisioneras—, sabe usted lo que su diabólico padre pretende, y nos lo dirá, o le daré unos cachetes, como él se los ha dado a su prima.

—Sí, Linton, tienes que decirlo —dijo Catherine—. Por ti vine; y sería una ingratitud muy grande si te negaras.

—Denme té, tengo sed, y entonces se lo diré —respondió él—. Señora Dean, apártese. No me gusta que esté usted encima de mí. Ahora, Catherine, está dejando caer sus lágrimas en mi taza. Eso no me lo bebo. Deme otra.

Catherine le empujó otra y se secó la cara. Sentí asco ante la ecuanimidad de la pequeña criatura, ahora que ya no temía por sí misma. La angustia que había exhibido en el páramo se disipó en

cuanto entró en Cumbres Borrascosas; así que deduje que le habían amenazado con una terrible visita de cólera si no lograba atraernos allí; y, logrado eso, ya no tenía miedos inmediatos.

—Papá quiere que nos casemos —continuó, después de sorber un poco del líquido—. Y sabe que su papá no nos dejaría casarnos ahora; y tiene miedo de que yo me muera si esperamos; de modo que nos casaremos por la mañana, y usted se quedará aquí esta noche; y si hace lo que él desea, podrá volver a casa al día siguiente, y llevarme con usted.

—¡Llevarse a usted, pobre changeling! —exclamé—. ¿Casarse? ¡Pero si el hombre está loco! ¿O nos toma por tontas a todas? ¿Y cree usted que esa hermosa joven señora, esa chica sana y robusta, va a atarse a un monito enfermizo como usted? ¿Está abrigando la noción de que alguien, no digamos la señorita Catherine Linton, le querría a usted por marido? Se merece una buena zurra por habernos traído aquí con sus llorosas y cobardes artimañas; y no ponga esa cara de tonto ahora. Tengo muy buenas ganas de sacudirle bien, por su despreciable traición y su imbécil presunción.

Le di un ligero sacudón; pero eso le provocó la tos, y él recurrió a su ordinario recurso de quejarse y llorar, y Catherine me reprendió.

—¿Quedarse toda la noche? No —dijo ella, mirando lentamente a su alrededor—. Ellen, derribaré esa puerta a fuego antes de quedarme aquí.

Y habría empezado a ejecutar su amenaza de inmediato; pero Linton se puso en guardia de nuevo, en alerta por su querida persona. La abrazó con sus dos débiles brazos, sollozando:

—¿No me quieres, y no me salvarás? ¿No dejas que vaya a la Granja? ¡Oh, querida Catherine! No puedes marcharte y abandonarme, después de todo. ¡Tienes que obedecer a mi padre, tienes que hacerlo!

—Debo obedecer al mío —respondió ella—, y aliviarle de esta cruel incertidumbre. ¡Toda la noche! ¿Qué pensaría él? Estará ya angustiado. Voy a salir de esta casa rompiéndola o quemándola. ¡Cállate! Tú no estás en peligro; pero si me estorbas, Linton, ¡quiero a papá más que a ti!

El terror mortal que sentía al enojo del señor Heathcliff devolvió al muchacho su cobarde elocuencia. Catherine estaba casi frenética: aun así, insistía en que debía irse a casa, y le rogó por su parte, persuadiéndole de que dominara su egoísta agonía. Mientras estaban así ocupados, volvió a entrar su carcelero.

—Sus bestias han trotado —dijo—, y... ¡ahora, Linton! ¿Llorando de nuevo? ¿Qué te ha hecho ella? Vamos, vamos, basta; y a la cama. Dentro de un mes o dos, muchacho, podrás pagarle sus presentes tiranías con mano vigorosa. Te consume el amor puro, ¿verdad? No hay nada más en el mundo: ¡y ella te tendrá! Ahí, a la cama. Zillah no estará aquí esta noche; tienes que desvestirte tú solo. ¡Calla! ¡Silencio! Una vez en tu cuarto, no me acercaré: no tienes por qué temer. Fortuitamente, te has manejado tolerablemente. Yo me encargaré del resto.

Pronunció estas palabras sosteniendo la puerta abierta para que saliera su hijo, y éste logró su salida exactamente como podría hacerlo un spaniel que sospechara que la persona que le atiende planea darle un pellizco malintencionado. La llave fue asegurada de nuevo. Heathcliff se acercó al fuego, donde mi señora y yo

estábamos en silencio. Catherine alzó los ojos e instintivamente llevó la mano a su mejilla: su proximidad despertó una dolorosa sensación. Cualquier otro habría sido incapaz de contemplar el infantil gesto con severidad, pero él la miró con ceño fruncido y murmuró:

—¡Oh! ¿Que no me tiene miedo? Su valentía está bien disimulada: ¡parece usted terriblemente asustada!

—Ahora sí que tengo miedo —respondió ella—; porque, si me quedo, papá estará desdichado; ¿y cómo voy a soportar hacerle desdichado, cuando él... cuando él... Señor Heathcliff, déjeme ir a casa. Prometo casarme con Linton: papá querría que lo hiciera; y le quiero. ¿Por qué quiere obligarme a hacer lo que haré de mi propia voluntad?

—¡Que se atreva a obligarla! —exclamé—. ¡Hay leyes en el país, gracias a Dios! Las hay; aunque estemos en un lugar apartado. Informaría aunque fuera mi propio hijo: ¡y es un delito sin derecho a gracia!

—¡Silencio! —dijo el rufián—. ¡Al diablo con su clamor! No quiero que hable usted. Señorita Linton, me entretendrá sobremanera pensar que su padre va a estar desdichado: no dormiré de satisfacción. No podría haber encontrado modo más seguro de fijar su residencia bajo mi techo las próximas veinticuatro horas que informarme de que tal evento seguiría. En cuanto a su promesa de casarse con Linton, cuidaré de que la cumpla; pues no saldrá de aquí hasta que se haya cumplido.

—¡Mande a Ellen, entonces, a decirle a papá que estoy a salvo! —exclamó Catherine, llorando amargamente—. ¡O cáseme ahora

mismo. Pobre papá! Ellen, él pensará que nos hemos perdido. ¿Qué haremos?

—¡Ni mucho menos! Pensará que está usted cansada de cuidarle, y que ha salido a divertirse un poco —respondió Heathcliff—. No puede negar que entró en mi casa por su propia voluntad, en desprecio de sus instrucciones en contrario. Y es perfectamente natural que desee entretenerse a su edad; y que se canse de cuidar a un enfermo, y ese enfermo sólo su padre. Catherine, sus días más felices se acabaron cuando empezaron los de usted. La maldijo, me atrevo a decir, por venir al mundo (yo sí lo hice, al menos); y estaría muy bien que la maldijera al salir. Yo me uniría. ¡No la quiero! ¿Cómo podría? Llore todo lo que quiera. A lo que puedo ver, será su principal diversión en adelante; a menos que Linton compense otras pérdidas: y su previsor padre parece imaginar que puede. Sus cartas de consejo y consuelo me han entretenido sobremanera. En la última me recomendaba a mi joya que tuviera cuidado de la suya; y que fuera amable con ella cuando la tuviera. Cuidadoso y amable: muy paternal. Pero Linton necesita toda su provisión de cuidado y amabilidad para sí mismo. Linton sabe ser el pequeño tirano. Se encargaría de torturar a cualquier número de gatos, si les arrancaran los dientes y les cortaran las garras. Podrá usted contarle a su tío buenas historias de su amabilidad cuando vuelva a casa, se lo aseguro.

—¡En eso tiene razón! —dije—; describa el carácter de su hijo. Muestre su parecido con usted mismo: y entonces espero que la señorita Cathy lo piense dos veces antes de aceptar al basilisco.

—No me importa mucho hablar ahora de sus amables cualidades —respondió—; porque debe o aceptarle o quedarse prisionera, y

usted conmigo, hasta que su amo muera. Puedo retener a las dos, completamente ocultas, aquí. Si lo duda, anímela a retractarse de su palabra, ¡y tendrá oportunidad de juzgar!

—No me retractaré de mi palabra —dijo Catherine—. Me casaré con él dentro de esta hora, si puedo ir a la Granja de Thrushcross después. Señor Heathcliff, es usted un hombre cruel, pero no es un demonio; y no destruirá irrevocablemente toda mi felicidad por mera malicia. Si papá pensara que le abandoné a propósito, y si muriera antes de que yo volviera, ¿podría yo seguir viviendo? He dejado de llorar: pero voy a arrodillarme aquí, junto a su rodilla; y no me levantaré, y no apartaré los ojos de su cara hasta que me mire usted de vuelta. No, no se vuelva; ¡mire! No verá nada que le provoque. No le odio. No estoy enfadada por que me golpeara. ¿No ha querido nunca a nadie en toda su vida, tío? ¿Nunca? ¡Ah! Tiene que mirar una vez. Soy tan desgraciada que no puede por menos de apiadarse de mí y compadecerse.

—¡Quita esos dedos de lagarto; y muévete, o te doy una patada! —exclamó Heathcliff, apartándola brutalmente—. Preferiría que me abrazara una serpiente. ¿Cómo diablos puedes soñar con halagarme? ¡Te detesto!

Se encogió de hombros: se sacudió, en efecto, como si su carne se erizara de aversión; y apartó la silla hacia atrás; mientras yo me levantaba, abría la boca y empezaba un torrente de insultos. Pero me dejaron muda en medio de la primera frase con la amenaza de que me encerrarían en un cuarto yo sola a la siguiente sílaba que pronunciara. Oscurecía; oímos un ruido de voces en la verja del jardín. Nuestro anfitrión salió inmediatamente: estaba en sus

cabales; nosotras no. Hubo una conversación de dos o tres minutos, y volvió solo.

—Pensé que era su primo Hareton —observé a Catherine—. ¡Ojalá llegara! Quién sabe si no tomaría partido por nosotras.

—Eran tres criados enviados a buscarlas desde la Granja —dijo Heathcliff, oyéndome—. Debería haber abierto un postigo y llamado a gritos: pero puedo jurar que esa chiquilla se alegra de que no lo haya hecho. Está contenta de verse obligada a quedarse, estoy seguro.

Al saber la oportunidad que habíamos perdido, las dos dimos rienda suelta a nuestro pesar sin reparo; y él nos dejó lamentarnos hasta las nueve. Luego nos mandó subir, por la cocina, al cuarto de Zillah; y le susurré a mi compañera que obedeciera: quizás pudiéramos arreglárnoslas para pasar por la ventana, o subir a un desván y salir por su tragaluz. La ventana, sin embargo, era estrecha, como las de abajo, y la trampilla del desván estaba a salvo de nuestros intentos; pues quedamos encerradas como antes. Ninguna de las dos se acostó: Catherine tomó su puesto junto al postigo, y vigiló ansiosamente la llegada de la mañana; un hondo suspiro era la única respuesta que podía obtener a mis frecuentes súplicas de que intentara descansar. Me senté en una silla, y me meció de un lado a otro, dictando un juicio severo sobre mis numerosas negligencias en el deber; de las cuales me pareció entonces que habían brotado todas las desgracias de mis patrones. No era el caso en realidad, lo sé; pero sí lo era en mi imaginación, aquella noche lúgubre; y pensé que el propio Heathcliff era menos culpable que yo.

A las siete vino, y preguntó si la señorita Linton se había levantado. Ella corrió a la puerta de inmediato, y respondió: «Sí.» «Aquí, pues», dijo, abriéndola y tirando de ella hacia afuera. Me levanté para seguirla, pero él volvió a echar la llave. Exigí mi libertad.

—Tenga paciencia —respondió—; le mandaré el desayuno dentro de un rato.

Golpeé los paneles y sacudí el picaporte con enojo, y Catherine preguntó por qué seguía encerrada. Él respondió que debía intentar aguantar otra hora, y se alejaron. Lo aguanté dos o tres horas; por fin oí unos pasos: no eran los de Heathcliff.

—Le traigo algo de comer —dijo una voz—; ¡abra la puerta!

Obedeciendo con ansiedad, vi a Hareton cargado con comida suficiente para todo el día.

—Tome —añadió, metiéndome la bandeja en las manos.

—Espere un momento —empecé.

—Na —gritó él, y se retiró sin hacer caso de cuantas súplicas le dirigí para que se quedara.

Y allí permanecí encerrada todo el día, y toda la noche siguiente; y otra, y otra. Cinco noches y cuatro días permanecí en total, sin ver a nadie más que a Hareton una vez cada mañana; y él era un modelo de carcelero: hosco, mudo, y sordo a cualquier intento de despertar su sentido de la justicia o de la compasión.

29

Capítulo XXVIII

Empieza: «A la mañana del quinto día, o más bien a la tarde, se acercaron unos pasos distintos: más ligeros y más cortos;...»

A la mañana del quinto día, o más bien a la tarde, se acercaron unos pasos distintos: más ligeros y más cortos; y esta vez la persona entró en el cuarto. Era Zillah; vestida con su chal escarlata, con un sombrero de seda negra en la cabeza y una cesta de mimbre colgada del brazo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Señora Dean! —exclamó—. ¡Vaya si se habla de usted en Gimmerton! Nunca se me ocurrió pensar sino que estaban hundidas en la ciénaga de Blackhorse, usted y la señorita, hasta que el amo me dijo que habían aparecido, y que les había dado alojamiento aquí. ¡Hala! Deben de haberse subido a una islita, ¿no? ¿Cuánto tiempo estuvieron en el hoyo? ¿Las salvó el amo, señora Dean? Pero no está tan delgada, no ha estado tan mal, ¿eh?

—¡Su amo es un verdadero bárbaro! —respondí—. Pero tendrá que dar cuentas. No tenía por qué inventar ese cuento: se pondrá todo al descubierto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Zillah—. No es cuento suyo: eso lo cuentan en el pueblo, lo de que estaban perdidas en la ciénaga; y yo le dije a Earnshaw cuando llegué: «Eh, han pasado cosas muy raras, señor Hareton, desde que me fui. Es una lástima muy grande lo de

esa muchacha tan lista, y la pobre Nelly Dean.» Él me miró sin comprender. Pensé que no había oído nada, así que le conté el rumor. El amo escuchó, y se sonrió para sí, y dijo: «Si han estado en la ciénaga, ya están fuera, Zillah. Nelly Dean está alojada, en este momento, en tu cuarto. Pídele que se vaya cuando subas; aquí está la llave. El agua del pantano se le metió en la cabeza, y habría salido corriendo a casa completamente alocada; pero la retuvé hasta que recobró el juicio. Pídele que vaya a la Granja enseguida, si está en condiciones, y que lleve un recado mío: que su joven señora le seguirá a tiempo para asistir al funeral del señor.»

—¿El señor Edgar no ha muerto? —jadé—. ¡Oh! ¡Zillah, Zillah!

—No, no; siéntese, buena señora —respondió—; todavía está usted muy enferma. No ha muerto; el doctor Kenneth cree que puede aguantar otro día. Le pregunte al pasar por el camino.

En lugar de sentarme, agarré mis cosas de calle y me apressþre a bajar, pues el camino estaba libre. Al entrar en la casa, miré a mi alrededor buscando a alguien que me diera noticias de Catherine. El lugar estaba lleno de luz solar, y la puerta estaba abierta de par en par; pero nadie parecía estar a mano. Como dudaba entre marcharme de inmediato o volver y buscar a mi señora, una tos leve llamó mi atención hacia el hogar. Linton estaba tendido en el escáño, único ocupante, chupando un palo de caramelo y siguiendo mis movimientos con ojos apáticos.

—¿Dónde está la señorita Catherine? —exigí con severidad, suponiendo que podía asustarle para que me diera información, al sorprenderle así, solo. Él siguió chupando como un angelito.

—¿Se ha ido? —dije.

—No —respondió—; está arriba: no se le permite irse; nosotros no se lo permitimos.

—¡No se lo permitís, idiotilla! —exclamé—. Indícame su cuarto inmediatamente, o te haré gemir de lo lindo.

—Papá te haría gemir a ti si intentaras llegar allá —respondió—. Dice que no debo ser blando con Catherine: es mi mujer, y es una vergüenza que quiera dejarme. Dice que me odia y quiere que me muera para quedarse con mi dinero; pero no se lo quedará, ni se irá a casa. ¡Nunca! Puede llorar y ponerse enferma todo lo que quiera.

Reanudó su anterior ocupación, cerrando los párpados como si fuera a quedarse dormido.

—Señorito Heathcliff —continué—, ¿ha olvidado toda la bondad de Catherine con usted el invierno pasado, cuando afirmaba que la quería, y cuando ella le traía libros y le cantaba canciones, y vino muchas veces a través del viento y la nieve a verle? Lloraba por perderse una tarde, porque usted se llevaría una decepción; y entonces sentía usted que ella era cien veces demasiado buena para usted; y ahora cree las mentiras que le cuenta su padre, aunque sabe que los detesta a los dos. Y se une a él contra ella. Eso sí que es mucha gratitud, ¿no?

La comisura de la boca de Linton se torció, y apartó el caramelo de sus labios.

—¿Acasó vino a Cumbres Borrascosas porque le odiaba? —continué —. ¡Piense! En cuanto a su dinero, ella ni siquiera sabe que vaya a tener alguno. Y dice usted que está enferma; y, sin embargo, la deja sola, alláarriba en una casa extraña. ¡Usted, que ha sabido lo que es el abandono! Podía compadecerse de sus propios sufrimientos; y

ella también los compadeía; ¡pero usted no quiere compadecerse de los de ella! Lloro, señorito Heathcliff, ya lo ve; una mujer entrada en años, y una simple criada; y usted, después de fingir tanto afecto, y teniendo razones para adorarla casi, guarda todas sus lágrimas para sí mismo, y está tumbado ahí muy tranquilo. ¡Ah, es usted un chico sin corazón y egoísta!

—No puedo quedarme con ella —respondió malhumorado—. No me quedaré solo. Llora tanto que no puedo aguantarlo. Y no para, aunque digo que llamaré a mi padre. Le llamé una vez, y él la amenazó con estrangularla si no se callaba; pero volvió a empezar en cuanto él salió del cuarto, lamentándose y gimiendo toda la noche, aunque yo gritaba de la desesperación por no poder dormir.

—¿El señor Heathcliff está fuera? —pregunté, al ver que la miserable criatura era incapaz de compadecer las torturas morales de su prima.

—Está en el patio —respondió—, hablando con el doctor Kenneth; que dice que el tío está muriéndose de verdad, al fin. Me alegra, porque después de él seré yo el dueño de la Granja. Catherine siempre hablaba de ella como si fuera su casa. ¡No es suya! Es mía: papá dice que todo lo que ella tiene es mío. Todos sus libros tan bonitos son míos; me ofreció dármelos, y sus pájaros tan bonitos, y su yegua Minny, si conseguía la llave de nuestro cuarto y la dejaba salir; pero le dije que no tenía nada que dar, que todo, todo era mío. Y entonces lloró, y se sacó del cuello un retratito, y dijo que me lo iba a dar; dos retratos en un estuche de oro, de un lado su madre, y del otro el tío, de jóvenes. Eso fue ayer. Dije que también eran míos; e intenté quitárselos. La muy rencorosa no me lo permitió: me apartó de un empujón y me hizo daño. Grité; eso la asusta; oyó

venir a papá, y forzó las bisagras y dividió el estuche, y me dio el retrato de su madre; el otro intentó esconderlo; pero papá preguntó qué pasaba, y se lo expliqué. Le quitó el que yo tenía, y le ordenó que me cediera el suyo; ella se negó, y él... él la tiró al suelo, le arrebató el medallón arrancándolo de la cadena, y lo aplastó con el pie.

—¿Y le agrada haberla visto golpear? —pregunté, con la intención de seguir animándole a hablar.

—Me alegré —respondió—: me alegra ver a mi padre golpear a un perro o a un caballo, lo hace con tanta fuerza. Y al principio me alegraba a mí también: se merecía el castigo por haberme empujado. Pero cuando papá se fue, ella me llamó a la ventana y me enseñó la mejilla cortada por dentro, contra los dientes, y la boca llenándose de sangre; y luego recogió los trozos del retrato, y fue a sentarse con la cara vuelta hacia la pared; y desde entonces no me ha vuelto a dirigir la palabra; y a veces pienso que no puede hablar del dolor. No me gusta pensar eso; pero es una mala chica por estar llorando sin parar; y tiene tan mala cara y una mirada tan extraña, que me da miedo.

—¿Y puede conseguir la llave si quiere? —dije.

—Sí, cuando estoy arriba —respondió—; pero ahora no puedo subir la escalera.

—¿En qué habitación está? —pregunté.

—Oh —exclamó—, no le voy a decir dónde está. Es nuestro secreto. Ni Hareton ni Zillah deben saberlo. ¡Ya está, me ha cansado! ¡Váyase, váyase! —Y volvió la cara hacia su brazo y cerró los ojos de nuevo.

Juzgué que lo mejor era marcharme sin ver al señor Heathcliff, y traer socorro para mi joven señora desde la Granja. Al llegar allí, el asombro de mis compañeros de servicio al verme, y su alegría también, fue enorme; y cuando oyeron que su pe queña señora estaba a salvo, dos o tres estuvieron a punto de subir corriendo a gritar la noticia a la puerta del señor Edgar; pero me reser vé el anuncio para mí misma. ¡Cómo le encontré cambiado, incluso en esos pocos días! Yacía como una imagen de tristeza y resignación aguardando su muerte. Tenía un aspecto muy joven: aunque su edad real era treinta y nueve años, cualquiera le habría echado diez menos como mínimo. Pensaba en Catherine, pues la nombraba murmurando. Le to qué la mano y hablé.

—Catherine viene, querido amo —susurré—; está viva y bien; y estará aquí, espero, esta noche.

Temblé ante los primeros efectos de esta noticia: se incorporó a medias, miró con ansiedad a su alrededor por el cuarto, y luego cayó de nuevo en un desvanecimiento. En cuanto se recobró, le referí nuestra visita obligada y nuestra detención en las Cumbres. Dije que Heathcliff me había obligado a entrar, lo cual no era del todo verdad. Dije lo menos posible contra Linton; ni describí toda la brutal conducta de su padre: mi intención era no añadir amargura alguna, si podía evitarlo, a su copa ya rebosante.

Dedujo que uno de los propósitos de su enemigo era asegurar los bienes personales, además de la finca, para su hijo: o más bien para sí mismo; y sin embargo, por qué no había esperado hasta su muerte era un enigma para mi amo, ignorante de cuán próximos estaban él y su sobrino de abandonar el mundo al mismo tiempo. De todos modos, sintió que sería mejor modificar su testamento: en

lugar de dejar la fortuna de Catherine a su libre disposición, resolvió ponerla en manos de fideicomisarios para su uso durante su vida, y para sus hijos, si los tuviera, después de ella. De ese modo no podría pasar al señor Heathcliff en caso de que Linton muriera.

Habiendo recibido sus instrucciones, despachué a un hombre a buscar al abogado, y a otros cuatro, provistos de armas de buen uso, a exigir a mi joven señora a su carcelero. Ambas partidas se retrasaron mucho. El criado solo fue el primero en regresar. Dijo que el señor Green, el abogado, estaba fuera cuando llegó a su casa, y tuvo que esperarle dos horas; y luego el señor Green le dijo que tenía un pequeño asunto en el pueblo que debía atender; pero que estaría en la Granja de Thrushcross antes del amanecer. Los cuatro hombres volvieron también sin compañía. Trajeron la noticia de que Catherine estaba enferma: demasiado enferma para abandonar su cuarto; y Heathcliff no les permitía verla. Reg añé bien a esos tontos por haber aceptado esa historia, que no quería llevar a mi amo; y resolví llevar al amanecer una banda entera a las Cumbres y tomarlas al asalto literalmente, a menos que la prisionera nos fuera entregada sin resistencia. Su padre la verá, lo juré y lo volveré a jurar, aunque ese demonio muera en sus propios escalones tratándo de impedirlo.

Afortunadamente, me ahorré el viaje y el esfuerzo. Había bajado a las tres de la madrugada a buscar una jarra de agua; y estaba cruzando el vestíbulo con ella en la mano, cuando un golpe seco en la puerta principal me hizo dar un salto.

—¡Oh! Es Green —dije, recobrándome—; no es más que Green. —Y seguí adelante, con intención de mandar a otro a abrir; pero el golpe se repitió: no fuerte, pero insistente. Puse la jarra en la

barandilla y me apresuré a abrir yo misma. La luna llena de la cosecha brillaba clara afuera. No era el abogado. Mi dulce y pe queña señora se lanzó a mi cuello sollozando:

—¡Ellen, Ellen! ¿Vive papá?

—Sí —exclamé—: sí, ángel mío, vive; ¡gracias a Dios, estás de nuevo con nosotros a salvo!

Quería subir corriendo, sin aliento como estaba, al cuarto del señor Linton; pero la obliqué a sentarse en una silla, le di de beber, y le la vé la pálida cara, frotándola con mi delantal hasta sacarle un débil color. Luego le dije que debía ir yo primero a anunciar su llegada; rogando que dijera que era feliz con el joven Heathcliff. Ella me miró con asombro; pero pronto comprendiendo por qué le aconsejaba decir esa falsedad, me aseguró que no se quejaría.

No pude soportar estar presente en su encuentro. Me quedé fuera de la puerta del dormitorio durante un cuarto de hora, y apenas me atreví a acercarme a la cama siquiera. Sin embargo, todo estaba sereno: la desesperación de Catherine era tan silenciosa como la alegría de su padre. Le sostenía con calma en apariencia; y él tenía los ojos alzados clavados en los rasgos de ella, ojos que parecían dilatarse de éxtasis.

Murió felizmente, señor Lockwood: murió así. Besándole la mejilla, murmuró: «Voy con ella; y tú, querida niña, vendrás con nosotros.» Y no se movió ni habló más; pero mantuvo esa mirada arrebatada y radiante hasta que su pulso se detuvo imperceptiblemente y su alma partió. Nadie habría podido notar el minuto exacto de su muerte, tan completamente libre de lucha fue.

Fuera porque Catherine hubiera agotado sus lágrimas, o porque el dolor fuera demasiado pesado para dejarlas fluir, estuvo allí sentada con los ojos secos hasta que salió el sol: estuvo sentada hasta el mediodía, y habría seguido allí absorta junto al lecho de muerte, pero insistí en que se alejara y descansara un poco. Fue una suerte que lo consiguiera, porque a la hora de comer apareció el abogado, tras haberse pasado por Cumbres Borrascosas a recibir instrucciones sobre cómo comportarse. Se había vendido al señor Heathcliff: ésa era la causa de su tardanza en obedecer la llamada de mi amo. Afortunadamente, ninguna preocupación mundana cruzó la mente de éste para perturbarlo, tras la llegada de su hija.

El señor Green se tomó la libertad de ordenar todo y a todos en la finca. Dió a todos los criados, excepto a mí, aviso de despido. Habría llevado su autoridad delegada hasta el punto de insistir en que Edgar Linton no fuera enterrado junto a su esposa, sino en la capilla, con su familia. Estaba, sin embargo, el testamento para impedirlo, y mis enfáticas protestas contra cualquier infringimiento de sus disposiciones. El funeral se celebró con prisa; a Catherine, ahora la señora Linton Heathcliff, se le permitió quedarse en la Granja hasta que el cuerpo de su padre la hubiera abandonado.

Ella me contó que su angustia había impulsado al fin a Linton a arriesgarse a liberarla. Oyó a los hombres que mandé disputando en la puerta, y entendió el sentido de la respuesta de Heathcliff. La llevó a la desesperación. Linton, que había sido llevado al pe queño saloncito poco después de que yo me fuera, fue aterrorizado hasta el punto de ir a buscar la llave antes de que su padre volviera a subir. Tuvo la astucia de abrir y volver a cerrar la puerta sin echarla del todo; y cuando debía haberse ido a la cama, pidió dormir con

Hareton, y su petición fue atendida por una vez. Catherine se escapó antes del amanecer. No se atrevió a intentar las puertas por miedo a que los perros dieran la alarma; recorrió las habitaciones vacías examinando sus ventanas; y, afortunadamente, al llegar al cuarto de su madre, salió fácilmente por su postigo, y a tierra, ayudándose del abeto cercano. Su cómplice pagó por su parte en la evasion, a pesar de sus tímidas maquinaciones.

* * * * * *

30

Capítulo XXIX

Empieza: «La tarde después del funeral, mi joven señora y yo estábamos sentadas en la biblioteca; meditando tristemente, una de nosotras con desesperación,...»

La tarde después del funeral, mi joven señora y yo estábamos sentadas en la biblioteca; meditando tristemente, una de nosotras con desesperación, sobre nuestra pérdida, y aventurando conjeturas sobre el sombrío futuro.

Acabábamos de acordar que el mejor destino que podía aguardar a Catherine sería que se le permitiera seguir residiendo en la Granja; al menos mientras viviera Linton: con él autorizado a reunirse con ella allí, y yo permaneciendo como ama de llaves. Eso parecía un arreglo demasiado favorable para esperarlo; y sin embargo yo lo esperaba, y empezaba a animarme con la perspectiva de conservar mi hogar y mi empleo, y sobre todo a mi adorada joven señora; cuando un criado, uno de los despedidos que aún no se había marchado, entró precipitadamente y dijo que «ese demonio de Heathcliff» estaba cruzando el patio: ¿debía cerrarle la puerta en las narices?

Si hubiéramos sido tan locas de dar esa orden, no teníamos tiempo. No tuvo la ceremonia de llamar ni de anunciar su nombre: era el dueño, y usó el privilegio del dueño de entrar directamente sin decir una palabra. El sonido de la voz del criado le dirigió a la

biblioteca; entró, y haciéndole señas de que se fuera, cerró la puerta.

Era el mismo cuarto en el que había sido recibido, como invitado, dieciocho años antes: la misma luna brillaba por la ventana; y el mismo paisaje otoñal se extendía afuera. Aún no habíamos encendido una vela, pero toda la estancia era visible, incluso los retratos de la pared: el espléndido rostro de la señora Linton, y el elegante de su marido. Heathclifff se acercó al hogar. El tiempo le había alterado poco también a él. Era el mismo hombre: la cara morena algo más cetr ina y más serena, la constituc ión quiáz quince kilos más pesada, y ninguna otra diferencia. Catherine se había levantado con un impulso de salir disparada al verle.

—¡Alto! —dijo, arrestándola por el brazo—. ¡Nada de escapadas! ¿Adónde irías? Vengo a llevarte a casa; y espero que seas una hija obediente y no animes a mi hijo a mayor desobediencia. Me encontré en un aprieto para saber cómo castigarle cuando descubrí su parte en el asunto: es tan frágil, que un pellizco le aniquilaría; pero verás por su cara que ha recibido lo que se merecía. Le bajé una tarde, antes de ayer, y le senté en una silla, y no le toque después. Mandé a Hareton fuera, y nos quedamos solos en el cuarto. A las dos horas, llamé a Joseph para que le volviera a subir; y desde entonces mi presencia actúa sobre sus nervios como un fantasma; y me parece que me ve con frecuencia aunque no esté cerca. Hareton dice que se despierta y grita durante una hora seguida por las noches, y te llama para que le protejas de mí; y tanto si te importa tu precioso marido como si no, debes venir: es asunto tuyo ahora; te cedo todo mi interés en él.

—¿Por qué no deja que Catherine se quede aquí —supliqué—, y manda al señorito Linton a su lado? Como los odia a los dos, no les echará de menos: sólo pueden ser una plaga cotidiana para su corazón desnaturalizado.

—Estoy buscando un inquilino para la Granja —respondió—; y quiero tener a mis hijos cerca, naturalmente. Además, esa joven me debe sus servicios a cambio del pan que come. No voy a criarla en el lujo y la ociosidad cuando Linton se haya ido. Date prisa y prepárate; y no me obligues a usar la fuerza.

—Lo haré —dijo Catherine—. Linton es todo lo que tengo para querer en el mundo, y aunque ha hecho cuanto ha podido para hacernos odiosos el uno al otro, no puede conseguir que nos odiemos. Y le desafío a que le haga daño cuando yo esté delante, y le desafío a que me asuste a mí.

—Eres una campeona muy jactanciosa —respondió Heathcliff—; pero no te quiero lo bastante como para hacerle daño a él: sacarás pleno provecho del tormento mientras dure. No seré yo quien le haga odioso para ti: será su propio dulce carácter. Está tan amargado como la hiel por tu abandono y sus consecuencias: no esperes agradecimiento por esta noble devoción. Le oí pintarle a Zillah un cuadro muy agradable de lo que haría si fuera tan fuerte como yo: la inclinación está, y su misma debilidad agudzará su ingenio para encontrar un sustituto de la fuerza.

—Sé que tiene mala naturaleza —dijo Catherine—: es hijo suyo. Pero me alegra tener una mejor, para perdonársela; y sé que me quiere, y por eso le quiero yo. Señor Heathcliff, usted no tiene a nadie que le quiera; y por mucho que nos haga desgraciados, seguiremos teniendo el consuelo de pensar que su crueldad nace de su mayor

desdicha. Es usted desgraciado, ¿verdad? Solo como el diablo, y envidioso como él. ¡Nadie le quiere, nadie llorará cuando muera! ¡Yo no quisiera ser usted!

Catherine habló con una especie de triste triunfo: parecía haber resuelto meterse en el espíritu de su futura familia, y sacar placer de las penas de sus enemigos.

—Pronto te pesará ser tú —dijo su suegro—, si te quedas ahí otro minuto. ¡Fuera, bruja, y recoge tus cosas!

Ella se retiró desdeñosamente. En su ausencia empecé a suplicar por el puesto de Zillah en las Cumbres, ofreciéndome a cederle el mío a ella; pero él no lo consintió bajo ningún concepto. Me mandó callar; y luego, por primera vez, se permitió echar una mirada al cuarto y contemplar los retratos. Habiendo estudiado el de la señora Linton, dijo:

—Me llevaré ése a casa. No porque lo necesite, sino... —Se volvió bruscamente hacia el fuego, y continuó, con lo que, a falta de palabra mejor, debo llamar una sonrisa—: ¡Le diré lo que hice ayer! Le pedí al sepulturero que estaba cavando la tumba de Linton que quitara la tierra de encima de la tapa del ataúd de ella, y la abrí. Pensé, en un momento, que me quedaría allí: cuando volví a ver su cara, ¡sigue siendo suya! Le costó trabajo hacerme mover; pero dijo que cambiaría si le daba el aire, y así afloqué un lado de la tapa y lo tapé: no el lado de Linton, ¡maldito sea! Ojalá lo hubieran soldado en plomo. Y soborné al sepulturero para que lo aparte cuando me pongan allí a mí, y que dé salida también al mío; lo haré así: y entonces cuando Linton llegue a nuestro lado no sabrá cuál es cuál.

—¡Era usted muy perverso, señor Heathcliff! —exclamé—. ¿No le daba vergüenza profanar a los muertos?

—No profané a nadie, Nelly —respondió—; y me di un poco de alivio. Ahora estaré mucho más cómodo; y tendrás más posibilidad de mantenerme bajo tierra, cuando llegue allí. ¿Profanarla? ¡No! Élla me ha perturbado a mí, noche y día, durante dieciocho años: sin cesar, sin piedad, hasta anteayer por la noche; y anteayer por la noche estuve tranquilo. Soñé que dormía el último sueño junto a esa dormida, con el corazón parado y la mejilla helada contra la suya.

—¿Y si ella se hubiera disuelto en tierra, o algo peor, de qué habría soñado? —dije.

—¡De disolverme con ella, y ser aún más feliz! —respondió—. ¿Cree usted que temo algún cambio de esa índole? Esperaba semejante transformación al levantar la tapa; pero me alegra más que no comience hasta que yo la comparta. Además, de no haber recibido una impresión clara de sus rasgos en reposo, esa extraña sensación difícilmente se habría disipado. Empezó de modo singular. Sabe usted que estaba loco después de que muriera; y eternamente, del amanecer al amanecer, implorando a su espíritu que volviera a mí. Tengo una fe profunda en los fantasmas: tengo la convicción de que pueden, y de que existen entre nosotros. El día en que la enterraron, cayó una nevada. Por la tarde fui al cementerio. Soplaba un viento frío como en invierno; todo el alrededor estaba solitario. No temía que el tonto de su marido se aventurara por el barranco a esas horas; y nadie más tenía razón para estar allí. Estando solo, y consciente de que sólo dos palmos de tierra suelta eran la única barrera entre nosotros, me dije: «la volveré a tener en

mis brazos. Si está fría, pensaré que es este viento del norte el que me enfría; y si está inmóvil, es el sueño.» Cogí una pala del cobertizo de los aperos, y empecé a cavar con todas mis fuerzas; raspó el ataúd; me puse a trabajar con las manos; la madera empezaba a crujir en los tornillos; estaba a punto de lograr mi objetivo, cuando me pareció oír un suspiro de alguien arriba, junto al borde mismo de la fosa, inclinándose. «Si puedo sacar esto», murmuré, «deseo que nos echen la tierra por encima a los dos.» Y tiré aún más desesperadamente. Hubo otro suspiro, justo junto a mi oído. Me pareció sentir el tibio aliento de él desplazando el viento cargado de nieve. Sabía que no había ninguna criatura viva de carne y hueso; pero, con la misma certeza con que se percibe la proximidad de un cuerpo sólido en la oscuridad aunque no se distinga, con esa misma certeza sentí que Cathy estaba allí: no bajo mí, sino sobre la tierra. Una repentina sensación de alivio fluyó de mi corazón por todos mis miembros. Abandoné mi faena de agonía, y me sentí consolado en el acto: indeciblemente consolado. Su presencia estaba conmigo: permaneció mientras vo lvía a llenar la fosa, y me guí a casa. Ríase si quiere; pero estaba seguro de que la vería allí. Estaba seguro de que estaba conmigo, y no podía evitar hablarle. Al llegar a las Cumbres, corrí ansiosamente a la puerta. Estaba cerrada; y recuerdo que ese maldito Earnshaw y mi mujer se opusieron a que entrara. Recuerdo que me detuve a sacarle el aliento de una patada, y luego subí corriendo a mi cuarto, al cuarto de ella y mío. Miré a mi alrededor con impaciencia: la sentía junto a mí, casi podía verla, ¡y sin embargo no podía! Debía haber sudado sangre entonces, de la agonía de mi anhelo, del fervor de mis súplicas por tan sólo un vistazo. No lo tuve ni uno. ¡Se mostró tal como era a menudo en vida, un demonio para mí! Y desde entonces, unas veces más y otras menos, he sido el juguete de ese

insoportable tormento. ¡Infernal! Manteniendo mis nervios en tal tensión que, de no haberse parecido a las cuerdas de tripa, hace tiempo que se habrían aflojado hasta la flaqueza de Linton. Cuando estaba en casa con Hareton, me parecía que al salir me la encontraría; cuando paseaba por el páramo, me parecía que llegaría al entrar. Cuando salía de casa, me apresuraba a volver; debía de estar en algún lugar de las Cumbres, estaba seguro. ¡Y cuando dormía en su cuarto, me echaron de allí! No podía quedarme; porque en el momento en que cerraba los ojos, ella estaba o fuera de la ventana, o corriendo los paneles, o entrando en el cuarto, o incluso apoyando su adorada cabeza en la misma almohada en que lo hacía de niña; y debía abrir los párpados para verla. Y así los abría y los cerraba cien veces una noche, ¡siempre decepcionado! ¡Me desgarraba! He gemido en voz alta con frecuencia, hasta que ese viejo pillo de Joseph sin duda creía que mi conciencia jugaba al diablo dentro de mí. Ahora, después de haberla visto, estoy algo apaciguado. ¡Era una extraña manera de matar: no por pulgadas, sino por frac ciones de hilo, enganándome con el espectro de una esperanza durante dieciocho años!

El señor Heathcliff se detuvo y se enjugó la frente; el pelo se le pegaba a ella, mojado de sudor; sus ojos estaban fijos en las brasas rojas del fuego, las cejas no contraídas sino alzadas junto a las sienes; lo que mitigaba el aspecto sombrío de su semblante, pero le prestaba una peculiar expresión de angustia, y un aspecto doloroso de tensión mental hacia un solo tema absorbente. Sólo a medias me estaba hablando, y yo guardé silencio. ¡No me gustaba escucharle hablar! Al cabo de un breve rato reanudó su contemplación del retrato, lo descolgó y lo apoyó contra el sofá para contemplarlo con

mejor ventaja; y mientras estaba así ocupado, entró Catherine, anunciando que estaba lista, cuando la ensillaran su yegua.

—Mándemela mañana —me dijo Heathcliff; y luego, volviéndose hacia ella, añadió—: Puede usted arreglárselas sin su yegua: es una tarde agradable, y en Cumbres Borrascosas no va a necesitar yeguas; para los viajes que haga, sus propios pies la servirán. Vamos.

—Adiós, Ellen —susurró mi querida pe queña señora.

Al besarme, sus labios estaban como de hielo.

—Ven a verme, Ellen; no lo olvides.

—Tenga cuidado de no hacer tal cosa, señora Dean —dijo su nuevo padre—. Cuando quiera hablar con usted, vendré yo aquí. ¡No quiero espionajes en mi casa!

Le hizo señas de que fuera delante; y ella, lanzándome una última mirada que me partió el corazón, obedeció. Les observé desde la ventana bajar por el jardín. Heathcliff le encajó el brazo de Catherine bajo el suyo: aunque ella se lo disputó evidentemente al principio; y con rápidas zancadas la llevó al sen dero cubierto de árboles que los ocultó.

* * * * * *

31

Capítulo XXX

Empieza: «He pagado una visita a las Cumbres, pero no la he visto desde que se fue: Joseph atenía la puerta en la...»

He pagado una visita a las Cumbres, pero no la he visto desde que se fue: Joseph atenía la puerta en la mano cuando llegué a preguntar por ella, y no me dejó pasar. Dijo que la señora Linton estaba «atareadísima», y que el amo no estaba. Zillah me ha contado algo de cómo se las arreglan, pues de otro modo apenas sabría quién había muerto y quién vi vía. Ella piensa que Catherine es arrogante, y no le gusta, lo adivino por su manera de hablar. Mi joven señora le pidió algo de ayuda cuando llegó primero; pero el señor Heathcliff le dijo que se ocupara de sus propios asuntos y dejara que su nuera se cuidara sola; y Zillah aceptó de buen grado, siendo una mujer de miras estrechas y egoísta. Catherine manifestó el disgusto de una niña ante ese abandono; lo pagó con desprecio, y así se granjeó a mi informante como enemiga, tan seguramente como si le hubiera hecho un gran agravio. Tuve una larga conversación con Zillah unas seis semanas atrás, un poco antes de que usted llegara, un día que nos encontramos en el páramo; y esto es lo que me contó.

—Lo primero que hizo la señora Linton —dijo— al llegar a las Cumbres fue subir corriendo sin siquiera darme las buenas noches a mí ni a Joseph; se encerró en el cuarto de Linton, y estuvo allí

hasta la mañana. Luego, mientras el amo y Earnshaw estaban desayunando, entró en la casa, y preguntó toda temblorosa si podía mandarse al médico: su primo estaba muy enfermo.

«¡Ya lo sabemos!», respondió Heathcliff; «pero su vida no vale un ardite, y yo no voy a gastar un ardite en él.»

«¡Pero yo no sé cómo valérmelas», dijo ella; «y si nadie me ayuda, se morirá.»

«Salga de la habitación», gritó el amo, «y no vuelva a pronunciar una sola palabra sobre él. Aquí a nadie le importa lo que le pase; si a usted sí, haga de enfermera; si no, ciérrele y dejéle.»

—Entonces se puso a molestarme a mí, y yo le dije que ya tenía bastante trabajo con el fastidioso; cada una teníamos nuestras tareas, y la suya era atender a Linton: el señor Heathcliff me ordenó que le dejara ese trabajo a ella.

—Cómo se las arreglaron juntos, no puedo decirlo. Me figuro que él se inquietaba mucho, y se lamentaba de noche y día; y ella descansaba poquisímo: podía adivinarse por su cara blanca y sus ojos pesados. A veces venía a la cocina completamente aturdida, y parecía como si quisiera pedir ayuda; pero yo no iba a desobedecer al amo: nunca me atrevo a desobedecerle, señora Dean; y aunque creía que estaba mal no mandar llamar al doctor Kenneth, no era asunto mío ni aconsejar ni protestar, y siempre me negué a meterme. Una o dos veces, después de habernos acostado, al abrir mi puerta de nuevo casualmente, la vi sentada llorando en lo alto de la escalera; y entonces la cerré rápidamente por miedo a que me moviera a intervenir. Claro que la compade cía; pero tampoco quería perder mi puesto, ya sabe.

—Al fin, una noche entró resueltamente en mi cuarto y me asustó muchísimo diciéndome: «Dígale al señor Heathcliff que su hijo está muriéndose. Estoy segura de que es esta vez. Levántese en seguida y dígaselo.»

—Habiendo dicho esto, desapareció de nuevo. Estuve un cuarto de hora escuchando y temblando. No se movió nada: la casa estaba en silencio.

—Se ha equivocado, me dije. Se ha repuesto. No es necesario molestarlos; y empecé a adormilarme. Pero mi sueño fue interrumpido por segunda vez por el agudo toque del timbre, el único timbre que tenemos, puesto expresamente para Linton; y el amo me llamó para que viera qué pasaba, y les informara de que no quería que ese ruido se repitiera.

—Le transmití el recado de Catherine. Él murmuró para sí, y al cabo de unos minutos salió con una vela encendida, y se encaminó al cuarto de ellos. Yo le seguí. La señora Heathcliff estaba sentada junto a la cama, con las manos enlazadas sobre las rodillas. Su suegro se acercó, aplicó la vela al rostro de Linton, le miró, y le tocó; luego se volvió hacia ella.

—«Ahora, Catherine», dijo, «¿cómo se siente?»

—Ella estaba muda.

—«¿Cómo se siente, Catherine?», repitió.

—«Está a salvo, y yo soy libre», respondió: «debería sentirme bien; pero», continuó con una amargura que no podía ocultar, «me ha dejado tanto tiempo luchando contra la muerte sola, que sólo veo y siento muerte. ¡Me siento como la muerte!»

—¡Y así parecía! Le di un poco de vino. Hareton y Joseph, despertados por el timbre y el sonido de los pasos, y que habían escuchado nuestra conversación desde fuera, entraron entonces. Joseph estaba de enhorabuena, me parece, por la partida del muchacho; Hareton parecía algo afectado: aunque estaba más absorto en mirar a Catherine que en pensar en Linton. Pero el amo le mandó que volviera a la cama: no neces itábamos su ayuda. Después le ordenó a Joseph que llevara el cuerpo a su cuarto, y me dijo a mí que volviera al mío, y la señora Heathcliff se quedó sola.

—Por la mañana, me mandó a decirle que debía bajar a desayunar: se había desvestido, y parecía a punto de dormir, y dijo que estaba enferma; lo que no me extrañó. Informé al señor Heathcliff, y él respondió: «Bueno, déjela hasta después del funeral; y súbale de vez en cuando a llevarle lo que necesite; y en cuanto parezca mejor, avíseme.»

Cathy estuvo arriba dos semanas, según Zillah; que la visitó dos veces al día, y habría sido algo más amigable, pero sus intentos de mayor amabilidad fueron rechazados con orgullo y prontitud.

Heathcliff subió una vez, a enseñarle el testamento de Linton. Éste le había legado a su padre la totalidad de sus bienes muebles, y los que habían sido de ella: la pobre criatura había sido amenazada, o engatusada, para hacer ese acto durante la semana que pasó ausente, cuando murió su tío. Las tierras, siendo menor, no podía disponer de ellas. Sin embargo, el señor Heathcliff las ha reclamado y retenido en virtud del derecho de su esposa, y también del suyo: supongo que legalmente; en cualquier caso, Catherine, sin dinero ni amigos, no puede perturbar su posesión.

—Nadie —dijo Zillah—, excepto yo, se acercó nunca a su puerta, salvo en aquella ocasión; y nadie le preguntó nada de ella. La primera vez que bajó a la casa fue un domingo por la tarde. Había gritado, cuando le subí la comida, que ya no podía aguantar el frío; y le dije que el amo iba a la Granja de Thrushcross, y que Earnshaw y yo no teníamos por qué impedirle bajar; así que, en cuanto oyó el trote del caballo de Heathcliff alejarse, hizo su aparición, vestida de negro, y con sus rizos amarillos peinados hacia atrás detrás de las orejas, tan lisos como una cuáquera: no podía des rizarlos.

—Joseph y yo vamos generalmente a la capilla los domingos; el templo, ya sabe, no tiene ya párroco —explicó la señora Dean—; y a lo que llaman capilla (de los metodistas o los baptistas, no sé cuál) en Gimmerton. —Joseph había ido —continuó—, pero yo estimé conveniente quedarme en casa. Los jóvenes siempre se benefician de la vigilancia de alguien mayor; y Hareton, con toda su vergüenza, no es modelo de buen comportamiento. Le hice saber que su prima muy probablemente se sentaría con nosotros, y que estaba acostumbrada a que se respetara el domingo; así que haría bien en dejar sus escopetas y sus trabajitos de dentro mientras ella estuviera. Se puso colorado con la noticia, y echó un vistazo a sus manos y a su ropa. El aceite de linaza y la pólvora desaparecieron de la vista en un minuto. Vi que quería hacerle compañía; y adivíe por su modo que quería estar presentable; así que, riendo como no me atrevo cuando está el amo, me ofre cí a ayudarle si quería, y bromeé sobre su turbación. Se puso huraño y empezó a soltar palabrotas.

—Ahora bien, señora Dean —continuó Zillah, al ver que su manera no me agradaba—, a lo mejor usted cree que su joven señora es demasiado fina para el señor Hareton; y quizá tenga razón; pero

reconozco que me encantaría bajarle los humos un poco. ¿Y de qué le van a servir ahora toda su instrucción y su delicadeza? Es tan pobre como usted o como yo: más pobre, me atrevo a decir: usted ahorra, y yo hago mi pequeño esfuerzo por ese camino.

Hareton dejó que Zillah le ayudara; y ella le lison jeó para que se pusiera de buen humor; de modo que, cuando llegó Catherine, olvidando a medias sus anteriores insultos, él intentó ser agradable, según cuenta el ama de llaves.

—La señora entró —dijo—, tan fría como un cámbano y tan orgullosa como una princesa. Me levanté y le ofrecí mi asiento en el sillón. No: desdenó mi cortesia. Earnshaw se levantó también, y la invitó a sentarse en el escaño, junto al fuego: seguro que estaba helada.

—«Llevo helada más de un mes», respondió, recalcando las palabras tan desdeñosamente como pudo.

—Y se buscó una silla y la colocó a distancia de los dos. Habiendo estado sentada hasta entrar en calor, empezó a mirar alrededor, y descubrió varios libros en el aparador; al momento estaba en pie de nuevo, estirándose para alcanzarlos; pero estaban demasiado altos. Su primo, después de observar sus esfuerzos un rato, reunió al fin valor para ayudarla; ella sujeto su falda, y él la llenó con los primeros que le vinieron a mano.

—Fue un gran adelanto para el muchacho. Ella no le dio las gracias; y sin embargo, él se sintió satisfecho de que hubiera aceptado su ayuda, y se atrevió a quedarse de pie detrás mientras ella los examinaba, e incluso a inclinarse y señalarle lo que le llamaba la atención en ciertos grabados viejos que contenían; ni le desanimó

el descaro con que ella le arrancaba la página del dedo: se contentó con retroceder un poco y mirarla a ella en vez de al libro. Ella siguió leyendo, o buscando algo que leer. Su atención fue centrándose poco a poco en la contemplación de sus espesos rizos sedosos: su cara no podía verla, y ella no podía verle a él. Y, quizás sin darse bien cuenta de lo que hacía, pero atraído como un niño a una vela, pasó al fin de mirar a tocar: alargó la mano y acarició un rizo, tan suavemente como si fuera un pájaro. Habría podido clavarle un cuchillo en el cuello, de la sacudida que se dio al volverse.

—«¡Quítese de ahí ahora mismo! ¿Cómo se atreve a tocarme? ¿A qué viene está ahí parado?», gritó, con tono de asco. «¡No le aguanto! ¡Me subiré arriba si se acerca!»

—El señor Hareton retrocedió, con la cara más tonta que pudo ponerse: se sentó en el escaño muy quieto, y ella siguió repasando sus volúmenes otro buen rato; por fin Earnshaw se acercó y me susurró.

—«¿Le preguntará si nos lee, Zillah? Estoy harto de no hacer nada; y me gustaría, sí, me gustaría mucho escucharla. No diga que fui yo quien lo quiso, sino pídaselo usted.»

—«El señor Hareton desea que nos lea, señora», dije yo enseguida. «Le agradece ría muchísimo.»

—Ella fruñció el ceño; y alzando los ojos, respondió:

—«El señor Hareton, y todos ustedes, harán el favor de entender que rechazo cualquier fingida amabilidad de la que tienen la hipocresía de ofrecerme. Les desprecio, y no tengo nada que decirle a ninguno de ustedes. Cuando habría dado mi vida por una

sola palabra amable, aunque sólo hubiera sido ver una de sus caras, todos se mantuvieron al margen. ¡Pero no vengo a quejarme! El frío me ha obligado a bajar; no para divertirlos ni para disfrutar de su compañía.»

—«¿Qué podía haber hecho yo?», empezó Earnshaw. «¿En qué soy yo culpable?»

—«¡Oh! Usted es una excepción», respondió la señora Heathcliff. «Nunca he echado en falta a nada parecido a usted.»

—«Pero yo me ofre cí más de una vez, y pregunté», dijo él, encendiéndose ante su impertinencia; «le pedí al señor Heathcliff que me dejara hacer guardia por usted.»

—«¡Siléncíese! Salé fuera, o a donde sea, antes que tener su desagradable voz en mi oído», dijo mi señora.

—Hareton murmuró que podía irse al diablo, por él; y descolgando su escopeta, dejó de contenerse en sus ocupaciones dominicales. Habló ya con bastante libertad; y ella estimó conveniente retirarse a su soledad: pero el frío se había instalado, y, a pesar de su orgullo, se vio obligada a condescender más y más a nuestra compañía. Sin embargo, me cui dé de que no hubiera más burlas a mi bondad: desde entonces, he sido tan rígida como ella; y no tiene ningún amigo ni persona que la quiera entre nosotros; y no lo merece; porque, que le digan la menor cosa, y se revuelve sin respetar a nadie. Le planta cara al mismo amo, y casi le desafía a que la golpee; y cuanto más golpes recibe, más venenosa se vuelve.

En un primer momento, al oír este relato de Zillah, resolví dejar mi puesto, tomar una casita, y llevar a Catherine a vivir conmigo; pero el señor Heathcliff lo permitiría tan poco como instalar a Hareton

en una casa independiente; y no veo ningún remedio por el momento, a menos que pudiera casarse de nuevo; y ese plan no entra dentro de mi competencia el llevarlo a cabo.

Así concluyó el relato de la señora Dean. Sin embargo, el pronóstico del médico no se cumple: me estoy reponiendo rápidamente; y aunque sólo estamos a mediados de enero, propongo salir a caballo dentro de un día o dos, y cabalgar hasta Cumbres Borrascosas a comunicarle a mi casero que pasaré los próximos seis meses en Londres; y que, si le parece bien, puede buscar otro inquilino que ocupe el lugar después de octubre. No me quedare aquí otro invierno por nada del mundo.

* * * * * *

3 2

Capítulo XXXI

Empieza: «Ayer fue un día luminoso, calmo y helado. Fui a las Cumbres como me propuse: mi ama de llaves me rogó que...»

Ayer fue un día luminoso, calmo y helado. Fui a las Cumbres como me propuse: mi ama de llaves me rogó que llevara una notita suya a su joven señora, y no me negué, pues la buena mujer no veía nada de particular en su petición. La puerta del frente estaba abierta, pero la celosa reja estaba cerrada, como en mi última visita; llamé e invité a Earnshaw a salir de entre los arriates del jardín; la desencadenó, y entré. El mozo es un rústico tan apuesto como los que puedan verse. Esta vez me fijé especialmente en él; aunque él da la impresión de hacer todo lo posible por sacar el menor partido de sus ventajas.

Pregunté si el señor Heathcliff estaba en casa. Respondió que no; pero que llegaría a la hora de comer. Eran las once, y anuncié mi intención de entrar a esperarle; ante lo cual dejó inmediatamente sus herramientas y me acompañó, en funciones de perro guardíián, no como sustituto del anfitrión.

Entramos juntos; Catherine estaba allí, haciéndose útil preparando unas legumbres para la comida próxima; tenía un aspecto más hosco y menos animado que cuando la vi por primera vez. Apenas alzó los ojos para verme, y continuó su trabajo con el mismo desprecio de las formas comunes de la policía que antes; sin

devolver mi reverencia y mi buenos días con el menor reconocimiento.

«No parece tan amable», pensé, «como la señora Dean quisiera hacerme creer. Es una belleza, cierto; pero no un ángel.»

Earnshaw le dijo con brusquedad que quitara sus cosas a la cocina.

—Quítalas tú —respondió ella, apartándolas de sí en cuanto hubo terminado; y retirándose a un taburete junto a la ventana, donde se puso a tallar figuras de pájaros y animales en las peladuras de nabo que tenía en el regazo.

Me acercé a ella fingiendo desear una vista del jardín; y, creyendo hacerlo hábilmente, dejé caer la nota de la señora Dean sobre su rodilla, sin que Hareton lo notara; pero ella preguntó en voz alta:

—¿Qué es esto?

Y la tiró. Se la señalé como una carta de su vieja conocida, el ama de llaves de la Granja, disgustado por su imprudencia, y temiendo que se tomara por un billete mío. De buen grado la habría recogido con esta información, pero Hareton se le adelantó; la agarró y se la metió en el chaleco, diciendo que el señor Heathcliff debía leerla primero. Ante esto, Catherine volvió silenciosamente la cara, y, muy a escondidas, sacó el pañuelo y se lo aplicó a los ojos; y su primo, después de debatirse un rato para dominar sus sentimientos más tiernos, sacó la carta y la arrojó al suelo junto a ella, tan sin gracia como pudo. Catherine la recogió y la leyó con avidez; luego me hizo algunas preguntas sobre los habitantes, racionales e irracionales, de su antigua morada; y mirando hacia las colinas, murmuró en soliloquio:

—¡Me gustaría ir a caballo por allá abajo en Minny! ¡Me gustaría escalar allá arriba! ¡Oh, estoy tan cansada, tan harta, Hareton! —Y apoyó su bonita cabeza contra el alfeizar, con un bostezo y un suspiro a partes iguales, y quedó sumida en una actitud de abstraida tristeza: sin importarle ni saber si nos dábamos cuenta.

—Señora Heathcliff —dije, después de un rato de silencio—, ¿no sabe usted que soy un conocido suyo? Tan íntimo que me parece raro que no venga a hablar conmigo. Mi ama de llaves no se cansa nunca de hablar de usted y de alabarla; y se llevará una gran decepción si vuelvo sin noticias de o sobre usted, salvo que recibió su carta y no dijo nada.

Pareció sorprenderse ante esto, y preguntó:

—¿Le cae bien Ellen?

—Sí, mucho —respondí, un poco vacilante.

—Tiene que decirle —continuó— que le contestaría la carta, pero que no tengo materiales para escribir: ni siquiera un libro del que arrancar una hoja.

—¡Ningún libro! —exclamé—. ¿Cómo se las arregla para vivir aquí sin ellos, si me permite la pregunta? Aunque dispongo de una gran biblioteca, me aburro con frecuencia en la Granja; quítenme los libros, y estaría desesperado.

—Siempre estaba leyendo cuando los tenía —dijo Catherine—; y el señor Heathcliff nunca lee; así que se le ocurrió destruir mis libros. Hace semanas que no veo ni uno. Una sola vez, busqué por el fondo de teología de Joseph, con gran irritación suya; y una vez, Hareton, descubrí un fondo secreto en tu cuarto: algo de latín y griego, y

algunos cuentos y poesía: todos viejos amigos. Me traje los últimos aquí, y tú los fuiste recogiendo, como una urraca recoge cucharas de plata, por el puro placer de robar. No te sirven para nada; o los escondiste con la mala intención de que, como no puedes disfrutarlos tú, no lo haga nadie más. ¿Quizás tu envidia le aconsejó al señor Heathcliff que me robara mis tesoros? Pero la mayoría los tengo escritos en el cerebro e impresos en el corazón, y ése no puede quitarme.

Earnshaw se puso como la grana cuando su prima hizo esta revelación de su privado acervo literario, y balbuceó una indignada negación de sus acusaciones.

—El señor Hareton desea aumentar su caudal de conocimientos —dije, acudiendo en su auxilio—. No es envidioso, sino emulador de sus logros. Será un estudioso brillante en unos años.

—Y quiere que yo me convierta en una burra entretanto —respondió Catherine—. Sí, le oigo intentando deletrear y leer para sí mismo, ¡y vaya los gazapos que comete! Desearía que repitiera el romance de Chevy Chase como ayer: fue de lo más divertido. Le oí; y le oí también pasando el diccionario para buscar las palabras difíciles, ¡y luego maldiciendo porque no sabía leer las explicaciones!

El joven eviden temente consideró que era demasiado: que le rieran por su ignorancia y luego le rieran por intentar remediarla. Yo opiné lo mismo; y recordando la anécdota de la señora Dean sobre su primer intento de iluminar la oscuridad en que había sido criado, observé:

—Pero, señora Heathcliff, todos hemos tenido un comienzo, y todos hemos tropezado y tambaleado en el umbral; si nuestros maestros nos hubieran despreciado en vez de ayudarnos, todavía tropezaríamos y tambaleáríamos.

—¡Oh! —respondió—; no es que quiera limitar sus adquisiciones: lo que pasa es que no tiene derecho a apropiarse de lo mío y ridiculizarlo para mí con sus viles equivocaciones y pronunciaciones erróneas. Esos libros, tanto la prosa como los versos, me están consagrados por otras asociaciones; y detesto que sean prostituidos y profanados por su boca. Además, de entre todos, ha elegido mis piezas favoritas, las que más me gusta recitar, como si fuera por malicia deliberada.

El pecho de Hareton se agitó en silencio un minuto: sufría bajo una intensa sensación de mortificación y cólera, que no era fácil reprimir. Me levanté, y con un sentido caballeresco de aliviar su turbación, me colocé en el umbral de la puerta, contemplando el paisaje exterior mientras estaba así. Él siguió mi ejemplo y salió del cuarto; pero poco después reapareció, llevando media docena de volúmenes en las manos, que arrojó al regazo de Catherine, exclamando:

—¡Tómalos! ¡No quiero volver a oírlos, ni leerlos, ni pensar en ellos!

—Ahora ya no los quiero —respondió ella—. Los asociaré contigo y los odiaré.

Abrió uno que evidentemente había sido muy manoseado, y leyó un pasaje con el tono arrastrado de un principiante; luego rió, y lo tiró.

—Y escucha —continuó provocadoramente, empezando a recitar unos versos de un viejo romance con el mismo tonillo.

Pero el amor propio de él no aguantó más tormento: oí, y no del todo con desaprobación, un correctivo manual aplicado a su impertinente lengua. La pe queña malvada había hecho todo lo posible por herir los sentimientos sensibles aunque incultos de su primo, y un argumento físico era el único modo que él tenía de equilibrar la cuenta y desagravar a su inflingidora. Luego recogió los libros y los arrojó al fuego. Leí en su semblante la agonía que le costó ofrecer ese sacrificio a su despecho. Me figuré que al consumirse él recordaba el placer que ya le habían dado, y el triunfo y placer siempre creciente que había anticipado de ellos; y creí adivinar también el móvil de sus estudios secretos. Se había contentado con el trabajo diario y los rudos placeres animales, hasta que Catherine cruzó su camino. La vergüenza ante su desdén, y la esperanza de su aprobación, fueron sus primeros acicates hacia aspiraciones más elevadas; y en vez de protegerle del primero y ganársela con lo segundo, sus esfuerzos por elevarse habían producido exactamente el resultado contrario.

—¡Sí, es todo lo que un bruto como tú puede sacar de ellos! —exclamó Catherine, chuparse el labio dañado, y contemplando la hoguera con ojos indignados.

—Más te vale callarte ahora —respondió él con fiereza.

Y su agitación le impidió decir más; se acercó rápidamente a la salida, donde me apar té para dejarle pasar. Pero antes de cruzar el umbral, el señor Heathcliff, que venía por el sendero, le interceptó, y agarrándole del hombro le preguntó:

—¿Qué pasa, muchacho?

—Nada, nada —dijo él, y se escapó para disfrutar de su pena y su cólera en soledad.

Heathcliff le miró alejarse, y suspiró.

—Será raro que me contraríe a mí mismo —murmuró, sin darse cuenta de que estaba yo detrás—. Pero cuando busco en su cara a su padre, encuentro cada día más a ella. ¿Cómo diablos se le parece tanto? Apenas puedo soportar verle.

Bajos los ojos al suelo y entró cetrino. Había en su semblante una expresión de inquietud ansiosa que nunca le había notado antes; y parecía más consumido en su persona. Su nuera, al verle por la ventana, se escapó enseguida a la cocina, de modo que me quedé solo.

—Me alegra verle fuera de puertas de nuevo, señor Lockwood —dijo, respondiendo a mi saludo—; en parte por motivos egoístas: no creo que pudiera suplir fácilmente su pérdida en esta soledad. Me he preguntado más de una vez qué le ha traído aquí.

—Un capricho ocioso, me temo, señor —fue mi respuesta—; o será un capricho ocioso el que me lleve. Partiré para Londres la semana que viene; y tengo que avisarle de que no tengo ningún propósito de seguir en Thrushcross Grange más allá de los doce meses que acordé arrendarla. Creo que no viviré allí más.

—Oh, de verdad; ¿se ha cansado de estar desterrado del mundo? —dijo—. Pero si viene a escaparse de pagar por un lugar que no va a ocupar, su viaje es inútil: yo nunca cedo en exigir lo que me deben.

—No vengo a escaparme de nada —exclamé, bastante irritado—. Si lo desea, liquidaremos ahora. —Y saqué mi libreta del bolsillo.

—No, no —respondió fríamente—; dejará bastante atrás para cubrir sus deudas si no regresa: no tengo prisa. Siéntese y coma con nosotros; un huésped que está a salvo de repetir su visita puede hacerse bienvenido por regla general. ¡Catherine! Traiga las cosas; ¼dónde está?

Catherine reapare ció llevando una bandeja de cubiertos.

—Puede comer con Joseph —murmuró Heathcliff aparte—, y quédese en la cocina hasta que él se haya ido.

Ella obedeció sus indicaciones con mucha puntualidad: qui zás no tenía tentación de transgredirlas. Viviendo entre patanes y misamtrópicos, probablemente es incapaz de apreciar una clase superior de personas cuando las encuentra.

Con el señor Heathcliff, hosco y satúrno a un lado, y Hareton, absolutamente mudo al otro, la comida fue bastante poco alegre, y me despidí temprano. Habría querido marcharme por la parte trasera para echar un último vistazo a Catherine y molestar al viejo Joseph; pero Hareton recibió orden de traerme el caballo, y el anfitrión mismo me acompañó hasta la puerta, así que no pude cumplir mi deseo.

—¡Qué lúgubre transcurre la vida en aquella casa! —reflectí, cabalgando por el camino de vuelta—. ¡Qué realización de algo más romántico que un cuento de hadas habría supuesto para la señora Linton Heathcliff, si ella y yo hubiéramos trabado un vínculo, como deseaba su buena niñera, y emigrado juntos a la atmósfera agitada de la ciudad!

******

3 3

Capítulo XXXII

Empieza: «1802. — En septiembre de este año fui invitado a devastar los páramos de un amigo en el norte, y en mi...»

1802. — En septiembre de este año fui invitado a devastar los páramos de un amigo en el norte, y en mi camino a su morada, me encontré inesperadamente a unos veintidós kilómetros de Gimmerton. El mozo de cuadra de una posada de camino ponía un cubo de agua para refrescar mis caballos, cuando pasó un carro cargado de avena muy verde, recién segada, y él remarcó:

—¡Eso es de Gimmerton! Siempre van tres semanas atrasados respecto a los demás con la cosecha.

—¿Gimmerton? —repetí; mi estancia en aquella localidad ya se había vuelto difusa y como soñada—. ¡Ah, ya! ¿A cuánta distancia está de aquí?

—Unos veintidós kilómetros por las colinas, y camino malo — respondió.

Un impulso repentino me llevó a visitar la Granja de Thrushcross. Apenas era mediodía, y pensé que bien podía pasar la noche bajo mi propio techo como en una posada. Además, podía dedicar fácilmente un día a arreglar mis asuntos con el casero, ahorrando así la molestia de volver a invadir la zona. Habiendo descansado un rato, indiquié a mi criado que preguntara el camino al pueblo; y

con gran fatiga para los animales, recorrimos la distancia en unas tres horas.

Le dejé allí y descendí solo por el valle. La gris iglesia parecía más gris, y el solitario cementerio más solitario. Distinguí una oveja del páramo mordisqueando la hierba corta de las tumbas. Era un tiempo templado y agradable, demasiado caluroso para viajar; pero el calor no me impidió disfrutar del delicioso paisaje de arriba y de abajo: de haberlo visto cerca de agosto, estoy seguro de que me habría tentado a malgastar un mes en sus soledades. En invierno, nada más lúgubre; en verano, nada más divino que esos barrancos cerrados por las colinas, y esas valientes y atrevidas ondulaciones de brezo.

Llegué a la Granja antes de la puesta de sol, y llamé para que me abrieran; pero la familia se había retirado a las dependencias traseras, a juzgar por una delgada voluta de humo azul que se rizaba de la chimenea de la cocina, y no me oyeron. Entré a caballo en el patio. Bajo el pórtico, una niña de nueve o diez años estaba haciendo punto, y una anciana recostada en los escalones de la casa fumaba una pipa meditabunda.

—¿Está la señora Dean dentro? —pregunté a la anciana.

—¿La señora Dean? ¡Ca! —respondió—. No vive aquí: está arriba en las Cumbres.

—¿Ees usted entonces el ama de llaves?

—Sí, yo cuido la casa —respondió.

—Bien, soy el señor Lockwood, el amo. ¿Hay cuartos para alojarme? Quisiera quedarme esta noche.

—¡El amo! —exclamó asombrada—. ¿Quién iba a saber que venía? Debía haber avisado. ¡No hay nada seco ni presentable en toda la casa, nada!

Tiró la pipa y se ajet reó adentro; la niña la siguió, y yo entré también; viendo pronto que su informe era cierto, y que además casi le había trastornado el juicio con mi inesperada aparición, le pedí que se tranquilizara. Yo salídría a dar un paseo; y entretanto debía procurar habilitarme un rincón de una salita para cenar, y un dormitorio para dormir. No hacía falta barrer ni quitar el polvo: con un buen fuego y sábanas secas bastaba. Pareció dispuesta a hacer todo lo posible; aunque metió el cepillo del hogar en las rejillas confundiéndolo con el atizador, y se equivocó con varios otros utensilios; pero me retiré, confiando en su energía para encontrar reposo a mi regreso. Cumbres Borrascosas era la meta de mi excursión proyectada. Un pensamiento tardío me hizo volver cuando ya había salido del patio.

—¿Todo bien en las Cumbres? —pregunté a la mujer.

—Sí, por lo que sé —respondió, apr es urándose con una pala de brasas calientes.

Habría preguntado por qué la señora Dean había abandonado la Granja, pero era imposible detenerla en ese momento de crisis, así que me marché y salí, caminando tranquilamente, con el resplandor del sol poniente a mis espaldas y la suave gloria de la luna naciente frente a mí: el uno desvaneciéndose y la otra brill ando más, mientras dejaba el parque y subia el camino pedregoso que se desvía hacia la morada del señor Heathcliff. Antes de llegar a divisarla, todo lo que quedaba del día era una tenue luz ámbar sobre el oeste; pero podía ver cada guijarro del sendero y cada

brizna de hierba a la luz de esa esp léndida luna. No tuve que saltar la verja ni llamar: cedió a mi mano. Eso es una mejora, pensé. Y noté otra, gracias a mis narices: una fragancia de alelies y alhelies transportada en el aire desde entre los modestos frutales.

Las puertas y los postigos estaban abiertos; y, sin embargo, como suele ocurrir en una comarca carbonera, un hermoso fuego rojo iluminaba la chimenea: el confort que el ojo obtiene de él hace tolerable el calor extra. Pero la casa de Cumbres Borrascosas es tan grande que los habitantes tienen sobrado espacio para retirarse de su influencia; y en efecto, los que había se habían apostado no lejos de una de las ventanas. Pude verlos y oír su conversación antes de entrar, y miré y escuché, llevado por una mezcla de curiosidad y envidia que fue creciendo mientras me demoraba.

—¡Con-trário! —dijo una voz dulce como una campana de plata—. ¡Por tercera vez, burro! No voy a decírtelo más. ¡Recuerdalo, o te tiro del pelo!

—Contrario, pues —respondió otra voz, grave pero suavizada—. Y ahora dame un beso, por haber aprendido tan bien.

—No: léelo primero todo correctamente, sin un solo error.

El hablante masculino empezó a leer: era un hombre joven, vestido con decencia, sentado a una mesa con un libro delante. Sus apuestos rasgos respland ecían de placer, y sus ojos vagaban impacientes de la página a una pe queña mano blanca que descansaba sobre su hombro, que le llamaba al orden con un ágil coscorrón en la mejilla siempre que su dueña detect aba tales signos de descuido. La dueña estaba de pie detrás; sus luz iernos y brill antes riz os confundiéndose a ratos con los cabellos castaños

de él, inclinada a supervisar sus estudios; y su cara... menos mal que él no podía verla, pues de otro modo nunca habría sido tan constante. Yo sí podía; y me mordí el labio de despecho por haber desaprovechado la oportunidad que habría tenido de hacer algo más que contemplar su belleza fulgurante.

La tarea se concluyó, no sin nuevos errores; pero el alumno reclamaba su recompensa, y recibió al menos cinco besos, que, sin embargo, devolvió generosamente. Luego se acercaron a la puerta, y por su conversación deduci que iban a salir a dar un paseo por el páramo. Supuse que quedaría condenado en el corazón de Hareton Earnshaw, si no por su boca, a lo más hondo de los infiernos si mo str aba mi desgraciada persona en sus proximidades en ese momento; y sint iéndome muy mezquino y rencoroso, me escabullí hacia la cocina. También por ese lado la entrada estaba franca; y en la puerta estaba sentada mi vieja amiga Nelly Dean, cosiendo y cantando una canción; interrumpida con frecuencia desde dentro por asperas palabras de escarnio e intolerancia, pronunciadas en acento harto poco musical.

—¡Prefiero, con mucho, tenerlos jurando en mis oídos de la mañana a la noche antes que escucharla, como quiera que sea! —dijo el inquilino de la cocina, respondiendo a un discurso inaudible de Nelly—. ¡Es una vergüenza ardiente que no pueda yo abrir el Sagrado Libro sin que usted se arranque con esas glorias del demonio, y todas las horribles maldades que jamás nacieron en este mundo! ¡Oh, no vale usted nada, no; y ella tampoco; y ese pobre muchacho se perderá entre los dos! ¡Pobre chico! —añadió con un gemido—; está hechizado: estoy seguro. ¡Oh, Señor, júzgalos, que no hay ni ley ni justicia entre nuestros gobernantes!

—¡No, o deberíamos estar sentadas en la hoguera, supongo! —replicó la cantante—. Pero cállate, viejo, y lee tu Biblia como un cristiano, y no te preocupes de mí. Esta es «La boda de la hada Annie»: una tonada alegre, de baile.

La señora Dean estaba a punto de reanudar la canción cuando me adelanté; y reconociéndome al instante, saltó en pie, exclamando:

—¡Vaya, bendito sea, señor Lockwood! ¿Cómo se le ha ocurrido volver de esta manera? Todo está cerrado en la Granja. ¡Debería habernos avisado!

—He arreglado alojarme allá, por el tiempo que me quede —respondí—. Parto de nuevo mañana. ¿Y cómo ha venido usted a parar aquí, señora Dean?

—Zillah se fue, y el señor Heathcliff quiso que viniera, poco después de que usted se marchara a Londres, y me quedara hasta su regreso. Pero, pase, por favor. ¿Ha venido a pie desde Gimmerton esta tarde?

—Desde la Granja —respondí—; y mientras me habilitan alojamiento allá, quiero terminar mi asunto con su amo, pues no creo tener otra ocasión en mucho tiempo.

—¿Qué asunto, señor? —dijo Nelly, conduct iéndome al interior—. Ha salido ahora y no volverá pronto.

—El de la renta —respondí.

—¡Oh! Pues es con la señora Heathcliff con quien debe usted tratar —observó—; o mejor dicho, conmigo. Ella todavía no ha aprendido a manejar sus asuntos, y yo actúo en su nombre: no hay nadie más.

La miré sorprendido.

—¡Ah! Veo que no ha oído hablar de la muerte de Heathcliff —continuó.

—¡Heathcliff muerto! —exclamé asombrado—. ¿Cuándo?

—Hace tres meses: pero siéntese, y déjeme tomar su sombrero, y le contaré todo. Espere, usted no ha comido nada, ¿verdad?

—No quiero nada: he encargado la cena en casa. Siéntese también usted. ¡Nunca soñé que moriría! Déjeme oír cómo ocurrió. Dice que no espera que vuelvan en mucho tiempo, ¿los jóvenes?

—No; tengo que regarles cada noche por sus paseos tan tardíos: pero no me hacen caso. Al menos tome una jarra de nuestra cerveza vieja; le hará bien: parece fatigado.

Se apresuró a traerla antes de que pudiera negarme, y oí a Joseph preguntando si «no era un escándalo vergonzoso que ella tuviera pretendientes a su edad, y además sacar esas jarras de la bodega del amo? Le daba vergüenza quedarse quieto y verlo».

Ella no se detuvo a replicar, sino que regresó al minuto con una rebosante jarra de plata, cuyo contenido elog ié con la debida seriedad. Y luego me refirio el resto de la historia de Heathcliff. Tuvo, como ella decía, un fin «extrao».

Me llamaron a Cumbres Borrascosas a las dos semanas de marcharse usted, dijo; y acudí con alegría, por el bien de Catherine. Mi primer encuentro con ella me entristeció y me impactó: había cambiado tanto desde nuestra separación. El señor Heathcliff no explicó sus razones para cambiar de parecer respecto a mi venida; sólo me dijo que me necesitaba, y que estaba harto de ver a

Catherine: debía hacer del pe queño saloncito mi cuarto de estar, y tenerla conmigo. Con que la viera una o dos veces al día le bastaba. A ella le pareció bien el arreglo; y poco a poco fui pasando de contrabando una gran cantidad de libros y otros objetos que habían formado su entretenimiento en la Granja; y me lison jeé pensando que nos arreglaríamos con bastante comodidad. La ilusión no duró mucho. Catherine, contenta al principio, al poco tiempo se volvió irritable e inquieta. Por una parte, tenía prohibido salir del jardín, y la afligía mucho verse confinada dentro de sus estrechos límites al acercarse la primavera; por otra, al atender la casa me veía obligada a dejarla con frecuencia, y se quejaba de la soledad: prefería pele arse con Joseph en la cocina a estar sentada en paz en su soledad. A mí no me import aban sus escaramuzas; pero Hareton se veía también obligado a buscar la cocina cuando el amo quería tener la casa para sí; y aunque al principio ella la abandonaba a su llegada, o se unificaba quietamente a mis ocupaciones sin reparar en él ni dirigirle la palabra, y aunque él siempre estaba todo lo hurraño y callado que podía, al cabo de un tiempo ella cambió su actitud, y fue incapaz de dejarle en paz: hablando en tono que le afect aba; comment ando su estupidez y su pereza; manifest ando su asombro por cómo podía soportar la vida que llevaba; cómo podía estar toda una tarde mirando al fuego y dormit ando.

—Es exactamente como un perro, ¿verdad, Ellen? —observó una vez —. O como un caballo de tiro. Hace su trabajo, come su comida, ¡y duerme eternamente! ¿Qué mente tan vacía y lúgubre debe tener! ¿Sueñas alguna vez, Hareton? Y si lo haces, ¿con qué? ¡Pero si no puedes hablarme!

Entonces le miraba; pero él no abría la boca ni volvía a mirar.

—Estará soñando ahora —continuó—. Ha dado una sacudida de hombros como Juno la suya. Pregúntale, Ellen.

El señor Hareton pedirá al amo que le mande a usted arriba si no se porta, dije. No sólo había sacudido el hombro, sino que había apretado el puño, como tentado de usarlo.

—Sé por qué Hareton no habla nunca cuando estoy en la cocina —exclamó en otra ocasión—. Tiene miedo de que me ría de él. Ellen, ¿qué te parece? Un día empezó a aprender a leer solo; y como yo me rí, quemó sus libros y lo dejó. ¿No fue un tonto?

—¿No fuiste mala tú? —dije—. Res póndeme a eso.

—Quizás sí —continuó—; pero no esperaba que fuera tan susceptible. Hareton, si te diera un libro ahora, ¿lo aceptarías? ¡Voy a intentarlo!

Le puso en la mano uno que ella había estado leyendo; él lo tiró, y murmuró que si no paraba le rompería el cuello.

—Bueno, lo dejaré aquí —dijo—, en el cajón de la mesa; y me voy a la cama.

Luego me susurró que vigilara si lo tocaba, y se marchó. Pero él no se acercó a él; y así se lo informé por la mañana, con gran decepción suya. Vi que estaba arrepentida de su pertinaz hosquedad y su pereza: su conciencia le reprochaba haberle asustado e impedido que mejorara; lo había conseguido con toda eficacia. Pero su ingenio estaba trabajando para reparar el daño: mientras yo planchaba u hacía otras tareas sedentarias que no podía realizar bien en el saloncito, ella traía algún libro agradable y lo leía en voz alta. Cuando Hareton estaba presente, generalmente

paraba en un pasaje interesante y dejaba el libro por ahí; lo repitió varias veces; pero él era tan testarudo como una mula, y en vez de morder el anzuelo, en los días de lluvia se ponía a fumar con Joseph; y se sentaban como autómatas, uno a cada lado del fuego, el mayor afortunadamente demasiado sordo para entender su perversa tonteria, como habría llamado él a la historia, y el más joven haciendo todo lo posible por aparentar que no le importaba. En las tardes buenas éste último seguía sus expediciones de caza, y Catherine bostezaba y suspiraba, y me atormentaba para que hablara con ella, y salía corriendo al patio o al jardín en el momento en que yo empezaba; y como último recurso, lloraba y decía que estaba harta de vivir: que su vida no servía para nada.

El señor Heathcliff, cada vez más reacio a cualquier trato social, había casi desterrado a Earnshaw de su habitación. A consecuencia de un accidente a principios de marzo, se vio obligado a quedarse varios días en la cocina. Su escopeta reventó mientras estaba solo en las colinas; una astilla le cortó el brazo, y perdió bastante sangre antes de llegar a casa. El resultado fue que se vio forzado a quedarse junto al fuego y en reposo hasta recuperarse. Le vino bien a Catherine tenerle allí: en todo caso, le hacía odiar más que nunca su cuarto de arriba; y me oblig aba a encontrar quehaceres abajo para poder acompañarme.

El Lunes de Pascua, Joseph fue al mercado de Gimmerton con unos animales; y por la tarde yo estaba ocupada tendiendo ropa en la cocina. Earnshaw estaba sentado, hosco como de costumbre, en el rincón de la chimenea, y mi pe queña señora entretenia una hora de ocio dibujando figuras en los cristales de la ventana, variando su pasatiempo con estallidos ahogados de canciones, y exclamaciones en voz baja, y rápidas miradas de hastio e impaciencia hacia su

primo, que fumaba impasible mirando la rejilla. Al decirle yo que me interceptaba la luz, se trasledó al lado del hogar. Le presté poca atención, pero pronto la oí empezar:

—He descubierto, Hareton, que quiero..., que me alegra..., que me gustaría que fueras mi primo ahora, si no te hubieras vuelto tan brusco conmigo, tan áspero.

Hareton no respondió.

—¡Hareton, Hareton, Hareton! ¿Me oír? —continuó.

—¡Deja ya! —gruñó, con brusquedad inapelable.

—Deja que te quite esa pipa —dijo ella, alargando con cautela la mano y arrebatándosela de los labios.

Antes de que pudiera intentar recuperarla, la había roto y echado al fuego. Él la maldijo y sacó otra.

—Para —dijo ella—; primero tienes que escucharme; y no puedo hablar mientras esas nubes me flotan en la cara.

—¡Vete al diablo! —exclamó ferozmente—. ¡Y déjame en paz!

—No —insistió—; no me iré. No sé cómo hacer que me hables; y estás resuelto a no entender. Cuando te llamo estupido, no quiero decir nada con eso: no quiero decir que te desprecie. Vamos, Hareton, tíneme en cuenta: eres mi primo, y deberías reconocerme como tal.

—No tengo nada que ver con tu maldita arrogancia ni tus malditas burlitas —respondió—. Me iré al infierno en cuerpo y alma antes de volver a mirarte. ¡Qítate del medio ahora mismo, ahora!

Catherine frunció el ceño y se retiró al alfeizar mordiéndose el labio, y procurando, tarare ando una tonada ex céntrica, disimular una creciente gana de llorar.

—Deberías ser amigo de tu prima, señor Hareton —intercedí—, ya que ella se arrepiente de su impertinencia. Le haría mucho bien: con ella como compañera usted sería otra persona.

—¡Compañera! —exclamó—. ¿Cuando ella me odia, y cree que no valgo ni para limpiarle los zapatos? No; aunque me hiciera rey, no volveria a buscar su buena voluntad para que me la escupan.

—¡No soy yo quien te odia, eres tú quien me odias a mí! —lloró Cathy, sin disimular ya su pena—. Me odias tanto como el señor Heathcliff, y más.

—Mientes —empezó Earnshaw—; ¿y por qué le he buscado pelea a él, pont iéndome de tu parte, cien veces? ¿Y cuando tú me des deñabas y despreciabas, y...? Sigue fastidiándome, y entraré ahí dentro y le diré que me has echado de la cocina a la fuerza.

—No sabía que te ponías de mi parte —respondió, enj ugándose los ojos—; y estaba desgraciada y amargada con todo el mundo; pero ahora te lo agradezco, y te pido perdon: ¿qué más puedo hacer?

Se acer có al hogar y le tendió francamente la mano. Él se oscu reció y puso cara de tormenta, y mantuvo los puños resuel tamente apretados, y la mirada clavada en el suelo. Catherine, por instinto, debió de adivinar que era obstinada pervers idad, y no antipatía, lo que motivaba esa actitud cerrada; pues, tras permanecer un instante indecisa, se inclinó y le estampó en la mejilla un suave beso. La pe queña pilla creyó que yo no lo había visto, y, retrocediendo, retomó su lugar junto a la ventana, muy formal. Yo

leí la reprob ación con la cabeza, y entonces ella se ruborió y susurró:

—¡Bueno! ¿Qué debía haber hecho, Ellen? No quería estrecharme la mano, ni quería mirarme: tengo que demostrarle de alguna manera que me cae bien, que quiero ser su amiga.

Si el beso convenció a Hareton, no puedo decirlo: durante unos minutos tuvo mucho cuidado de que no se le viera la cara, y cuando la alzó por fin, estaba en apuros de no saber adónde dirigir los ojos.

Catherine se entretuvo en envolver cuidadosamente un hermoso libro en papel blanco; y hab iéndolo atado con un trocito de cinta, y dirigido a «El señor Hareton Earnshaw», me pidió que fuera su embajadora y llevara el regalo a su destinatario.

—Y díl e que, si lo acepta, vendré yo a enseñarle a leerlo bien —dijo —; y si lo rechaza, subiré arriba y no volveré a molest arle.

Lo llevé, y repetí el mensaje; seguida ansi osamente por mi empleadora. Hareton no quiso abrir los dedos, así que lo dejé sobre su rodilla. Tampoco lo rechazó de un golpe. Volví a mi trabajo. Catherine apoyó la cabeza y los brazos sobre la mesa, hasta que oyó el leve crujido del envoltorio al ser quitado; entonces se escabulló y fue a sentarse quedamente junto a su primo. Él tembló, y le encendió la cara: toda su rudeza y toda su hosca aspereza le habían abandonado. No pudo reunir valor, al principio, para pronunciar una sólaba en respuesta a su mirada interrogante y su murmurado ruego.

—Di que me perdonas, Hareton, por favor. Puedes hacerme tan feliz con pronunciar esa pe queña palabra.

Él murmuró algo inaudible.

—¿Y serás mi amigo? —añadió Catherine, interrogativa.

—No: te avergonzarás de mí todos los días de tu vida —respondió—; y cuanto más me conozcas, más averg on zada estarás; y yo no puedo soportarlo.

—¿Así que no quieres ser mi amigo? —dijo ella, sonriendo dulce como la miel, y acercándose más.

No pude oír más conversación distinguible; pero al volver a mirar vi dos rostros tan radiantes inclinados sobre la página del libro aceptado, que no dudé de que el pacto había sido ratificado por ambas partes; y los enemigos eran, desde ese momento, aliados irrevocables.

La obra que estudiaban estaba llena de bellas ilustraciones; y éstas y su posición tenían encanto suficiente para mantenerles absor tos hasta que Joseph regresó a casa. El buen hombre quedó absolutamente consternado ante el espectáculo de Catherine sentada en el mismo banco que Hareton Earnshaw, con la mano apoyada en su hombro; y confundido ante la tolerancia de su favorito a su proximidad: le afectó demasiado para que pudiera hacer observación alguna al respecto aquella noche. Su emoción se manifestó únicamente por los inmensos suspiros que exhaló mientras extendía solem nemente su gruesa Biblia sobre la mesa y la cubría con billetes sucios sacados de su cartera, producto de las trans acci ones del día. Por fin llamó a Hareton.

—Lleva esto al amo, muchacho, y quédate allá. Yo me subi ré a mi cuarto. Este agujero no es ni decente ni conveniente para nosotros: hay que buscarse otro.

—Vamos, Catherine —dije—, también nosotras debemos «busc arnos otro»: he terminado de planchar. ¿Estás lista?

—¡No son las ocho! —respondió, levantándose a regana d ientes—. Hareton, dejaré este libro en la repisa de la chimenea, y mañana traeré más.

—Todos los libros que dejes los llevaré a la casa —dijo Joseph—, y difícil te será volver a encontrarlos; así que puedes hacer lo que te plazca.

Cathy le amenazó con que su biblioteca pagaría por la suya; y, sonriéndole al pasar a Hareton, subió cantando la escalera: más ligera de corazón, me atrevo a decir, que en ninguna otra ocasión bajo aquel techo; salvo, quizá, en sus primeras visitas a Linton.

La intimidad así iniciada fue creciendo rápidamente, aunque con interrupciones temporales. Earnshaw no podía civilizarse de un día para otro, y mi joven señora no era ni filósofa ni un dechado de paciencia; pero ambos teniendo el ánimo orientado al mismo punto—uno amando y deseando estimar, y el otro amando y deseando ser estimado—, lograron al fin alcanzarlo.

Ya lo ve, señor Lockwood: no era difícil conquistar el corazón de la señora Heathcliff. Pero ahora me alegra que no lo intentara usted. La unión de esos dos será la corona de todos mis deseos. No envidiaré a nadie el día de su boda: no habrá mujer más feliz que yo en toda Inglaterra.

* * * * * *

3 4

Capítulo XXXIII

Empieza: «A la mañana siguiente a aquel lunes, Earnshaw, todavía sin poder dedicarse a sus ocupaciones habituales y permaneciendo por tanto en casa,...»

A la mañana siguiente a aquel lunes, Earnshaw, todavía sin poder dedicarse a sus ocupaciones habituales y permaneciendo por tanto en casa, pronto comprobé que sería impracticable retener a mi cargo a mi lado como de costumbre. Bajó delante de mí y salió al jardín, donde había visto a su primo realizando algún trabajo liviano; y cuando fui a llamarles para el desayuno, vi que le había persuadido de despejar un gran espacio de grosellos y groselleros, y estaban ocupados planeando juntos una importación de plantas desde la Granja.

Me aterró la devastación causada en un breve cuarto de hora: los grosellos negros eran la niña de los ojos de Joseph, y ella acababa de elegir su parterre en medio de ellos.

—¡Bueno! Esto lo sabrá el amo en el minuto en que lo descubra. ¿Y qué excusa tienen para tomarse tales libertades con el jardín? Esto nos va a costar una buena explosión, yá lo verán. Señor Hareton, me asombra que no tenga más cabeza que meterse en ese lío por darle el gusto a ella.

—Se me olvidó que eran de Joseph —respondió Earnshaw, algo desconcertado—; pero le diré que lo hice yo.

Siempre comíamos con el señor Heathcliff. Yo hacía las veces de señora de la casa en preparar el té y trinchar; así que era indispensable en la mesa. Catherine solia sentarse a mi lado, pero hoy se fue acercando a Hareton; y pronto vi que no iba a tener más discrección en su amistad de la que había tenido en su hostilidad.

—Ahora, procura no hablar con tu primo ni hacerle demasiado caso —le susurré al entrar—. Seguro que eso irritará al señor Heathcliff, y se pondrá furioso con los dos.

—No voy a hacerlo —respondió.

Al minuto siguiente se había deslizado hacia él, y le estaba metiendo prímulas en el plato de gachas. Él no se atrevió a hablarle allí: apenas se atrevió a mirarla; y sin embargo ella siguió bromeándole, hasta que estuvo dos veces a punto de provocarle a reías. Yo fru ncí el ceño, y entonces ella dirigió una mirada al amo: cuya mente estaba ocupada en otros asuntos distintos a su compañía, como evidenciaba su semblante; y ella se puso seria un instante, examinándole con intensa gravedad. Luego se volvió y reanu dó sus tonterías; por fin, Hareton soltó una risa ahogada. El señor Heathcliff se sobresal tó; sus ojos exploraron rápidamente nuestros rostros. Catherine le sostuvo la mirada con su habitual expresión de nerviosismo y sin embargo de desafío, que él detestaba.

—Menos mal que estás fuera de mi alcance —exclamó—. ¿Qué demonio te posee para quedarte mirándome siempre con esos ojos

infernales? ¡Bájalos! Y no me recuerdes tu existencia otra vez. Creía que ya te había quitado las ganas de reírte.

—Fui yo —murmuró Hareton.

—¿Qué dices? —demandó el amo.

Hareton miró su plato, y no repitió la confes ión. El señor Heathcliff le miró un momento, y luego siguió en silencio con su desayuno y su meditación interrumpida. Casi habíamos terminado, y los dos jóvenes habían cambiado prudentemente de asiento apartándose, así que no anticipaba mayor perturbación en esa sesión; cuando Joseph apareció en la puerta, revelando por su labio trémulo y sus ojos furiosos que se había descubierto el ultraje cometido contra sus preciados arbustos. Debía de haber visto a Cathy y su primo en el lugar antes de examinarlo, porque mientras sus mandíbulas trabajaban como las de una vaca rumi ando, y le dificultaban hablar con claridad, empezó:

—Tengo que cobrar mi jornal y tengo que marcharme. Venía pensando en morirme donde había servido sesenta años; y pensaba subir mis libros al des ván y todas mis cosillas, y dejarles la cocina para ellos, por amor a la paz. ¡Me costaba abandonar mi propio hogar, pero pensaba que podía! ¡Pero ahora ella me ha quitado el jardín, y por mi vida, amo, que no puedo aguantarlo! ¡Puede usted doblar la cerviz si quiere: yo no estoy acos tumbrado, y un hombre viejo no se acostumbra pronto a nuevas cargas. ¡Prefiero ganarme la pitanza con un martillo en el camino!

—¡Vamos, idiota! —le interrum pió Heathcliff—. ¡Abrevia! ¿Cuál es tu queja? No pienso meterme en tus disputas con Nelly. Por mí puede meterte en el carbonero.

—¡No es Nelly! —respondió Joseph—. A Nelly no le haría caso; mala hierba que es. ¡Gracias a Dios, ella no puede robarle el alma a nadie! Nunca fue tan guapa que un hombre no pudiera mirarla sin pestaañear. ¡Es esa maldita bruja sin vergüenza la que ha hechizado al muchacho, con sus ojos descarados y sus maneras atrevidas!, hasta que... ¡No, me parte el corazón! Se ha olvidado de todo lo que he hecho por él, y ha ido y arrancado toda una hilera de los mejores grosellos del jardín! —y aquí se lamentó abiertamente; deshecho por el sentido de sus amargas injurias y la ingratitud y el peligroso estado de Earnshaw.

—¿Está borracho el hombre? —preguntó el señor Heathcliff—. Hareton, ¿es a ti a quien le está poniendo?

—He arrancado dos o tres arbustos —respondió el joven—; pero los voy a volver a plantar.

—¿Y por qué los has arrancado? —dijo el amo.

Catherine intervin o con sensatez.

—Queríamos plantar flores ahí —dijo—. La culpa es sólo mía, pues fui yo quien le pedí que lo hiciera.

—¿Y quién diablos le ha dado permiso a usted para tocar nada de aquí? —demandó su suegro muy sorprendido—. ¿Y quién le mandó obedecerla? —añadió, volviéndose a Hareton.

Éste estaba mudo; su prima respondió:

—No debería escatimar unos metros de tierra para que yo los adorne, cuando usted se ha quedado con todas mis tierras.

—«Tus tierras», ¿insolente? Nunca tuviste ninguna —dijo Heathcliff.

—Y mi dinero —continuó ella, sosteniendo su furiosa mirada, y entre tanto mordiendo un trozo de corteza, resto de su desayuno.

—¡Siléncio! ¡Acaba y véte!

—Y las tierras de Hareton, y su dinero —prosiguió la temeraria—. Hareton y yo somos amigos ahora; ¡y le contaré todo sobre usted!

El amo pareció desconcertado un momento: se puso pálido y se levantó, mirándola fijamente todo el tiempo con una expresión de odio mortal.

—Si me pega, Hareton le pegará a usted —dijo ella—; así que puede usted seguir sentado.

—Si Hareton no te echa de esta habitación, yo le mando al infierno —tronnó Heathcliff—. ¡Maldita bruja! ¿Te atreves a pretender incitarle contra mí? ¡Fuera con ella! ¿Me oyes? ¡Arrójala a la cocina! ¡Te mataré, Ellen Dean, si la dejas volver a ponerse ante mis ojos!

Hareton intentó en voz baja persuadirla de que se fuera.

—¡Arrástrala! —gritó ferozmente—. ¿Te quedas a charlar? —Y se acercó a ejecutar su propia orden.

—Ya no te obedece, hombre perverso —dijo Catherine—; y pronto te detestará tanto como yo.

—¡Calla, calla! —murmuró el joven, en tono de reproche—. No voy a consentir que le hables así. Para ya.

—¿Pero no le dejarás que me pegue? —gritó ella.

—Ven entonces —le susurró él con urgencia.

Era demasiado tarde: Heathclifff la había asido.

—¡Ahora sal tú! —le dijo a Earnshaw—. ¡Maldita bruja! Esta vez me ha provocado cuando no podía soportarlo; ¡y haré que se arrepienta por siempre!

Tenía la mano en su pelo; Hareton intentó soltar los rizos, rogando que no la hiciera daño por una vez. Los ojos negros de Heathclifff relampague aron; parecía dispuesto a despedazar a Catherine, y yo estaba a punto de arriesgarme a intervenir, cuando de repente sus dedos se relajaron; trasladó su presa de la cabeza al brazo, y la miró fijamente a la cara. Luego se pasó la mano por los ojos, se quedó un instante aparentemente recobrándose, y volviendo a Catherine, dijo con calma fingida:

—Debes aprender a no exasperarme, porque si no realmente te mataré algún día. Vete con la señora Dean, y quédate con ella; y limita tus impertinencias a sus oídos. En cuanto a Hareton Earnshaw, si le veo escuchándote, le mando a buscar el pan donde pueda encontrarlo. Tu amor le hará un proscrito y un mendigo. Nelly, llevátela; y dejadme, todos. ¡Dejadme!

Llevé a mi joven señora fuera: estaba demasiado aliviada por su escape para resistirse; el otro nos siguió, y el señor Heathclifff tuvo el cuarto para sí hasta la hora de comer. Le había aconsejado a Catherine que comiera arriba; pero en cuanto él notó su asiento vacío, me mandó a llamarla. No le habló a ninguno de nosotros, comió muy poco, y salió directamente después, intimando que no volvería hasta la tarde.

Los dos nuevos amigos se instalaron en la casa durante su ausencia; donde oí que Hareton reprendía sever amente a su prima cuando ella le ofreció una revelación de la conducta de su suegro para con su padre. Dijo que no consentía que se dijera una palabra en su men osp recio: aunque fuera el diablo, eso no cambiaba nada; él estaría a su lado; y prefería que ella le abu sara a él, como solía, antes que empezar con el señor Heathcliff. Catherine se enfadó ante esto; pero él encontró manera de hacerla callar preguntándole cómo le gustaría que él hablara mal de su padre. Entonces ella comprendió que Earnshaw hacía propia la reputación del amo; y que estaba unido a él por lazos más fuertes que los que la razón puede romper: cadenas forjadas por el hábito, que sería cruel intentar aflojar. Ella dió muestras de buen corazón desde entonces, evitando tanto las quejas como las expresiones de antipatía hacia Heathcliff; y me confesó su arrepentimiento por haber intentado sembrar mala sangre entre él y Hareton: en verdad, no creo que haya pronunciado una sola sólaba en presencia de éste contra su opresor desde entonces.

Cuando esta pe queña desavenencia quedó zanjada, volvieron a ser amigos, y tan ocupados como era posible en sus respectivos papeles de alumno y maestra. Yo fui a sentarme con ellos después de terminar mi trabajo; y me sentía tan serenada y reconfortada de verles, que no noté cómo pasaba el tiempo. Ya lo sabe usted: ambos eran en cierto modo hijos míos: de uno había estado orgullosa durante mucho tiempo; y ahora estaba segura de que el otro sería una fuente de igual satisfacción. Su naturaleza honesta, cálida e inteligente sacudió rápidamente las nubes de ignorancia y degradación en que había sido criado; y los sinceros elogios de Catherine actuaban de acicate para su aplicación. La iluminación

de su mente iluminaba sus rasgos, y aóadía espíritu y nobleza a su aspecto: era difícil reconocer en él al mismo individuo que había contemplado el día en que descubrí a mi pe queña señora en Cumbres Borrascosas, tras su excursión a los Farallones. Mientras yo admiraba y ellos trabajaban, cayó el cr epúsculo, y con él regresó el amo. Apareció inesperadamente, entrando por el frente, y nos vio a los tres antes de que pudiéramos alzar la vista. Bueno, reflex ioné: nunca había espectáculo más agradable ni más inocente; y será una infamia reg añarles. La luz roja del fuego resp land ecía sobre sus dos hermosas cabezas, y revel aba sus caras animadas con el vivo interés de unos niños; pues, aunque él tenía veintidós años y ella dieciocho, ambos tenían tanto de nuevo que sentir y aprender, que ninguno exper imentaba ni mostraba los sentimientos de la madurez desencantada.

Alzaron los ojos a la vez para encontrar al señor Heathcliff: quizá no haya reparado usted en que sus ojos son exactamente iguales, y son los de Catherine Earnshaw. La Catherine actual no tiene otro parecido con ella, salvo una anchura de frente y cierto arco de la ventana de la nariz que le dan un aire algo altivo, quiera o no. En Hareton el parecido va más lejos: es notable en todo momento; entonces era particularmente llamativo, porque sus sentidos estaban alertos y sus facultades mentales despertadas a una actividad inusitada. Supongo que ese parecido desamró al señor Heathcliff: se acercó al hogar con evidente agitación; pero se calmó rápidamente al mirar al joven: o más bien, alteró su caracter; porque todavía estaba presente. Cogió el libro de sus manos, echó un vistazo a la página abierta, y lo devolvió sin hacer observación alguna; simplemente le hizo un gesto a Catherine para que se

retirara: su compañero tardó muy poco en seguirla, y yo estaba a punto de marcharme también, pero él me pidió que me quedara.

—Es un pobre desenlace, ¿verdad? —observó, habiendo meditado un rato sobre la escena que acababa de presenciar—: una terminación absurda para mis violentos esfuerzos. Me procuro palancas y picos para demoler las dos casas, y me entreno para ser capaz de trabajar como Hércules, y cuando todo está a punto y en mi mano, ¡descubro que la voluntad de levantar una sola teja de cualquiera de los dos techos ha desaparecido! Mis viejos enemigos no me han vencido; ahora sería el momento preciso para vengarme en sus representantes: podría hacerlo, y nadie me lo impediría. ¡Pero para qué? No me apetece golpear: ¡no me tomo la molestia de levantar la mano! Eso suena como si hubiera estado trabajando todo este tiempo sólo para exhibir un hermoso rasgo de magnanimidad. No es en absoluto el caso: he perdido la facultad de gozar de su destrucción, y soy demasiado indolente para destruir sin nada que obtener.

—Nelly, se avecina un extraño cambio; en este momento estoy bajo su sombra. Me interesa tan poco mi vida cotidiana que casi tengo que recordarme comer y beber. Esos dos que acaban de irse son los únicos objetos que retienen para mí una apariencia material distinta; y esa apariencia me causa dolor, que llega a la agonía. De ella no quiero hablar; y no deseo pensar; pero deseo ardientemente que fuera invisible: su presencia sólo me despierta sensaciones enloquecedoras. Él me mueve de modo distinto: y sin embargo si pudiera hacerlo sin parecer loco, ¡jamás volvería a verle! Quizás me juzgará usted bastante inclinado a serlo —añadió, haciendo un esfuerzo por sonreír—, si intento describir las mil formas de asociaciones pasadas e ideas que él despierta o encarna. Pero usted

no hablará de lo que yo le diga; y mi mente está tan eternamente recluida en sí misma, que al fin es tentador volver la hacia otro.

—Hace cinco minutos, Hareton parecía una personificación de mi juventud, no un ser humano; le sen tía de tantas maneras distintas que habría sido imposible acercarme a él racionalmente. En primer lugar, su sorprendente parecido con Catherine le conectaba a ella de modo aterrador. Eso, sin embargo, que quizá le parezca lo más poderoso para arrebatar mi imaginación, es en realidad lo menos: pues ¿qué no está conectado con ella para mí? ¿Qué no me la recuerda? ¡No puedo bajar los ojos a este suelo sin que sus rasgos estén trazados en las losas! En cada nube, en cada árbol... llenando el aire de noche, y vis lumbrada por instantes en cada objeto de día... ¡estoy rodeado por su imagen! Los rostros más ordinarios de hombres y mujeres, mis propios rasgos, me escarnecen con un parecido. ¡El mundo entero es una espantosa colección de memorandos de que ella existió, y de que yo la he perdido! Bueno: el aspecto de Hareton era el fantasma de mi amor inmortal; de mis salvajes esfuerzos por mantener lo que era mío; de mi degradación, mi orgullo, mi felicidad y mi agonía...

—Pero es un desvarío repetirle estos pensamientos: sólo le servirán para entender por qué, con mi repugnancia a la soledad permanente, su compañía no es un alivio, sino una agravación del tormento constante que padezco; y contribuye en parte a que me sea indiferente cómo van él y su prima. Ya no puedo prestarles atención alguna.

—¿Pero qué quiere decir con «un cambio», señor Heathcliff? —dije, alarmada por su actitud, aunque a mi juicio no estaba en peligro de perder el juicio ni de morir: tenía aspecto de hombre fuerte y sano;

y en cuanto a la razón, desde niño había tenido el gusto de regodearse en cosas oscuras y de entretenerse en pensamientos extravagantes. Podría tener una monomanía en torno al objeto de su culto perdido; pero en todo lo demás su entendimiento estaba tan sano como el mío.

—No lo sabré hasta que llegue —dijo—; ahora sólo soy medio consciente de él.

—¿No se siente usted enfermo? —pregunté.

—No, Nelly, no —respondió.

—¿Entonces no teme usted la muerte? —continué.

—¿Temer? ¡No! —respondió—. No tengo ni miedo, ni presentimiento, ni esperanza de la muerte. ¿Por qué habría de tenerlos? Con mi constituc ión robusta, mi modo de vivir sobrio y mis ocupaciones sin peligro, debo de, y probablemente seguiré, permaneciendo sobre la tierra hasta que no me quede casi un pelo negro en la cabeza. ¡Y sin embargo no puedo continuar en este estado! Casi tengo que recordarme que debo respirar, casi tengo que recordarle a mi corazón que debe latir. Y es como doblar un resorte rígido: es por compulsión que realizo el más pequeño acto que no esté impulsado por un solo pensamiento; y por compulsión que reparo en cualquier cosa viva o muerta que no esté asociada con una única idea universal. Tengo un solo deseo, y todo mi ser y mis facultades anhelan alcan zarlo. Llevan anhelando hacia él tanto tiempo, y con tanta firmeza, que estoy convencido de que lo alcanzaré: y pronto, porque ha devorado mi existencia: estoy absorto en la anticipación de su cumplimiento. Mis confesiones no me han aliviado; pero pueden dar cuenta de algunas fases de

humor, por lo demás incomprensibles, que muestro. ¡Oh, Dios! ¡Es una lucha larga! ¡Qui siera que terminara de una vez!

Empezó a pasearse por el cuarto murmurando cosas terribles para sí, hasta que me incliné a creer, como él dijo que creía Joseph, que la conciencia le había convertido el corazón en un infierno terrenal. Me preguntaba con ansiedad cómo terminaría aquello. Aunque raramente había revelado antes ese estado de ánimo, ni siquiera por su semblante, era su humor habitual, no lo dudaba: él mismo lo afirmaba; pero ningún alma, por su comportamiento general, habría conjeturado tal cosa. Usted no lo hizo cuando le vio, señor Lockwood; y en el período del que hablo era exactamente igual que entonces; sólo más aficionado a la soledad continua, y quizá todavía más lacónico en compañía.

* * * * * *

35

Capítulo XXXIV

Empieza: «Durante algunos días después de aquella tarde, el señor Heathcliff eludió encontrarse con nosotros en las comidas; y sin embargo no quiso...»

Durante algunos días después de aquella tarde, el señor Heathcliff eludió encontrarse con nosotros en las comidas; y sin embargo no quiso excluir formalmente a Hareton y a Cathy. Tenía aversión a ceder tan completamente a sus sentimientos, prefiriendo ausentarse; y comer una vez cada veinticuatro horas parecía sustento suficiente para él.

Una noche, después de que la familia se hubiera acostado, le oí bajar y salir por la puerta principal. No le oí volver a entrar, y por la mañana comprobé que aún estaba fuera. Estábamos ya en abril: el tiempo era suave y cálido, la hierba tan verde como las lluvias y el sol podían ponerla, y los dos manzanos enanos junto al muro del sur en plena flor. Después del desayuno, Catherine insistió en que le llevara una silla y me sentara con mi labor bajo los abetos del extremo de la casa; y engatusuó a Hareton, que se había recuperado completamente de su accidente, para que cavara y arreglara su pe queño jardín, que había sido trasladado a ese rincón por influencia de las quejas de Joseph. Me regal aba cómodamente en la fragancia primaveral de alrededor, y en el hermoso azul suave del cielo, cuando mi joven señora, que había

corrido hacia la verja a buscar unas raíces de prímula para un borde, regresó con las manos medio vacías, y nos informó de que el señor Heathcliff estaba llegando.

—Y me ha hablado —añadió, con semblante perplejo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Hareton.

—Me dijo que me largara cuanto antes —respondió—. Pero tenía una cara tan diferente de la habitual que me detuve un momento a mirarle.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Pues casi alegre y animado. No, casi nada: ¡muy excitado, y desbordante, y contento! —respondió.

—Entonces le amusa pasearse de noche —remarqué, afectando despreocupación: en realidad tan sorprendida como ella, y ansiosa de comprobar la verdad de lo que decía; pues ver al amo con cara de alegría no sería un espectáculo cotidiano. Buscé un pretexto para entrar. Heathcliff estaba en la puerta abierta; estaba pálido, y temblaba; y sin embargo, ciertamente, tenía un extraño brillo de alegría en los ojos que alter aba el aspecto de toda su cara.

—¿No quiere desayunar? —dije—. Debe de estar hambriento, tras andar toda la noche. —Quería averiguar dónde había estado, pero no me atreviía a preguntarle directamente.

—No, no tengo hambre —respondió apartando la cabeza, y hablando con cierto desprecio, como si adivinara que yo estaba intentando descubrir la ocasión de su buen humor.

Me sentí perpleja: no sabía si no sería ésa una ocasión propicia para ofrecer un poco de amonestación.

—No me parece bien andar fuera de casa de noche —observé—, en vez de estar en la cama: no es prudente, al menos en esta estación tan húmeda. Lo más seguro es que coja un fuerte resfriado o una fiebre: ¡algo le pasa ya!

—Nada que no pueda soportar —respondió—; y con muchísimo gusto, si me deja usted tranquilo: entre, y no me moleste.

Obedecí; y al pasar observé que respiraba tan agitadamente como un gato. Sí, reflex ioné para mí: vamos a tener un acceso de enfermedad. No puedo imaginar qué ha estado haciendo.

Al mediodía se sentó con nosotros a comer y recibió de mis manos un plato bien lleno, como si quisiera compensar el ayuno anterior.

—Ni resfriado ni fiebre, Nelly —remarcó, en alusión a mis palabras de la mañana—; y estoy dispuesto a hacer justicia a la comida que me da.

Cogió el cuchillo y el tenedor, y se disponía a empezar a comer, cuando el apetito pareció extinguirse de repente. Los dejó sobre la mesa, miró ansiosamente hacia la ventana, y luego se levantó y salió. Le vimos pasearse de un lado a otro por el jardín mientras concluiíamos la comida, y Earnshaw dijo que iría a preguntarle por qué no quería comer: creía que le habíamos disgustado de algún modo.

—Bueno, ¿viene? —preguntó Catherine cuando regresó su primo.

—No —respondió—; pero no está enfadado: parecía rara mente contento; sólo que le impacionté hablando le dos veces, y entonces

me mandó que volv iera contigo: se preguntaba cómo podía yo querer la compañía de cualquier otro.

Puse su plato a calentar sobre la rejilla del hogar; y al cabo de una o dos horas volvió a entrar, estando vacía la habitación, en nada más calmado: el mismo aspecto antinatural, y era antinatural, de alegría bajo sus cejas negras; el mismo tono ex sangüe, y sus dientes visibles, de vez en cuando, en una especie de sonrisa; su cuerpo estrem eciéndose, no como quien se estremece de frío o de debilidad, sino como vibra una cuerda muy tensa: una vibra ción poderosa, más que un temblor.

—Voy a preguntarle qué le pasa —pensé; ¿o quién si no? Y exclamé —: ¿Ha recibido alguna buena noticia, señor Heathcliff? Tiene usted un aspecto insualmente animado.

—¿De dónde me habrían de venir buenas noticias a mí? —dijo—. Estoy animado por el hambre; y, al parecer, no puedo comer.

—Su comida está aquí —repliqué—; ¿por qué no la toma?

—Ahora no la quiero —murmuró precipitadamente—. Esperare hasta la cena. Y, Nelly, de una vez por todas, le ruego que advierta a Hareton y a la otra que se alejen de mí. Quiero que nadie me moleste: quiero tener este sitio para mí.

—¿Hay alguna nueva razón para este destierro? —pregunté—. Dígame por qué está tan raro, señor Heathcliff. ¿Dónde estuvo anoche? No le hago la pregunta por mera curiosidad, sino...

—Me la hace usted por pura y simple curiosidad —interrumpió, con una risa—. Sin embargo se la responderé. Anoche estuve en el umbral del infierno. Hoy estoy a la vista de mi cielo. Lo tengo ante

mis ojos: ¡apenas tres palmos me separan! Y ahora mejorése a entrar. No verá ni oírá nada que la asuste, si se abstiene de husmear.

Habiendo barri do el hogar y limpi ado la mesa, me marché; más perpleja que nunca.

No salió de la casa esa tarde, y nadie interrumpió su soledad; hasta que, a las ocho, estimé oportuno, aunque sin que me lo pidieran, llevarle una vela y la cena. Estaba apoyado en el quicio de un postigo abierto, pero no miraba afuera: tenía la cara vuelta hacia la oscuridad interior. El fuego se había consumido en cenizas; el cuarto estaba lleno del aire húmedo y suave de la noche nublada; y tan silencioso, que no sólo era perceptible el murmullo del arroyo al pie de Gimmerton, sino sus rizo s y su gorgoteo sobre los guijarros, o entre las grandes piedras que no alcanzaba a cubrir. Exclamé con disgu sto al ver la rejilla apagada, y empecé a cerrar los postigos uno a uno hasta llegar al suyo.

—¿Cierro éste? —pregunté, para despertarle; pues no se movía.

La luz le dio en el rostro al hablar. Oh, señor Lockwood: ¡no puedo expresar el sobresalto horrible que me llevé con esa vista momentánea! ¡Esos ojos negros y profundos! ¡Esa sonrisa, y esa palidez cada avérica! Me pareció ver no al señor Heathcliff, sino a un trasgo; y en mi terror, dejé la vela ladearse hacia la pared, y me quedé en la oscuridad.

—Sí, ciérralo —respondió con su voz familiar—. ¡Vaya torpeza! ¿Por qué sujetaba la vela en horizontal? Dese prisa y traiga otra.

Salí corriendo en un estado idiota de terror, y le dije a Joseph:

—El amo quiere que le lleve una vela y que encienda el fuego.

Pues yo no me atreviía a entrar sola de nuevo en ese momento. Joseph llenó una pala de brasas y fue; pero volvio enseguida con la bandeja de la cena en la otra mano, explicando que el señor Heathcliff se iba a la cama, y que no quería comer hasta la mañana. Le oímos subir la escalera directamente; no se dirigió a su cuarto habitual, sino que se metió en el de los paneles: su ventana, como dije antes, es suficientemente ancha para que cualquiera pase por ella; y se me ocurrió que planeaba otra excursión nocturna, de la que prefería que no tuviéramos sospecha.

¿Será un ghoul o un vampiro?, me pregunté. Había leído sobre tales demonios encarnados y horripilantes. Y luego me puse a reflexionar cómo le había cuidado de bebé, y le había visto crecer hasta la juventud, y le había seguido casi a lo largo de todo su recorrido; y qué absurdo disparate era ceder a esa sensación de horror. «Pero ¿de dónde ha venido, la cosita oscura, alber gada por un buen hombre para su ruina?», murmuró la Superstición mientras me iba sumiendo en el sueño. Y empecé, medio soñando, a cansarme imaginándole algún origen conveniente; y repitiendo mis meditaciones en vela, fui siguiendo su existencia una vez más, con variaciones sombrías; y al fin, imaginé su muerte y entierro: de lo que sólo recuerdo que estaba extraordinariamente molesta por tener que dictar una inscripción para su lápida, y consul tándolo con el sepulturero; y como no tenía apellido, y no podíamos saber su edad, nos vimos obligadas a contentarnos con la sola palabra «Heathcliff». Eso se cumplió: así fue. Si usted entra en el cementerio, leerá en su lápida sólo eso, y la fecha de su muerte.

El alba me devolvió al sentido común. Me levanté y fui al jardín, en cuanto pude ver, a comprobar si había huellas bajo su ventana. No había ninguna. «Se ha quedado en casa», pensé, «y hoy estará bien». Preparé el desayuno para la familia como de costumbre, pero le dije a Hareton y a Catherine que lo tomaran antes de que el amo bajara, pues se levantaba tarde. Prefirieron tomarlo al aire libre, bajo los árboles, y les puse una me sita.

Al volver a entrar encontré al señor Heathcliff abajo. Él y Joseph hablaban de algunos asuntos agrícolas; dio instrucciones claras y precisas sobre el asunto en cuestión, pero habló rápido, volviendo la cabeza continuamente a un lado, y con la misma expresión exaltada, todavía más acentuada. Cuando Joseph salió del cuarto, tomó su asiento en el lugar que generalmente eligió, y le puse delante una taza de café. La acercó hacia él, y luego apo yó los codos en la mesa y miró la pared opuesta, como examinando un punto determinado de arriba abajo, con ojos relucientes e inquietos, y con tal inters apasionado que paró de respirar durante treinta segundos seguidos.

—Vamos —exclamé, empujando un poco de pan hacia su mano—, coma y beba eso mientras está caliente: lleva casi una hora esperando.

Él no me hizo caso, y sin embargo sonreía. Habría preferido verle rechinar los dientes que sonreír así.

—¡Señor Heathcliff! ¡Amo! —exclamé—. ¡No se quede mirando así, por amor de Dios, como si viera una visión sobrenatural!

—No grite tan fuerte, por amor de Dios —respondió—. Vuélvase, y dígame: ¿estamos solos?

—Por supuesto —fue mi respuesta—; por supuesto.

Y sin embargo obedecí involuntariamente, como si no estuviera del todo segura. Con un barrido de mano despe jó un espacio vacío delante entre las cosas del desayuno, y se inclinó hacia adelante para contemplar más comod amente. Ahora me di cuenta de que no miraba la pared; pues cuando le observé a solas, parecía exactamente que miraba algo a dos metros de distancia. Y lo que fuera, le comunicaba, aparentemente, tanto placer como dolor en extremos exquisitos: al menos la atormentada y sin embargo arrobada expresión de su semblante sugeria esa idea. El objeto imaginado tampoco estaba fijo: sus ojos le seguían con infatigable diligencia, y ni siquiera al hablarme se apart aban de él. En vano le recordé su prolongado ayuno: si se movía para alcanzar algo en respuesta a mis ruegos, si estiraba la mano para coger un trozo de pan, los dedos se le cerr aban antes de llegar, y permanecían sobre la mesa, olvidados de su propósito.

Estuve sentada, modelo de paciencia, intentando atraer su absorbida atención de su especulación devoradora; hasta que se fue irritando y se levantó, preguntando por qué no le dejaba tomar sus comidas a su ritmo; y diciendo que la siguiente vez no tenía que esperarle: podía dejar las cosas y marcharme. Tras pronunciar estas palabras, salió de la casa, paseó lentamente por el sendero del jardín, y desapareció por la verja.

Las horas se arrastraron ansiosamente: llegó otra tarde. No me retiré a descansar hasta tarde, y cuando lo hice, no pude dormir. Volvió después de medianoche, y en vez de irse a la cama, se encerró en la habitación de abajo. Escuché, y me revolví, y al fin me

vestí y bajé. Era demasiado molesto quedarse allí, atormentándome el cerebro con cien vanos presagios.

Distingui los pasos del señor Heathcliff mid iendo el suelo inquietamente, y con frecuencia rompió el silencio con una honda aspiración semejante a un gemido. También murmuraba palabras sueltas; la única que pude captar fue el nombre de Catherine, unido a algún término apasionado de ternura o de sufrimiento; pronunci ado como se habla a una persona presente; en voz baja e intensa, arrancado de lo más hondo del alma. No tuve valor para entrar derecha al cuarto; pero quería distraerle de su trance, y así empecé a revolver el fuego de la cocina y a raspar las cenizas. Le llamó antes de lo que esperaba. Abrió la puerta inmediatamente y dijo:

—Nelly, ven aquí. ¿Es de día? Entra con tu luz.

—Son las cuatro —respondí—. Necesita una vela para subir: podía haber encendido una en este fuego.

—No, no quiero subir —dijo—. Entra, y enc iéndeme un fuego, y haz lo que haya que hacer en el cuarto.

—Tengo que avivar primero las brasas antes de poder llevar ninguna —respondí, cogiendo una silla y el fuelle.

Mientras tanto él deambulaba de un lado al otro en un estado que rozaba la desesperación; sus hondos suspiros sucediéndose tan espesos que no dejaban espacio para respirar normalmente entre uno y otro.

—Cuando amanezca mand aré por Green —dijo—; quiero hacerle algunas consultas jurídicas mientras puedo pensar en esas cosas, y mientras puedo actuar con calma. No he hecho todavía mi

testamento; y cómo legar mi propiedad no puedo decidirlo. Quisiera borrarla de la faz de la tierra.

—No hable así, señor Heathcliff —intercedí—. Deje el testamento para más adelante: todavía le quedan años para arrepentirse de sus muchas injusticias. Nunca esperaba que sus nervios fueran a descomponerse así: pero es así, de modo admirable, y casi por su propia culpa. La manera en que ha pasado estos tres últimos días agota ría a un Titán. Tome algo de comer y de descanso. Le basta mirarse en un espejo para ver cuánto los necesita: tiene las mejillas hundidas y los ojos inyectados, como alguien que se está muriendo de hambre y quedando ciego de insomnio.

—No es culpa mía que no pueda comer ni descansar —respondió—. Le aseguro que no es por ningún propósito deliberado. Lo haré ambas cosas en cuanto pueda. Pero es como pedir a un hombre que lucha en el agua que descanse a un brazo de la orilla: ¡primero tengo que alcanzarla, y luego descansaré! Bueno, no importa el señor Green: en cuanto a arrepentirme de mis injusticias, no he cometido ninguna, y no me arrepiento de nada. Soy demasiado feliz; y sin embargo no soy bastante feliz. La dicha de mi alma mata mi cuerpo, pero no se satisface a sí misma.

—¿Feliz, amo? —exclamé—. ¡Vaya felicidad! Si me escuchara sin enojarse, podría ofrecerle un consejo que le haría más feliz.

—¿Qué es? Dígamelo.

—Sabe usted, señor Heathcliff —dije—, que desde los trece años ha llevado una vida egoísta y anticristiana; y probablemente apenas ha tenido la Biblia en las manos en todo ese tiempo. Debe usted haber olvidado el contenido del libro, y quizá no le quede tiempo de

buscarlo ahora. ¿No le sería útil mandar llamar a alguien, a algún ministro de cualquier confesión, no importa cuál, que se lo explique y le muestre cuánto se ha apartado de sus preceptos; y qué poco apto está para su cielo, si no hay un cambio antes de que muera?

—Antes le agradezco que me enoje, Nelly —dijo—; pues me recuerda la manera en que deseo ser enterrado. Han de llevarme al cementerio por la tarde. Usted y Hareton pueden acompañarme si así lo desean; y asegúrese, particularmente, de que el sepulturero obedezca mis instrucciones respecto a los dos ataúdes. No hace falta que venga ningún ministro; ni que se diga nada sobre mí. Le digo que he alcanzado casi mi cielo; y el de los demás me importa en absoluto nada y no lo ambiciono.

—¿Y si se obstinara en su ayuno y muriera de ese modo, y se negaran a enterrarle en el recinto del templo? —dije, escandalizada ante su indi ferencia impiadosa—. ¿Qué le parecería?

—No lo harán —respondió—; y si lo hicieran, tendría usted que trasladarme en secreto; y si lo descuid ara, demostraría usted de manera práctica que los muertos no son aniquilados.

En cuanto oyó que los demás miembros de la familia se movían, se retiró a su guarida, y yo respiré más tranquila. Pero por la tarde, mientras Joseph y Hareton estaban en el trabajo, vino a la cocina de nuevo, y con una mirada extraviada me mandó que fuera a sentarme con él en la casa: quería que alguien le acompañara. Me negé; y le dije francamente que su extraña manera de hablar y su actitud me aterrorizaban, y que no tenía ni el ánimo ni la voluntad de ser su compañera a solas.

—Creo que me considera un demonio —dijo, con su risa lúgubre—; algo demasiado horrible para vivir bajo un techo decente. —Luego, volviéndose a Catherine, que estaba allí y se había apar tado detrás de mí a su acercamiento, añadió, medio burlonamente—: ¿Vendrás tú, pequeña? No te haré daño. ¡No! para ti me he hecho peor que el diablo. Bien, hay quien no retrocederá ante mi compañía. ¡Por Dios, es implacable! ¡Ah, maldición! Es demasiado, incluso para mí; demasiado para la carne y la sangre, incluso para la mía.

No solicitó la compañía de nadie más. Al anochecer se fue a su cuarto. A lo largo de toda la noche, y bien entrada la mañana, le oímos gemir y murmurar para sí. Hareton quería entrar; pero le mandé buscar al doctor Kenneth, y él iría dentro a verle. Cuando éste llegó, y yo sol icité que me dejara entrar e intenté abrir la puerta, la encontré cerrada con llave; y Heathcliff nos mandó al diablo. Estaba mejor, y quería que le dejaran en paz; así que el médico se fue.

La tarde siguiente fue muy lluviosa: efectivamente, llovió a cántaros hasta el amanecer; y en mi paseo matutino alrededor de la casa, ob servé la ventana del cuarto del amo abierta de par en par, con la lluvia entrando a raudales.

—No puede estar en cama —pensé—; esos chubascos le habrían calado hasta los huesos. Debe de estar levantado, o fuera. Pero no voy a darle más vueltas: entra ré con valor a ver.

Habiendo conseguido entrar con otra llave, corrí a descorrer los paneles, pues el cuarto estaba vacío; al emp ujarlos de prisa y asomarme, el señor Heathcliff estaba allí, tendido boca arriba. Sus ojos se encontraron con los míos, tan penetrantes y fieros que me sobresal té; y luego pareció sonreír. No podía creerle muerto; pero

tenía la cara y la garganta bañadas por la lluvia; la ropa de cama goteaba, y estaba completamente inmóvil. El postigo, que se abría y cerraba de golpe, había rozado una mano que reposaba en el alfeizar; no brotaba sangre de la piel lacerada, y al ponerle los dedos encima, ya no podía dudar: ¡estaba muerto y rígido!

Cerré el postigo con el pestillo; le peiné el largo pelo negro apartándolo de la frente; intenté cerrarle los ojos: extinguir, si era posible, esa espantosa mirada de exultación, viva como la vida, antes de que nadie más la contemplara. No quisieron cerrarse: parecían burlarse de mis intentos; ¡y sus labios entreabiertos y sus dientes blancos y afilados también se burlaban! Presa de otro acceso de cobardía, llamé a gritos a Joseph. Joseph se arrastró hasta allí y hizo ruido, pero se negó resueltamente a tocarlo.

—El diablo se ha llevado su alma —gritó—, y bien puede quedarse también con el cadaver, por lo que a mí hace. ¡Eh! ¿Qué cara de maldad pone, rindose de la muerte!

Y el viejo pecador se rió en son de burla. Pensé que iba a bailar alrededor de la cama; pero de repente, recom poniéndose, se arrodilló, alzó las manos, y dió gracias porque el amo legítimo y el antiguo linaje habían sido restituidos en sus derechos.

Me sentí aturdi da por el terrible acontecimiento; y mi memoria vol vió involuntariamente a tiempos pasados con una suerte de angustiosa tristeza. Pero el pobre Hareton, el más agraviado de todos, fue el único que sufrió de verdad. Se sentó junto al cadáver toda la noche, llorando sin disimulo. Le estrejó la mano y besó la car a sarcástica y salvaje ante la que todos los demás retrocediían; y le lloró con aquel dolor profundo que nace naturalmente de un corazón generoso, aunque sea duro como el acero templado.

El doctor Kenneth no supo dictaminar de qué enfermedad había muerto el amo. Ocultué el hecho de que no había tomado nada en cuatro días, temiendo que pudiera acarrear problemas, y además estoy convencida de que no lo hizo a propósito: fue consecuencia de su extraña enfermedad, no la causa.

Le enterramos, para escándalo de todo el vecindario, como él había querido. Earnshaw y yo, el sepulturero y seis hombres para llevar el ataúd, constituímos toda la comitiva. Los seis hombres se fueron en cuanto le bajaron a la fosa: nosotros nos quedamos a ver cómo la tapaban. Hareton, con el rostro bañado en lágrimas, cortó él mismo césped verde y lo colocó sobre la tierra parda; ahora está tan liso y tan verde como los montic ulos que le acompañan; y espero que su inquilino duerma tan tranquilo. Pero la gente del pueblo, si se les pregunta, jura sobre la Biblia que camina: hay quienes afirman haber le encontrado cerca de la iglesia, y en el páramo, e incluso dentro de esta casa. Cuentos vanos, dirá usted; y eso digo yo también. Y sin embargo ese viejo de la cocina asegura haber visto a los dos asomados a su ventana del dormitorio todas las noches de lluvia desde su muerte; y una cosa extraña me ocurrió a mí hace más o menos un mes. Iba hacia la Granja una tarde, una tarde oscura que amenazaba tormenta; y justamente al volver del camino de las Cumbres, me encontré con un niño que llevaba delante una oveja y dos corderos; lloraba desesperadamente; y supuse que los corderos eran diablillos que no querían guiarse.

—¿Qué te pasa, chiquitín? —pregunté.

—Que hay Heathcliff y una mujer allá, bajo el promontorio —sollozó—, ¡y no me atrevo a pasar!

Yo no vi nada; pero ni la oveja ni él quisieron seguir, así que le dije que bajara por el camino de más abajo. Probablemente habia evocado los fantasmas pensando, mientras cruzaba el páramo solo, en los disparates que había oído repetir a sus padres y compañeros. Y con todo, ya no me gusta estar fuera de noche; y no me gusta quedarme sola en esta casa sombría: no puedo evitarlo; me alegraré cuando se vayan, y se trasladen a la Granja.

—¿Se van a la Granja entonces? —dije.

—Sí —respondió la señora Dean—, en cuanto se casen; y eso será el día de Año Nuevo.

—¿Y quién vivirá aquí entonces?

—Pues Joseph cuidará la casa, y quiza algún mozo que le haga compañía. Vivirán en la cocina, y el resto estará cerrado.

—¿Para uso de los fantasmas que quieran habitarla? —observé.

—No, señor Lockwood —dijo Nelly, moviendo la cabeza—. Creo que los muertos están en paz; pero no está bien hablar de ellos con ligereza.

En ese momento la verja del jardín rechinó; los paseantes volvian. Los miré acercarse a través de la ventana.

—Esos dos no temen a nada —murmu ré—. Juntos, se atreverian con Satán y todas sus legiones.

Cuando pusieron el pie en los escalones y se detuvieron a echar una última mirada a la luna, o más exactamente, el uno al otro a su luz, me sentí irresistiblemente impulsado a escabullirme de nuevo; y apretándole a la señora Dean una moneda en la mano, y haciendo

caso omiso de sus protestas ante mi descortesia, desaparecié por la cocina en el momento en que ellos abrian la puerta de la casa; y así habria confirmado a Joseph en su opinión sobre los alegres desvarios de su compañera de servicio, si no me hubiera reconocido por suerte como persona respetable gracias al dulce tintineo de una moneda a sus pies.

Mi paseo de vuelta se alargó con una desviación hacia la iglesia. Al llegar a sus muros, vi que la decadencia había avanzado incluso en siete meses: muchas ventanas mostraban huecos negros donde faltaba el cristal; y las pizarras asomaban de aquí y allá, más allá de la línea recta del tejado, para ser arrastradas poco a poco por las próximas tormentas de otoño.

Buscé, y pronto descubrí, las tres lápidas en la ladera junto al páramo: la del medio, gris y medio sepultada en el brezo; la de Edgar Linton, sólo suavizada por el césped y el musgo que trepaba por su base; la de Heathcliff, aún desnuda.

Me quedé paseando entre ellas, bajo aquel cielo benigno; observe los insectos nocturnos revoloteando entre el brezo y las campanillas azules, escuche el suave viento respirando entre la hierba, y me pregunté cómo podía alguien imaginar jamás sueños intranquilos para los que duermen en esa quieta tierra.

* * * * * *

3 6

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Emily Brontë y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗